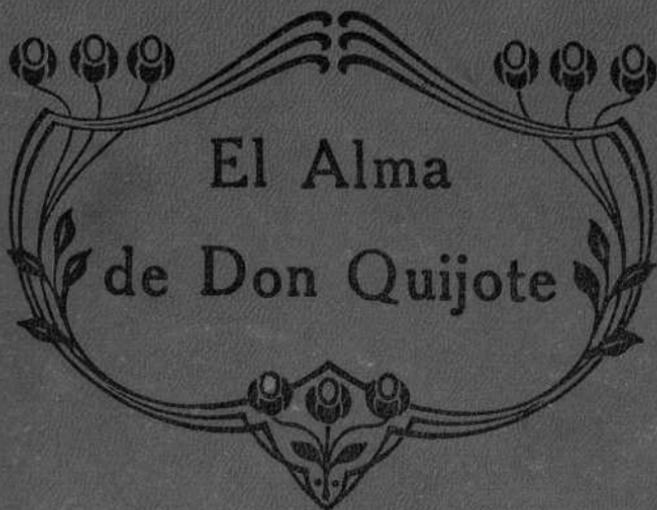


P. J. Montes



El Alma  
de Don Quijote







EL ALMA DE DON QUIJOTE

T. 893744 C.



*José Luis García*

# El alma de Don Quijote

*Nº 29*

(RECUERDOS DE LA GUERRA - Volumen I)

RECUERDOS DE LA GUERRA POR EL

RECUERDOS DE LA GUERRA

P. JERÓNIMO MONTES

O. S. A.

SEGUNDA EDICIÓN

Real Monasterio de San Lorenzo.

\*\*\* Administración de \*\*\*

\* "LA CIUDAD DE DIOS" \*

\*\*\*\*\* EL ESCORIAL \*\*\*\*\*

---

ES PROPIEDAD

Con las licencias necesarias.

---

---

Madrid.—Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3.

## INTRODUCCIÓN

---

Días de prueba pasaban entonces por España. El suelo ingrato del Africa volvía á enrojecerse con la sangre de nuestros pobres soldados. Uno de nuestros mejores buques de guerra se hundía entre las olas, y los cadáveres de 400 marinos que le tripulaban yacén todavía ignorados en los abismos del mar. En Cuba empezaba aquella insurrección que más tarde nos arrebató las últimas posesiones de América, y en las hermosas Filipinas las sociedades masónicas, toleradas por autoridades imprevisoras é ineptas, promovían otra sangrienta sublevación contra la madre patria.

Allá fué, más por imposición de los buenos españoles que por voluntad del Gobierno, un general honrado y valiente, de recta conciencia y sin compromisos políticos, que salvó el honor nacional, aniquiló en poco tiempo la insurrección tagala y vengó á sus víctimas;

pero estaba de Dios que España había de apurar hasta la última gota el cáliz de la amargura, y el enérgico soldado, que fué la desesperación de los traidores y la esperanza de la patria, tuvo que abandonar aquel país y regresar á la Península. Después se otorgó patente de impunidad á los rebeldes, se capituló vergonzosamente con una turba de foragidos, y se les acarició, y se les proporcionó dinero y armas, á pesar de haber advertido quienes tenían motivo para saberlo, que esas armas se volverían contra nosotros. Pero no se hizo caso, y el tiempo se encargó de demostrar que aquel aviso encerraba una tremenda profecía.

España hizo un esfuerzo supremo por conservar sus últimos territorios coloniales y evitar su deshonra. Envió á sus provincias de Ultramar más de 200.000 hombres, gastó inmensos tesoros, y todo fué inútil; vió expatriarse y morir de anemia la flor de su juventud, vió correr lágrimas silenciosas por las mejillas de ancianos que quedaban sin hijos y de niños que quedaban sin padre, perdió la mitad de sus soldados, perdió sus buques de guerra, perdió sus colonias y ni siquiera pudo salvar su honor.

Detrás de los insurrectos de Cuba se hallaba oculto el verdadero enemigo de España, el

que alentaba la insurrección y la sostenía con armas y promesas, el que esperaba, como zorra astuta, á que el sabroso racimo se desgajase de la cepa para devorarle, el que nos ultrajaba y nos hacía sufrir humillaciones sin cuento buscando un pretexto para que nos lanzásemos á una guerra desigual é imbécil, y se consumase la catástrofe. No lo vieron ó no quisieron verlo los encargados de velar por nuestros intereses, y ni se prepararon para la defensa, ni supieron evitar el conflicto cuando sonó la hora de la desmembración y la ruina de la patria.

Aquello no fué una realidad, fué un sueño. ¡Ay! cuando despertamos de ese sueño vimos á nuestro Ejército entregado al enemigo sin haber luchado siquiera, nuestra escuadra hundida en el mar, la bandera de los Estados Unidos ondeando majestuosa donde la bandera española había ondeado por espacio de cuatro siglos, perdidas todas nuestras colonias, deshecha una leyenda de oro escrita con la espada de cien conquistadores, disipada como un poco de humo toda nuestra grandeza, extinguida una raza de héroes por una turba de aventureros... ¡Todo se había perdido! ¿Quién fué el culpable de tanto oprobio, de tanta desventura?

Cuando se trató de exigir responsabilidades, sólo se encontraron las víctimas del crimen, los autores habían desaparecido. El Ejército y la Marina hicieron cuanto era posible hacer, los gobernantes habían cumplido con sus deberes, nuestra enorme desgracia fué obra del destino. Las minorías lanzaron tremendas acusaciones contra el gobierno que entonces ocupaba el poder; éste quiso que la culpa se repartiese también entre los que le habían precedido; unos á otros se echaron en cara su ineptitud y sus prevaricaciones; unos y otros se defendieron con el concluyente argumento de *más eres tú*, y de toda aquella contienda resultó... ¡que el pueblo era el que tenía culpa de cuanto había pasado!

Sabed, políticos de todos los partidos que han gobernado en España, que el pueblo sólo ha sido la víctima, que el pueblo es una masa blanda susceptible de la forma que quieran darle los que le dirigen: si está cambiado, si se halla pervertido, obra es de vuestras manos. No culpéis al mármol de que la estatua sea imperfecta, culpad al escultor. Vosotros, los que, á la sombra de una política egoísta, únicamente habéis buscado vuestro medro personal, chupando la sangre de la nación, sin haberos preocupado jamás de sus intere-

ses; vosotros, los que habéis dado patente de impunidad á los modernos reyezuelos irresponsables que se sientan en los escaños del Senado y el Congreso, los que habéis llevado al pueblo á la indigna farsa del sufragio universal y le habéis hecho presenciar en el teatro de las Cortes la comedia bufa de los partidos y el drama sangriento de las desdichas nacionales; vosotros, los que con vuestras leyes, y vuestras libertades, y vuestros periódicos habéis corrompido á la plebe arrancando de su corazón toda esperanza, toda idea religiosa, todo sentimiento noble, para convertirla en una turba de salvajes que apedrean, incendian y asesinan; vosotros, descendientes de aquellos traidores que al grito de libertad vendieron nuestras colonias y cargaron sobre los hombros de la desventurada España la cruz que va llevando todavía, agobiada y sin fuerzas, por el áspero camino de su calvario; vosotros, los que no quisisteis evitar la guerra, y permanecisteis cruzados de brazos mientras el enemigo maquinaba nuestra ruina, y engañasteis ó permitisteis que otros engañaran al pueblo haciéndole creer en poderosos elementos militares que no existían, y contemplasteis impasibles la destrucción de la escuadra, la ignominia del Ejército, la des-

membración y el vilipendio de la patria...; vosotros, vosotros, y no el desgraciado pueblo, sois los responsables de todo. No ha habido tribunal en la tierra que haga efectiva vuestra responsabilidad; pero sobre vuestra alma pesa el tremendo desastre; y cuando se disipen las nieblas que todavía encubren el crimen, cuando los rayos del sol alumbren toda la verdad de lo que ha pasado, sobre vuestras cabezas caerá la execración de la historia, como el rayo lanzado por la diestra del Omnipotente.

Al lado de los políticos actuaron los periodistas, y no fueron ciertamente los periódicos de gran circulación los que menos contribuyeron á nuestras desdichas. La prensa fué la que llevó la alta dirección de la campaña; la prensa quitó y puso generales á su antojo; la prensa insensata secundó, consciente ó inconscientemente, los planes de nuestros enemigos; la prensa extravió la opinión pública convenciéndola de que teníamos una Marina muy superior á la de aquella nación astuta que se complacía en insultarnos, y nos lanzó á la guerra más desastrosa que ha tenido España desde la destrucción del imperio visigodo.

Tremenda fué la lección; pero de nada nos

ha servido. Hubo momentos en que se cernía sobre el suelo de España una tempestad cargada de cólera; por un instante se sublevó imponente y amenazadora la conciencia nacional contra ciertos hombres públicos y algunos jefes del Ejército; el pueblo señaló con el dedo á los que creía más culpables, y como león herido, parecía dispuesto á arrojarse sobre ellos y destrozarlos; mas la tempestad se apaciguó en pocos días, y el león se retiró á su guarida resignado é impotente. Los hombres sensatos aconsejaron calma, pusieron de manifiesto la raíz del mal, predicaron la regeneración de España, y llegaron á creer que España se regeneraría y aun volvería á ser grande.

¡Terrible desengaño! Dejaron pronto de oírse los gritos de la conciencia nacional, y resonaron los gritos de la hampa, los rugidos salvajes de turbas asalariadas que apedreaban conventos y asesinaban á indefensos religiosos en nombre de la libertad. El pueblo se retiró á llorar en silencio sus desdichas, ó procuró ahogar sus penas en la Plaza de Toros, en el Circo y en el Teatro, y los que habian sido condenados por la conciencia popular volvieron al Poder como si nada hubiese pasado.

El grito de libertad fué el prólogo de la

pérdida de todas nuestras colonias; el grito de libertad ha acompañado siempre á los grandes crímenes de Estado y ha presidido las más sangrientas revoluciones; al grito de libertad se ha degradado al pueblo, se ha asesinado, se han impuesto las mayores tiranías y se han cometido las traiciones y los horrores más nefandos; y á pesar de la triste historia de la libertad, ese grito, ya casi olvidado en los países cultos por estúpido y salvaje, ha vuelto á oírse en el Congreso, en los teatros y en las calles, ¡como único medio de regeneración! La prensa ha hecho circular esa palabra nefasta por todos los ámbitos de la nación, y con ella ha excitado las más viles pasiones de los descamisados, y ha lanzado á las turbas hambrientas contra los conventos, á los obreros contra los propietarios, á la hez de la sociedad contra las personas honradas. Los del triángulo y el mandil, cómplices de nuestros enemigos, y ocultos mientras maquinaron la desmembración de la patria, volvieron á salir á la luz del sol en cuanto pasó la tormenta y se convencieron de su impunidad, para crear nuevos conflictos y dirigir á los que gritan y apedrean. Ellos dictan leyes opresoras y tiránicas en nombre de la libertad; ellos forman la opinión por medio de una prensa que se

vende en pública subasta y se entrega al mejor postor; ellos dominan en todas partes; ellos blasfeman de Dios é insultan á la Monarquía en la misma capital de la nación, y en presencia de la autoridad que tolera ó aplaude sus sacrílegos atentados...

Las últimas vergüenzas nacionales serán el asunto de la triste historia que, en forma de novela, presento á mis lectores. Con más gusto tomaría la pluma para cantar antiguas glorias de mi patria que para llorar sus desdichas presentes; pero la he visto arrastrarse por el lodo cubierta de baldón y de ignominia; la he visto subir hasta la cumbre del Calvario donde sus enemigos la dejaron crucificada y desnuda; la he visto, roja de vergüenza, postrada á los pies del vencedor; la veo hoy todavía caminar hacia el abismo, vilipendiada y escarnecida, débil y agonizante...; y no es lícito entonar himnos patrióticos mientras duren los días del dolor y la amargura. Estos acontecimientos han arrancado á la patria lágrimas de sangre, y sólo con lágrimas de sangre pueden escribirse.

Gotas de hiel y palabras de mal reprimida indignación brotarán alguna vez de la pluma; pero no contra esta nación heroica que ha hecho más que ninguna otra por la civiliza-

ción del mundo; no contra la nación creyente que plantó la redentora Cruz en la mitad de los pueblos de la tierra; no contra sus valerosos hijos, que derramaron su sangre en los campos de batalla, ó fueron sacrificados en aras de una ambición inicua, ó perecieron de hambre en medio de los bosques... ¡No! La indignación debe recaer sólo sobre los culpables de tanta desventura; sobre los hombres ineptos ó malvados que causaron la ruina de España; sobre los bandoleros que dilapidaron su hacienda; sobre los que con un beso de paz la entregaron, atada de pies y manos, al enemigo; sobre los hijos espurios que la vendieron por un puñado de oro ó por obtener un elevado puesto en el gobierno del Estado; sobre los que la empujaron hacia el abismo, y la vieron caer con una sonrisa en los labios; sobre los que en días de luto, con cinica desvergüenza, cantaron himnos á la libertad al lado del lecho en que yacía la patria moribunda...

Aparecerán en la obra personajes que se suponen autores de actos ó tendencias que pertenecen á determinadas individualidades de la política, de la prensa ó del ejército: no puede menos de ser así tratándose de hechos recientes y de todos conocidos. Declaro sin-

ceramente que nada está tan lejos de mi ánimo como injuriar ó calumniar á nadie; y aunque me inspiren profunda antipatía ciertos hombres que han sido funestos para España, sé distinguir entre ellos y sus actos. Ningún tipo de la novela es retrato de tal ó cual individuo conocido; todos personifican una idea, una tendencia, y nada más. Cosa análoga tengo que decir de la política y la prensa. En la una y en la otra reconozco que hay personas honradísimas; y es inútil advertir que en mis recriminaciones no están incluidos los funcionarios públicos que cumplen con su deber, ni los periódicos amantes del orden y los intereses de la patria, los menos leídos desgraciadamente. Tendré necesidad de citar muchas veces nombres propios; pero sólo atribuyéndoles hechos relacionados con su cargo y del dominio de la historia.

El asunto de que me propongo tratar es antipático para todos los buenos españoles; á todos causa repugnancia y amargura hablar de lo que pasó en Cuba y Filipinas. ¿Cómo ha de agradar á nadie traer á la memoria dolorosos recuerdos y hablar de cosas que indignan y avergüenzan? Sin embargo, es preciso escarbar en esa herida que aun chorrea sangre, para oponer un dique al desborda-

miento de la voluble opinión popular extra-  
viada por mil infames papeluchos, que no tie-  
nen otra misión que engañar y desmoralizar  
á la plebe ignorante; para salir por los fueros  
de la justicia y el honor de instituciones vil-  
mente calumniadas y perseguidas; para decir  
quiénes son, qué hacen y dónde se ocultan  
los verdaderos enemigos de la patria; para  
salvar, en fin, del naufragio la abnegación su-  
blime, los actos heroicos del Ejército, que  
también han abundado los actos heroicos en  
medio de tanta desolación, y no es justo que  
queden envueltos entre las ruinas de la catás-  
trofe.



Había nacido el coronel D. César Iturralde en un pueblecito de Navarra. Era todavía un niño cuando ingresó en la Academia militar de Toledo, hizo su campaña primera en la guerra de Africa, de donde volvió cargado de cruces, y aceptó la del matrimonio con una muchacha de su país, que se fué al otro mundo sin dejarle sucesión.

Se trasladó poco después á Filipinas, regresó á los dos años á la Península, fue destinado á Cuba á raíz de la Restauración, y allí permaneció hasta que se dió por terminada la guerra de los diez años. A su vuelta á Madrid era ya coronel.

La revolución de Septiembre, la sangrienta campaña del Norte, la indisciplina del ejército y todo aquel desbarajuste político y militar que comprometió la existencia misma de la patria, unido á varias desgracias de familia, habían agriado sobremanera el carácter del honrado é integérrimo Iturralde. Su amor á la disciplina llegó á ser verdadero fanatismo. La falta más insignificante de cual-

quier subordinado le producía arrebatos de cólera. Cuando las cosas no iban como él quería, le llevaban todos los demonios. ¡Era imposible vivir así!

Una noche no pudo pegar los ojos. Disgustado por ciertos asuntos del servicio, había tomado la resolución extrema é irrevocable de retirarse á la vida privada. Cien veces había pensado en lo mismo; pero ahora iba de veras. Con su retiro y una pequeña renta de fincas que poseía en su tierra, tenía lo suficiente para vivir: ¿quién le mandaba á él pasar disgustos y sinsabores? En cuanto percibió los primeros rayos de luz en los cristales de su ventana, encendió una bujía, se tiró del lecho, se vistió en diez minutos, aplicó el dedo pulgar á un botón eléctrico, y se puso á pasear por el cuarto con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos.

Un momento después apareció en la estancia un soldado joven que saludó militarmente:

—¡A la orden, mi coronel!

D. César se quedó mirando al asistente, y le dijo:

—Ya no soy coronel, ni nada. Soy D. César Iturralde á secas, ¿me entiendes?

Maldito lo que entendía el pobre soldado; pero hecho ya á las extravagancias de aquel hombre, no manifestó en su semblante la menor extrañeza.

Iturralde volvió á pasear con precipitación por la sala, como si sólo hubiera llamado á su asistente para decirle que ya no era coronel, y detenién-

dose de nuevo delante del soldado, le preguntó.

—¿Conoces tú al teniente Canseco?

—Mucho, mi coronel.

—¡D. César á secas! Ya te he dicho que no soy coronel... Pues el tenientillo ese es sobrino segundo, ó tercero, ó cuarto del ministro, ¿sabes? Y por ser sobrino de su tío ingresó en la Academia, y se pavonea con el uniforme por las calles, y se ríe de la disciplina, y ascendió á primer teniente..., y será general el día de mañana si Dios no lo remedia. ¡Soldado raso de por vida le haría yo, y ni para eso sirve!... ¿Te vas enterando, Antonio?

El asistente se encogió de hombros, y no contestó.

—Quiero decir—agregó el coronel levantando la voz—que tengo montado en la nariz á ese siete mesino imberbe. ¡Montado en la nariz, sí, señor! Hace dos meses, por una falta grave que merecía el fusilamiento, si en el ejército hubiera disciplina y justicia en el mundo, le impuse tres días de arresto. ¡Ya ves qué castigo tan atroz! Pues se dijeron horrores contra mí. Y lo peor fué que no llegó á cumplir la pena, y además le ascendieron á primer teniente.. ¡Y la autoridad del coronel por los suelos! ¡Y la disciplina que la parta un rayo!... Ayer volvió á incurrir en la misma falta; iba á castigarle, pero lo pensé mejor, y dije: «No, porque entonces es fácil que le asciendan á capitán». Conque tragué saliva, me encerré en mi cuarto y he resuelto pedir mi retiro. ¡Del coronel Iturralde no se

ría ningún teniente!... Te digo esto, Antonio, porque yo necesito un criado de confianza, y, como es natural, había pensado en ti.

— ¡Y muy bien pensao, mi coronel! Con usía...

— Ni coronel ni usía, ¿entiendes?

— Bueno; pues, con usté hasta el fin del mundo.

— No iremos tan lejos; por ahora nos quedaremos en Madrid.

Pocos días después, D. César se hallaba instalado en un piso tercero de la calle de Alcalá. Colocó sus escasos muebles en las cuatro ó cinco habitaciones que tenía la casa, colgó el sable en una de las paredes de su despacho, guardó el uniforme en un baúl, con intención de no volver á usarle jamás, y sacó de un armario los empolvados utensilios de pintura que le recordaban antiguas aficiones totalmente abandonadas.

Cuando estalló la última guerra separatista, Iturralde tenía la cabeza blanca como los ampos de la nieve. Sin embargo, no era viejo: andaba por los cincuenta y cinco y se conservaba sano, robusto, con la misma fibra que á los cuarenta. Su genio vivo y exaltado, sus ojos negros chispeantes, la rudeza de sus facciones, su cara angulosa con largo bigote y perilla recortada, su figura esbelta, todo su ser físico y moral delataban al antiguo coronel de infantería, y estaban pidiendo á gritos el uniforme militar.

Vivían con D. César por este tiempo el fiel y honradote Antonio, su antiguo asistente, que con-

tinuaba llamando usía y coronel á su amo; la madre de Antonio, anciana de sesenta y tantos abriles, que tenía á su cargo la costura y la cocina, y Pepe de Castro, sobrino de Iturralde, teniente de artillería.

Frecuentaba, además, la casa cierto personaje á quien importa conocer: Eliseo Morales, un joven escuálido, espiritual, romántico, aspirante desde que llegó á Madrid á colaborador de cualquier periódico, y autor de innumerables elegías y poemas sentimentales, todavía ¡ay! inéditos. Era del mismo pueblo de Iturralde, y aun algo sobrino, según le habían dicho en su casa. Su familia le llevó á Madrid para que estudiase medicina; le colocó en una casa de huéspedes de á dos pesetas, y le recomendó al coronel, confiando en que le guiaría con sus consejos, y con algo más que consejos si hacía falta. Se matriculó, compró los libros de texto y asistió religiosamente á clase la primera semana. Después adquirió amistades con ciertos pilletes más aficionados al juego que al estudio; vió que eso de asistir diariamente á las clases era cosa anticuada y de mal gusto, y en cuanto se le acabó el dinero que le dejó su padre, vendió los libros y no volvió á escuchar la voz molesta y antipática de los profesores.

Llegó Junio, y, como era natural, no fué admitido á exámenes; de suerte que volvió á su pueblo como había salido. Es decir, como había salido no, porque llevó á Madrid tres trajes nuevecitos, y al

pueblo volvió sólo con el que tenía puesto: los otros dos quedaban en una casa de empeños. El no aprobó ninguna asignatura, pero, en cambio, se doctoró en el juego de billar y aprendió otros menos inocentes. Convenció á su padre de que no tenía vocación para médico, y volvió á Madrid con intención de empezar la carrera de abogado, más útil, de mayor lucimiento y más apropiada á sus naturales aficiones.

Aquel año fué solito á la Corte con dinero suficiente para matricularse, comprar los textos, desempeñar los trajes y pagar á la patrona ciertos atrasos. Pero, bien pensado, era una lástima gastar tan en tonto aquel dinero, y ni se matriculó, ni compró los textos, ni desempeñó los trajes, ni pagó á la patrona. Allá en Mayo se matricularía por libre, pediría libros prestados, y mala suerte había de tener para no aprobar siquiera alguna asignatura. Lo peor fué que al llegar el mes de Mayo no tenía un céntimo ni quien se lo prestase, por estar ya lleno de trampas. ¡Y las matrículas costaban un dineral! ¿Se lo pediría á su padre? Le había jurado algunas semanas antes no enviarle ni una peseta, y además le suponía matriculado desde el principio del curso. ¿Qué haría?... Se presentó á D. César, le expuso muy compugido su angustiosa situación, y consiguió el dinero que le hacía falta para matricularse. Aprobó una asignatura, porque el profesor de la misma no suspendía á nadie; en las otras dos le dieron calabazas. ¡Rigor ex-

cesivo, injusticia manifiesta de los tribunales!... ¿Y cómo se presentaba él delante de su padre con dos calabazas y un aprobado después de dos años de estudio? ¡Imposible! Había que pensar en otra cosa. Y nuevamente acudió á D. César, que, contra su carácter y por primera vez en la vida, hizo valer sus amistades, y logró un empleo para su protegido en el Ministerio de la Guerra.

Desde entonces, Morales ahorcó los libros y se metió á poeta. Dejó crecer el pelo, cosa indispensable para hacer buenos versos, y frecuentó el trato con algunos periodistas, á quienes daba á leer sus composiciones con el ansia de obtener para cualquiera de ellas los honores de la publicación.

Este había sido y éste era Eliseo Morales por los tiempos en que empieza nuestra historia.



El 3 de Abril de 1895, fué un día triste para D. César. Su sobrino Castro se preparaba para ir á Cuba con las tropas destinadas á combatir la insurrección. Quiso pintar, y le temblaba el pulso; empezó á leer, y su imaginación se iba muy lejos del libro. Insensiblemente fueron separándose sus ojos de las páginas, hasta clavarse con fijeza en un retrato de Pepe, vestido con el uniforme de teniente de artillería. Nunca había contemplado con tanta atención aquel retrato; nunca le había producido una impresión semejante á la de entonces. La ver-

dad es que el artillero era un real mozo, guapo, simpático, arrogante, un militar de cuerpo entero. ¡Y decir que aquel joven, á quien él había criado desde niño, aquel pobre huérfano, que no conoció otros padres que á él, podría ser allá en Cuba víctima de la fiebre y morir sin fruto y sin gloria!...

Al fin cerró el libro que estaba leyendo, se levantó y empezó á pasear por el cuarto, preocupado y pensativo.

\*  
\* \*

¡Otra vez! la insurrección! ¡Otra vez la maldita guerra de Cuba!...—decía en voz alta mientras recorría de un lado á otro la habitación. Yo, yo mismo se lo dije á Martínez Campos: «Mi general, la guerra separatista no se termina con transacciones, sino con balas.» Pero no se quiso comprender así, y ahora vienen las consecuencias. Aquella paz fué impolítica á todas luces. Aquella paz fué una humillación para España y para el Ejército. ¡Sí, señor, una humillación y una vergüenza!... ¿Lo veis ahora, mentecatos? ¿Veis cómo el coronel Iturralde tenía razón? Los ambiciosos, los traidores han vuelto á sublevarse contra la madre patria. ¿Lo veis?... Y bien considerado... ¡qué demonio! Tienen razón que les sobra para levantarse contra nosotros, para echarnos de allí á puntapiés, ¡sí, señor, á puntapiés, por malos gobernantes, por imbéciles!... Y si no, vamos á ver:

¿qué es lo que nuestros políticos han mandado á Cuba para mirar por los intereses de España? ¡Inmundicia, por lo general, nada más que inmundicia! Hombres sin conciencia que sólo pensaron en llenar el bolsillo; robar, sí, señor, robar escandalosamente. Me consta de muchos, y puedo decirlo muy alto ahora que nadie me oye... ¡Oh vergüenza! Y lo peor es que los que han robado, y sus cómplices, y los que les mandaron allí para que mancillasen el honor de España quedan impunes, y tiene que pagar sus crímenes... ¿quién? ¡La nación, la desdichada nación que ningún pecado ha cometido; las madres infelices que ven con dolor marchar á sus hijos á la guerra; los hijos que son arrancados de los brazos de sus madres para no volver la mayor parte de ellos, para dejar sus huesos esparcidos por la Manigua!...

Aquí llegaba el coronel, cuando sonaron dos golpecitos á la puerta de su cuarto. Se detuvo en medio de la habitación, erguido como un centinela, con los puños cerrados y una expresión terrible de amenaza y furor en el rostro. En esta actitud le encontró su sobrino Pepe, que era quien había llamado, y después de saludarle le preguntó sonriendo:

—¿Con quién reñía usted, tío?

—¡Con mi sombra!—contestó, clavando los ojos en el artillero.

Y agregó dulcificando el tono:

—Siéntate, que tenemos que hablar; acaso sea por última vez.

Los dos tomaron asiento: el teniente en una silla que había junto á la pared, y D. César en el viejo sillón del despacho. Procuró el coronel dar á sus facciones toda la expresión de ternura de que era capaz, y habló así á su sobrino:

—Pepe, cuatro años tenías tú cuando murió tu padre, y algunos meses más cuando mi hermana, que fué tu madre, siguió el mismo camino. Eras pobre, y habrías quedado sin protección en la tierra si tu tío te hubiese abandonado. Te traje á mi casa; hice por ti lo que hubiera hecho por un hijo; te eduqué lo mejor que pude, y trabajé por procurarte un decente porvenir. Nada te ha faltado, creo que ningún motivo de queja puedes tener contra mí...

—¡Ninguno, tío!—contestó el joven, impresionado por aquel exordio tan extraño.—¡No tengo más que motivos de agradecimiento!

—Lo sé, me lo has demostrado con las obras, que son la mejor prueba de gratitud; pero me complace oírlo de tus labios... Pues sí, yo he procurado estampar en tu alma estos dos sentimientos: la religión y el patriotismo, para hacer de ti un militar valiente y un caballero cristiano. Hasta hoy has vivido á la sombra de tu tío, y no sabes lo que es andar por el mundo sin el arrimo de una persona que se cuide de ti. Ahora que vas á separarte de quien ha sido tu verdadero padre, acaso

para siempre; ahora que la patria te llama, y es tu obligación ir donde te lleve, escucha los últimos consejos que te da tu tío el coronel D. César Iturralde. Tú no sabes todavía lo que es una campaña militar, ni conoces el peligro, ni lo que cuesta pasar hambre, frío, calor, fatiga...; en fin, no sabes lo que es la guerra.

—Hay cosas, tío, que se saben sin haberlas pasado.

—¡Mentira! ¿Crees tú que es lo mismo leer en un libro descripciones de combates que haber pasado por ellos? ¿Te figuras que la guerra consiste en salir una mañana de Segovia, colocar cuatro muñecos en un cerrito y disparar contra ellos, como hacíais en la Academia?

—No será cosa muy distinta la guerra de Cuba.

—¡Te engañas, Pepe! La guerra de Cuba nos dará que hacer. Dos años estuve yo allí, conozco el terreno palmo á palmo, conozco á aquella gente... ¡Te digo que nos dará que hacer!

—¡Si son dos docenas de bandidos sin armas y sin organización!...¡Imposible sostenerse contra un ejército regular! En cuanto haya allí unos veinte ó treinta mil hombres, los barremos.

—Es que se internarán en los bosques.

—No importa: los cazamos como conejos.

—Sí, ¿eh? Diez años duró la otra guerra; ¡diez años, Pepe! Y los soldados de entonces valían más que los de ahora.

—¿Que valían más? ¡Eso habrá que verlo! Además, las circunstancias son distintas.

—¡Son las mismas!

—Yo creo que no, tío.

—¡Yo creo que sí!

—Dispéñeme usted, pero...

—¡Pepe, Pepe! —exclamó el coronel dando un puñetazo sobre la mesa, y lanzando una mirada sañuda al joven.—¡Tienes la cabeza más dura que esto, y hablas de lo que no entiendes! Los jóvenes de ahora son muy fatuos y quieren dar lecciones á los viejos... ¡No sé dónde demonios vamos á parar!

El teniente guardó silencio, único modo de conjurar la tormenta, y clavó los ojos en el suelo con firme propósito de no volver á contradecir á su tío.

Éste procuró serenarse, y después de una breve pausa, continuó:

—Te dije antes que tú no sabes aún lo que es la guerra, y dentro de poco lo vas á aprender. Te toca combatir en un país malsano, muy malsano, Pepe; un país donde las calenturas, el vómito y otras enfermedades son más temibles que las balas del enemigo. Setenta mil hombres dicen que murieron en la guerra pasada... ¡Setenta mil hombres, pás-mate de horror! Y casi todos de enfermedad, una muerte inútil y sin honra. Y los que no murieron, ¡cómo llegaron á sus casas los infelices! Extenuados, cadavéricos, imposibilitados para ganar el

pan... ¡Toda una generación aniquilada y perdida! ¡Método, mucho método es lo que allí hace falta para conservar la salud! ¡Ojo, sobre todo, con las bebidas, que son un veneno en aquel clima endemoniado!

»Por lo demás, respeto y obediencia á los superiores, trato cariñoso á los soldados, y con la vista siempre en el honor y la disciplina. ¡No olvides lo que te voy á decir! Si la Cruz y la espada se unen, es segura la victoria; pero si la espada se divorcia de la Cruz, todo se ha perdido. Cuando se pelea con fe, no se cuenta el número de los enemigos; cuando falta la fe, cuando falta el ideal santo de la guerra, sólo se atiende á salvar la vida, y se huye cobardemente. ¡Créeme, Pepe, que tengo mucha experiencia en estas cosas! Cuando hay fe, hay verdadero patriotismo, y si hay patriotismo, al grito de ¡viva España! las tropas se lanzan como fieras al combate, y cada soldado es un héroe...

»Si alguna vez recibo noticia de que has muerto de enfermedad, te lloraré como te lloraría tu madre...; lo mismo que tu madre, ¿entiendes? Pero si me dicen: «El teniente José de Castro murió en el campo de batalla batiéndose como un león...», escúchame, Pepe: ese será un día de gloria para el viejo coronel D. César Iturralde... Cuando te veas en peligro, levanta el corazón á Dios, pon tus ojos en la bandera española, y... ¡por la Virgen María, Pepe, por la memoria de tu santa madre y por la vida de tu tío, no retrocedas jamás! ¡La muerte mil

veces antes que deshonrar con un acto indigno el uniforme que llevas! ¡No vuelvas á esta casa deshonrado ó vencido, porque... porque no respondería de mí!... ¡Pepe! ¡Te hablo con el corazón! Si algún día llegase á mis oídos que has sido un cobarde, moriría de desesperación y de vergüenza, me ocultaría debajo de la tierra para que nadie me viese, para que ni el sol derramase un rayo de luz sobre mis canas cubiertas de ignominia...

Don César había ido exaltándose poco á poco. Las últimas palabras salían entrecortadas de sus labios, y le fué necesario detenerse á respirar.

El joven teniente, emocionado, con los ojos fijos en la tierra, el corazón comprimido y las lágrimas próximas á estallar, acariciaba entretanto la empuñadura de su sable, diciendo en su interior: «Mientras tenga un soplo de vida que me sostenga y una gota de sangre que dar por mi patria... y por mi tío, no me rendiré.»

Después de unos instantes de silencio, el coronel abrió un cajoncito de la mesa, sacó una medalla de plata de la Virgen, y exclamó sensiblemente conmovido:

—Pepe, era yo de tu edad cuando mi madre me colgó al cuello esta santa medalla, al partir para la guerra de África, y me ha acompañado en todos los combates. No sé si la deberé la vida, lo cierto es que muchas veces me he visto entre una lluvia de balas, y ninguna me ha tocado. Tómalala, hijo mío, y que ella te proteja como me protegió á mí.

Y estampando un beso en la medalla, se la entregó al joven.

\*  
\* \*

Otra escena muy diferente, aunque por la misma causa, tenía lugar abajo en la portería. Un hombre, como de cincuenta años, vestido de blusa, sentado en la escalera y con la cabeza apoyada en sus callosas manos, contenía á duras penas el llanto, y representaba en su actitud y sus facciones la viva imagen del abatimiento y la desesperación. Delante de él se hallaba la portera, su mujer, contemplándole con inquietud angustiosa y preguntándole con vivísima ansiedad:

—¿Qué haces ahí, Juan, qué es lo que tienes?

Entonces levantó aquel hombre la cabeza, miró á su mujer, y contestó secamente, volviendo á ocultar su rostro entre las manos:

—¡Nada!

—¡Nada!... Eso no es cierto. ¿Te sientes mal?

—¡No!

—Pero, Dios mío, ¿qué es lo que te pasa?

El hombre se levantó pausadamente; y mientras se dirigía hacia la puerta, exclamó con ira reconcentrada y apretando los puños:

—¡Qué es lo que me pasa!... Cría uno los hijos, y cuando empiezan á ayudarle á ganar el pan, se los arrancan de los brazos... ¡Paciencia!

Y murmurando palabras ininteligibles, salió á la calle.

Su mujer, que aun no había comprendido de qué se trataba, le siguió hasta la puerta, preguntándole:

—¿Pero qué dices, Juan? ¿Qué es lo que sucede?

—Que se llevan á nuestro hijo á Cuba, ¿lo entiendes?—contestó él sin volver la cabeza.

—¿Nuestro hijo á Cuba? ¿Y quién le lleva?... ¿Y cuándo, cuándo?... ¡Contesta!...

—¡Hoy..., mañana..., no lo sé!...

El hombre siguió su camino, y la infeliz madre, apoyándose en el dintel de la puerta, comenzó á llorar amargamente.

Al fin se acordó de que también el sobrino de D. César iba á Cuba, y se decidió á subir á verle para enterarse, para recomendar á su hijo, para buscar consuelo, no sabía para qué; pero allá se dirigió.

Cuando Antonio anunció su visita, Pepe se disponía á salir, y encontró en el pasillo á la pobre mujer convertida en un mar de lágrimas. Después de muchas preguntas, logró averiguar que Mariano, el hijo de la portera, marchaba, como ésta decía, en medio de innumerables sollozos, «¡á la guerra, á Cuba, al matadero!»...

D. César, que oyó desde dentro estas palabras, salió de la habitación diciendo:

—¡Mentira, Isabel, mentira! ¡Ir á Cuba no es ir al matadero! ¿No me ves á mí sano y salvo? Pues en Cuba estuve dos años y pico. ¿No ves á mi so-

brino tan tranquilo como si nada pasara? Pues á Cuba se va también...

—¡Pero no es lo mismo, D. César! El señorito es teniente, y...

—Y por eso el señorito correrá mayor peligro que si fuera soldado raso. Porque el señorito sabrá cuál es su deber, y ocupará el puesto que le corresponde. Porque el señorito marchará al frente de sus soldados, y estará más expuesto á las balas, ¿entiendes?

—¡Ay, D. César! ¡Si mi Mariano pudiera estar allá en Cuba en compañía del señorito!... Porque eso de no tener á nadie á quien volver los ojos...

—Eso se consigue con facilidad—dijo el teniente.

—¡Eso no debe conseguirse ni pretenderse siquiera!—agregó enérgicamente el coronel.

—¿Por qué, D. César?

—Porque en el ejército no debe haber recomendaciones; porque esos caprichos se oponen á la disciplina militar... ¡Entiéndelo bien: á la disciplina militar!

—¿Y á mí qué me importa eso?

—A ti no te importa la disciplina; pero le importa al ejército, le importa á la nación, le importa á la humanidad entera... ¿Y sabes por qué? Porque sin disciplina no hay ejército, y sin ejército no se puede hacer la guerra, y sin guerra...

—Sin guerra... estaríamos mejor.

—¡Es claro! ¡Y el honor y la vergüenza por los

suelos! ¡Y cuatro traidores que se rían á nuestras barbas! ¡Y á Cuba que se la lleven los demonios!...

—¡Ya se la podían haber llevado hace tiempo! Así no se llevarían á mi hijo, que es mío, y me hace falta á mí, y vale más que Cuba y todos los cubanos juntos...

—¡Calla, calla, y no disparates de esa manera! No se trata de si Cuba vale ó no vale, ¿entiendes? Se trata de la honra nacional; y la honra nacional vale más que tu hijo, y más que los hijos de todas las madres, y más que la vida de todos los españoles... Porque una nación sin honra merece que todas las naciones la pisoteen, y la escupan á la cara, y...

—Pero, por Dios, D. César, no se ponga usted así. Yo no entiendo esas cosas que usted dice. Yo lo que sé es que tengo un hijo, y que ahora me le llevan á Cuba, y que ya no le volveré á ver... Pero, en fin, D. César, yo no vine á reñir con usted ni con nadie. Vine... no sé á qué; á buscar consuelo, á pedir amparo... ¡Más valía que no hubiera venido!... ¡Usted no tiene hijos y no puede comprender mi pena! ¡Lloraré yo sola mi desgracia! ¡Adiós, adiós!...

Y la pobre mujer salió enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos, y bajó las escaleras tan desolada como las había subido.

—¡Qué arrebatos tan inoportunos tiene usted!— dijo el teniente á D. César en cuanto quedaron

solos.—¡Vaya un modo de consolar á una madre que llora porque le llevan á su hijo!

—Es que hay cosas, Pepe, que yo no puedo escuchar con paciencia, ¿entiendes? Y si tú las escuchas impávido como una estatua de bronce y sin inmutarte más que se inmuta una roca, es porque tienes tanto de militar como yo de turco. Me equivoqué, sí señor, me equivoqué al darte esta carrera. Debí haberte hecho médico, abogado, cualquier cosa, menos militar. Entre los jóvenes de hoy no se encuentra uno con verdadera vocación para la milicia. ¡Así anda el ejército!...

—Vaya, tío, no me riña usted, porque es el último día que estamos juntos. Si no manda más voy á despedirme de algunos amigos y á hacer mis preparativos de viaje.

—Anda, y no te olvides de lo que te he dicho. Es un viejo militar y un padre que bien te quiere quien te ha dado esos consejos.

—A ese viejo militar y á ese padre que bien me quiere—contestó el artillero, medio en broma, medio en serio,—le prometo solemnemente que no volveré á esta casa si no vuelvo vencedor.

Salieron los dos, y desde arriba percibieron los sollozos con que la infeliz madre desahogaba sus amarguras abajo en la portería.

—¡Escucha!—dijo D. César.—¿Oyes cómo llora Isabel? ¡Y será por mis arrebatos de antes! ¡Maldito sea mi genio!... Mira, antes de salir procura consolarla. ¡Que no haga caso de lo que la he di-

cho! Oye, dila que cuidarás de su hijo, que no le faltará nada, que yo mismo te lo he encargado... Pero sin que esto se oponga á la disciplina, ¿entiendes? ¡Ojo con la disciplina!...

\*  
\* \*

La estación era aquel día un hervidero de gente. Los soldados que iban á partir para Cuba llenaban ya los coches del tren militar, engalanado con gallardetes y banderas, y desde las ventanillas daban el último adiós á los seres queridos que dejaban en Madrid, acaso para no volver á verlos jamás.

El tren partió. La muchedumbre prorrumpió en estruendosas aclamaciones, y los soldados contestaban agitando los pañuelos. Cuando el tren desapareció, las madres de los que se iban volvieron á sus casas con el corazón comprimido de angustia.

Eliseo Morales se encerró en su cuarto, y escribió una *Oda á los héroes de la patria*.

---

## II

Mientras aquellos infelices arrancados de los brazos de sus madres, eran transportados á Cuba, acaso para morir allá, víctimas del hambre ó las balas, en Madrid, los miembros más conspicuos del Gran Oriente Español celebraban uno de esos opíparos banquetes con que la colonia filipina solía obsequiar á Morayta y á sus venerables HH.: de mandil.

Sentáronse á la mesa media docena de indios, una de mestizos, algunos periodistas, altos funcionarios y empleados de diversas categorías que vivían del presupuesto. Total, unos cincuenta.

Comenzó el almuerzo en medio de un silencio sepulcral, sólo interrumpido por alguna voz que saludaba al amigo que ocupaba un lugar próximo; después cada cual entabló conversación con el de la derecha, el de la izquierda ó el de enfrente; luego, á medida que los estómagos iban fortaleciéndose y calentándose las cabezas, se oía crecer gradualmente el diapason, y al llegar á los pos-

tres, era tal la confusión y el ruido, que ya nadie se entendía. Unos discutían acaloradamente, otros hablaban á gritos con personas distantes que, para oír, ponían las manos formando pabellón detrás de las orejas; éste aplaudía las gracias de un comensal, aquél daba sobre la mesa un puñetazo que hacía temblar toda la vajilla...

Sonaron los primeros taponazos del *champagne* y empezaron los brindis. Abrió la marcha uno de los periodistas que, á fuer de estómago agradecido, elogió la generosidad, la ilustración, la virtud de la colonia filipina, é hizo votos por la prosperidad de «aquella perla de Oriente que España no había sabido apreciar en su verdadero valor». Brindaron después otros muchos, y todos dijeron lo mismo. Al fin se levantó D. Eusebio Pérez-Gutiérrez..... Pero este varón esclarecido, gloria de la tribuna y lumbrera de la política, merece párrafo aparte.

Su primer apellido era *Pérez* á secas, y el segundo *Gutiérrez*, á secas también; pero él unía los dos con un guión, y así lo haremos nosotros para no contrariar sus gustos. Cuando cursaba la carrera de Derecho en Madrid, por cierto á expensas de un tío cura, ingresó en la masonería, y gracias á ella logró pronto un empleo que le daba para vivir sin trabajar. Allá por los tiempos de la *gloriosa* recorrió algunos pueblos predicando la guerra santa contra la Iglesia, acaudilló las turbas que saquearon los conventos y se llevó á su casa rico botín de al-

hajas y cuadros de gran valor. Era republicano por temperamento y por ideas; en la República figuró durante su corta existencia, y en periódicos republicanos escribía. Pero cuando la República desapareció, arrojada á puntapiés, silbada y escupida por España entera, Pérez-Gutiérrez cambió de ideas y se afilió al partido victorioso. Hombre de gran talento práctico, vió que la República había muerto, quizás para siempre, y que no era ese el camino para medrar. Y lo que él decía: «Mi corazón es todo entero republicano; mas tengo también estómago; el estómago no se alimenta con ideas, sino con manjares más positivos y substanciosos, y, hoy por hoy, la República no me los da.»

Por el tiempo en que aparece en nuestra historia, Pérez-Gutiérrez es diputado liberal, y además de esto, propagandista infatigable de la masonería, amigo de todos los insurrectos cubanos que figuraban, admirador eterno de la gran República norteamericana, y... (también hay que decirlo), uno de los que más dinero habían recibido de las logias creadas en Filipinas. Ahora prosigamos nuestra narración.

Se levantó, como íbamos diciendo, Pérez-Gutiérrez, y los concurrentes le saludaron con una salva de aplausos que él escuchó con una sonrisa y varias inclinaciones de cabeza. Después acarició su gran barba, preliminar indispensable, tosió dos veces, aseguró las gafas sobre la nariz, y dijo... lo

que habían dicho los demás, con alguna diferencia en la forma. Prodigó elogios estupendos al pueblo filipino, que gemía ¡ay! bajo el yugo del despotismo y la teocracia; y como de paso, llamó á la Metrópoli madrastra de diez millones de hijos suyos que arrastraban las cadenas de la esclavitud. Habló de una nación oprimida y de ideas salvadoras, de tiranía y libertad, de fanatismo y redención...

Hasta los indios (¡oh virtud prodigiosa del *cham-pagne!*) hasta aquellos pobres indios se sintieron inspirados. Mas ¡quién iba á atreverse á improvisar delante de hombres tan sabios y tan!... Sólo uno, Alipio del Rosario, indio de pura raza, llevaba preparado un discursito que le había costado tres días de sudores y otras tantas noches de insomnio. Pero... ¡buen papel iba á representar el infeliz ante los oradores insignes que le habían *presedido!* Por otra parte, se le ocurrían ideas nuevas, pensamientos sublimes que no llevaba escritos. Lo que hay es que no sabía cómo expresarlos... Y el hombre sudaba, se revolvía en su asiento, y procuraba abstraerse apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo la cara entre las manos, para no ver lo que le rodeaba, para no oír lo que se decía... Todo inútil, no pudo formular una sola idea. Era *nesesario*, era absolutamente *nesesario pronunsiar* el discurso aprendido. Y cuando empezó á recapacitar sobre él... ¡oh desesperación! hasta lo escrito se le había olvidado; ni sabía cómo empezaba siquiera... El corazón se le

salía del pecho; sintió en las sienes unos latidos que le entontecieron; tendió por todo el comedor una mirada angustiosa, vaga, estúpida; creyó que se desvanecía.

Y á todo esto, su turno había llegado, y todos esperaban por él. Un mestizo que comía á su lado no cesaba de darle con el codo para que se levantara, y los demás indios, desde diversos puntos le instaban á lo mismo haciéndole señas con la cabeza y con los ojos. ¡Hasta Pérez-Gutiérrez no hacía más que mirarle, mirarle, y hablar al oído con sonrisas maliciosas á los que se sentaban junto á él! Al fin registró los bolsillos de la levita, sacó disimuladamente su papelito, le leyó sin que nadie lo notase, y se lo entregó al mestizo de la izquierda, diciéndole con voz temblorosa y suplicante:

—Apúntame si me pierdo.

Se levantó, los comensales callaron, él fijó un instante los ojos en el techo, y rompió á hablar.

«Señores: Yo debo dar *gracias...*»

Y se paró en seco.

Pérez-Gutiérrez y otros comenzaron á aplaudir por sacar de apuros á aquel pobre diablo, y darle tiempo para que pensase en lo que iba á decir. La verdad es que bien lo necesitaba, porque de su frente caía un sudor abundante, le temblaban los labios, sus ojos miraban y no veían, y su rostro adquirió un color negro tan intenso, que brillaba. El mestizo se levantó y pronunció á su oído las pala-

bras que seguían. Terminados los aplausos, Alipio continuó:

«Doy *gracias*, señores, en nombre de mis *conciudadanos* y en nombre de la *nación* filipina...»

—¡A todos las señores!...—leyó el mestizo.

«A todos los señores que han comido...»

—¡Que han venido!...—se oyó claramente decir al apuntador. Y nuevos aplausos resonaron en la sala: esta vez para disimular la risa que ya nadie podía contener. El orador prosiguió:

«A todos los señores que han venido á honrarnos con su *presencia*...»

No hubo medio de seguir. El hombre sabía que en su escrito se hablaba mal de los frailes, y esto era lo que con más empeño deseaba soltar; pero imposible traer á la memoria las palabras del papel. Se acordaba, sin embargo, de las últimas frases del discurso, ¡y éstas sí que no las dejaba él en el bolsillo! ¿Pero cómo enlazarlas con lo poco y malo que había podido decir? Del modo siguiente:

«Espero *benevolencia*, señores, porque no tengo costumbre de *pronunsiar* estas *improvisaciones*. ¡Ah! Mi *corasón* se siente *agradesido*, porque la *nación* filipina, señores, espera mucho de nuestra *Asosiasión*. Quiere libertad, quiere más *independencia*, no quiere frailes... ¡Viva la *emansipación* de mi país! ¡Viva el pueblo filipino!...»

—¡Bravo, muy bien!—contestó la asamblea á

estos vivos tan mal traídos y tan sosamente *pronunciados* por el indio.

Pérez-Gutiérrez se levantó de su asiento, se acercó á Alipio y le dijo estrechándole hipócritamente la mano:

—¡Muy bien, muy bien! ¡Usted hará progresos en la oratoria! Por lo pronto, amigo Alipio, yo le aseguro á usted que Filipinas tendrá representación en Cortes, y uno de sus primeros diputados será usted.

Y respondió el mentecato, persuadido de que su discurso había producido efecto:

—*¡Gracias, gracias!*

\*  
\* \*  
\*

Aquel banquete no era más que el prólogo de la sesión anunciada para la noche, sesión ignominiosa y funesta, en que habían de tomarse importantes resoluciones para el porvenir del dominio de España en Filipinas.

Desde las ocho empezaron á pasar por una de las calles más céntricas numerosos caballeros, de rigurosa etiqueta en su mayor parte, y algunos, muy pocos, en elegantes coches tirados por soberbios caballos. Iban entrando en una casa que, exteriormente, en nada se distinguía de las demás, subían al piso primero, entraban por la puerta de la izquierda, abierta para todo el mundo, y se esparcían después por diversas habitaciones, am-

plias y lujosamente amuebladas. Todos aquellos señores conocían muy bien el local, á que daban el nombre de *Círculo de recreo*, con frecuencia se convertía en *Círculo político*, y á veces en verdadera casa del crimen.

Los que allí se reunían aquella noche eran los mismos que habían tomado parte en el banquete y algunos más, entre ellos un señor extraordinariamente grueso, moreno, de duras facciones y baja estatura, que conversaba en uno de los salones con Alipio del Rosario.

A las nueve en punto subían nuestros personajes, unos tras otros, cierta escalera reservada que daba acceso á una especie de vestíbulo. Allí se colocaron todos formando escuadra y dejando vacío el espacio que ocupaba una puerta muy singular en uno de los lados. Pérez-Gutiérrez, que era el destinado á ocupar la presidencia en aquella reunión, se adelantó hacia el centro. Luego se oyeron tres golpes de martillo, y la puerta giró sobre sus goznes, dejando ver un gran salón rectangular iluminado con luz eléctrica, tapizado de rojo y con bóveda azul sembrada de estrellas. En la parte interior había á cada lado de la puerta una columna de bronce con las iniciales J. y B.: Se veían sobre estas dos columnas una perpendicular y un nivel, y en el centro, á la altura de los capiteles, un compás abierto con las puntas hacia arriba. Constaba el salón de tres ventanas: una al Oriente, otra al Occidente y la tercera al Medio-

día. El pavimento era de mosaico, y en la tercera parte central se hallaban trazados el sol, la luna, una escuadra y una regla. En el extremo opuesto á la entrada, bajo un hermoso dosel de tela roja con franjas de oro y sobre un estrado de tres gradas, se destacaba el trono destinado á la presidencia. Delante había una mesa con tapete encarnado y franjas de oro, sobre la cual aparecían un mazo, un compás, una espada, dos libros y un candelero con tres brazos. Enfrente otra mesa triangular, al lado izquierdo el sitio destinado al orador, y junto á la columnas J.: y B.: dos sitios con sus respectivas mesas, sobre las cuales se veía un mazo. Aquel salón era el *templo* masónico, según el rito escocés, de una de las logias que prestan obediencia al h.: *Pizarro*, D. Miguel Morayta, Gran Maestro del Gran Oriente Español.

En cuanto se abrió la puerta, entró Pérez-Gutiérrez, cruzó el salón con paso lento y solemne, y se sentó en el trono. Los dos *vigilantes* ocuparon sus sitios correspondientes al pie de las columnas J.: y B.:, y los demás fueron colocándose á los lados del salón. El hombre gordo que conversaba con Alipio tomó asiento en el lugar más próximo á la puerta, fijándose con cuidado cómo podría abrirse en caso de necesidad.

Después de algunos instantes de silencio, Pérez-Gutiérrez se levantó con gran solemnidad, y dirigió una mirada entre escrutadora y sonriente á derecha é izquierda, como quien cuenta el núme-

ro de los circunstantes ó mendiga un aplauso. Luego bajó la vista en actitud de meditar, acarició con las dos manos su canosa barba, y empezó el discurso.

«Señores: No puede ser más simpático el motivo de nuestra reunión, ni más noble el fin que aquí nos congrega. Cuando un pueblo yace sumido en las tinieblas de la ignorancia, cuando gime bajo el yugo del más intolerable de los despotismos, y quiere luz para ver y libertad para vivir, á nosotros toca oír sus quejas, misión nuestra es disipar aquellas tinieblas y saciar esa sed de libertad, esa aspiración legítima de felicidad y de progreso. (*¡Muy bien!*)

»¡Ah, señores!—continuó el orador levantando el tono para cantar las glorias de la masonería en un párrafo que había repetido más de veinte veces en sesiones análogas—. ¡Ah, señores! Si cualquier profano compara la Europa actual, libre, civilizada y feliz, con la Europa de hace un siglo, esclavizada por reyes tiranos y por el fanatismo del clero, no puede explicarse esa gran transformación de los pueblos, esa verdadera redención de una gran parte de la humanidad. ¿Y sabéis por qué? Porque ese profano ve los efectos sin conocer las causas; porque lee las leyes sin saber quién las dictó; porque estudia ó presencia las revoluciones, y no ve la mano oculta que las mueve; en una palabra, porque ignora la historia de la asociación humanitaria á que nosotros tenemos la honra de pertene-

necer. Mas para un masón, regularmente instruído en los secretos de la Orden, no hay misterio alguno en todos esos acontecimientos. Sabe quién dictó la expulsión de los jesuítas de los dominios españoles; quiénes favorecieron la independencía de esa gran nación que se llamó Estados Unidos, el más rico, el más humanitario, el más próspero de todos los pueblos de la tierra; sabe quién fué el primero que sembró en España la idea de una república: un hombre de grandes alientos que, perseguido en su país, huyó á nuestras posesiones de América, fundó logias, trabajó con celo incansable y preparó la independencía de aquellas ricas colonias; sabe que á nuestra Orden pertenecían casi todos los diputados de las Cortes de Cádiz, aquellos hombres insignes que, mientras el pueblo imbécil derramaba su sangre por reconquistar el trono de un Rey déspota, ellos conquistaban el trono incommovible de las modernas libertades. (*¡Bravo!*) Sabe, por último, quiénes contribuyeron á la obra humanitaria de la emancipación de todos los pueblos americanos, quién fué aquel mártir de la libertad, aquel glorioso caudillo que en Cabezas de San Juan se levantó contra el absolutismo, y al frente de un pequeño ejército hizo jurar la Constitución al tirano y aseguró la independencía de nuestras colonias americanas... ¡Señores! Dirijamos desde aquí un saludo al inmortal Riego, á los hombres de 1820 y á las logias de Cádiz, verdaderas autoras de aquel grande acontecimiento... Sí, la francmasone-

ría española tendrá siempre la alta gloria de haber contribuido á la emancipación de América. ¿Qué importa que una nación pierda territorios, cuya conquista, en último término, fué un gran latrocinio, si esa pérdida cede en bien de la humanidad? Esto no puede decirse en todas partes porque se calificaría de traición, porque hay todavía espíritus mezquinos y visionarios para quienes la patria es un nombre sagrado al cual rinden una especie de culto; mas entre nosotros..., entre nosotros, señores, podemos proclamar que la gloria más grande de nuestra asociación consiste en haber extendido la libertad, arrebatando á España dominios que no la pertenecían, dominios que nunca debió tener, porque, señores, la masonería no concreta su patria á un territorio determinado, ni la familia á media docena de individuos. ¡No! Para el buen masón la Patria es el mundo, y la familia la humanidad entera.» (*Ruidosos aplausos.*)

Hasta aquí el párrafo repetido en otras ocasiones por Pérez-Gutiérrez.

El hombre gordo se revolvía en su asiento, sin saber qué postura tomar, horrorizado de oír tanta desvergüenza y tanta infamia. Pero aún no se había terminado el discurso.

«Nuestros antepasados—prosiguió el orador después de una breve pausa—se valieron muchas veces, para realizar sus planes, de la calumnia y hasta del asesinato (llamemos las cosas por su

nombre). No seré yo quien trate de justificar todos estos actos; pero los disculpo. Sí, señores, los disculpo, porque la tiranía y el fanatismo se habían conjurado contra aquellos bienhechores de la humanidad, porque eran perseguidos, y no les quedaba otro recurso que la traición ó su propio aniquilamiento, asesinar ó suicidarse. A esta persecución son debidos sus juramentos y ceremonias, sus misterios y sus maquinaciones ocultas, sus insignias y sus palabras simbólicas, para entenderse entre sí sin ser entendidos de los profanos. Las turbas que en los años 34 y 35 degollaron á los frailes... (¿por qué no decirlo?) fueron reclutadas y asalariadas por las logias. Aquel degüello, señores, pesaría aún sobre nuestra conciencia y sería un borrón en la historia de la Orden, si las circunstancias no lo legitimasen. Sí, fué un acto de legítima defensa, un medio necesario para la vida de la libertad. La supresión de las corporaciones religiosas y la venta de sus bienes hacían falta para pagar deudas y sostener las cargas públicas. Fué la base de nuestras ulteriores conquistas, un paso adelante de nuestra influencia en el gobierno del Estado y la preparación de nuestro triunfo definitivo en la gloriosa revolución de Septiembre, que hizo astillas el trono de Isabel II. (*Muy bien!*)

«Desde este día memorable, puede decirse que el gobierno de la nación quedó en nuestras manos. Todos los principales funcionarios públicos, sin excluir al Regente del reino, eran nues-

tros mandatarios. Elevados por nosotros al poder, tenían el compromiso de obrar conforme á nuestras inspiraciones y á sus anteriores juramentos. Obedeciendo á una consigna, se cerraron iglesias, se suprimieron conventos, se derribaron templos por exigencias del ornato público, se destinaron edificios innumerables al servicio del Estado, se decretó la libertad de cultos, la secularización de los cementerios, el matrimonio civil, y más tarde, el sufragio universal y el jurado. He aquí nuestras conquistas.

\* ¿Pero lo hemos conseguido todo? ¡Ah, señores! En algunas cosas, lejos de adelantar, hemos retrocedido. Rige en España una Constitución que declara religión del Estado á la católica, y hay que trabajar sin descanso hasta conseguir que el Estado sea ateo, hasta su separación absoluta de la Iglesia. A la sombra de la libertad, por nosotros conquistada, España ha vuelto á inundarse de Congregaciones que se han apoderado de la beneficencia pública, de la enseñanza y hasta de algunas industrias. El jesuitismo va poco á poco infiltrándose en nuestra sociedad, apoderándose de las conciencias, formando una juventud que el día de mañana será suya, ó á lo menos no se hallará dispuesta para seguirnos al combate. El clero lo domina todo, señores, y nos declara una guerra sin cuartel en el púlpito, en la cátedra, en los libros, en los colegios, en los hospitales, hasta en el Congreso... ¡Señores! ¡La libertad está en peligro! ¡La

hidra vuelve á levantar la cabeza, y es necesario aplastarla!... (*¡Muy bien!*)

«Nuestros antepasados fueron perseguidos, tuvieron que ocultarse en las profundidades de la tierra, y consiguieron, á pesar de todos los obstáculos, conquistas que asombran. Y nosotros, que constituimos hoy una sociedad legal; nosotros, que podemos ostentar públicamente y en todas partes nuestras insignias masónicas; nosotros, que contamos con numerosos adeptos en la política, en la prensa, en el ejército, en la cátedra, y estamos extendidos por toda la nación y aún por todo el mundo; nosotros, señores, que somos omnipotentes, ¿ni siquiera sabremos conservar lo que á costa de sacrificios nos legaron nuestros mayores? ¿Que no caiga esa vergüenza sobre nuestras frentes!

»Aún nos falta otra cosa que hacer, otra cosa, señores, que exige con urgencia nuestra atención y nuestros desvelos. Os hablo de las provincias de Ultramar. Nuestros hh.:. de Cuba se hallan empeñados en una guerra sangrienta, cuyo fin no se ve más que con el aniquilamiento de aquella hermosa isla. ¡Señores! la causa de la humanidad solicita nuestra cooperación. ¿Pero en qué sentido? No tengo necesidad de expresarlo. Todos sabéis cuáles son las tradiciones de nuestra Orden respecto de las colonias. Todos sabéis cuáles son las aspiraciones de la francmasonería universal en el presente conflicto; y nosotros, dejando á un lado ri-

dículas preocupaciones patrióticas, nos encontramos en el estrecho deber de secundar los planes de la asociación á que pertenecemos. Todos sabéis, por último, que los héroes que en Cuba se batieron por su independencia son hh.: nuestros; ¿quién puede negar ayuda y socorro á sus hermanos? No ha llegado aún el día de manifestar los trabajos hechos sobre este asunto; pero puedo asegurar que existen inteligencias secretas entre la masonería española y el Gran Consejo de Charleston para la pronta terminación de esa guerra inicua é inhumana; puedo deciros que contamos para esta obra con políticos eminentes dentro y fuera de España, y que en la misma Cuba hay jefes del ejército de diversas categorías que sabrán cumplir sus juramentos.

»En lo que se refiere á Filipinas, opino, señores, que este hermoso país no está aún preparado para una independencia inmediata, pero sí para que se le concedan todos los derechos civiles y políticos que han conquistado las naciones cultas; es decir, la libertad religiosa, la libertad civil en todos los órdenes y la representación en Cortes. Este será el principio de su progreso, y la esperanza de su total redención en día no lejano.

»Respecto á los trabajos hechos por nuestra asociación para implantar en Filipinas estas preciosas libertades, cedo gustoso la palabra á un hijo ilustre de aquellas islas, D. Alipio del Rosario, que, conocedor del país y miembro de las sociedades

que en él funcionan, podrá informaros mejor que yo acerca del asunto. Sólo diré, para concluir, que en Filipinas tenemos que luchar con un obstáculo casi insuperable: el fraile. El fraile que domina allí, como rey absoluto, hace más de tres siglos; el fraile que ha sabido captarse las simpatías y una especie de adoración entre aquellas gentes sencillas. Todos nuestros esfuerzos serán inútiles mientras haya frailes en Filipinas. Por consiguiente, señores, lo que hoy nos toca hacer es desprestigiar al fraile, quitarle toda su influencia, llevar leyes que mermen sus atribuciones, periódicos que le degraden refiriendo hechos verdaderos ó falsos, y empleados que le espíen, que le ridiculicen, que exciten los ánimos contra él. Solamente así prosperará nuestra obra.»

Aquí debió haber terminado Pérez-Gutiérrez; pero la conclusión resultaba tan pobre, que tuvo necesidad de añadir uno de sus párrafos favoritos, repetido cada vez que se le había presentado la ocasión, y la ocasión se le presentaba con frecuencia.

«Por último, señores — exclamó levantando la voz —, no olvidemos que los enemigos irreconciliables de la francmasonería, lo mismo en España que en otras naciones, han sido el Altar y el Trono, que simbolizan la tiranía, así como el triángulo es la insignia gloriosa de la libertad. El Trono está fuera de combate, le hemos vencido en Europa y América. Réstanos solamente librar la última

batalla contra el Altar, para que se realice el acuerdo de la asamblea masónica celebrada en Nápoles en 1870. *Los masones y todos los hh.: librepensadores se imponen la obligación de trabajar por la abolición pronta y radical del Catolicismo, y su aniquilamiento por todos los medios posibles, incluso el de la revolución.* ¡Señores! tened en cuenta que estas palabras se dirigen principalmente á nosotros los españoles, porque España es el baluarte más firme del fanatismo. Tengamos fe en nuestros ideales; desechemos de nosotros toda preocupación religiosa; conservémonos en los puestos que ocupamos, que así como el cetro se ha roto ya en manos de los reyes, también se romperá la Cruz en manos de los sacerdotes.» (*Prolongados aplausos, ovación delirante.*)

Uno solo se abstuvo de aplaudir: el hombre gordo que se quedó mirando atónito y con ira al orador y á aquella turba de serviles aduladores. No sabía qué partido tomar. Le vino el pensamiento de acercarse á la presidencia y estrangular entre sus manos al cínico Pérez-Gutiérrez; pensó también en levantarse y huir de aquella asquerosa reunión; pero al fin procuró disimular su repugnancia y su cólera, se cruzó de brazos y se decidió á permanecer allí hasta ver en qué paraba todo aquello.

Cuando se dejaron de oír los aplausos, el presi-

dente dirigió una mirada y una sonrisa al indio que debía ocupar la tribuna, y dijo:

—D. Alipio del Rosario tiene la palabra.

Se levantó el aludido, y fué á colocarse detrás de una mesa al lado izquierdo del *trono*. A pesar de que no trataba de *haser* una *improvisación* como en el banquete de aquella tarde, sino sencillamente de leer un informe redactado por el mismo Pérez-Gutiérrez y escrito con esa hermosa y clara letra que saben hacer los indios, el hombre se hallaba visiblemente emocionado. La cosa no era para menos. ¿Qué significaba él, pobre indio nacido en una cabaña de Filipinas, ante aquellos personajes que iban á escuchar su voz? Presumido y soberbio era el indio; pero todo tiene sus límites, y es la verdad que cruzó por su alma el pensamiento de su pequeñez ante aquellos gigantes del periodismo y la elocuencia. Sin atreverse á levantar sus ojos del suelo, sacó su papel del bolsillo interior de la levita, le dejó sobre la mesa, fijó sobre su chata nariz unas gafas con armadura de oro, no precisamente porque las necesitase, que gracias á Dios tenía muy buena vista, sino porque así lo hacía Pérez-Gutiérrez; después cogió el papel con cierta gracia, tosió dos veces, y leyó... No se puede transcribir todo lo que leyó, porque no hay oído que resista tanta desvergüenza. Baste decir que el autor del discurso puso en boca de aquel mentecato lo que él no se atrevía á mani-

festar. ¡Y cuidado que Pérez-Gutiérrez no se mordía la lengua!

Empezó arrogándose la representación del pueblo filipino (primera mentira, porque sólo representaba á dos docenas de estudiantes patrocinados por Morayta, y el pueblo filipino era muy ajeno á cuanto se tramaba contra él y contra España en los antros masónicos). Expuso detalladamente los trabajos realizados por las Sociedades secretas desde que allí fueron establecidas por peninsulares, á raíz de la revolución de Septiembre, hasta la actualidad. Habló con gran encomio de la *Liga filipina*, cuartel general de los enemigos de España, y de *La Solidaridad*, órgano de las logias que, con la mejor intención del mundo, trataba de desprestigiar á las Corporaciones religiosas, difundir por todas las islas la masonería, excitar el odio contra la Metrópoli y preparar la insurrección armada. Habló también de *su amigo* D. Miguel Morayta, jefe del *Gran Oriente Español* y alma de la propaganda filibustera, que tomó bajo sus poderosos auspicios la Asociación filipina y el periódico; que alentaba á los estudiantes de allá, sus queridos *consiudadanos* y amigos, á trabajar por la *redención* y el progreso del país; que permitió generosamente crear logias formadas sólo de indígenas, con la obligación de suscribirse á *La Solidaridad* para ir infiltrando en los indios ideas grandes y amor á la independencia. Esto de la obligación de suscribirse á *La Solidaridad* no lo

dijo Alipio, por supuesto; así como se calló también lo de los innumerables banquetes celebrados por cuenta de los filipinos en honor del h.: *Pizarro*, y el negocio *loco* que suponían los títulos masónicos expedidos en favor de los hh.: de Ultramar, y los impuestos que pesaban sobre las logias tagalas, que no trabajaban los masones de España por amor al arte ni por que los filipinos vistiesen levita ó continuasen con taparrabo.

En fin, después de decir el indio cuantos horrores le había puesto en el papel el h.: Pérez-Gutiérrez de los frailes y de cuanto se relacionaba con España; después de hacer un cumplido elogio de la raza filipina, civilizada y vigorosa, pero envilecida por el fraile, tiranizada por algunas autoridades, saqueada por el elemento peninsular, ávida de libertad, de regeneración y de progreso, terminó su lectura con el substancioso parrafito siguiente que el lector había ensayado en su casa con esmero:

«¡Señores! Urge poner remedio á tanto mal. Unámonos todos como un solo hombre para combatir por la causa de la humanidad; formemos atmósfera por medio de la prensa; trabajemos en las Cortes, ante los poderes públicos, en los Ateos, en la cátedra, en todas partes; convenzamos al mundo entero de la necesidad de que se realicen nuestras aspiraciones; hagamos ver á todos que, si el indio aborrece á España, es porque España nada hace por el indio, es porque le tiene

esclavizado y le obliga á soportar el yugo tiránico del fraile... ¡Oh, el fraile! No puedo pronunciar este nombre sin que la ira me ciegue y la sangre se me agolpe al corazón. ¡Señores! Hay que llevar allí autoridades que estén incondicionalmente á nuestra disposición. Hay que embarcar para España, sea como quiera, á los que no son de los nuestros. Hay que hacer un esfuerzo supremo por la expulsión de las Órdenes religiosas... Con esto solo que consigamos, hemos triunfado en toda la línea. Es necesario hacerlas guerra sin cuartel, lo mismo aquí que en Filipinas. Podemos contar para esto con el apoyo de personajes influyentes en la política y con la ayuda incondicional de los más elevados jefes de la francmasonería española y extranjera.

»Por ahora (y subrayó el muy taimado el *por ahora*) nos contentamos con gozar de las mismas leyes y las mismas libertades de que goza la Península: libertad religiosa, libertad de asociación, libertad de imprenta y representación en Cortes. Dada esta base, nosotros sabremos hacer lo que falta. Si los Gobiernos no acceden á nuestras justas peticiones, nosotros conquistaremos nuestra propia libertad, el pueblo filipino sabrá romper las cadenas que le oprimen. La mina está cargada de pólvora, y sólo falta encender la mecha... ¡Ay del día en que haya necesidad de prender fuego á la mecha para que la mina estalle!...» (*Aplausos en toda la Asamblea.*)

Entre los mestizos se produjo un movimiento extraño. Era vergonzoso para ellos que Alipio, un indio de pura raza, llevase la representación de Filipinas y les robase aquellos aplausos. La ambición, la envidia, los celos se levantaron en su conciencia. ¡Ellos no podían quedar aplastados por un indio! ¡Tenían que hablar también!...

—¡Yo hablaré!—exclamó uno de los mestizos, como iluminado por una idea salvadora; y sin esperar contestación, se lanzó á la tribuna.

No iba preparado; pero sabía de memoria la alocución que una junta de laborantes filipinos había dirigido á sus hermanos desde París; y con el párrafo más elocuente y algunas frases de efecto que á él le bullían en la cabeza, tenía bastante para darse á conocer y escuchar aplausos.

«¡La mina, señores, está cargada de pólvora!—exclamó repitiendo la última frase de Alipio.— Hablo en nombre de un pueblo oprimido; y en nombre de ese pueblo, declaro que el yugo que sobre él pesa se va haciendo insoportable, y que si España no se apresura á escuchar sus quejas, la bandera que allí ha ondeado por espacio de tres siglos será arrastrada por el lodo; la espada de la venganza inundará de sangre las ciudades y los campos; la revolución será un volcán que asolará aquellos hermosos países... (*¡Bravo!*) ¡Sí, señores! Porque, cuando á un pueblo se le amordaza; cuando se pisotea su dignidad, su honra y todas sus libertades; cuando ya no le queda recurso al-

guno legal contra la tiranía de sus opresores; cuando no se escuchan sus quejas, sus súplicas y sus gemidos; cuando no se le permite ni siquiera llorar; cuando se le arranca del corazón hasta la última esperanza, entonces... entonces no le queda otro remedio que descolgar con mano delirante de los altares infernales el puñal sangriento y suicida de la revolución... ¡César, nosotros que vamos á morir te saludamos!...»

Dejó la tribuna el orador, y temblando de emoción se unió á los suyos, que le abrazaban con delirio. En el salón resonaban los aplausos, y todos los concurrentes gritaban con entusiasmo:

—¡Muy bien, muy bien!...

—¡Muy mal, muy mal!—exclamó una voz potente que dominó las demás é impuso silencio.

Todas las miradas se dirigieron al punto de donde salía aquella voz, y vieron al hombre gordo de pie, con los puños cerrados, en actitud amenazadora y terrible.

—¡Sois unos miserables! ¡Sois unos traidores!...

—continuó diciendo con voz ronca, con los ojos clavados en el presidente de la asamblea.

Y acercándose á la puerta, la abrió de un puntapié y desapareció.

\*  
\* \*

Quedaron todos estupefactos por un instante, mirando atónitos hacia la puerta, sin pronunciar una palabra, sin respirar, sin saber qué significa-

ba aquello, ni quién era el osado que se había atrevido á insultarles, ni á quién se referían aquellas palabras, jamás oídas en un templo masónico, aquellas frases enérgicas con que un desconocido insultaba su honor y profanaba su santuario. Después se miraron unos á otros, preguntándose qué pasaba, quién era aquel hombre, y, por último, se oyó un sordo murmullo dominado inmediatamente por una voz cargada de ira:

—¡Hay que matarle!...

Se levantaron todos como movidos por un resorte, y maquinalmente repitieron cerrando los puños:

—¡Hay que matarle! ¡Hay que matarle!...

Y allí ya no se oyeron más que gritos, imprecaciones y juramentos. Algunos trataron de salir en persecución del fugitivo; pero los vigilantes habían cerrado la puerta, y á nadie permitían acercarse á ella sin autorización del presidente.

—¡Calma, señores, calma!—decía éste desgañitándose;—mas nadie le hacía caso, nadie le oía siquiera en medio de aquel barullo infernal.

—¡Nos han ultrajado, y esto pide venganza!—se decía por todas partes.—¡Han manchado nuestro honor, y esto sólo se lava con sangre!...

Como si el diablo mismo hubiera andado en el negocio, en aquel instante se apagó la luz, y el templo masónico quedó en una obscuridad completa.

—¡Traición!—gritó uno.

—¡Nos hacen traición!—repitieron varios.

Y ya no se oyó más que un leve rumor, como de cuerpos que se arrastran por la tierra, pasos silenciosos y sillas removidas. Después, nada; como si en el salón no hubiera quedado un ser viviente.

Esto duró un minuto, pero un minuto eterno para los masones. El salón volvió á iluminarse, y presentó un espectáculo sumamente pintoresco. Los más atrevidos habíanse agrupado junto á la puerta; los indios creyeron que se trataba de un complot, y se habían guarecido debajo de los bancos; los demás se hallaban esparcidos por la estancia, unos con el revólver en la mano, otros con una silla delante de la cara en forma de escudo, y todos mirándose como locos y pálidos como el rostro de los muertos. ¡Preciosa instantánea!

—¡Calma, calma!—gritaba el presidente antes de que la concurrencia volviera en sí de su estupor.—¡Señores, demos ejemplo de valor y serenidad de ánimo! (Y al decir esto le temblaba la voz.) ¡No comprometamos nuestra causa!... ¡Yo os ruego que ocupéis vuestros asientos! ¡Escuchadme, señores!...

Y varias voces interrumpieron:

—¡Esto es una burla!

—¡Se nos hace traición!

—¡Hay traidores entre nosotros!

—¡Mueran los traidores!

—¡Mueran!...

Poco á poco fué pasando la alarma y el miedo, y á instancias repetidas del presidente, cada uno volvió á ocupar su asiento en el salón.

Restablecido el orden, Pérez-Gutiérrez tomó de nuevo la palabra, y dijo con voz airada é insegura:

—¡Sí, señores, sí! Lo que acaba de suceder nos demuestra una cosa muy triste: nuestra Sociedad alimenta viles traidores en su seno. Ese hombre, ese miserable que nos ha insultado, no pertenece á nuestra asociación, tal vez es un espía de los frailes. Seguramente cuenta con la complicidad de alguno de los que me escuchan. ¿Quién es ese hombre? ¿Quién le ha proporcionado los medios que necesitaba para entrar aquí?...

Un profundo silencio siguió á estas palabras. El misero Alipio palidecía como el reo á quien leen su sentencia de muerte.

—¿No hay nadie que conozca á ese hombre?— volvió á preguntar el presidente.

—¡Señor!—contestó temblando el indio.—En Filipinas le *conosta* yo. El me dijo que *pertenesia* á la *asosiasión*, y...

—Me lo explico todo—se apresuró á decir el presidente, para sacar al desdichado Alipio del mayor apuro que le había ocurrido en la vida.—No demos al asunto mayor importancia de la que merece. Respecto á lo que se ha de hacer con ese hombre, usted y yo lo trataremos. ¿Me entiende usted?

Con una maliciosa sonrisa y un gesto especial

significó el indio que comprendía demasiado, y se dió por terminado el incidente.

Se pasó luego á tratar de las soluciones prácticas respecto de Filipinas. Los indios insistieron en la necesidad de anular la influencia de los frailes en el país y de trabajar sin descanso hasta lograr su expulsión, porque mientras las Ordenes religiosas permaneciesen allí y conservasen su fuerza moral sobre los indios, nunca se conseguiría la emancipación de aquella colonia, único fin que ellos perseguían bajo el amparo de la masonería universal y la española.

Los medios no ofrecían dificultad, porque eran los de siempre: en España la política y la prensa, la calumnia y el dinero; en las Islas la propaganda de ideas subversivas, la complicidad de las autoridades que pudiesen comprarse y el desprestigio de las que no quisieran venderse; el desarrollo de las logias por todos los pueblos, y, por último, la insurrección cuando lo aconsejasen las circunstancias. Unos trabajarían en España y otros en Filipinas, y el resultado no podría menos de satisfacer sus aspiraciones. La guerra de Cuba y las complicaciones internacionales que probablemente habían de sobrevenir, facilitarían el éxito de los filipinos amantes de la libertad y la independencia.

En lo que no hubo conformidad, fué en la forma de hacerse la propaganda. Los tagalos se habían encariñado con la idea de fundar un periódico de gran circulación, dedicado exclusivamente á

la defensa de su causa; pero aquí encontraron una tenaz resistencia en algunos periodistas peninsulares, que se comprometieron á trabajar en sus respectivos diarios á favor del filibusterismo, con tal de percibir una pequeña subvención. Así irían formando una opinión favorable á la causa de los indios, y contraria á los frailes y las autoridades que no fuesen adictas.

Del mismo parecer era Pérez-Gutiérrez, quien propuso, además, que se hiciesen con frecuencia grandes tiradas de hojas volantes, y circularsen por las Islas, como ya se había hecho en Cuba con muy buen resultado. Que era precisamente lo que el jefe supremo de la masonería española, D. Miguel Morayta, había escrito algunos años antes á otro indio amigo suyo, Marcelo del Pilar: «Fundar un periódico es cosa grave y arriesgada, porque exige muchísimo dinero... Debíamos constituir un centro para mandar artículos á los periódicos y tirar hojas sueltas volantes.»

Se redactó una *plancha* dirigida á todas las logias del Gran Oriente; fué comisionado Alipio para llevar instrucciones á las de Filipinas, y se disolvió la asamblea.

Eran las doce. La campana de un convento próximo sonó en medio del silencio de la noche, y mientras los masones se encaminaban á ciertas casas de juego y de orgía, las vírgenes del Señor, con sus tocas blancas en la cabeza, entraban en el coro.



Aquel valiente que con tanta energía apostrofó á la asamblea masónica en su propio santuario, se llamaba D. Claudio Rebolledo. Había pasado más de la mitad de su vida en Filipinas, y conservaba un cariño entrañable hacia aquella infortunada tierra, digna de mejor suerte. Allá se fué siendo todavía joven, el año 1865, con un destino que le daba para vivir, y aun pudo formarse un pequeño ahorro á fuerza de trabajo y economía. Cesante al estallar en España la revolución de Septiembre, para dejar su puesto á un protegido del Gobierno que sólo pensó en explotar al indio, Rebolledo, ayudado por los frailes, que le estimaban por su honradez, puso en Manila un comercio que prosperó, y con el cual llegó á hacer una regular fortuna.

Antes de que empezara á blanquearle el cabello había sido un patriota exaltado, de esos que, en tierra extranjera, pronuncian el nombre de España con el sombrero en la mano y lloran cuando

oyen las notas de la Marcha Real ó ven ondear la bandera de la patria. Pero tales fueron los desengaños que sufrió, tan repugnantes las cosas y las personas de acá que iban pasando por delante de su vista, que aquel patriotismo llegó á extinguirse casi por completo en su alma. Bien sabía él que España no era la turba de políticos que la llevaban á la ruina, ni la multitud de vividores que iban empleados á Ultramar, muchas veces con el compromiso de pagar total ó parcialmente su sueldo al personaje influyente que les otorgaba el destino. No confundía al pueblo español con aquellos funcionarios que sólo pensaban en hacerse ricos sin reparar en los medios, con aquellos jefes militares que deshonoraban al Ejército y arrastraban por el lodo el uniforme, con aquellos criminales de oficio, capaces de vender á España por una peseta, que corrompían las costumbres, propagaban ideas subversivas y desprestigiaban el nombre español entre los indios.

No, no confundía estas cosas D. Claudio; pero al fin veía que todos estos miserables eran españoles, y que de España eran también los revolucionarios de Septiembre, que habían inundado á Filipinas de masones y convertido la Península en un gran manicomio, en una charca inmunda, donde sólo podían vivir las sabandijas. Y como casi todos los compatriotas que iban llegando á las Islas y sucediéndose en los cargos eran de la misma ralea, y las noticias que de España llevaban

los periódicos sólo permitían ver la inmundicia que flotaba sobre la superficie, hubo momentos en que Rebolledo creyó que todo era podredumbre, que la España de la historia había muerto. Desde entonces comenzó á ver filosóficamente las cosas y á contemplarlas en su realidad, inferiores aún á la realidad, porque ésta no llegaba hasta él más que en el peor aspecto.

Sin embargo, el fuego del amor patrio no se había extinguido totalmente en su corazón. Bajo una capa de cenizas quedaba el rescoldo de aquellos recuerdos inolvidables de su juventud. Todavía la bandera española representaba para él algo que estaba muy por encima de las miserias de algunos compatriotas indignos; aun tenía la virtud de despertar en su alma esa emoción, esos afectos inefables que siente todo hombre que no está del todo pervertido en presencia de aquel símbolo santo de la patria, particularmente cuando se encuentra lejos de ella. Y en estas ocasiones D. Claudio se olvidaba de la realidad, y en su mente resucitaba la España de otros siglos, tal como él la había concebido antes de ir á Filipinas, coronada de gloria y rodeada de grandeza y majestad.

Pero estos instantes de patriótico entusiasmo eran poco frecuentes y de corta duración, porque volvía los ojos á la realidad, y la triste realidad disipaba todas sus ilusiones. Sí, España había sido grande; mas al presente era un pueblo envilecido. Su bandera fué en otro tiempo el símbolo del va-

lor y la hidalguía; pero entonces flotaba sobre un suelo de maldición y una horda miserable de descamisados. No parecía ya la insignia de la patria, sino más bien la encubridora de pasiones y de crímenes, de luchas fratricidas y motines callejeros. La ambición de unos, la perversidad de otros y la ineptitud de todos la habían prostituido...

Poco después de su llegada á Filipinas, D. Claudio adquirió estrechas relaciones con Iturralde, capitán de infantería por aquella época, y otro de los españoles leales y dignos que pisaban aquellas Islas. Se visitaban casi diariamente, comían juntos con frecuencia, y á pesar del carácter opuesto que había entre los dos, llegaron á quererse hasta el punto de no poder vivir el uno sin el otro. Iturralde, en medio de su genio vivo, casi insoportable, tenía un alma tan hermosa, era tan sencillo, tan simpático, de tan nobles sentimientos, que bastaba oírle hablar para quererle. Y la calma imperturbable de Rebolledo desesperaba á D. César; pero era honradote y franco y atraía irresistiblemente con su amena conversación y su generosidad sin límites para los buenos amigos. Reñían una vez por la mañana y otra por la tarde, eso sí; pero jamás tomaron en serio sus diarias contiendas.

Aquellos días de felicidad duraron muy poco tiempo: Iturralde volvió á España, y D. Claudio permaneció en Manila muchos años más. Aunque aclimatado, con buena salud y afortunado en sus

negocios, nunca cesó de suspirar por venir á dejar sus huesos en el país donde nació, sobre todo desde que, afirmada la paz y consolidada la Restauración, creyó que nacía una nueva era de ventura para la patria, al mismo tiempo que en Filipinas empezaban á oirse sordos rumores de tempestad. Y en cuanto tuvo un capitalito cuya renta le daba para vivir y aseguraba el porvenir de su hija única, en quien había cóncentrado todo su amor, levantó el campo y se embarcó para España.

Instalado en Madrid, bien pronto se convenció de que el pueblo era el mismo que había conocido treinta años antes, y tal vez mejor; pero sucedía que los empleos se daban, por regla general, á las personas menos recomendables, á los que contaban con dinero para comprarlos ó influencias para adquirirlos. Advirtió que la mayor parte de las gentes honradas se retraían con horror de intervenir en los asuntos políticos, dejando así la administración pública en poder de hombres ambiciosos, y casi siempre sin patriotismo y sin conciencia. Vió más: vió que el Gobierno supremo de la nación estaba realmente en manos de unos cuantos periodistas que formaban la opinión é imponían su voluntad, oponiéndose á toda obra de interés nacional si el Gobierno no era de su gusto, ó aplaudiendo los mayores desatinos si el ministro que los perpetraba rendía culto á los ideales de aquellos periodistas. Esta era para él la clave

de lo que estaba pasando, y la causa principal de que España no alcanzase la prosperidad que merecía, antes bien caminase hacia el abismo.

Un mes escaso llevaba en Madrid, cuando tropezó en la calle de la Montera con Alipio del Rosario. D. Claudio sabía toda su historia. Le había conocido en Manila, ya con su título de abogado y codeándose con la gente más sospechosa del país.

Precisamente salía entonces el buen Alipio de aquel banquete en que su amigo *Péres-Gutiérrez* le había felicitado por su *improvisación*, y lo que es más, le había prometido el primer puesto entre los futuros diputados á Cortes por Filipinas. ¡Sí; él, Alipio del Rosario, sería diputado á Cortes! Se lo había prometido *Péres-Gutiérrez*, y D. Eusebio no faltaba nunca á su palabra. Y el hombre iba reventando de satisfacción y orgullo, pensando en lo que significaba ser diputado á Cortes y trazando el plan de la primera *improvisación* que había de *pronunsiar* en el Congreso.

En cuanto vió á Rebolledo se fué hacia él, le detuvo en medio de la acera y le preguntó por los sucesos de allá, por las cosas de Filipinas. Y bastó que D. Claudio le dijese que aquello ya casi no pertenecía á España, que la masonería lo dominaba todo, para que el indio, trastornado por lo del banquete, le tomase por uno de los suyos y le hablara de los trabajos que se hacían en Madrid

«para romper las cadenas de la esclavitud en que *yasia* el pueblo filipino.» Concluyó invitándole con insistencia á la reunión que se celebraba aquella misma noche; y D. Claudio, que abrigaba sus sospechas de que aquí se tramaba algo grave contra Filipinas, aceptó la invitación y se fué á la *tenida* masónica, donde representó el papel que hemos visto en el capítulo precedente.

\*  
\* \*

Se apagó la luz en el momento en que D. Claudio Rebolledo acababa de bajar la escalera que conducía al templo masónico. Creyó ver en aquel suceso una asechanza contra su vida, y, francamente, tuvo miedo, aunque no tanto como los que quedaban arriba. Conservó la serenidad suficiente para encender una cerilla, recorrió algunas habitaciones, y al fin se vió fuera de aquella casa del crimen.

A la puerta se encontró con dos agentes de Orden público, y con voz entrecortada por la ira les dijo:

—¡Ahí arriba hay una reunión de malhechores que conspiran contra la patria!

—Está bien, caballero—contestó uno de ellos.

Y mirándose después el uno al otro, se echaron á reir.

D. Claudio recorrió algunas calles medio atollondrado, sin orientarse, sin ver la tierra que pisa-

ba. Cuando entró en su casa iba sudoroso, jadeante y demudado, como si alguien le hubiese perseguido hasta la puerta.

—¡Ay, papá, cuánto has tardado hoy!—le dijo su hija.

—Sí—contestó él limpiándose el sudor;— me he entretenido más de lo que pensaba. ¡A la criada, que me prepare una taza de tila!

—¿Pero no vas á cenar?

—No.

—¿Te sientes malo, papá?

—No, hija mía; pero... ¡pronto, pronto una taza de tila, y á la cama!

Tomó su taza de tila y se acostó inmediatamente. Se esforzó por borrar de su memoria las cosas que había oído, y su memoria se complacía en repetirle, una por una, las palabras de Pérez-Gutiérrez. Trabajó por arrancar de su mente las imágenes de los hombres y los objetos que había visto, y aquellas espantosas imágenes se agarraban tenazmente á su cerebro, como si se deleitaran en atormentarle. Trató de dormir, pero no pudo; por poco impresionable que fuera, la escena que acababa de presenciar tenía que robarle algunas horas de sueño.

Muchos desengaños había sufrido en su vida; muy mal concepto tenía de ciertos personajes y ciertas instituciones; muchas injusticias, vergüenzas é iniquidades sin número observó entre los empleados españoles durante su larga permanen-

cia en Filipinas; pero como aquello..., como aquello no había visto nada. El no comprendía que la naturaleza crease esos monstruos que carecen de todo sentimiento y sólo tienen una sonrisa de desdén para aquellas cosas que hacen latir el corazón de los demás mortales. El no podía concebir que hubiese hombres de alma tan envilecida, que llegasen á odiar á su patria y á cuanto la representa. Y, sin embargo, existía esta clase de hombres; los había visto él... ¡Y no uno, ni dos, ni tres, sino todos los que asistieron á la reunión nefanda, y otros muchos que no asistirían, y muchísimos más que estarían esparcidos por el resto de España! ¡Y les había oído relatar hechos monstruosos y aplaudir maquinaciones infernales! ¡Y casi todos aquellos miserables cobrarían un sueldo de esta pobre nación, y ocuparían altos puestos en la política, y figurarían en la sociedad! ¡Y éstos eran los que hacían causa común con los enemigos de la patria (bien claro lo había dicho el presidente), para arrebatársela sus colonias, para hundirla en el abismo, mientras los infelices soldados vertían su sangre en Cuba, y se agrupaban con amor y fe alrededor de su bandera!...

—¡Oh víctimas desgraciadas! — decía dando vueltas en la cama con febril agitación. — Vosotros vais al combate, y á vuestras espaldas, en la misma capital de la nación, dejáis otro enemigo mucho más temible que los insurrectos de Cuba; enemigo traidor que, oculto en las sombras, os arrebat

la bandera que defendéis, y despreciará vuestro heroísmo, y se reirá cuando os vea perecer atravesados por las balas ó muertos por el hambre... ¡Pobre juventud, arrancada del suelo de su patria para morir sin fruto en los hospitales ó en la espesura de los bosques! ¡Pobres madres que llo-ran sin consuelo la ausencia de sus hijos, y esperan con ansia el deseado triunfo que ha de traerles nuevamente á sus brazos! ¡Pobre nación, que lanza á sus hijos á una lucha estéril, mientras alimenta en su seno á los enemigos de su prosperidad, á los verdugos de su honra!...

El había oído mucho y leído algo de la masonería; pero estaba persuadido de que, en las naciones europeas, era una institución anacrónica é inofensiva, formada por un centenar de locos, de quienes nadie hacía caso. El creía que sus prácticas y sus símbolos, sus misterios, sus pruebas y su influencia política habían pasado á la historia en las naciones cultas, y sólo existían en países como Filipinas que se hallaban en la infancia. Mas no, no era así: lo que había oído y leído acerca de los masones, era verdad; lo acababa de ver con sus propios ojos. El mismo había estado en su *templo*, lleno de aquellos símbolos, de aquellas figuras ridículas que creía impropias de hombres serios é invenciones de los libros. El mismo acababa de oír de los labios del presidente que las Sociedades secretas habían tomado parte activa en los motines y las revoluciones y las catástrofes

de aquel siglo, y consideraban esta criminal participación como una de sus más legítimas glorias. El mismo vió palpablemente que el poder de las logias era inmenso; que tenían en sus manos una buena parte de la administración de los intereses nacionales, y que en sus Consejos se trataba de la paz y de la guerra, y se decidía sobre la suerte de España y sus colonias...

Y seguían reproduciéndose en su exaltada imaginación las palabras, el tono y los ademanes del presidente, y la facha de los indios, y todo el templo masónico con sus figuras y sus símbolos, sin poder pegar los ojos. Y volvía á pensar con horror en la sangre y las lágrimas que inútilmente se derramaban por conservar el dominio de Cuba; en el porvenir de su amada Filipinas, totalmente dominada por los masones; en la esterilidad de tantos esfuerzos y sacrificios, y en la ruina de la patria, amenazada de muerte, sin ver en parte alguna el remedio. Y aquella esperanza de prosperidad y grandeza que había concebido cuando se convenció de que aun había mucho bueno en España, se dispó como una ilusión querida ante el desengaño de la triste realidad.

La fatiga, al fin, fué poco á poco cerrando sus párpados; y medio dormido, medio despierto, veía en las paredes de la habitación reglas, compases, triángulos, estrellas, iniciales con tres puntos, todo un templo masónico. Estos objetos empezaron á moverse en todas direcciones, hasta aglomerarse

en un mismo lugar formando un confuso montón, del cual surgió un solo compás, un compás gigantesco con las puntas hacia arriba. Entre los brazos de aquel compás apareció la figura terrible de Pérez-Gutiérrez, con su inmensa barba que le cubría el pecho, y su espada flamígera en la mano. Del informe montón empezaron á salir indios que se esparcían por todas partes. El compás fué todavía creciendo, creciendo; las facciones de Pérez-Gutiérrez se borraban poco á poco, hasta que se desvaneció el cuadro y D. Claudio quedó profundamente dormido.

\*  
\*\*

Se levantó á las ocho, rendido y triste. Se fué al comedor, y en la mesa encontró una carta sin sello dirigida á él. Rompió el sobre, y sacó una tarjeta que decía así: «*Víctor Ibáñez* le saluda á usted, y le suplica una visita en su casa á las once para un asunto que le interesa.»

—¡Huele á masonería!—exclamó aproximando la tarjeta á las narices—. ¿Quién será este Víctor Ibáñez? ¡Ibáñez, Ibáñez!... ¡No sé quién podrá ser!... «¡Para un asunto que le interesa!» ¡Misteriosa es la tarjetita! Lo dicho: huele á cosa de masones.

A las once en punto se presentó en casa de Don Claudio un hombre joven, pálido, de bigote rubio y correctamente vestido. Después del saludo de rúbrica, muy ceremonioso en el visitante y suma-

mente frío por parte de D. Claudio, éste preguntó:

—¿Es D. Víctor Ibáñez á quien tengo el honor de saludar?

—Servidor de usted—contestó Ibáñez con una profunda inclinación—. ¿Ha recibido usted mi tarjeta?

—Sí, pero... Ante todo, el asunto que usted me anuncia ¿tiene alguna relación con lo de anoche?

—¡Precisamente!

—¿De suerte que usted pertenece... á la masonería?

—Para servir á usted.

—Entonces... Sr. Ibáñez, siento que usted se haya molestado.

—¿Esto significa que me marche? En su casa está y puede hacerlo; pero conste que no es á mí á quien interesa el asunto de que venía á hablarle, sino sólo á usted. Y tanto, que quizás le va en ello la vida.

—¡Hombre, hombre! ¿Nada menos que la vida? Esas son palabras mayores... Pase, pase usted, y sepamos de qué se trata.

Entraron los dos en una sala, y se sentaron uno enfrente de otro.

—Pues, sí, señor, la vida—dijo Ibáñez.—Pero procedamos con orden. Usted no me conoce á mí, y, sin embargo, me ha conocido alguna vez. ¿Se acuerda usted de D. Cándido Ibáñez Prieto, empleado de Aduanas en Filipinas?

—¡D. Cándido Ibáñez Prieto! ¿Pues no me he

de acordar? Por cierto que no dejó muy buena fama en el país.

El joven se mordió los labios, y agregó:

—Pues bien: D. Cándido Ibáñez Prieto era mi padre.

—¡Ah! ¿Y usted es aquel muchacho...? ¡Sí, hombre, sí!... ¡Caray, cómo pasa el tiempo!...

—Quince años tenía yo cuando volví á la Península, y desde entonces han transcurrido veinte... Anoche le ví á usted en nuestra reunión, y dije: «Esa cara la conozco yo.» Pregunté á Alipio, por él supe dónde vivía usted, y aquí me tiene. Lo que vengo á decirle es que las palabras que pronunció usted ayer...

—Las palabras que pronuncié ayer—interrumpió D. Claudio sin inmutarse—las repetiría hoy y siempre que se me presente la ocasión.

—Lo cual le acredita á usted de hombre de valor; pero acaso ignora usted que esas cosas, entre la gente que allí había, suelen traer consecuencias desagradables.

—¿Y eso es advertencia ó amenaza?

—Es advertencia de un amigo, D. Claudio. Mi padre le debió á usted algunos favores, y el hijo se los paga como puede... Creo que se conspirará contra su vida; y lo único que puedo decirle es que esté prevenido, y sobre todo, que se guarde de los indios que se hallaban presentes...

—¿De los indios? ¿Guardarme yo de los indios?

Si Dios me conserva la vida hasta que un indio me la quite, me río yo de los años de Matusalén.

—Pues á traidores nadie les gana; y no podrá negarme usted que el más cobarde es capaz de matar al más valiente al volver una esquina... En fin, D. Claudio, yo creo haber cumplido con un deber.

—Y lo agradezco en el alma; pero crea usted que jamás he tenido miedo á un indio. De todas maneras, repito que le agradezco la advertencia... Y vamos á otra cosa. ¿Cómo usted, que acaba de dar pruebas de buenos sentimientos, anda entre esa gente?

—Creo que no los conoce usted, D. Claudio. Los hay buenos y los hay malos, como en todas partes; pero, en general, son personas honradas y decentes; tan decentes, que allí hay individuos de lo más selecto de la sociedad.

—Yo no sé lo que hoy se entenderá en España por honradez y por decencia, porque acabo de llegar de Filipinas. Lo que le aseguro á usted es que, hace treinta años, los que asesinaban, los que robaban, los hipócritas y los traidores, aunque vistiesen frac y ocupasen altos puestos, se llamaban bandidos y se les consideraba merecedores del cadalso y dignos de oprobio. ¿Hoy se les considera como personas honradas?

—Hoy sucede lo que hace treinta años; pero supongo que no querrá usted comparar á las per-

sonas de que hablamos con los ladrones y los asesinos.

—¡No, hombre, no! ¿Qué les he de comparar? Los ladrones y los asesinos protestarían de semejante comparación... (No se espante usted, que no digo más que la verdad como la siento, y salvando siempre lo que debe salvarse.) Y si no, vamos á cuentas. ¿A qué ha venido usted á mi casa? En buen castellano, ¿no ha venido á decirme que ande con cuidado, porque tratan de asesinarme? ¿Y no se ha tomado esa resolución por masones, en una reunión masónica y con motivo de esa reunión? ¿No dijo anoche el mismo presidente que la masonería se ha valido muchas veces de la calumnia y el asesinato para conseguir sus fines? ¿No dijo que había tenido participación en el bárbaro degüello de los frailes? Luego hay masones que asesinan, y no como individuos particulares, sino como miembros de esa sociedad. Más aún: el asesinato entra en la masonería, ó ha entrado alguna vez, porque algo sé de su historia, como medio de acción, con tal que haga falta para realizar sus planes. Ahora dígame usted si una persona que se tenga por honrada y decente, puede pertenecer á una asociación de esta clase.

—Usted confunde las cosas, D. Claudio. No niego yo que alguna vez, en circunstancias extraordinarias, la masonería haya llegado hasta el asesinato. ¿Qué sociedad, donde entren muchos hom-

bres, no ha hecho lo mismo? ¿En cuál de ellas no hay personas honradas y hombres perversos?

—¡Usted es quien confunde las cosas, Sr. Ibáñez! Yo no he acusado á la masonería de que en su seno haya hombres malos, hombres que asesinan, porque de éstos, ciertamente, puede haber en cualquiera sociedad. He dicho que hay masones que asesinan, como tales masones, obligados por la logia de que forman parte, haciéndose la masonería misma autora y responsable del asesinato. He dicho, ó más bien dijo anoche el presidente, que la masonería ¡entiéndalo usted bien!, no Pedro ni Juan, sino la *masonería*, había empleado el crimen...

—Bien: eso será una opinión particular del presidente.

—¡Eh, alto ahí! En primer lugar, no se trata de una opinión, sino de hechos ciertos y probados. Y si sólo se trata de una opinión particular del presidente, ¿por qué los demás no protestaron contra ella? ¿Por qué, lejos de protestar, aplaudían? No hay escapatoria, amigo mío: ó los que aplaudían estaban conformes con el presidente, ó son unos hipócritas, unos serviles, indignos de que se les mire á la cara.

—¡Usted lo exagera todo, D. Claudio!—dijo Ibáñez después de un instante de silencio.

—¿Que exagero? ¡Si precisamente me quedo muy corto! Hasta ahora sólo he probado que el asesinato entra como un medio de acción en las

prácticas masónicas; pero he dicho antes que es peor que una sociedad de malhechores, más peligrosa que los ladrones y los asesinos, y voy á demostrárselo á usted. El ladrón y el asesino juegan la vida al cometer sus crímenes, ó cuando menos se exponen á ir á un presidio ó al cadalso; las logias que ponen el puñal en manos de uno de los suyos quedan siempre impunes, nada arriesgan, nada aventuran. El ladrón y el asesino, si alguna vez buscan cooperación, es contando con la voluntad de los cooperadores; la masonería obliga al *elegido* á ejecutar el crimen, quiera ó no quiera, violentando su conciencia y su voluntad, ligándole con sacrilegos juramentos y hasta poniéndole en la alternativa de asesinar ó ser asesinado. (Le advierto á usted que esto lo había leído y casi no lo creía; pero, después de lo que anoche oí y presencié, ya lo creo todo.) El ladrón y el asesino pueden hacer víctimas de su audacia ó de sus odios á uno, dos ó tres, siempre pocos en número; los del triángulo se conjuran á veces contra todo un pueblo, y lanzan á la multitud á la matanza y al saqueo, mientras ellos se quedan en lugar seguro, riéndose de sus criminales hazañas. Y además provocan revoluciones sangrientas, y excitan á los cubanos y á los filipinos á la insurrección, como antes excitaron á los habitantes de América contra España, y llaman héroes á hombres tan viles como Riego y Quiroga, y otros, y se ponen de acuerdo con naciones extranjeras para hundir á la nuestra

en el abismo, y á sangre fría, y por un puñado de oro, clavan el puñal en el corazón de la patria. Crímenes todos ellos, amigo Ibáñez, que llenarían de espanto á cualquier asesino vulgar, si los conociese. Ya pueden los autores de estas infames hazañas pasar en la sociedad por personas honradas y distinguidas; ya pueden ser altos funcionarios y empingorotados señores; debajo del frac, lo mismo que debajo de la blusa, puede ocultarse el alma de un asesino y un traidor... ¿Qué tiene usted que decir á esto, Sr. Ibáñez?

—Que usted ve las cosas bajo un aspecto... muy particular.

—¡Bajo el único que tiene, señor mío! Y si no, preséntemelas usted bajo otro aspecto distinto. ¿Son ó no son verdaderos los hechos citados?

—Sobre eso se ha exagerado mucho, créame usted.

—Supongamos que se ha exagerado. ¿Admite usted que algunos, por lo menos, son ciertos?

—Permítame usted que lo dude.

—¿Sí? Pues presente usted su duda al orador de anoche, porque yo no he hecho más que fundarme en lo que él dijo. Y ese señor, que será personaje de cuenta entre ustedes, y estará perfectamente instruido en las *picardías de la orden*, citó los hechos de que tratamos como cosas ya sabidas de todos, admitidas sin discusión, del dominio de la historia, aplaudidas por todos, sin que uno solo manifestase la menor duda sobre la exactitud de

las palabras del presidente. ¿Podrá usted negar lo que oyó anoche, como lo oí yo, que existen inteligencias secretas entre la masonería española y la de los Estados Unidos respecto de Cuba, y que los masones de aquí simpatizan con sus *hermanos* los insurrectos? ¿Y le parece á usted decoroso y digno, le parece á usted propio de hombres honrados que, mientras la nación sacrifica la vida de sus hijos por conservar los pedazos de territorio que la han dejado los masones, éstos hagan causa común con los enemigos de la patria, y hasta se entiendan con gobiernos extranjeros para realizar sus planes?

—Mire usted, D. Claudio; la masonería ve las cosas de distinta manera. Prefiere el bien de la humanidad al particular de un pueblo, y por eso no tiene más patria que el mundo. Su fin es puramente filantrópico, ¿entiende usted?, puramente filantrópico; y por eso, cuando un pueblo sufre ó se ve oprimido, la misión de la masonería es liberarle de su opresión. ¿Qué hay de malo en esto?

—¡Hombre... no sea usted cándido, ó no quiera hacerme comulgar con ruedas de molino! Eso del fin filantrópico de la masonería, cuénteselo usted á quien no la conozca y á los necios que tratan de ingresar en ella. ¿Pero á mí? ¿A mí?... Diga usted: ¿qué ha hecho la masonería por aliviar los sufrimientos de tantos desgraciados como hay en el mundo? ¿Qué limosnas ha repartido entre los pobres? ¿Cuántos masones se han sacrificado por

sus hermanos en los hospitales, en las cárceles y en las buhardillas donde moran el infortunio y la miseria? Hechos, hechos, y no palabras, son los que han de demostrar ese fin filantrópico, porque, si de palabras se tratase, una sociedad de bandoleros sería también filantrópica con sólo darse ese nombre. Si la masonería cumple con un fin tan hermoso, ¿por qué se oculta entre las sombras? ¿Por qué casi ninguno quiere pasar por masón ante las gentes honradas? Y si es tan amante de la humanidad, si su fin es prestar alivio á los que sufren, ¿por qué es enemigo irreconciliable de la Religión cristiana, que, desde que existe, ha cumplido admirablemente con ese fin bajo el nombre de caridad? ¡Explíqueme usted este enigma!... ¡Filantrópía! ¡Qué palabra tan ridícula, amigo mío!... Yo no puedo comprender cómo unos hombres que no aman el país en que viven, ni el pueblo en que nacieron, ni á las personas con quienes tratan, ni tal vez á su propia familia, se deshagan en afectos paternales hacia la humanidad en general, hacia los igorrotos y los chinos... ¿Le parece á usted que esto es posible? Y ahora dígame usted con la mano puesta sobre el corazón, con la franqueza que á mí me gusta en los hombres. ¿Cree usted que es filantrópica una sociedad que llega hasta al asesinato para realizar sus designios; que prepara y provoca revoluciones, donde necesariamente ha de haber víctimas; que quiere hacer ateos á los pueblos, extinguiendo, si lo consiguiera, toda

obra de caridad, todo auxilio á los desgraciados; que se vale de la calumnia infame para excitar á las turbas y lanzarlas contra indefensos religiosos que con nadie se meten; que explotan de un modo inicuo á tantos imbéciles que apenas tienen pan para sus hijos, y les hace servir de pedestal para subir á los altos puestos del Poder?... ¿Cree usted, amigo Ibáñez, que todo esto es filantropía? ¡Con franqueza!...

—¡No lo sé, D. Claudio!—contestó con voz temblorosa el joven.—Lo único que yo sé, y esto se lo aseguro á usted con el corazón en la mano, es que yo no soy nada de eso que usted dice. Que yo ni exploto á nadie, ni asesinaría á nadie aunque me costase la vida, ni he provocado revoluciones, ni... En fin, D. Claudio, el objeto que me ha traído á su casa es la mejor prueba de lo que le digo.

—¡No necesitaba yo esa prueba para creer en su sinceridad, querido Ibáñez! Nunca he supuesto que sean unos criminales todos los afiliados á la masonería; al contrario, creo que hay en ella muchos hombres honrados y buenos: unos engañados, otros que no se atreven á romper con ciertos compromisos. Apostaría cualquier cosa que usted pertenece á una de estas dos clases de masones. ¿Me engaño ó no me engaño?

—¡D. Claudio! — dijo Ibáñez levantándose.— Yo sólo vine á decirle á usted que acaso se atentaré contra su vida por lo que pasó anoche, para

que tome las medidas que crea oportunas. He cumplido mi objeto, y con permiso de usted me retiro.

—Y yo—agregó D. Claudio, levantándose también—le doy á usted las gracias. Siento que usted se marche tan pronto, porque aún falta mucho que hablar sobre la materia; pero otro día será. No olvide usted que ha tomado posesión de mi casa... Creo que usted y yo nos hemos de hacer amigos...

Se despidieron los dos con un cariño en que nada había de ficción. Cuando Ibáñez llegó á su casa, iba profundamente preocupado.

\*  
\* \*

Almorzó de prisa y en silencio; después entró en su despacho, por huir de su mujer cuyas miradas no podía soportar; se sentó junto á la mesa y quedó abismado en amargas reflexiones.

—¡Ese hombre—pensaba el joven masón aludiendo á D. Claudio,—ese hombre me ha vuelto loco!... ¡Qué diferencia entre él y mis amigos los masones! ¡Los masones!... ¡Sólo el nombre me abraza los labios! En él todo es sinceridad, franqueza, honradez; no hay más que verle, no hay más que oírle. En estos otros todo es farsa, apariencia, hipocresía; ¡los tengo tan conocidos!... Para los masones, la masonería es una sociedad filantrópica, civilizadora, humanitaria; para Don

Claudio es una sociedad criminal que sólo ha producido males en el mundo... ¿Quién tendrá razón? Ese hombre habla con el corazón en la mano; dice la verdad, o á lo menos lo que siente; de esto no me cabe duda. ¿Se equivocará? ¡Qué difícil me parece! ¿Habrá alguna exageración en sus palabras? Pero ¿qué ha de haber exageración, si yo mismo sé otras muchas cosas de la masonería y de ciertos masones que él no mencionó siquiera? ¿Habrá en sus razones algún sofisma que me impida ver la realidad? ¡No! ¿Qué sofisma cabe en hechos más claros que la luz del día, en hechos que hablan con una elocuencia incontrastable?...

La alegre gritería de los niños, que jugaban en el comedor, le hizo levantar la cabeza y sonreír con amargura. Después volvió á apoyar la frente entre las manos y continuó su interrumpido discurso.

—Luego la masonería no es una asociación benéfica, como dicen los estatutos de la Orden y repiten todos los oradores en cada *tenida*. ¡Benéfica la masonería! ¡Qué burla tan graciosa! Para los asociados sí que lo es, y si no, ahí están para atestiguarlo tantos militares inútiles que han escalado á los primeros puestos del Ejército y la Marina, gracias á sus hh.: masones. Ahí está esa turba de políticos, que han llegado á ministros inclusive, sin otros méritos que el de pertenecer á la masonería y haberla servido en las revoluciones. ¡Aquí

estoy yo, que, si tengo empleo que me da de comer, se lo debo á la masonería! Pero, ¿y los que no son masones? ¡A éstos no alcanza nunca la beneficencia masónica!... ¡Benéfica una sociedad compuesta en su mayor parte de hombres de la calidad que yo me sé, por hombres egoístas que sólo piensan en su medro personal, sin importarles nada el mundo entero! ¿Qué han de ser benéficas esas logias, que tienen por jefes *venerables* como A y B y C, unos canallas, que para conseguir sus fines no reparan en medio alguno? ¡Ah! Si verdaderamente fuera una asociación benéfica la masonería, esos hombres no pertenecerían á ella...

¿Y por qué—agregó después de una breve pausa,—por qué casi todos los masones se avergüenzan de serlo y lo ocultan, como yo, en el seno de sus familias, y hasta tienen por injurioso ese nombre? ¿Por qué no sucede eso en ninguna otra asociación lícita, cualquiera que sea su carácter? Esto sólo da mucho que pensar. ¿Será debido á preocupaciones vulgares? Tal vez; pero es muy extraño que únicamente respecto de la masonería existan semejantes preocupaciones. ¿Será, efectivamente, una asociación antirreligiosa, antipatriótica, criminal?... Antirreligiosa, desde luego; antipatriótica... no lo sé; criminal... Las acusaciones de Rebolledo son tremendas; las consecuencias hielan la sangre... ¡Y tú, Víctor Ibáñez, que ante tu mujer haces gala de religión y piedad; tú, que pretendes

pasar ante los demás por patriota y por hombre honrado, perteneces á la masonería! ¡Tú eres masón! ¡Masón!...

Y se detuvo un instante, hundiendo todavía más la cabeza entre las manos, horrorizado de sí mismo.

—¡Esto es para volverse loco! —exclamó apretando los dientes y levantándose con un brusco movimiento.

Y empezó á pasear por la habitación diciendo:

—Veamos las cosas bajo otro aspecto y con calma. Aunque la masonería haya sido en otros tiempos lo que dicen, de eso á mí ninguna responsabilidad me alcanza. Fijémonos en lo que es hoy. ¿Tendrá algo de verdad que simpatiza con los insurrectos de Cuba y favorece su independencia? Esto sería impopular, horrible, inicuo... Pero yo nada sé. Más aún, no lo creo. Y en todo caso, yo nada tengo que ver en este asunto. Los que obren así, allá se las entiendan. ¿Y lo de Filipinas? ¿Qué se pretende para Filipinas? Representación en Cortes... (¡bueno!); más libertad; menos influencia de las Ordenes religiosas... Ni una palabra de independencia, á no ser en boca de los indios... Y en lo demás, ayudarnos unos á otros para alcanzar tal empleo, conseguir un acta de diputado, pescar un gobierno civil... ¡Psch! ¿Y qué importa todo eso?...

Nuevamente cortó sus pensamientos la gritería de sus niños.

Ibáñez empezó á liar un cigarro, mientras exclamaba con amarga sonrisa:

—¡Oh edad dichosa, sin cuidados y sin penas! ¡Ay, si no fuera por vosotros!... Pero, ¿por qué me atormento en pensar si la masonería es buena ó mala, si me tiene atado de pies y manos, si estoy condenado á formar parte, suceda lo que quiera, de esa sociedad maldita?

El cigarrillo se rompió entre sus nerviosas manos y le arrojó con rabia al suelo. Luego encendió un puro, cogió el bastón, se puso el sombrero y salió á la calle para distraerse, para despejar la cabeza, atormentada desde las once con mil ideas extrañas.

En Recoletos se encontró con Alipio del Rosario y otros dos paisanos suyos. Aunque le repugnaba á Ibáñez semejante compañía, le interesaba en aquel momento hablarles, y se agregó á ellos. Después de saludarles con afectada cortesía, preguntó, dirigiéndose á Alipio:

—Por fin, ¿cuándo se va usted á Filipinas?

—Pronto—contestó el indio mirando á sus dos compañeros y dejando asomar á sus abultados labios una sonrisa maliciosa.

Después, acercándose más á Ibáñez, agregó en voz baja y con misterio:

—¿No sabe usted que tengo una *cuentecita* pendiente?

—¿Una cuenta pendiente?—preguntó Ibáñez fingiendo interés y extrañeza.

—Sí, señor; una cuenta pendiente... ¿Ya no se acuerda usted de la *traiión* que nos *hiso* anoche aquel señor gordo y lo que me dijo *Péres-Gutiérrez*?

—¡Ah, sí, sí... ya comprendo! Pero ande usted con ojo, que el señor ese no es manco. ¿Y cuándo piensa usted...?

—¿Ajustar esa cuenta?... Esta noche, si es posible, y si no mañana. De todas maneras, pasado mañana me embarcaré para Filipinas.

—Sí, sí; cuanto antes mejor, porque aquello urge.

Ibáñez, que sentía repugnancia irresistible hacia los indios, y estaba siendo, por otra parte, objeto de las miradas curiosas de todos, pretextó que le esperaban en el café y se despidió de ellos.

A las cuatro se hallaba ya en casa de D. Claudio.

\*  
\* \*

—Pues sí, D. Claudio—decía Ibáñez después de referir lo que le había pasado con Alipio;—todo se reduce á estar encerrado dos ó tres días. Creo que el sacrificio no es grande.

—Diga usted, Ibáñez; ¿haría usted caso de un niño que le dijera: «Cuando pase por la puerta de mi casa le mataré?» Pues ese mismo caso hago yo de la amenaza de un indio. ¡Tendría que ver que un filipino me hiciera estar oculto en mi casa como un criminal á quien persigue la policía! ¡Carray... pues no lo celebrarían ellos poco!

—Sin embargo, la prudencia nunca está demás. Yo sentiría en el alma que le sucediera á usted algo desagradable... Es cuestión de dos días... Acaso, al marchar él, encargue la *obra* á alguno de sus paisanos; pero de esto ya me enteraría yo, y tomaríamos nuestras medidas.

—Nada, nada; no se moleste usted, que eso no merece la pena...

Hubo un instante de silencio. El joven bajó los ojos, D. Claudio le miró con lástima, y le dijo sonriendo:

—¡Vaya unos amigos que tiene usted, Sr. Ibáñez! Filantrópicos, humanitarios, amables..., ¡una delicia!

—¡Qué quiere usted, D. Claudio! Compromisos que no se pueden romper... Pero le advierto á usted que la masonería para mí, como para casi todos, no es más que una sociedad de socorros mutuos. Perteneciendo á ella es fácil conseguir un destino que de otra manera no se lograría nunca. Por lo demás, maldito lo que me interesa cuanto allí se trata de religión, de política y cosas por el estilo.

—¡Es que debiera interesarle á usted, amigo mío!

—Actualmente no es la masonería lo que *dicen* que ha sido en otros tiempos; y si lo es, conmigo no se cuenta para nada que deshonne.

—Perdone usted: yo juzgo que deshonra el sim-

ple hecho de pertenecer á ella; y es... lo que ha sido siempre: testigos, Cuba y Filipinas.

—Mire usted, en eso de Cuba no creo.

—¡Ah! ¿Conque no cree usted en *eso* de Cuba? Pues yo sí, porque está perfectamente conforme con la historia entera de la masonería, que ha hecho lo mismo en todas nuestras colonias; porque la masonería en España ha sido siempre esencialmente antipatriótica, y nuestros masones (con perdón de usted) parecen descendientes de D. Oppas ó el Conde D. Julián; porque el presidente de la sesión de anoche así lo dijo, y no es de creer que hablase á humo de pajas. Y prescindiendo de esto, fíjese usted en el siguiente dato: los que arrebataron á España sus dominios en América eran masones; todos los filibusteros de Filipinas son masones; todos, absolutamente todos los insurrectos de Cuba son masones. ¿No le parece á usted muy extraña esta coincidencia? ¿Y no le parece á usted muy natural que los masones de aquí ayuden á sus *hermanos* dondequiera que se encuentren?

«Respecto de Filipinas, puedo hablar con más conocimiento de causa. En primer lugar, amigo Ibáñez, todo eso de que Filipinas es un pueblo sumido en la esclavitud, que sobre el pobre indio pesa el yugo insoportable del despotismo teocrático, que el fraile es allí dueño absoluto de vidas y haciendas, y otras sandeces por el estilo, no son más que frases de efecto, arregladas al gusto de los

imbéciles que leen ciertos periódicos, ó escuchan á un orador farsante como Pérez-Gutiérrez.

»Cierto es, desgraciadamente, que á los indios se les ha hecho, y se les hace hoy más que nunca, víctimas de bárbaros atropellos; ¿pero sabe usted quiénes son los autores de esos atropellos? Por regla general, los masones: esos mismos que gritan contra el despotismo de los frailes, son los únicos déspotas que hay allí. Esos que hablan hipócritamente de esclavitud y de cadenas, son los verdaderos verdugos del indio. ¡La gente que España ha mandado á Filipinas desde la Revolución de Septiembre hasta la fecha! Casi todos los empleados estaban afiliados á las logias; y el único fin que llevaban, salvo honrosas excepciones, era adquirir mucho dinero en el menor plazo posible, y volver pronto á gastarlo en la Península. ¡Cuánto ladrón, cuánto pillo ha pasado por aquellas Islas! Si yo fuera á contarle á usted las bajezas, las vergüenzas, los horrores de todo género que yo mismo he presenciado en algunos empleados españoles... Pero vale más que volvamos la hoja.

»¡Y estos miserables, estos hombres sin dignidad y sin conciencia, que han hecho cuanto puede hacerse por envilecer el nombre de España y oprimir al indio, son precisamente los que acusan de déspotas á los frailes!... Y como aquéllos escriben y peroran y calumnian, y los frailes callan, porque su historia de tres siglos en Filipinas son su mejor defensa, el pueblo insensato, que no ve ni

quiere ver los hechos, y oye, en cambio, los gritos de los acusadores, hace coro con los que han explotado al indio, con los que se han enriquecido allá á fuerza de latrocinios é iniquidades.

»Y tenía que suceder así, Sr. Ibáñez. El fraile, protector nato de sus indios por obligación y por conciencia, había de oponerse á los atropellos del gobernador, del juez y de cualquier funcionario, español ó indígena; y éstos, que encontraban en el párroco un obstáculo insuperable para sus iníquos fines, no podían menos de odiarle allá y desatarse en injurias contra él en cuanto volvían á la Península. Este, y no otro, ha sido el despotismo de los frailes en Filipinas.

D. Claudio limpió el sudor copioso que brotaba de su frente, y después de una brève pausa, continuó:

—¿No le parece á usted, Ibáñez, que el mejor Gobierno de todos será el que mayor suma de felicidad proporcione al pueblo?

—¡Indudablemente!

—Pues bien: hasta que los filantrópicos adeptos de la masonería (perdone usted si en algo me deslizo, porque quiero suponer que no hablo con un masón), hasta que los filantrópicos miembros de las logias y los regeneradores de la política y la prensa han revuelto y trastornado aquel país, el Archipiélago filipino fué acaso el pueblo más feliz de la tierra desde que Adán perdió el Paraíso. El indio no necesitaba apenas trabajar, porque vive

con muy poco y es feracísimo el suelo: si no había con qué pagar la exigua contribución, si se perdía la cosecha, si un día faltaba arroz para comer, poco importaba mientras lo hubiese en casa del Padre: el Padre era el *refugium* de los necesitados. Si surgía una contienda, si ocurría alguna desgracia en la familia, si alguien caía enfermo, allí estaba el Padre, que era al mismo tiempo juez, abogado y hasta médico en ocasiones. La casa del Padre era la casa de todos, porque cada pueblo venía á formar una familia, cuyo jefe único é indiscutible era el Padre. ¡El Padre, sí, señor, en quien todos depositaban la más absoluta confianza! ¡El Padre que, de ordinario, había entrado en el pueblo siendo joven, y allí tal vez permanecía hasta la muerte! ¡El Padre, que á ninguna otra cosa aspiraba que al bien del alma y el cuerpo de aquellas gentes! ¡El Padre, que acaso había construído la iglesia y el cementerio, y puentes y vías de comunicación, sin que costase una peseta á los vecinos ni á la Metrópoli!... Todo esto y mucho más es rigurosamente histórico. Lo he visto yo, lo he presenciado yo, hay todavía muchos indios que pueden testificarlo, existe hoy mismo en los puntos no invadidos por la peste masónica ó por españoles perversos, y aun en los pueblos más pervertidos, bien seguro estoy de que cualquier indio acude con mayor confianza al Padre que á ningún otro, sea ó no sea masón... ¿Qué le va pareciendo á us-

ted del gobierno despótico de los frailes? ¿Será mejor el de los humanitarios masones?

»Dicho está con esto que bien poco tenía que preocuparse España por aquella hermosa colonia. Con una autoridad suprema que representase su soberanía, y el personal necesario para la administración civil, tenía bastante. Ni siquiera necesitaba Ejército, porque los frailes eran la mejor garantía del orden, y ni un solo indio se acordaba de esa ridícula libertad que hoy le predicán cuatro insensatos, ni pensaba en insurrecciones ni independencias. Al contrario, el nombre de España para el indio era algo sagrado, puede decirse que formaba parte de su religión y su culto, porque los frailes habían tenido gran cuidado de grabar en su alma el nombre de la patria juntamente con los nombres más santos de la Religión, y el amor á España casi constituía para el indígena uno de los preceptos del Decálogo. ¡Y la canalla vil, en su afán de calumniar, ha llegado hasta á acusar de antipatriotas á los frailes!... ¡Amigo Ibáñez! Treinta años he vivido entre ellos; he conocido y he tratado íntimamente á muchísimos de todas las Ordenes religiosas que hay en Filipinas; y yo le aseguro á usted que, si de algo han pecado los frailes, es de haber sido demasiado patriotas. Pretender enumerar los sacrificios que han hecho por España, y lo que han sufrido por parte de ciertos elementos peninsulares por no deshonar el nombre español, es lo mismo

que pretender introducir toda el agua del mar en un pozo abierto en la playa.

»A propósito del patriotismo de los frailes, me viene á la memoria un Padre agustino, anciano por la edad y niño por su candidez, que no podía hablar de su querida España sin que una emoción profunda le embargase la voz; un Padre que, en presencia de la bandera española, lloraba de entusiasmo, caía en un verdadero delirio. Si usted quería oírle hablar con elocuencia, bastaba que le citase el nombre de España; si quería verle arrebatado, casi frenético, no tenía usted más que dudar de la lealtad española, de alguna de las glorias de la patria ó del valor de sus soldados... ¡Pobre Padre! Murió hace poco tiempo en Barcelona. Dios le llevó para que no viese la catástrofe que se avecina. Era el amigo á quien más he querido en la vida. La última carta que me escribió chorreaba lágrimas...

Y D. Claudio se enjugó dos que asomaban á sus ojos, con pretexto de limpiar el sudor que brotaba de su frente.

Ibáñez había escuchado á Rebolledo con suma atención y casi sin levantar los ojos de la tierra. D. Claudio se interrumpió de repente, y añadió mirando con afabilidad al joven masón:

—El caso es, Sr. Ibáñez, que con tanta charla estaré abusando de su paciencia. Cuando hablo de las cosas de allá no concluyo nunca.

—Muy lejos de molestarme, le escucho á usted

con gusto extraordinario. Con más gusto que al orador de anoche, créalo usted.

—¿De veras?

—¡De veras, D. Claudio! Estoy tan acostumbrado á decir y oír lo contrario de lo que se siente, que la franqueza de usted me enamora y me llega al alma... Siga, siga usted.

—Seguiré; pero con la condición de que si usted se cansa ó tiene que retirarse, lo diga, y haremos punto final. Y á todo esto... ¡caray!, yo, como no lo uso, ni siquiera me había acordado.) ¿Usted fuma?

—Sí, pero... ¡Deje, deje usted, que tengo yo aquí!

—¡No, no! Va usted á fumar un puro de lo mejor que hay en Filipinas, según los aficionados. He traído unas cajas para los amigos, y ahí están casi intactas todavía.

Mientras Ibáñez encendía el cigarro, D. Claudio reanudó así su discurso:

«De suerte, Sr. Ibáñez, que tenemos este hecho palpable, indiscutible; que mientras aquel país fué gobernado por los frailes, ó más bien, mientras los frailes ejercieron en él la influencia que en bien de España les pertenecía, el pueblo filipino era feliz, y la Metrópoli nada tenía que temer respecto á una insurrección; y á medida que el elemento peninsular de empleados aventureros ha ido invadiendo las Islas y haciéndose dueños de la situación, el indio es inicuaamente explotado, ya

no oculta su odio á los *castilas*, y la Metrópoli se ve en la necesidad de mantener allí un ejército respetable. ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿El fraile?... ¡Ay, amigo Ibáñez! El fraile ha visto el origen del mal y sus causas, ha presenciado su desarrollo, ha profetizado el triste porvenir de Filipinas si no se pone remedio, y ha elevado su voz hasta el Gobierno en diferentes ocasiones; pero sin duda podían más que él ciertas influencias secretas, que usted conoce, y del fraile, que decía desinteresadamente la verdad, no se ha hecho caso. ¿Será culpable el indio? El indio vivía demasiado feliz para aspirar á esas libertades y esas estúpidas reformas que le han metido en la cabeza media docena de ambiciosos. ¿Sabe usted quiénes son los únicos responsables de que aquel paraíso se haya convertido en un infierno? Los malos españoles de allá y los malos españoles de aquí. Vergüenza da decirlo, Ibáñez, pero es la pura verdad... Ellos son los que, con sus hazañas criminales y sus costumbres vergonzosas, han arrastrado por el fango el honor de España y han sembrado en el corazón del indio el odio y el desprecio á la que antes amaban como madre. Ellos son los que han conculcado el principio de autoridad, y con viles calumnias han desprestigiado á los institutos religiosos, arrebatándoles su fuerza moral incontrastable, mucho más poderosa que todos los ejércitos. Ellos son los que han fundado y extendido por todas las Islas esas logias que prepa-

ran días de luto para la patria. Españoles son los que allí están haciendo activa propaganda de filibusterismo, y los que, desde la Península, desde el mismo Madrid, confieren á los indios títulos masónicos é imprimen periódicos que ultrajan á España y excitan más ó menos abiertamente á la insurrección. Españoles son, en fin, los que, en el Ministerio de Ultramar, han confeccionado reformas encaminadas á trastornarlo todo y á concluir en breve plazo con el dominio de España en Filipinas.

>¿Cree usted que exagero? Pues há de saber que me quedó muy corto, y que con el tiempo se han de descubrir tales traiciones, infamias tan horrendas, que han de espantar al mundo. ¡Si yo le contara á usted la historia secreta de ciertos personajes, y le leyese ciertas cartas dirigidas á indios de significación!... Pero basta un dato. ¿Es posible que un Morayta, por ejemplo, no sepa que todo indio masón es esencialmente filibustero? Lo sabe mejor que nadie; y sin embargo, es jefe supremo de las logias filipinas, y expende títulos masónicos á favor de los indios, y se cartea con los más significados del filibusterismo, y les anima á *trabajar* sin descanso, y los más enemigos del nombre español son íntimos amigos suyos, y dirige un periódico que es órgano de la secta en Filipinas, y los que más odian á España, á él le adoran... ¿Querrá usted decirme qué significa todo esto?

»¿Y qué le parece á usted de esa manía de reformas, causa principalísima de lo que allí está pasando, que á veces convierten al indio en juez y al español en reo, y han proporcionado á las logias medios para organizarse, libertad absoluta para conspirar, y hasta local para que celebren sus sesiones? Dada la monstruosidad de estos hechos, yo quiero suponer que los autores de esas reformas obraron por ignorancia, no conocían el país ni previeron las fatales consecuencias de sus actos.

»Tal es la talla intelectual de algunos de nuestros hombres de gobierno, que en las mayores atrocidades puede quedar á salvo la buena voluntad. ¿Querrá usted creer que ha habido Ministro de Ultramar que no sabía, al tomar posesión del cargo, dónde estaba Filipinas ni el camino que seguían los barcos para llegar allá? Pues estos hombres suelen ser los más petulantes, y legislan sobre todo lo legible, aunque sólo sea para dejar huella de su paso por el Ministerio.

»Medidas tan funestas ni siquiera obedecen á exigencias de los indios, porque ni las ha pedido jamás el pueblo, ni hasta hace pocos años se acordaba nadie de ellas, á no ser dos docenas de estudiantes indígenas, á quienes la masonería ha sorbido el seso... y los cuartos. Lo que resulta cierto es que para muchos españoles pesa más un compromiso de partido ó un puñado de oro, que la paz y la vida de España. Ignoro, amigo Ibáñez, si la masonería tendrá algún interés especial en la in-

dependencia de aquella colonia, ó será todo cuestión de dinero, venga de donde quiera. Lo que me consta es que los masones filipinos á la independencia aspiran, y que los masones de España no pueden menos de saberlo y secundan sus planes. ¡Filipinas independiente!... ¡Qué ilusión! Este sería su mayor castigo: antes de un año, los indios se habrían devorado unos á otros... Si Filipinas se emancipa de España (y se emancipará si Dios no lo remedia), no hará más que cambiar de dueño: se la llevará Inglaterra, se la llevará el Japón, se la llevará el demonio; pero independiente... ¡imposible!

»Hoy los enemigos de España encuentran todavía un obstáculo casi insuperable para la realización de sus fines; pero un obstáculo solo, porque las autoridades superiores parecen figuras decorativas ó dioses del Olimpo á quienes nada importa lo que sucede en la tierra que pisan los mortales. O viven engañadas, ó están vendidas, ó simpatizan con los filibusteros..., ó yo no sé lo que pasa; lo cierto es que se advierte en ellas una apatía que nadie puede explicarse; que á sus barbas se organizan los enemigos; que libremente se hace activa propaganda de ideas subversivas, y nada ven, nada oyen, nada hacen por extirpar el mal ó impedir á lo menos que el torrente se desborde. Ese obstáculo á que aludí antes son las Corporaciones religiosas, fuertes todavía á pesar de lo que se ha trabajado por deprimirlas, por desprestigiarlas,

por arrebatárles su influencia en las Islas. Por eso los trabajos de las sociedades secretas se dirigen de un modo especial contra los frailes, porque no ignoran lo que les importa tomar ese baluarte para llegar al término de sus aspiraciones. Si España comete la locura de expulsar de Filipinas las Ordenes religiosas, que lleve allá un ejército de 100.000 hombres, y se prepare para una lucha que sólo terminará con la pérdida de aquella colonia.

»¡Allí es ya imposible la vida! A tal punto han llegado las cosas y tanto se han crecido, en vista de la impunidad, aquellos monos de Filipinas, que el elemento español, desconfiando de las autoridades, va uniéndose como quien se prepara á la defensa, y fijando su vista en los conventos. ¡Y decir que aquellos indios, hoy enemigos irreconciliables de España, eran hasta hace pocos años los súbditos más sumisos y los más leales ciudadanos que ha tenido jamás nación alguna!... He aquí la obra de la masonería y de los desleales españoles que han llevado allí la masonería, y de los gobernantes que de la masonería proceden. ¿No le parece á usted inicuo y criminal que, en este estado de cosas, haya todavía hombres que protejan á los indios masones y lleven adelante su obra infernal, conjurándose con los enemigos de la patria?

»¡Señor Ibáñez! Yo no sé si habré pecado de grosero en lo que he dicho de ciertas instituciones

y ciertos personajes. De todas maneras, perdóname usted, que á mí me gusta decir las cosas como las siento, y hasta he olvidado que usted pertenece á la masonería.

—¡Hace usted bien en olvidarlo!—contestó Ibáñez.—Pertenezco á la masonería; pero mi corazón está muy lejos de ella. ¡La odio, la detesto, créame usted!

—Y entonces...

—¡No la conocía, no ví las consecuencias de un acto impremeditado de la juventud!

—Y ahora que las ve, ¿por qué no se retira?

—¡No puedo, D. Claudio, no puedo!... Son tantos y de tal naturaleza los compromisos adquiridos... ¡Me es de todo punto imposible!

—¡Imposible! ¿Qué me dice usted?

—Le digo que no me pertenece mi libertad...

—¡Bien, hombre, muy bien! ¿Y es esa la sociedad benéfica y humanitaria que en todas partes predica libertad para negársela luego á sus mismos asociados? ¿Usted conoce algo parecido al despotismo masónico? ¡Cuánta mentira y cuánta farsa!... Y dígame usted, Ibáñez: ¿no podría yo hacer algo por usted?

—¡Nada absolutamente, D. Claudio! Estoy condenado á formar parte de una sociedad que aborrezco, condenado á representar toda mi vida un papel que no es el mío. Si hablo con masones, tengo que fingirme fervoroso masón; si hablo con personas honradas y piadosas, me finjo piadoso y

honrado... ¡Usted, usted es el único hombre á quien abro el corazón! ¡Ay, D. Claudio! Usted no puede imaginarse lo que sufro ante mi mujer, que me cree tan santo como ella, porque cumplo exteriormente con la Iglesia y hasta tengo mis devociones de familia. Delante de mi pobre mujer es cuando más me avergüenzo de mí mismo, casi no me atrevo á mirarla de frente. Vivo bajo un temor constante de que llegue á saber que su marido es masón...; ¡un farsante, un hipócrita que ha estado engañándola tantos años! Cada vez que entro en casa, cada día que amanece, me viene al pensamiento si aquel será el día destinado á morirme de vergüenza, el día fatal en que he de oír de los labios de mi mujer que soy masón, ó ver en sus ojos las lágrimas acusadoras de mi abominable comportamiento. Y aquel día... aquel día, D. Claudio, no sé lo que pasará en mi casa. ¡Esto no es vivir! ¡Hace mucho tiempo que me horroriza mi situación! ¡Usted no ha hecho más que escarbar en la herida!...

—¡Como escarba el médico para curarla, amigo mío! —exclamó D. Claudio visiblemente satisfecho de la buena disposición del joven.— ¡Tiene usted un corazón demasiado tierno, demasiado sensible, para que se lo lleven los masones, que son la misma nieve! Yo quisiera ver en usted un poco más de energía, un poco más de valor...

—¡No puedo!

—Todo se puede, Ibáñez, con una voluntad de-

cidida y varonil. ¿Es usted el primero que abjura de los errores masónicos? ¿Usted cree que otros no han tenido que romper compromisos tan graves como puedan ser los suyos?

—¡No puedo, no puedo!—repitió Ibáñez con desaliento y angustia.

—Pero, ¿por qué?... ¿por qué? Si teme usted las burlas de unos cuantos locos, tendrá en cambio, el aprecio de toda persona honrada, y podrá *mirar de frente á su mujer*, y se verá libre de esa intranquilidad que le está ahogando... Si teme las amenazas de los masones, ocúltese usted por algún tiempo, véngase á mi casa... váyase á vivir á otra parte...

—¡Tengo mujer y cinco hijos!—exclamó profundamente conmovido el joven masón.—Vivimos únicamente de mi destino, y este destino se lo debo á la masonería... Si yo tomase una resolución extrema, inmediatamente perdería mi empleo, y mis hijos quedarían en la calle... ¡D. Claudio! ¡Agradezco su buena voluntad! Exíjame usted el sacrificio personal que quiera, y me tendrá á sus órdenes; pero no me exija que sacrifique á mis hijos... Esto no lo puedo hacer.

—¿Y es ese el único obstáculo que usted encuentra?

—El único no, pero sí el principal.

—¿Y si lográsemos vencer ese obstáculo?

—Entonces... ya sería más fácil.

—Se lo pregunto á usted porque yo tengo mis

relaciones en la Trasatlántica y podría hacerlas valer. ¿Cuánto le produce á usted su destino actual?

—Entre unas cosas y otras... seis mil pesetas.

Una joven, como de veinte años, entreabrió la puerta y preguntó:

—Papá, ¿no salimos hoy de paseo?

—Sí, hija mía, dentro de un momento—contestó D. Claudio.

Ibáñez dió por terminada la visita, y se despidió. D. Claudio le acompañó hasta la escalera, y mientras el joven bajaba, él exclamó con ligeros movimientos de cabeza:

—¡Qué lástima de hombre!...

Ibáñez pasó toda aquella noche en vela. Don Claudio durmió como un bienaventurado hasta las ocho de la mañana.

---



Al día siguiente cayó en manos de Rebolledo una *Guía de Madrid* que le resolvía el arduo problema de visitar á antiguos conocidos, y particularmente al coronel D. César Iturralde. ¡Las investigaciones que él había hecho por adquirir noticias de su morada! Algunas cartas se habían cruzado entre los dos, y por ellas sabía D. Claudio que Iturralde vivía en la calle de Alcalá; pero ni aproximadamente se acordaba del número, y no era cosa de ir preguntando en todas las porterías por la vivienda de su amigo. En la *Guía* encontró lo que buscaba, y no pudo esperar más: se guardó el revólver en el bolsillo *por lo que pudiera suceder*, cogió su sombrero y un bonito bastón que había traído de Filipinas, y sudando por todos los poros de su cuerpo, llegó á la casa de D. César.

Daban en aquel momento las diez de la mañana. D. Claudio se detuvo á limpiarse el sudor, y preguntaba entretanto á la portera:

—¿Vive aquí D. César Iturralde?

—Sí, señor,—contestó la mujer esforzándose para contener la risa al ver aquel monstruo de obesidad.—Tercero derecha... Hay entresuelo, y principal A, y principal B, y...

—¿Más todavía?

—Y no hay ascensor... Es decir, como haberle, si le hay; pero no funciona.

—¡Como si no le hubiera! ¡Dios me dé aliento para llegar allá!

Bajó los ojos para no ver más que el escalón en que pisaba; apoyó la mano derecha sobre la barandilla, y comenzó su penosa ascensión. Cerca de un cuarto de hora llevaba subiendo la interminable escalera, cuando llegó á un descanso que él creyó el último. Entonces, por primera vez, levantó los ojos, y vió en letras muy gordas: PRINCIPAL B.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó anonadado.— ¡Otro tanto me falta!

Y se dejó caer sobre los escalones, que crujiéron bajo su pesado cuerpo.

Después de descansar algunos minutos, continuó su tarea; y al fin, como en el mundo todo se acaba, también D. Claudio acabó de subir, y se detuvo en el piso tercero junto á la puerta de la derecha. No puede decirse que sudaba, sino que por su rostro corrían verdaderos arroyos. Aquello no era respirar más ó menos fuerte: eran resoplidos de una máquina de vapor. Diez minutos largos necesitó para que la respiración se normaliza-

se. Cuando se encontró relativamente sosegado, aplicó el dedo pulgar al botón eléctrico, y dentro sonó el timbre.

Se abrió la puerta en seguida, y apareció un hombre que, por la facha, lo mismo podía ser el inquilino de la casa que un criado. Rebolledo preguntó:

— ¿D. César Iturralde?

— Aquí está. ¡Pase usted!

Entró D. Claudio, y después de dejar en la percha el sombrero, y el bastón junto á la pared, dijo en voz baja á su acompañante:

— D. César y yo somos amigos de hace muchos años, y quiero darle una sorpresa. Guíeme usted á su cuarto sin avisarle.

El sirviente quedó como indeciso por un momento, y condujo á D. Claudio por un estrecho pasillo. Le hizo entrar en una sala, y señalándole una puerta cerrada hacia la izquierda, le dijo:

— En ese cuarto está.

El criado se quedó en expectativa, y D. Claudio abrió la puerta indicada sin hacer ruido. El espectáculo que se presentó á su vista le dejó confuso. Un hombre con el pelo completamente blanco, vestido de blusa y vuelto de espaldas hacia la puerta, estaba sentado delante de un cuadro enorme. Dirigió una rápida mirada por la habitación, y no vió más que lienzos de diversos tamaños, botes de pinturas, innumerables manchas de todos los colores en el suelo, pinceles, reglas, compases...; ¡pa-

recía otro templo masónico! Y todo esto, en medio de un olor irresistible... Volvió á fijarse en el pintor, y retrocedió espantado... ¡Aquel no era Iturralde ni cosa que se le pareciese! ¡Vaya una *plancha* si llega á hacer lo que se le había ocurrido! Ni la de los masones. Cerró la puerta con cuidado, y acercándose al sirviente, le preguntó con voz casi imperceptible:

—¡Oiga usted! ¿Pero... este caballero es D. César Iturralde?

—¡Sí, señor!

—¿Iturralde, coronel retirado?

—¡Coronel retirado, sí señor!

—¿Y desde cuándo se dedica á la pintura?

—Desde que dejó el servicio. Ya antes creo que pintaba.

—¡Pues no lo sabía! ¿Y ha estado alguna vez en Filipinas?

—Sí, señor; y en Cuba.

¡Perfectamente! ¿Y usted le ha oído hablar de un tal D. Claudio Rebolledo?

—¡Ya lo creo! ¿Un señor que está en Manila?

—Que estaba, porque ahora está en España.

—¿Un señor que andaba siempre á la greña con mi amo, y...?

—¡El mismo, el mismo! Pero... ese caballero tiene todo el pelo blanco, y mi amigo César le tenía negro como una mora.

—¡Hará mucho tiempo!

—¡Veintitantos años!

—¡Sopla! ¡Pues ya ha llovido desde entonces!...

—La verdad es que basta ese tiempo para cambiar un hombre. Pero yo me le representaba como cuando le conocí... ¡Ilusiones de los viejos!... Ese D. Claudio Rebolledo soy yo...

—¿Usted? ¿Usted D. Claudio Rebolledo? ¡Menudó alegrón el que se va á llevar mi coronell!... ¡Pase, pase usted sin cuidado!

D. Claudio volvió á abrir la puerta con pulso, porque la idea de dar á su amigo una sorpresa le había fascinado, y la ocasión no podía presentarse más propicia. Se acercó de puntillas al pintor, que tenía puestos sus cinco sentidos en retocar una parte delicada del cuadro, y le echó las manos á la cara tapándole los ojos.

Iturralde lanzó un bufido, y de un salto se plantó delante de aquel hombre pequeño y gordo que se tomaba semejantes libertades. Le miró lleno de asombro y tan aturdido, que no le conoció hasta que habló D. Claudio, extendiendo los brazos hacia él:

—¿Tan desfigurado estoy, que no me conoces?

—¡Claudio de mi vida!—exclamó Iturralde con toda la vehemencia de su pasión.

Y sin reparar en que tenía la blusa y las manos manchadas de pintura, dió un apretadísimo abrazo á su amigo. Después se detuvo á contemplarle, mirándole de pies á cabeza; y haciendo pausadamente la señal de la cruz, empezó á reir con estrépito.

—¿De qué te ríes, tonto?—preguntó el gordo muy serio.

—¿Y quién no se ríe al verte?... ¡Qué fenómeno, Virgen santa! ¡Si pareces un tonel!...

—¡Gracias por la flor, amigo!

—Ni más ni menos: ¡un tonel con patas y cabeza!... ¡Y de patas y cabeza la menor cantidad posible!... ¡Qué horror! ¡Todo es barriga!... ¿Pero tú te atreves á andar así por la calle? ¡Y cómo te han crecido las orejas!... ¡Y qué cara más negra y más horrible! ¡Y esas manos no son manos; son dos enormes chuletas cocidas! ¡Y esa figura no es figura humana; es la de un gorrino (con perdón de usted) en tiempo de matanza! ¡Y qué papada, y qué brazos, y qué piernas, santo Dios!...

—¿Has concluido, hermoso?... Lo que á mí me sobra á ti te falta. Prefiero que sobre.

—¿Sabes á quién te pareces? A Sancho Panza... ¡Pero corregido y aumentado!

—¡Precisamente! Pues tú eres la fotografía exacta de D. Quijote. ¡Pero sin corregir!

—¡Claudio, Claudio! ¡Volvemos á nuestros tiempos felices!... ¡Venga otro abrazo!

—¡Eh, ojo! ¡Basta uno!... ¿Tú sabes cómo estás? ¡Bueno me habrás puesto!

—¿Sabes que tienes razón?—dijo Iturralde mirándose las manos y la blusa.—¡Ni siquiera me había fijado! ¡A ver, á ver!... No hay nada... Aquí en la espalda una manchita azul casi invisible...

Y empezó á restregar con la mano el punto de la mancha.

La operación terminó con una carcajada de Iturralde.

—¿Qué has hecho?—dijo D. Claudio volviéndose furioso.

—Nada, hombre; que fui á quitarte la mancha y te hice otra mayor.

—¡Me gusta la franqueza!

—Pues eso ya no se quita.

—¡Y parece que lo dices alegrándote!

—En medio de todo... Mira, tú debes llevar siempre manchas ó jirones en la ropa, porque, como se han de reir en todas partes de tu figura, echas la culpa á las manchas.

—¡Qué gracioso! Oye, ó vas á ponerte un traje decente, ó me retiro. Y por lo pronto, con tu permiso ó sin él, me siento, porque estoy que no me tengo de pie. Y á propósito: ¿cómo vives en estas alturas inaccesibles?

—Págame tú un *principal*, y hoy mismo me traslado.

—¡Media hora..., media hora larga me ha costado subir esa interminable escalera! ¡Qué sudor! ¡Qué fatiga!... Sólo por ti soy capaz de un sacrificio semejante... Lo que es si no te trasladas ó arreglas el ascensor, no vuelvo por aquí, te lo aseguro.

—Pues créete que no te vendría mal ese ejerci-

cio diario... Y, hablando de otra cosa: supongo que me acompañarás á comer.

—¡Hombre, eso no se pregunta!

—Sota, caballo y rey; ya sabes.

—¿Eeeeh?

—¡Chico, el sueldo de un triste coronel retirado no da de sí para más! Sin embargo, hoy en honor tuyo... ¡Antonio!... Un cubierto más, principio y café.

—¡No, no hace falta ningún extraordinario! Me voy á almorzar á mi casa... ¡Vaya un modo de celebrar mi venida, después de veintiocho años sin vernos!... ¡Veintiocho años, César!

—¡Tú eres insaciable! El mejor día das un estallido... ¡Pide lo que quieras!

—¡Allá va! Por lo pronto dos principios, uno de ternera y otro de perdices, pollos..., cosa de ave. Además jamón en dulce...

—¡Esos son tres principios, amigo!

—No hay tal cosa: el jamón en dulce no es principio... Entre los postres, que no falte el helado... De entremeses, sardinas en lata, que me gustan una atrocidad, pepinillos, aceitunas, salchichón...

—¡Y estricnina, á ver si revientas!

—No lo conseguirás... Vinos... de las marcas que quieras; en eso no soy exigente... ¡Ah! Se me olvidaba lo principal...

—¿Todavía?

—¡Pues está claro, hombre! ¡El *champagne*, caray, el *champagne*! Pero que sea legítimo, ¿eh?

—¡Oye, oye! ¿Tú te has propuesto arruinarme?

—Pues, chico, el convite no puede ser más modesto: total... diez ó doce duros.

—¡Nada, media mensualidad!... Anda, anda, Antonio; á tu madre que prepare lo necesario, y si hace falta la Isabel, que suba. Los platos que vengan hechos de la fonda, porque si no será cuestión de estar sin comer hasta las cinco.

Salió el criado, y detrás se fué D. César á lavarse y vestirse. Un cuarto de hora después volvió al lado de su amigo, y colocando una silla en frente se sentó.

—Chico, ¿sabes que cuanto más te miro más gordo y más feo me pareces?—dijo volviendo á fijarse en D. Claudio con extrañeza.

—¿Y sabes tú que voy creyendo que te han cambiado por otro? ¡Si eras la misma seriedad personificada, incapaz de gastar una broma con nadie ni recibirla, y ahora me echas á mí la pata!

—¡Qué diablo! ¡Un día de expansión lo tiene cualquiera! ¿Te parece que seis años que llevo aquí metido como un cartujo, casi sin salir de casa, no están pidiendo un rato de buen humor? ¡Y luego tu venida inesperada, los recuerdos..., la sorpresa tan agradable!... Pero, en fin, basta de broma y hablemos en serio... Todavía no me has dicho una palabra de aquel bendito país de los igorotes, ni de ti mismo siquiera... ¿Cómo va aqué-

llo? ¿Por qué te has venido? ¿Cómo no me avisaste?...

—¿A cuál de esas preguntas quieres que te conteste?

—A todas.

—Pues no te avisé... porque no tenía obligación de hacerlo; he venido... sencillamente porque se me antojó...

—Ahora no soy yo el de las bromas, Claudio mío. Quedamos en hablar en serio.

—En serio: aquello está muy malo, rematadamente malo... ¡Aquello se lo llevan los demonios!

—Eso ya es demasiado serio.

—Será demasiado serio, pero es la verdad.

—¿Pues qué es lo que pasa?

—Cosas demasiado tristes para dichas en este momento. Dejémoslas para otro día.

—¡Misterioso estás!.. ¿Y de tu vida desde que no nos vemos?

—Mi vida, desde aquella fecha, es bien fácil de contar. Tengo conmigo una hija que aún no había nacido cuando tú saliste de Filipinas. Murió su madre algunos años después, y, por consiguiente, quedé viudo, y viudo estoy, y viudo me enterrarán como á ti. En cuanto á mis negocios, no me ha ido mal. No soy ningún potentado, pero tengo lo suficiente, si Dios me lo conserva, para pasar esta triste vida y aun para reservarte en mi casa una habitación con derecho vitalicio á un cubierto en la mesa si llegaras á necesitarlo... ¿Y tú?

—Pues mi historia se cuenta en menos palabras todavía. De Manila vine á España, y de España á Cuba fuí...

—¿También eres poeta?

—Te advierto que me ha salido sin querer. ¡Reminiscencias de otra edad!...

¡A ver si puedo contarte en verso mi historia!

De Manila vine á España,  
Y de España á Cuba fuí;  
Y aquí me tienes.... pintando  
Desde que á España volví.

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Pintor y poeta!.....¿Pero cómo tenías ocultas tantas habilidades?

—¡Calla, hombre! Es que viene por aquí casi todos los días un muchacho á quien empleé yo en el Ministerio de la Guerra, y me lee cada composición en verso que arranca el alma. ¡Es un señor poeta! Y ya ves, todo se pega.

—Y ese poeta,.... ¿se pegará también hoy?

—No será difícil, porque cuando hay algo de extraordinario, parece que lo huele.

¡Como si hubiera estado esperando á que pronunciasen su nombre! En aquel mismo instante Eliseo Morales aparecía en la sala con un periódico en la mano, como solía. No es para descrito el gesto de disgusto que se dibujó en el rostro de D. Claudio. Respondió con toda la frialdad que pudo á la salutación del poeta, y apenas salieron de sus labios desde entonces más que monosila-

bos. Tampoco se excedió D. César, manifiestamente contrariado por la inoportuna visita; pero Morales habló por los tres de la guerra de Cuba, del teniente Pepe de Castro, de lo que decían los periódicos de Madrid acerca de la campaña y los planes de Martínez Campos, de sus producciones literarias, de pintura, de toros, de política, de todo lo que Dios dejó á las disputas de los hombres. Y cuando supo que D. Claudio acababa de llegar de Filipinas, puso de nuevo paño al púlpito, y ensartó tales desatinos geográficos é históricos, que el amigo de D. César necesitó toda su calma para no poner de oro y azul á aquel mentecato. Iturralde comprendió lo que sufría D. Claudio; y para cambiar de conversación y llevar al poeta á su terreno, le recitó los versos en que había contado su historia. Eliseo, después de escucharlos con cierto aire de competencia y una sonrisa de protección, dijo sentenciosamente:

—El primer verso no está mal. El segundo, *Y de España á Cuba fui*, es violento en la forma, y además está tomado de una *Zarzuela*. El tercero, *Y aquí me tienes pintando*, es todo él un ripio. El cuarto, *Desde que á España volví*, no dice verdad, porque usted no ha estado pintando desde que volvió de Cuba. Sin embargo, esto importa poco, porque la poesía habla al corazón, expresa el sentimiento y no la idea...

Y por este camino siguió conferenciando sobre la poesía.

Lo peor de todo, era que se acercaba la hora de almorzar, y Morales no daba señal alguna de marcharse, ni D. César se atrevía á decirle que allí estorbaba. No faltaron indirectas, nada veladas por cierto; pero Eliseo no era de los que se dan por aludidos con facilidad cuando olfatean un buen almuerzo, y seguía impávido con su charla inagotable. No hubo otro remedio que resignarse y poner un cubierto más en la mesa.

Habló poco durante la comida. Terminada ésta, se despidió (del mal el menos), pretextando asuntos de oficina y sintiendo en el alma no poder acompañar toda la tarde á los dos amables señores que tantas simpatías le habían manifestado.

—¡Respiremos!... —exclamó D. Claudio con satisfacción, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.—¡Caray, qué tipo más empalagoso y repugnante!... ¿Cómo consientes que venga á tu casa ese bribón?

—¡Si es un infeliz!

—Sí, ¿eh? Me parece que el infeliz eres tú. Ese es una mezcla de pillete y estúpido que no me da buena espina. Verás cómo hace carrera en Madrid. Por lo pronto no tiene ni un átomo de vergüenza, y esa es la primera condición que se exige en este país para llegar á ser algo. Luego posee una facilidad asombrosa para hablar de todo sin entender de nada, cosa muy recomendable para entrar en la redacción de un periódico y medrar por ese camino. Pero dejemos de despellejar al prójimo... Con-

que, por lo visto, tienes un sobrino, casi un hijo, en Cuba, ¿y no me habías hablado de él?

—Hombre, no pude encajar esa noticia en mis versos.

—¡Desgraciado! ¡Le tengo lástima!

—¿Por qué?

—Porque sólo servirá, como otros muchos, de carne de cañón.

—¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo, y tú me entenderás también más adelante. ¡Hablemos de otra cosa!

—Otro misterio..., y van dos.

—Vivir para ver, dice el refrán; y la verdad es que yo nunca pensé en llegar á ver tanto como he visto, por larga que fuese mi vida.

—¿Pero qué es lo que te pasa? ¿Cómo te ha entrado tan de repente esa murria?

—Te aseguro, César, que si hoy te dijese las cosas que he oído, las cosas que he visto con mis propios ojos, mañana tendríamos que llevarte á una casa de salud, ó al cementerio... ¡Te amo demasiado para contarte sucesos desagradables, y prefiero callármelos!

—Oye, ¿pero tú hablas en broma ó hablas en serio?

—¡Y tan en serio! De algunos años á esta parte, ¡qué serie de desencantos, y de disgustos, y de...!

—¿Tú disgustos? Chico, pues poco se te conoce en la cara.

—Pues créete que los he llevado... y muy gor-

dos. Y el más gordo de todos lo acabo de pasar; mejor dicho, lo estoy pasando todavía. Y tan gordo es, aunque tú no me creas, que puede romper para siempre nuestras amistades.

—¿Tú andas buscando camorra?—exclamó con ira el coronel levantándose bruscamente.—¿Qué disgustos, ni qué motivos para romper nuestras relaciones te he dado yo? ¡Contesta!...

—¡Ya apareció en escena el Iturralde de otros tiempos! Temía que te hubiesen falsificado; pero eres el mismo...

—¡Y tú más insoportable que entonces! ¡Contesta á lo que te he preguntado!...

—¡Calma, hombre, calma, y no te sulfures!... ¿Quién te ha dicho?... (¡Siéntate!) ¿Quién te ha dicho que tú seas el motivo de nuestra separación? La causa de que tal vez terminen nuestras amistades es... (no quería decírtelo, pero me obligas á ello) es que acaso el disgusto que ahora estoy sufriendo, tenga por desenlace... mi muerte.

—¡Demonio!—gritó Iturralde levantándose de nuevo y clavando los ojos en D. Claudio.

—Y no una muerte así como se quiera—continuó éste con solemnidad, gozándose con la ansiedad y el terror de su amigo;—sino la muerte violenta que se produce con el revólver ó el puñal de un asesino en medio de la calle.

—Pero... ¿es verdad eso?

—¡Es verdad! ¡Yo no miento nunca!

—¿Y yo no podré hacer nada por tí?

—¡Nada absolutamente!

—¿Ni siquiera saber por qué quieren asesinarte, quién, dónde, cuándo?...

—¡Ni una palabra por ahora!...

—Tercer misterio... ó cuarto, porque ya he perdido la cuenta... ¿Pero tú hablas en serio, ó es que quieres divertirme á costa mía?

—¡Tómalo como mejor te parezca!—contestó D. Claudio con una ligera sonrisa.

Esto bastó para devolver la calma á su amigo; y después de un instante de silencio, dijo con tono de íntima convicción:

—¡No te creo!

\*  
\* \*

Pasaron la tarde jugando al ajedrez y bebiendo cerveza. Cuando se despidió Don Claudio, había obscurecido completamente, caía una lluvia menuda y fría y las calles estaban casi desiertas. Para colmo de males, D. Claudio recorrió un buen trozo de la calle de Alcalá y entró en la del Caballero de Gracia sin encontrar un solo coche de punto; así que tuvo que resignarse á ir á pie hasta su casa. Al tomar una callejuela que partía de la calle del Pez, vió á un hombre que venía en dirección opuesta. En el momento de cruzarse, aquel hombre encendió una cerilla y la aplicó al cigarro. A la luz de la cerilla, D. Claudio pudo percibir las facciones del que acababa de pasar y convencerse de que era uno de los filipinos que

vivían en Madrid. Instintivamente echó mano al revólver, le amartilló, y mirando á una y otra parte, continuó su camino. Antes de llegar á su casa, la calle hace un pequeño recodo, y allí, como incrustado en la pared, vió á otro hombre en actitud hostil, según todas las apariencias. D. Claudio se detuvo mirándole de frente desde la acera opuesta; pero era tan escasa la luz en aquel punto, que no pudo conocerle. El hombre aquel, entretanto, se movía á uno y otro lado como si quisiera ocultarse dentro del muro, ó sin saber si huir ó acometer. D. Claudio, con el revólver siempre en la mano, atravesó la calle y se acercó lo suficiente para distinguir el rostro innoble de Alipio del Rosario.

Sí; era Alipio del Rosario quien esperaba á su víctima allí, cerca de su casa, entre las sombras de la noche y con un puñal en la mano, oculto bajo la chaqueta. Confiaba en que D. Claudio pasaría sin verle; él iría detrás muy despacito, le clavaría el puñal por la espalda, y huiría inmediatamente. Este era su plan; pero se frustró por exceso de precauciones. Si el cómplice de Alipio no hace la señal convenida, acaso se hubiera consumado el crimen.

D. Claudio estuvo un momento sin hablar, y con el revólver al pecho del indio, que temblaba como las hojas azotadas por el viento. Después, con voz de trueno, preguntó:

—¿Qué haces tú aquí, bandido?

—¡Nada, señor!—contestó Alipio encogiéndose lleno de terror.

—¿Qué haces aquí? te vuelvo á preguntar. ¡Contesta ó disparo!

—¡Estaba esperando á un amigo!

—¿Qué tienes en esa mano? ¡Un puñal!... Con un puñal se espera á los amigos, ¿eh? ¡Tú pretendías asesinarme!... ¿Crees que no lo sé? ¡Canalla!... ¡Aquí me tienes!...

—¡No, señor! ¡Yo no quería matarle á usted!—exclamaba Alipio con angustia.

—Se han cambiado los papeles, amigo—continuó D. Claudio con una sangre fría y un tono de desdén y de burla, que horrorizaron al indio mucho más que las anteriores explosiones de ira.—¡Se han cambiado los papeles! Ahora seré yo el matador y tú la víctima... ¡No mires, no, que nadie vendrá á salvarte!... ¡Prepárate, que en este momento vas á comparecer ante Dios!

—¡Perdón, D. Claudio!

—¿Perdón? ¿Perdón para ti? ¡Tendría gracia!... ¡De rodillas!

—¡Señor! ¡Yo no tengo la culpa!... ¡Yo se lo confesaré todo!...

—¡De rodillas te he dicho, miserable!—repitió enérgicamente D. Claudio.

Y el mísero indio obedeció, postrándose de rodillas y exclamando con las manos juntas y la voz temblorosa y suplicante:

—¡Tenga usted piedad de mí, señor! ¡Tengo madre!...

—Respóndeme á lo que te voy á preguntar. ¿Qué te han hecho á ti los frailes para que la otra noche se desatara en injurias contra ellos tu lengua inmunda?... ¡Contesta!...

—¡Aquel discurso no era mío, señor! ¡Me lo hiso *Péres-Gutiérrez*!

—¡Tan criminal es *Péres-Gutiérrez* como tú!... Pero contesta á lo que te he preguntado. ¿Qué te han hecho á ti los frailes de Filipinas?

—¡Nada, señor!

—¿Cómo que nada, infame? ¿Qué fué tu padre hasta que murió?

—Trabajaba en el campo.

—Y cuando no pudo trabajar, ¿quién os dió de comer á todos?

—El Padre Felipe.

—Y cuando un *vaguio* os llevó la choza en que vivíais, ¿quién os dió casa?

El Padre Felipe.

—¿Y quién te recogió á ti y te convirtió de mono en hombre, y te proporcionó medios para seguir una carrera?

—¡También el Padre Felipe!

—¿Y qué te han dado *Péres-Gutiérrez* y tu amigo Morayta?

—¡Nada, señor!

—Es decir, que todo lo que eres se lo debes á los frailes, y todavía los odias...; y «no puedes *pro-*

*nunsiar* su nombre sin que la sangre se te agolpe al *corazón...* ¡Oh, monstruo de la iniquidad!...

—¡No tengo yo la culpa, señor!

—No, hombre, no; ¡qué has de tener tú la culpa! La tiene quien hizo todo eso por ti, sabiendo cómo corresponden los de tu raza á los favores.

Hubo un instante de silencio. El indio continuaba de rodillas, y D. Claudio, retirándose hacia atrás dos pasos y apuntando con el revólver, agregó con acento de trágica solemnidad:

—He sido tu juez, y te he encontrado culpable. He visto que eres asesino y traidor á la patria. He visto que aborreces á los que te han amado, y persigues á los que te han hecho bien. No mereces vivir en la sociedad, y en nombre de Dios, que nos ve desde el cielo, te condeno á ser pasado por las armas... ¡Reza el *Credo!*

—¡D. Claudio! ¡D. Claudio!...

—¡Reza el *Credo!*

—Creo en Dios Padre... ¡D. Claudio, no me mate usted!

—¡Sigue rezando el *Credo!*

Y siguió el infortunado indio hasta las palabras *creo que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos*. Aquí le detuvo D. Claudio, diciéndole con voz severa.

—A juzgar á los vivos y á los muertos, ¿entendes? ¡Él te juzgará en su día! ¡Sígueme!

Alipio se levantó, como quien acaba de resucitar, y se puso al lado de D. Claudio.

—¡No, no!—dijo éste deteniéndose.—Conozco á los de tu raza, y sé que sois traidores por naturaleza... ¡Vete delante!

Pensó en hacer entrega de aquel malvado á la policía; pero habiendo llegado hasta su casa sin encontrar á nadie, y haciéndose cargo de que Pérez-Gutiérrez ó cualquiera de los suyos le pondría inmediatamente en libertad (y gracias si no le envolvían á él en un proceso), juzgó más prudente darle un puntapié en la parte posterior, y despedirle.

Y como lo pensó, lo hizo, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Toma y cuéntaselo á tu *amigo Pères-Gutiérrez*.

\*  
\* \* \*

Sin contar á nadie la escena de aquella noche, Alipio se embarcó para Filipinas á cumplir la delicada misión que le habían encomendado. Lo que allí hizo, y los sucesos que siguieron á su llegada, lo veremos luego.

Ahora figúrate, lector querido, que han pasado cerca de dos años, y ven conmigo á una casa de la calle de Relatores, donde conversan animadamente Pérez-Gutiérrez y otros tres ó cuatro personajes, cuando en Madrid se reciben las primeras noticias de la toma de Imus por las tropas españolas.

No deben de ir bien las cosas para aquellos señores, porque en sus rostros se nota cierta contra-

riedad que contrasta con la satisfacción de todos los demás ciudadanos, y hablan con ira del general Polavieja, de la mala organización de los insurrectos, de precipitaciones no justificadas, de planes frustrados y compromisos no cumplidos.

Allí se presentó, abatido y acongojado, el mestizo Concepción Cuesta, uno de los personajes más instruidos é influyentes de la Asociación Filipina y antiguo redactor de *La Solidaridad*, de Morayta. Llevaba en la mano un periódico, en cuyas columnas había leído dos telegramas que le llenaron de estupor.

Sin saludar á los presentes, todos conocidos suyos, exclamó con voz entrecortada y llorosa:

—¡Señores! ¡Conquistado por los españoles el último baluarte de la insurrección! ¡Deshecho el ejército tagalo!... ¡Todo se ha perdido! No hay duda, son partes oficiales. Oigan ustedes: «Conquistado Imus, según aviso escuadra que vió, tres tarde, izar bandera nacional torre iglesia.—*Polavieja*.» «Confirmada oficialmente toma de Imus, que enemigo incendió al retirarse... Bajas enemigo numerosísimas. Identificado cadáver titulado general Crispulo Aguinaldo, hermano de Emilio.—*Polavieja*.» ¡No comprendo tanto desastre! Yo siempre creí que en Imus se estrellarían las tropas españolas...—¡D. Eusebio!—agregó dirigiéndose á Pérez-Gutiérrez.—Usted y yo tenemos que hablar... Señores, con su permiso.

Saludaron con una inclinación de cabeza, y los dos salieron de la sala.

—Se confirma lo que en otras ocasiones le he manifestado á usted—dijo Cuesta en voz baja en cuanto llegaron á uno de los pasillos.—Nunca debimos haber permitido que Polavieja fuera á Filipinas.

—¿Y cómo impedirlo?

—¿Cómo? Con cualquier medio; con dinero, con la violencia, con la revolución, con el puñal si era necesario... El resultado de la campaña con un hombre como ese era cosa prevista. ¿Qué podíamos esperar de él? Otro cualquiera cortaría las ramas del árbol, pero habría dejado el tronco; éste ha cortado las ramas, cortará el tronco y arrancará las raíces, no lo dude usted. Concluida la guerra, se dirigirá contra las logias y lo destruirá todo, lo arrancará todo, no dejará ni la semilla...

—Usted sabe muy bien, amigo Cuesta—interrumpió Pérez-Gutiérrez,—que se hizo cuanto fué posible para evitar lo que hoy lamentamos todos; que Polavieja fué impuesto, no sólo á nosotros, sino al Gobierno mismo, y no hubo medio de impedir que fuese á Filipinas y se relevase al general Blanco. Aquí se ha entablado una lucha entre los frailes y nosotros: esta vez les ha tocado vencer á ellos; pero no importa, su triunfo durará poco tiempo... Lo que se dice de la dimisión de Polavieja es exacto, me consta. No pasarán mi-

chos días sin que se embarque para la Península...

—¡Sí, después que haya concluido con todo!

—No lo crea usted. Polavieja no cortará el tronco ni destruirá la semilla, como usted dice. Al contrario, la sangre derramada en Cavite será una nueva y fecunda semilla, de donde brotará odio implacable contra España y la dominación española. Ese odio se extenderá por todo el país y provocará muy pronto un levantamiento general, una sublevación en masa, una insurrección mejor organizada y más potente y sangrienta que la actual. Y si no al tiempo... Escriba usted á sus amigos de Filipinas y dígales que no desmayen, que cuenten incondicionalmente con nuestra ayuda... Y á propósito, ¿qué fondos tiene la Asociación?

—¿Fondos? Unos dos mil pesos.

—¿Dos mil pesos todavía? Con ese dinero se puede hacer cambiar de opinión á todos los españoles.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ahora importa mucho desprestigiar á Polavieja ante la opinión pública.

—¿Y qué conseguimos con ello?

—Cuanto nos hace falta conseguir. Desprestigiado Polavieja, quedan desprestigiados los que le enviaron á Filipinas y los que le pidieron como única salvación. Los efectos de sus victorias se atenúan ó se anulan completamente, y los que pa-

samos hoy por vencidos seremos en realidad los vencedores.

—Perfectamente. ¿Pero cómo podrá lograrse ese desprestigio?

—Por medio de la prensa de oposición.

—¡Imposible! No hay periódico que se atreva á luchar contra la corriente. Polavieja es en estos días el ídolo del pueblo...

—Otros ídolos más altos han caído.

—¡Imposible, imposible! No ha habido en la Península ni una sola publicación de importancia que haya defendido la causa de los filipinos; y ahora... ahora, D. Eusebio, ningún periódico llamará blanco á lo que llamó antes negro, ni derumbará hoy á quien ensalzó ayer.

—¡Pero hombre, Cuesta!—exclamó Pérez-Gutiérrez apoyando una mano en los hombros del mestizo.—Lleva usted no sé cuántos años en España, ha escrito en un periódico, ¿y no conoce todavía las redacciones por dentro, ni cómo y por quiénes se confeccionan los artículos de la prensa? Yo le aseguro á usted que, con mil duros en el bolsillo, hago que las tres cuartas partes de los periodistas de Madrid se comprometan á demostrar, no ya que Polavieja ha fracasado, sino que ni ha estado siquiera en Filipinas. ¿Quiere usted verlo?

—¡Es que los hechos son demasiado elocuentes!

—Más elocuentes son diez ó veinte duros para quien tiene hambre, amigo Cuesta.

—Sí, diez ó veinte duros podrán hacer que un

periodista escriba lo que nosotros queramos; pero no destruirán la elocuencia de los hechos para cambiar la opinión.

—Convénzase usted de que más grande que la elocuencia de los hechos, es la estulticia de la inmensa mayoría de los lectores; y éstos, insistiendo un día y otro sobre el mismo tema, concluyen por creer lo que les dice el periódico. Además, que Polavieja nos ofrece puntos vulnerables; por ejemplo, que lo de la enfermedad es una filfa; que la insurrección continúa en el mismo estado; que viene porque se ha convencido de su impotencia para dominarla; que no es un general del ejército, sino un monaguillo de sacristía, un demandadero de los frailes, etc., etc.

Nadie ha sabido aún cómo se las arregló Pérez-Gutiérrez; lo cierto es que recibió unos mil duros del mestizo, que recorrió algunas redacciones, y que más tarde hubo periódicos que encabezaron su artículo de fondo con el siguiente epígrafe: *El fracaso de Polavieja*. Algunos lectores lo creyeron, otros dudaron; pero la opinión general siguió siendo la misma.

Concepción Cuesta tenía razón; los hechos eran demasiado elocuentes.

\*  
\* \*

Enfermo y contrariado por un Gobierno que no pudo ó no quiso secundar sus planes, el vencedor

de Cavite tuvo que regresar á España. Su paso por Barcelona y Zaragoza fué un grandioso acontecimiento; allí escuchó el General aclamaciones delirantes, y recogió los únicos laureles de su triunfo. Madrid preparaba una imponente manifestación para recibir á su héroe; pero los ministros no participaban de los sentimientos populares, y trazaron al jefe victorioso un itinerario, y se ocultó la hora de su llegada para evitar la explosión del espíritu público.

En la estación del Mediodía esperaba una multitud inmensa hacia algunas horas, y el tren no llegaba. Los estudiantes de todas las Facultades se hallaban allí con banderas y cintas de diversos colores en los ojales de sus americanas.

Allí estaba también D. Claudio Rebolledo, que había seguido con sumo interés el desarrollo de la campaña de Filipinas, su segunda patria.

A la una y media de la tarde llegó el tren; la muchedumbre se apiñó junto á él formando una masa compacta; asomó el General, y vivas atronadores resonaron en el espacio. Uno de los primeros que estrecharon la mano de Polavieja fué un caballero de anchas espaldas, vestido de elegante levita y sombrero de copa.

—¡Ah hipócrita!—exclamó D. Claudio al reconocer en aquel hombre la repugnante figura de Pérez-Gutiérrez.

Rebolledo apartó de él sus ojos para fijarlos en

otro personaje que, desde un vagón de mercancías vociferaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva el héroe de Cavite! ¡Viva el General invicto!...

—¡Alabado sea Dios!--dijo santiguándose, asombrado con semejante espectáculo. Oía su voz, y creía que soñaba; le estaba viendo, y no podía dar crédito á sus ojos. ¡Era él, no había duda! Se abrió paso por entre la multitud, se acercó al vagón, y dijo al hombre que de aquella manera gritaba:

—¡César!... ¿Tú aquí voceando como un golfo?

—¡Calla, hombre, calla! —contestó el coronel sonriendo.—¡Estos entusiasmos le vuelven á uno joven!

—O loco, que no es lo mismo.

Iturralde bajó de su tribuna apoyando las manos en los hombros de su amigo, y los dos se mezclaron entre la muchedumbre, buscando la salida.

En el andén se acercó á D. Claudio un caballero, y después de saludarle afectuosamente, le dijo:

—¿Puedo hablar un momento con usted?

—A su disposición, Sr. Ibáñez—contestó Rebolledo, separándose de D. César.

—Quería decirle á usted, D. Claudio, que lo del empleo urge, porque acabo de recibir una orden que me pone en un grave compromiso. Me mandan á los Estados Unidos con una comisión.

—¿A los Estados Unidos? ¿Y para qué?

—Lo ignoro; pero fácil es suponerlo. Dadas las

relaciones que usted sabe entre la masonería española y la universal, y lo que la masonería universal pretende respecto de Cuba, puede usted suponer lo que significará mi comisión. No me queda otro recurso que obedecer, ó dar un puntapié á las logias, venga lo que venga.

—¿Y usted se decidirá por lo último?

—Desde luego; pero... ¿y lo otro?

—De *lo otro* no tiene usted que preocuparse. Hoy mismo volveré á hablar á nuestros personajes, y creo que, enterados de la situación en que usted se encuentra, el asunto se despachará inmediatamente.

—No es la cosa ninguna puñalada de pícaro—dijo Ibáñez sonriéndose.—Aunque haya que esperar uno ó dos meses, no por eso ha de faltar el pan en mi casa.

—Y si faltara, aquí está Claudio Rebolledo que responde.

—Gracias por todo, D. Claudio—dijo Ibáñez estrechándole la mano.—Hoy mismo me desentiendo de esa gente, y después, cuando pase algún tiempo, cuando ya nadie se acuerde de que he sido masón, se lo confesaré todo á mi mujer para mayor tranquilidad de mi conciencia... ¡Hasta la vista, D. Claudio!

—¡Adiós, querido Ibáñez!

—¿Quién es ese?—preguntó D. César en cuanto se despidió el joven masón.

—Un buen amigo—contestó Rebolledo pensati-

vo y triste.—Si tú supieras cómo, dónde y por qué empezaron con él mis relaciones... Pero es mejor que no lo sepas.

—¡Empiezan los misterios! Hombre, déjame de cosas desagradables, porque parece que gozas en echarme un jarro de agua siempre que me ves alegre y satisfecho... ¡Si será ese el pájaro que te cuenta las *cosas terribles* que te han vuelto tan pesimista!

D. Claudio no contestó. Siguió á la multitud que se precipitaba detrás de su héroe aclamándole sin cesar, subió á un coche de punto á la salida de la estación, y tomó asiento. Iturralde se acercó á la portezuela y se quedó mirando aquel fenómeno que llenaba completamente el coche con su gruesísimo cuerpo.

—¿Y yo dónde me siento?—preguntó.

Apretándose mucho, pudieron colocarse los dos, uno enfrente de otro. D. Claudio, mirando á su amigo con cierto misterio, le dijo:

—¡Tú vives en el limbo, César! No sé si enviarte ó compadecerte...

—¡Por horas!—dijo el coronel volviéndose al cochero. Y el vehículo empezó á moverse lentamente siguiendo á la manifestación.

Esta fué creciendo á medida que avanzaba. La calle de Alcalá presentaba un aspecto deslumbrador. La multitud se había aumentado en muchos miles de personas que aclamaban sin cesar al héroe de Cavite; todos los edificios, menos los del Go-

bierno, ostentaban hermosas colgaduras como en días de gran fiesta nacional; en todos los balcones se veían señoras que aplaudían con febril entusiasmo, agitaban los pañuelos y arrojaban ramos de flores. Hacía mucho tiempo que Madrid no recibía á un hombre con tanta solemnidad y tan sincero cariño. Polavieja fué el último general á quien la patria tributó los honores del vencedor.

D. César no cabía en sí de gozo. Aquellos aplausos, aquellos honores tributados á Polavieja le producían el mismo efecto que si fuesen dirigidos á él. El se hacía solidario de todo lo que se refería al ejército ó á cualquier jefe del ejército, ya fuese en las alabanzas, ya en los vituperios; aquéllas para llenarle de júbilo, y éstos de desesperación ó de vergüenza. De buena gana hubiera dado un abrazo y hasta un beso al insigne y simpático general; pero le rodeaban tantos y tan elevados personajes, que él allí no significaba nada, no era más que uno de tantos como vitoreaban y aplaudían desde lejos. Y esto, en verdad que lo hacía á su gusto, sacando la cabeza y los brazos por la ventanilla del coche con peligro de aplastar á D. Claudio.

Llegaron á la plaza de Oriente. El General salió de su coche, y muchos de sus amigos le rodearon, ocultándole á la vista de la multitud. Rebolledo divisó entre ellos á Pérez-Gutiérrez, y dijo á D. César:

—¿Ves aquel señor de barba, aquel hombre

grueso que ahora da la mano al General? Fíjate bien, que de ese caballero tengo que contarte muchas picardías.

Polavieja entró en Palacio, y nuestros dos amigos volvieron á recorrer las calles que había seguido la manifestación hasta llegar á casa de don César.

Eran las cuatro de la tarde.

---

## V

Dos días después recibía D. Claudio un paquete postal de Filipinas. La letra de la cubierta le era muy conocida: pertenecía á un joven agustino, el P. Márquez, á quien él había apadrinado en su primera misa, y con quien conservaba estrechas relaciones. Rompió la cubierta y se encontró con un extenso manuscrito que, por su interés para esta historia, merece ser reproducido. Decía así:

Mi querido D. Claudio: En mi última carta le hablaba á usted de la angustiosa situación en que nos encontrábamos, y de la apatía inverosímil de las autoridades superiores enfrente de la organización y los preparativos de los enemigos de la patria para una sublevación general. Los temores allí manifestados se han convertido en tristes realidades. He sido testigo presencial de los sucesos más importantes, y actor en muchos de ellos. Le hablaré á usted de aquellas cosas y personas que más puedan interesarle, porque una historia completa me llevaría demasiado tiempo.

Desde que le escribí á usted la carta citada, la situación de Filipinas fué agravándose de día en día. En algunas provincias no había pueblo que no tuviera su logia, dirigida á veces por los mismos individuos del Ayuntamiento, y á la cual estaban afiliados, de grado ó por fuerza, casi todos los habitantes. Las autoridades, no sólo se abstuvieron de molestar á nadie y tomar medidas para atajar el peligro, sino que concedieron licencia para toda clase de armas á cuantos la pedían. El proyecto de un degüello general de españoles no era un secreto para nadie. Se decía en proclamas y hojas sueltas que se repartían con profusión por todas partes, lo decían los mismos indios á quien quería oírles. Su odio y su desdén hacia los peninsulares era tan manifiesto que á nadie se le podía ocultar. ¡Aquel indio que hace poco tiempo se arrodillaba ante el *castila*, había llegado á despreciarle, casi á escupirle á la cara!

Todas las logias habían formado una gran federación, el infernal *Katipunán*, presidido por un Consejo supremo, de donde partían las órdenes de la conjuración, extendida por casi todo el Archipiélago. Su consigna era el exterminio total de los españoles... ¡Y aquellas logias, creadas muchas de ellas por funcionarios peninsulares, y dirigidas y alentadas por los Grandes Orientes desde Madrid, no tenían otros fines que degollar á los españoles residentes en Filipinas y proclamar la independencia!...

Yo mismo tuve ocasión, al iniciarse el levantamiento, de ver un local de las logias que funcionaban en Manila en el barrio de Tondo y á pocos pasos de la Capitanía general. Constaba de dos habitaciones, una muy amplia, en que no se veía signo alguno masónico, á no ser que se tome por tal un retrato de Morayta, que ocupaba lugar preferente, y otra más pequeña, el *sancta sanctorum* de la logia, donde, en días de ceremonia, se colocaba una mesa, y sobre ella una calavera, un triángulo, un puñal y dos velas encendidas. Vi también un mandil muy significativo de los que usaban los masones indios y la banda que había pertenecido al presidente. El mandil era de raso blanco con orla negra, y en el centro se veía pintada al óleo una cabeza de español colgada de los cabellos y chorreando sangre, y á su lado un brazo desnudo blandía el cuchillo con que se suponía cortada aquella cabeza. La banda era negra con nueve rosetones rojos y tres títulos masónicos, firmados, uno por Morayta, otro por Pantoja y el tercero por el Consejo regional de Filipinas. La ceremonia se reducía á exigir al catecúmeno inicuos juramentos é imprecaciones, y á firmar con su propia sangre, sacada del brazo con el puñal que había sobre la mesa. A esto seguían las pruebas terroríficas del asesinato y el suicidio simulados, con que los iniciados demostraban una voluntad firme de someterse á cuanto sus jefes les ordenaran, incluso á atentar contra la vida de sus pa-

dres, su mujer y sus hijos. Usted, que conoce á los indios, podrá figurarse la impresión que todas estas cosas producirían en sus ánimos.

Por la época que usted sabe, apareció en Manila el comisionado de la masonería española, el famoso Alipio del Rosario, y se presentó inmediatamente al no menos famoso Andrés Bonifacio, antiguo bodeguero de una casa muy conocida, y presidente entonces del Consejo Supremo del Katipunan ó de una de sus secciones. Alipio le entregó un pliego cerrado que contenía las instrucciones firmadas en Madrid; pero llegaban demasiado tarde: los indios iban ya mucho más adelante de lo que aquellas instrucciones suponían. Dícese que Bonifacio dió á leer el documento á su *secretario particular*, y en cuanto éste hubo leído las primeras líneas, exclamó en tono desdeñoso:

—¿Conque *mucha propaganda, estrecha unión*, etcétera, etc?... Estamos ya de vuelta, amigos. El Katipunan lo domina todo. Tenemos en Manila mismo una imprenta, un periódico, medios de construir armas...; hay muchos miles de juramentados, dispuestos á todo; son nuestros los Tribunales municipales; contamos con adictos entre los más ricos del país, en la policía secreta, en los cuarteles, dentro de la misma Capitanía general. Me basta dar una orden para que el pueblo se levante en masa; pero hay que esperar el momento oportuno. Ahora lo que importa es sostener el espíritu de los conjurados, inculcándoles odio,

mucho odio al español, y se lanzarán como fieras el día de la matanza.

Me figuro yo que al buen Alipio no le hicieron gracia alguna estas noticias y estas intenciones, no por lo que tenían de brutales, sino porque la comisión que le habían encomendado los masones de España resultaba un poco ridícula, sus amistades con altos personajes de Madrid eran ya inútiles, y sobre todo, sus sueños de diputado quedaban desvanecidos. ¿No cree usted que aquel mentecato, por llegar á ser diputado á Cortes, habría renunciado á todo, hasta á la independencia de Filipinas? Sin embargo, se acomodó á las circunstancias, y abrazó con fervor la causa del Katipunan, como usted verá en esta breve historia.

Había llegado á tal punto la excitación de los conjurados, que el mismo Bonifacio se creyó impotente para contener la avalancha que se le venía encima, y tuvo que hacer los preparativos más urgentes, para que, en brevísimo plazo, estallase la insurrección. Quiso la Providencia evitar una hecatombe, y puso en manos del párroco de Tondo la trama de la conjuración, despertando al mismo tiempo á las autoridades de su pesado sueño. ¡Ya era hora! Fueron entregados á los Tribunales muchos de los comprometidos, juntamente con los libros, sellos y documentación del Consejo Supremo, y el general Blanco telegrafiaba al Gobierno: «Descubierta vasta organización Sociedades secretas con tendencias antinacionales; detenidas vein-

tidós personas, entre ellas Gran Oriente de Filipinas.» ¡Y pocos días antes, este mismo general afirmaba que los masones sólo existían en la imaginación de los frailes!

Hallábase entonces Andrés Bonifacio tratando de un alijo de armas con dos ricos comerciantes de Manila, á quienes usted conoce de sobra. Alipio fué quien les dió aviso de lo que pasaba, y se pusieron en salvo.

\*  
\* \*

¡Horrible despertar el de los habitantes de Manila el día 30 de Agosto de 1896! Bonifacio había decretado el levantamiento, y turbas inmensas de foragidos se lanzaron á las calles al amanecer, extendiendo el pánico por la ciudad con sus gritos salvajes. Atacan como fieras el polvorín, de donde son rechazadas por una sección de Artillería. Grupos imponentes penetran al mismo tiempo por uno de los barrios de Manila, y solos sesenta valientes de la Guardia veterana rechazan aquella brutal acometida y libran á la capital de una inmensa catástrofe. En uno de estos grupos se encontraba el taimado Alipio, que, al verse perdido, se volvió á los guardias gritando:

—¡No tiréis, que yo no soy de los sublevados!  
¡Libradme de estos asesinos!...

Y dirigiéndose al comandante de la guardia, le entregó un papel con el membrete del Ministerio de Ultramar, diciendo:

—Me han sacado de mi casa esos bandidos, y querían asesinarme.

Al día siguiente estalló la sublevación en las provincias de Cavite y Nueva Ecija. La consigna dada por el *dictador* Bonifacio, jefe de aquel ejército de caníbales, era la muerte de todo español, sin distinción de clase, edad, ni sexo, y sus criminales turbas cumplían la orden al pie de la letra. Las familias españolas que habitaban en pueblos sin defensa y supieron de antemano lo que iba á suceder, huían á lugares más seguros, ó se ocultaban en la espesura de los bosques, donde algunas perecieron de hambre. Los pueblos sorprendidos fueron víctimas del saqueo y el furor salvaje de las turbas. Los que podían oponer alguna resistencia, aunque no les quedase esperanza alguna de salvación, se defendían hasta derramar la última gota de su sangre, para tener siquiera el consuelo de morir matando. Los insurrectos que lograban apoderarse de una población cometían horrores sin número. Español ó indio adicto á España que caía en sus manos perecía irremisiblemente. Hubo niños estrellados contra una pared ó contra el suelo delante de sus madres; mujeres brutalmente atropelladas delante de sus maridos ó sus padres, y descuartizadas después; hombres á quienes se les extraía el corazón, para hacerle pasar, todavía palpitante, al estómago de aquellos antropófagos; ancianos, en fin, rociados con petróleo, que morían abrasados retorciéndose

entre agudísimos dolores, mientras la vil canalla bailaba alegremente alrededor de las rojizas llamas que se movían de un lado á otro siguiendo al cuerpo de la víctima infeliz. La coronación de aquella obra infernal fué el incendio. Ardían en varios puntos los campos, ardían los edificios abandonados, ardían pueblos enteros... Durante las primeras noches, la provincia de Cavite parecía una inmensa hoguera que reflejaba en las montañas sus pálidos y siniestros resplandores.

Hubo en todas partes actos de abnegación sublime; la Guardia civil y algunos soldados hicieron derroche de heroísmo; pero las tropas disponibles eran insuficientes para salvar á las infelices víctimas abandonadas y librar á los pueblos de tanto horror. ¡La mayor parte del ejército se hallaba en Mindanao, ganando para el General en jefe el título de conquistador!... ¿Qué importaba que perciesen algunas provincias, y los españoles fuesen degollados, y se incendiasen los pueblos, y las Islas enteras se perdiesen para España?

Las huestes de Bonifacio se hicieron dueñas de casi toda la provincia de Cavite, y pudieron fortificarse á su gusto en un terreno montuoso que favorecía la defensa. En Noveleta, la impericia de algunos jefes llevó á los soldados españoles á la matanza. Y por primera vez, en el transcurso de trescientos años, los indios conseguían un triunfo sobre las armas españolas, y el estandarte de Cas-

tilla se plegaba, humillado y vencido, ante la bandera negra del Katipunan.

Un grito unánime de indignación brotó de todos los pechos contra aquel general que presencié impasible la organización de los enemigos de España; que nada hizo por impedir la propaganda de las logias, ni quiso ver, ni oír, ni entender, ni supo luego librar del deshonor de la derrota á su ejército, ni de la ignominia á la dignidad de la patria. Ese grito unánime, que resonó en todo el Archipiélago y tuvo su eco en la Península, se compendia en esta sola frase: *¡El relevo!* Y la primera autoridad de Filipinas, el general á quien se creía causante con sus desaciertos de cuanto allí estaba pasando, tuvo que embarcarse para España, sin poder escuchar una frase de cariño, desprestigiado á los ojos de todo el que conservase en sus venas una gota de sangre española...

Y la mirada de los amantes de la patria se fijó entonces en el enérgico y valiente sucesor de Blanco, en aquel general que, sin compromisos políticos ni masónicos y con clara conciencia de su deber, iba á vengar la sangre inocente vertida por manos de traidores, á salvar la honra de España, á recoger la bandera que su antecesor había dejado, abandonada y rota, en medio del arroyo.

El pueblo en que yo ejercía entonces mi sagrado ministerio era uno de los pocos de la provincia que no había hecho causa común con los sublevados. Vivíamos en él tres españoles, sin contar la mujer y dos niñas del teniente Leandro Roca: éste, el P. Felipe y yo. Nada le digo á usted de cada uno, porque á todos nos conoce. Roca y algunas parejas de guardias indígenas, de cuya lealtad nadie podía estar seguro en aquellos tiempos, eran nuestra única guarnición. En previsión de un ataque de cualquier partida insurrecta, habíamos distribuido armas entre los vecinos y organizado la defensa en la mejor forma posible. La Guardia civil se instaló en el convento, y desde la torre vigilaba constantemente un centinela.

Un día se oyeron tiros lejanos, y las campanas nos dieron la señal de alarma. Encerramos en la iglesia á la mayor parte de las mujeres, niños y hombres inválidos, y distribuimos convenientemente á los vecinos útiles disponibles. Transcurrieron dos horas sin que el enemigo asomase por ninguna parte ni se oyesen más disparos. A mí me hervía la sangre (ya conoce usted mi genio y mi intrepidez para todo); deseoso de saber lo que pasaba para avisar á los pueblos comarcanos y ver si se podía organizar una defensa general, monté á caballo, me interné en el espesísimo bosque cercano al lugar, atravesé una montaña y me fui hasta la población más próxima, que encontré ya en poder de los insurrectos. Volví atrás, y divisé una

gruesa partida que me obligó á ocultarme en la espesura y pasar allí la noche.

Cuando, al día siguiente, llegué al pueblo, un lastimoso espectáculo se presentó ante mi vista. Observé que una multitud consternada se agrupaba á la puerta de una de las mejores casas del lugar. Entré en aquella casa, y en una de sus habitaciones me encontré con tres cadáveres ensangrentados: el de un hombre, joven todavía, el de una mujer de la misma edad y el de un niño, hijo de los dos. Contemplé, mudo de terror, el doloroso cuadro, y corrí á la casa parroquial.

Todas las puertas estaban abiertas, los muebles en desorden, ropas y libros esparcidos por el suelo. Llamé dos ó tres veces al P. Felipe, y nadie me contestó. Un ambiente de angustia se respiraba en aquellas habitaciones. Este segundo golpe acabó de aplastarme, y quedé como agobiado por un peso superior á mis fuerzas. Pero esta debilidad duró muy poco; como hombre que ha tomado una resolución, me levanté de un salto, cerré precipitadamente las puertas y salí en busca de noticias que me orientasen...

He aquí lo que había pasado: Poco tiempo después de salir yo del pueblo, por el extremo opuesto apareció una partida de unos doscientos hombres armados. El jefe que la mandaba alzó bandera de parlamento, y envió á dos de los suyos con una carta para el párroco, en que le decía que se presentaban como amigos, que su intención era

recaudar algunos tributos y recoger las armas que hubiese, y que depusieran toda actitud hostil, dejándoles libre la entrada, si querían evitar un día de luto para el pueblo. La carta iba firmada (pás-mese usted, y santigüese tres veces) ¡por Alipio del Rosario, *general del ejército filipino!* El bribón había sabido engañar á muchos, que le creían adicto á España; con los suyos había adquirido el compromiso de conquistar á su pueblo para la causa de la insurrección, y se formó aquella partidita, dándose desde luego á sí mismo el grado de *general*.

Figúrese usted la sorpresa del P. Felipe, al ver que el enemigo que tenía delante era su antiguo monaguillo, el hombre que más favores le debía, el indio por quien realmente se había sacrificado. Aquel enemigo no era temible... ¡Cómo se engañaba el bondadosísimo Padre! Después de un momento de reflexión, habló así á los enviados de Alipio:

—Decid á vuestro jefe que el P. Felipe desea que espere dos horas, y si, pasado este plazo, no recibe contestación, que obre como le parezca.

Fué el P. Felipe á tratar el asunto con el teniente Roca, y una hora después, salían del pueblo tres mujeres y se dirigían hacia los insurrectos. Una de ellas era anciana y vestía pobremente; las otras dos, jóvenes de dieciocho á veinte años, eran sus hijas.

—¿Serán esos los parlamentarios que nos mandan?—preguntó uno de los indios.

Alipio miraba fijamente á aquellas mujeres, y se iba poniendo lívido á medida que se acercaban. Mandó á los suyos que permaneciesen en su puesto, y él solo salió al encuentro de las tres mujeres. La anciana era su madre, y las otras dos sus hermanas.

El jefe insurrecto se acercó á ellas y las dijo en idioma del país:

—¿Qué habéis venido á hacer aquí vosotras?

—¡Alipio!...—exclamó la anciana extendiendo los brazos hacia su hijo.

Este la rechazó con violencia, diciendo:

—¡Soy hijo de Filipinas y Filipinas es mi madre!... O volvéis inmediatamente por donde habéis venido, ó hago fuego sobre vosotras.

La pobre madre ya no se atrevió á hablar. Con mano temblorosa sacó del pecho una carta que la había dado el P. Felipe, y se la entregó á su hijo. Después dirigió á éste una mirada de inmensa ternura, y con un adiós que partía el alma, las tres se separaron de aquel monstruo del Katipunan y volvieron al pueblo llorando á lágrima viva.

La carta del P. Felipe decía así: «Mi querido Alipio: Ya sabía yo, hijo mío, que los masones de Madrid te habían sorbido el seso como á casi todos los indios que han tenido la desgracia de ir á la Península. ¡En mal hora se me ocurrió enviarte á España con la sana intención de que fueras

hombre de provecho y pudieses un día ayudar á tu madre y á tus hermanas! Me equivoqué, fuí un necio al sacrificarme por ti... Pero ya no tiene remedio. Me habían dicho que andabas por malos caminos; no ignoraba tus tratos con la execrable masonería, que se ha propuesto aniquilar este hermoso país y anegarle en sangre de hermanos; pero que habías de ser tú, ¡tú mismo! quien pretendiese exterminar el pueblo en que naciste, el pueblo en que vive tu propia madre, el pueblo encomendado á este pobre viejo á quien eres deudor de cuanto tienes... esto traspasa todos los límites de la perfidia, esto nunca pude imaginarlo siquiera... ¡Alipio! no te digo más. Si tienes valor para disparar un tiro contra tu pueblo, contra tu anciano bienhechor, contra tu madre y tus hermanas, hazlo. Yo, por mi parte, estoy con la conciencia tranquila y el corazón sereno; pero tus vecinos y los guardias sabrán cumplir con su deber. Si reconoces tu error y vuelves sobre tus pasos, ven, que aquí te espera con los brazos abiertos para perdonarte en nombre de Dios,

EL PADRE FELIPE.»

Alipio quedó indeciso por un instante. Después rasgó la carta en menudos pedazos que arrojó al suelo, y dió orden de retirarse á sus huestes, pretextando la imposibilidad de penetrar por entonces en el pueblo. Respecto de aquellas mujeres

misteriosas, quiénes eran y qué dijeron, nadie pudo sacarle una palabra.

La partida acampó en el bosque; su jefe no había renunciado á entrar en el pueblo. Precisamente había en él un indio rico muy significado en favor de la causa española, y nada mejor para congraciarse con Bonifacio que la muerte de aquel indio, odiado por los jefes del Katipunán. Pensando en la forma de realizar su intento sin riesgo personal, se le ocurrió una buena idea. El conocía al capitán del puesto y poseía una carta suya. Falsificando la letra y la firma, redactó una orden en que se mandaba al teniente Roca salir sin pérdida de tiempo con su gente para otro lugar; envió con la carta á uno de los suyos fingiéndose mandado por el capitán, y el incauto teniente cayó en el lazo. Ya de noche, y cuando el pueblo se hallaba muy tranquilo, entraron en él veinte hombres armados y degollaron sin piedad á aquella desgraciada familia, y se llevaron consigo al P. Felipe y á la mujer y los niños del teniente.

Cuando volví al lugar del suceso, debía de despedir rayos y centellas por los ojos, porque no hubo un solo indio que se atreviera á mirarme de frente.

—¿Quién ha matado á esos inocentes?—pregunté, dirigiéndome á la multitud.

—Los insurrectos, Padre—contestó un viejo centenario que se apoyaba sobre un bastón.

Empezaba á echarles en cara su ingratitud y co-

bardía, cuando apareció el teniente bañado en sudor, demudado el semblante, arrojando fuego por los ojos. Se acercó á mí, y con voz ronca, los brazos en alto y cerrados los puños, exclamó:

—¡La maldición de Dios ha caído sobre mí, Padre Márquez! ¡Mi mujer y mis niñas en poder de los insurrectos! ¡Me las han robado! ¡Me las han asesinado!... ¡Dios del cielo!...

No pudo continuar, dominado por la pena y loco de desesperación. Yo nada sabía de aquellas infelices víctimas; pero el teniente había encontrado en su casa pruebas manifiestas de lo ocurrido, y uno de los indios las confirmó, asegurando que las había visto, juntamente con el P. Felipe, en poder de los insurrectos.

—¿Y adónde las llevaron?—preguntó el teniente.

—Hacia el bosque—contestó el indio.

—¡Guardias, seguidme!

—¿Dónde va usted, Roca?—le pregunté yo, tratando de detenerle.

—¿Dónde he de ir?—me contestó.—¡A salvar á mi mujer y á mis hijas!

—¡También yo tengo algo que salvar!—le dije. —Y apoyando cariñosamente una mano sobre sus hombros, le conduje á la casa parroquial, que estaba á diez pasos de distancia. Me asomé á un balcón, desde el cual se dominaba á la multitud reunida en la plaza, y hablé así, esforzando cuanto pude la voz para que todos me oyeran:

—Habéis visto las desgracias ocurridas hace algunas horas en el pueblo; sabéis también los crímenes que se están cometiendo en todas partes. Esos traidores que se han levantado contra la madre España, profanan los templos, incendian, roban y asesinan. Es necesario que nos unamos todos los buenos para vengar tanta iniquidad, para defender vuestros hogares y vuestras mujeres, para salvar á este desgraciado país de la desolación y la ruina. Es necesario rescatar á nuestro querido Padre Felipe, vuestro bienhechor durante treinta años, que nos llama, que nos espera con los brazos extendidos y suplicantes. Es necesario, en fin, salvar á la santa esposa del teniente, á sus inocentes niñas y á tantos infelices que gimen bajo la cautividad de esos salvajes. Id á vuestras casas, recoged todas las armas que encontréis, y aquí dentro de quince minutos. Yo partiré: los que tengan fe en Dios, los que se sientan con valor para seguirme al combate, que me sigan... ¿Quiénes están dispuestos á ser soldados de la patria?

—¡Todos, Padre, todos!—exclamaron muchas voces.

Un minuto después no había un solo hombre en la plaza. Me retiré del balcón y me acerqué emocionado al teniente que permanecía de pie en medio de la sala.

—¿Qué plan tiene usted, Padre Márquez?—preguntó con voz apagada.

—El que usted ha oído. De toda esta gente ele-

giremos unos cien hombres de los más robustos y mejor armados. Los demás, con el sargento al frente y una ó dos parejas de la guardia, se quedarán para defender al pueblo. Los cien hombres escogidos, los guardias restantes, usted y yo nos lanzaremos al campo.

—¿Cómo? ¿Usted también?

—¿Por qué no? ¡El primero de todos!... ¡Estaría bueno que yo me quedase aquí, mientras ese anciano venerable va subiendo con su cruz el camino del Calvario!... ¡Que sepa, por lo menos, que voy á salvarle!... Crea usted, Roca, que más falta haré fuera que dentro. Con mi presencia estoy seguro, segurísimo de que cada uno de estos hombres será un héroe; y si no me ven á mí entre ellos, no respondo de su valor ni siquiera de su lealtad. Por otra parte, más probable es que necesiten de mis auxilios los que van al combate que los que se quedan en casa... ¡Sí, Roca, sí! Yo salgo á campaña, porque en las circunstancias actuales este es mi deber. Pero no iré como jefe, ni aun como soldado. El jefe será usted...

—¡Eso sí que no, Padre Márquez! Usted ha sido el organizador; usted es el único de prestigio entre esta gente, el único que podrá llevarla al combate y á la victoria; usted será su verdadero jefe.

—Yo no soy guerrero. Mi misión es otra muy distinta. Daremos á este grupo de hombres el título de batallón de voluntarios, y yo seré su capellán.

—No me opongo: usted podrá llamarse capellán, ó como quiera; pero todos nos pondremos bajo sus órdenes.

Pasó todavía algún tiempo, durante el cual el teniente se sentó y se levantó más de diez veces y empezó otras tantas conversaciones diversas. Estaba intranquilo; su mujer y sus hijas no se apartaban de su imaginación; le parecía verlas maltratadas, oirlas gemir, llamarle, implorar su protección; cada minuto que transcurría le desesperaba, cada instante podía decidir de la suerte de aquellas desgraciadas...

Al fin oímos el sonido de una corneta. Los dos salimos al balcón, y un hermoso espectáculo se presentó á nuestra vista. Enfrente de la casa parroquial el sargento enarbolaba la bandera española, y detrás se veía un grupo compacto de hombres, unos con fusil, otros con escopeta, y la mayor parte con arma blanca. Todos, todos habían acudido, dispuestos á seguirme adonde los quisiera llevar. ¡Hasta el indio de cien años estaba allí, en primera fila, con el cuerpo inclinado hacia la tierra! Cuando me fijé en el caduco anciano, á duras penas pude contener las lágrimas.

—¡Abuelo!—le dije.—¿También usted se siente con fuerzas para matar insurrectos?

—¡Se hará lo que se pueda, Padre!—contestó el pobre viejo enderezándose y levantando el bastón en que se apoyaba.

Me retiré precipitadamente, y volví á presentar-

me en el balcón con un crucifijo en la mano. Los hombres se descubrieron, la multitud cayó de rodillas, y yo con voz solemne pronuncié estas palabras:

—En nombre de Dios que nos contempla desde el cielo, en nombre de nuestra santa Religión, en nombre de la madre España, vamos á combatir contra los traidores y á librar á este desventurado país de la desolación y la deshonra... ¿Juráis, por las llagas de Jesús Crucificado, defender la bandera de la patria?

—¡Sí juramos!—contestaron todos á una.

—¿Hasta la muerte?

—¡Hasta la muerte, Padre!...—repitió la multitud en coro.

—¡Dios os bendiga, hijos míos!...

Y trazando una cruz en los aires con la santa imagen del Crucificado, los bendije.

—¡Voluntarios!—agregó el teniente con emoción profunda.—¡El Padre Márquez será nuestro jefe! ¡El llevará la cruz, y nosotros la bandera de la patria!... ¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Viva nuestro jefe el Padre Márquez!

—¡Viva, viva!...

Salimos del pueblo aquella misma tarde con los cien hombres elegidos. Yo con mi hábito blanco y un crucifijo pendiente del cuello, y el teniente con la bandera española en la mano, íbamos al frente de aquel pequeño grupo de voluntarios. La

multitud nos despidió con aclamaciones entusiasmadas; las mujeres se arrodillaban delante de mí para besarme la mano y pedirme la última bendición; el indio secular exclamaba, levantando su bastón en actitud amenazante:

—¡Ahora que vengan los insurrectos!

Pasamos la noche en el bosque. Antes de que amaneciera, el teniente y dos de sus guardias se habían separado del grupo, y se dirigían á una altura desde la cual se dominaba un extenso territorio. Los demás nos preparábamos para seguir el mismo rumbo, cuando uno de los soldados se acercó á mí y me dijo al oído:

—¡Padre, la señora del teniente!...

—¿Qué dices tú?

—¡La señora del teniente y las niñas! ¡Padre, las he visto yo!

—¿Dónde, dónde?

—Ahí atrás... á doscientos pasos.

—¿Vivas, ó muertas?

—Muertas, Padre...

—¡Silencio!... ¡Vamos allá!

Al llegar á un punto despejado del bosque, el indio encendió una linterna que llevaba consigo diciendo:

—¡Aquí es!

¡Qué espectáculo Dios mío!

Junto á un árbol corpulento y rodeada de cenizas ya extinguidas, se hallaba la infeliz esposa del teniente, tendida en el suelo, sujetos con una cuer-

da los pies, los brazos extendidos y las manos clavadas en la tierra. ¿La habían crucificado viva? ¿Habría muerto abrasada?... ¡Era mejor no averiguarlo! Las dos niñas estaban á los lados, con sus cabecitas rubias reconstadas sobre aquellos brazos extendidos, y sus diminutas manos cruzadas sobre el pecho de su madre. Parecían dos angelitos que se apoderaban del cuerpo de una mártir para levantarle de la tierra y trasladarle al cielo.

Un sentimiento de horror en presencia de aquel crimen sin nombre, y otro sentimiento de odio y venganza contra los bárbaros asesinos de una madre indefensa y dos niñas inocentes, llenaron toda mi alma. ¡Lo que habrían sufrido las desgraciadas antes de morir! Una oleada de sangre trastornó mi cabeza y nubló mi vista; un frío helado recorrió todo mi cuerpo y me hizo temblar... Después me acordé del teniente, y tuve lástima del esposo amante, del padre desventurado. Volví á contemplar, á la luz de la linterna, las inocentes víctimas, y una ternura infinita me desgarró el alma, y un dolor inmenso me oprimió el corazón y arrancó de mis ojos ardientes lágrimas. Quise dar á los tres cadáveres cristiana sepultura en medio del desierto, y recé en voz baja algunas de las preces que la Iglesia consagra á los difuntos. A pocos pasos se veía una hendidura en la tierra, tan á propósito como si un terremoto ó las lluvias hubieran abierto providencialmente un sepulcro. Allí fueron co-

locadas juntas, abrazadas y besándose la madre y las niñas.

Mientras el indio llenaba de tierra el hueco, yo corté con un cuchillo dos gruesas ramas de un árbol, y con ellas hice una cruz que clavé en uno de los extremos de la solitaria sepultura, último tributo de cariño y de piedad que podía rendir á los desventurados seres que pagaron con la vida el crimen de haber nacido en España. Terminada aquella obra de misericordia, dije á mi compañero:

—De esto, ni una palabra al teniente ni á nadie, ¿entiendes?

El indio inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y volvimos á reunirnos con los nuestros. Cuando rompimos la marcha empezaba á clarear el día.

\*  
\* \*

Ya puede usted imaginarse, mi querido don Claudio, qué actitud tan marcial presentaría yo, después de esto, ante mis soldados. Caminaba al frente de ellos con la cabeza inclinada, aturdido con la tristísima escena que acababa de presenciar, abismado en profundos y dolorosos pensamientos. Alternativamente se presentaban á mi imaginación las inocentes víctimas y sus feroces verdugos. De seguro que se reflejaban bien claramente en mi rostro los violentos impulsos de ira y de venganza que inútilmente procuraba ahogar dentro del

pecho. Mil ideas contradictorias cruzaron por mi alma antes de unirme al teniente. ¿Le contaría el trágico fin de su familia? ¡Oh, de ninguna manera! Esto sería lo mismo que clavarle un puñal en medio del corazón. Aquel hombre perdería el juicio. ¿Le ocultaría en absoluto la funesta noticia? Esto parecía lo mejor y era lo más cómodo para mí; pero, ¿cómo permitir que viviese engañado un hombre cuyo único ideal por entonces eran su mujer y sus niñas, y desafiase el peligro, y hasta llegase quizás á sacrificar su propia vida por una ilusión? ¿Y qué papel iba á ser el mío cuando Roca me hablase de ellas, cosa que sucedía á cada momento? ¿Tendría la serenidad suficiente para no revelar la triste nueva, para que él no la leyese en mis ojos, en mis palabras, en mi semblante? Además, el teniente era un buen cristiano; podía contar con su resignación, podía curar con una mano la herida abierta con la otra.. Pero no, esto era humanamente imposible. El golpe tenía que ser mortal para un padre, y un padre tan amante de su familia como Roca. ¿Y cómo decírselo? ¡Aquí, aquí estaba lo más grave! Si se hubiese tratado de otra desgracia cualquiera, de una muerte natural... ¡Pero habían muerto asesinadas las infelices! ¡Y por unos salvajes sedientos de sangre española! ¡Y con los suplicios, y las infamias, y las crueldades que precederían al horrendo crimen!... ¡Eso no se podía decir jamás ni al marido ni al padre! ¡Era mucho mejor que

bajase al sepulcro sin saberlo!... Además, que ya tendría tiempo de comunicárselo. Cuando transcurriesen algunos días, algunas semanas; cuando en el desventurado teniente fuera desvaneciéndose poco á poco la esperanza de salvar á su familia; cuando ya se hubiese habituado á la idea de haber perdido para siempre á las prendas de su corazón, entonces sería el momento oportuno de hacerle saber la tremenda noticia... En fin, obraría según me aconsejasen las circunstancias.

Roca, muy ajeno á lo que acababa de ocurrir á dos kilómetros de distancia, permanecía en la altura recorriendo con la vista el llano, impaciente por avanzar en busca de su mujer y sus niñas, únicos objetos que llenaban toda su alma.

Llamó vivamente su atención y la de sus guardias un hombre que, con paso lento y tambaleándose como si estuviese embriagado, seguía un camino próximo. El teniente, ansioso de adquirir noticias sobre los insurrectos, y particularmente sobre la partida de Alipio, le invitó á que se acercase sin temor. Pero en aquel momento llegábamos nosotros á la cumbre, y el desconocido, creyendo que se encontraba enfrente de una partida insurrecta, cambió de dirección y aligeró el paso. Yo, sospechando que aquel hombre fuese un compatriota, tal vez un prisionero fugitivo, me apoderé de la bandera y grité levantándola en alto:

—¡Viva España!

El desconocido se detuvo, nos miró un instante

con evidentes muestras de desconfianza, y al fin se encaminó hacia nosotros.

Daba compasión mirarle. Llevaba el traje sucio y hecho jirones. Más que uniforme de un soldado, parecía el inmundo traje de un mendigo. Iba medio descalzo, con la cabeza descubierta, el pelo desgredado, el rostro flaco, macilento, cadavérico. Caminaba con trabajo, acezaba con afán, infundía el miedo que produce un difunto, su mirada era la de un loco. Sin pronunciar una sola palabra se desplomó á mis pies. Todos le rodearon con curiosidad, y él miraba á los indios con ojos extrañados, con terror, como mira el reo de muerte al verdugo.

—¿De dónde viene usted?—le pregunté.

—¡Tengo hambre! ¡Me muero de hambre!—contestó él con voz desfallecida.

—Aquí hay carne y arroz, pero crudo. ¡Espere usted que le asen un trozo de carne!

—¡Venga arroz crudo, venga carne cruda!—exclamó con los ojos saltando de sus órbitas y extendiendo las manos con ansiedad hacia los indios.

Uno de éstos le presentó un gran pedazo de carne, que él devoró como le habría devorado un león dentro de su jaula. Le hicimos algunas preguntas sobre los insurrectos, particularmente sobre la partida de Alipio; pero todo fué inútil: sólo contestaba con movimientos afirmativos ó negativos de cabeza. Cuando acabó de comer le dimos una copa de ron. Empezó á reanimarse, y en pocas

palabras relató lo que le había sucedido. Se llamaba Francisco Canseco, y nos dijo que era capitán. Estaba de guarnición en la provincia de Cavite al frente de un pequeño destacamento, mitad de indios y mitad de peninsulares. Cuando el pueblo se sublevó se defendieron heroicamente él y los soldados españoles. De éstos, unos murieron en la refriega y otros cayeron en poder del enemigo y fueron degollados. A él le perdonaron la vida, no sabía por qué, y después de muchos sufrimientos había podido fugarse y llegar hasta allí.

Algo había de verdad en este relato; pero se ocultaban cosas que conviene saber. Aquel perillán, afiliado en la península á las huestes de la masonería, era en Filipinas presidente de una logia de mujeres indias; había proporcionado armas á los directores de la insurrección por un puñado de duros, y tenía amistades íntimas con algunos jefes del Katipunan. Al sublevarse la provincia, abandonó á sus soldados, que perecieron miserablemente, y se ocultó en casa de un indio de gran influencia en el país. Este indio fué quien le salvó la vida y le facilitó los medios para la fuga. He aquí la verdadera historia.

Yo no la sabía entonces; pero crea usted que se me hizo antipático aquel hombre desde el primer momento. Se veía tan poca sinceridad en sus palabras, de tal modo se reflejaban en su mirada aviesa y en todas sus facciones la desconfianza, el egoísmo, no sé qué de vileza y degradación, que

se hacía irresistiblemente odioso y repulsivo. Nada pudimos averiguar acerca de la partida de Alipio. Preguntado por la suerte de los españoles en Cavite, foco principal de la insurrección, contestó que habían perecido todos los que no pudieron salvarse á tiempo. Contó con la mayor sangre fría los más inconcebibles horrores cometidos por los insurrectos en las mujeres y los niños que caían en sus manos. Roca tembló de espanto al pensar en la posibilidad de que su esposa y sus hijas hubiesen sido objeto de semejantes martirios ó llegasen á serlo en cualquier instante, y exclamó con muestras de impaciencia:

—¡Padre Márquez! estamos perdiendo un tiempo precioso.

Hicimos montar al desfallecido capitán en una de las caballerías que llevábamos con víveres, y se rompió de nuevo la marcha. A los lados del capitán íbamos el teniente y yo.

—¿Qué ha sido de los párrocos de Cavite?—le pregunté.

—Los frailes no lo han pasado mal—contestó.—Algunos han perecido también; pero muy pocos. Los mismos indios les avisaban antes de que estallase la insurrección para que se pusiesen en salvo, y hasta les proporcionaban medios para huir. ¡Parece que con ellos no va nada! Hay pueblos en que todos los españoles han sido asesinados, menos el Padre, que continúa ejerciendo sus funciones como hace cincuenta años.

»Los insurrectos, como saben que Polavieja se prepara á darles una batida, van concentrándose en la provincia de Cavite, de la cual son dueños absolutos, si se exceptúa la capital. Ellos se creen invencibles; la verdad es que ocupan posiciones estratégicas de primer orden. El terreno es pantanoso, áspero, endemoniado; está cubierto de bosques impenetrables, barrancos, ríos caudalosos y montañas. Las operaciones militares han de ser muy penosas. Emilio Aguinaldo es el *generalísimo*, y dirige las obras de fortificación, y nombra generales, y organiza sus huestes. ¡Hasta ha llegado á crear cuerpos de *voluntarios* por imitarnos á nosotros! Tienen también su fábrica de armas en la que construyen cañones... ¿á que no saben ustedes con qué? ¡Con tubos que servían para la conducción de aguas! Dicho está que al primer disparo se hacen polvo; pero los indios se forjan la ilusión de que tienen artillería, y esto les basta. Aguinaldo ha contestado al indulto de Polavieja con un bando muy curioso. Por él «concede indulto á todos los españoles en armas que se sometan á su autoridad, excepto á un tal Polavieja á quien no conoce». Conque ya saben ustedes: si quieren someterse á la autoridad de Aguinaldo...

—¡Mamarrachos!—exclamó el teniente con supremo desdén.

—Andrés Bonifacio—continuó el capitán—hace frecuentes correrías por todo este territorio. Excita á la rebelión, incendia los pueblos, asesina sin

piedad, recluta gente y se lleva consigo armas, víveres, dinero, cuanto cae en sus manos. Es un monstruo: su paso por el país es el paso de una nube. El levantamiento en cada localidad se verifica siempre de la misma manera. Los soldados indígenas matan á su jefe, si es español, ya envenenándole, ya clavándole un puñal mientras está dormido, y se pasan á los conjurados. Dueños de la población, dan muerte á los españoles, si los hay, y á los indios afectos á España; luego incendian sus domicilios, y se lanzan al campo. Si son destrozados por tropas españolas, cada cual se retira tranquilo á su casa, como si nada hubiese pasado. Después, unos vuelven á tomar las armas en cuanto se les presenta ocasión, y otros se acogen á indulto, diciendo muy compungidos que se les ha engañado... y hasta que se les *engañe* otra vez. Se ha proclamado solemnemente la *República filipina*; pero esto no es obstáculo para que haya varios *monarcas*, rodeados de un ejército de generales con muchos cintajos y plumas, y con todos los atributos de la majestad real. Reyes llaman á Bonifacio y Aguinaldo; en Silang hay otro rey con el nombre de *Victor I*, y cuentan que por los bosques anda errante un *emperador*, vestido de capa pluvial robada en una iglesia, con corona en la cabeza y cetro en la mano. Este emperador no se despoja de su *manto real* y su corona ni aun para dormir, y se hace dar honores divinos. Nadie puede hablarle directamente más que los genera-

les de su *estado mayor*; y éstos de rodillas y con la frente pegada á la tierra. El, sentado en su trono, dicta órdenes severísimas, no precisamente para que se cumplan, sino por puro ejercicio de su autoridad, y para que nadie olvide que es emperador.

—¡Y decir que á esos monos—agregué yo en un tono que de seguro no sonó bien en los oídos del capitán,—sin más ideal que el de imitar á los hombres ni otro móvil para la rebelión que la nostalgia de la selva, se les considera en Madrid, y se les concede una legislación igual á la nuestra, y se les ayuda para que incendien y asesinen y se emancipen del dominio de España!... Esto levanta ampollas, mi capitán, porque no se concibe sin suponer á nuestros gobernantes y á los cómplices de la insurrección, ó muy malvados, ó muy estúpidos.

\*  
\* \*

Una semana después, mi exiguo batallón de voluntarios se había duplicado con españoles fugitivos é indios leales que iban incorporándose. Modestia á un lado, le aseguro á usted que el nombre del Padre Márquez era ya famoso en toda la comarca. Los pueblos amenazados ú oprimidos me esperaban con los brazos abiertos como á su libertador. Los insurrectos temblaban al oír hablar de este pobre fraile, vencedor de partidas diez veces más numerosas que la suya, y huían como liebres al sa-

ber que se acercaba. Me creían protegido por alguna fuerza sobrenatural, por un *anting-anting* poderoso, como decían ellos, que me hacía invencible é invulnerable. La verdad es que mis hombres se habían portado con verdadero heroísmo en varios escuentros, me querían como á un padre y me adoraban como á un ser superior. Ni uno solo había pensado jamás en retroceder delante del enemigo.

Iban bien las cosas por este lado; pero tampoco me faltaron contrariedades y amarguras. Por una parte, la carencia de noticias acerca del Padre Felipe me traía inquieto y me hacía temer por la suerte de aquel anciano venerable; por otra, la angustia del teniente, más abatido á medida que pasaba el tiempo sin encontrar un solo vestigio de su familia idolatrada. Cien veces estuve por sacarle de aquella dolorosa incertidumbre; mas un profundo sentimiento de compasión se sobreponía á mis propósitos, y lo dejaba para otra ocasión más oportuna. Como si esto fuera poco, el capitán Canseco se encargó de añadir un sufrimiento á todas las demás penalidades. Sembraba la discordia entre los indios, desprestigiando como podía á su jefe, y diciéndoles que no entendía una palabra de las cosas de la guerra, que los llevaría á todos á una muerte segura, que era vergonzoso que hombres tan valientes fueran mandados por un fraile... Cuando me enteré de aquellas indignas maquina-

ciones, inspiradas por la envidia y la ambición, llamé á solas al capitán y le dije:

—Señor capitán, no ignorará usted que el valor de las tropas, sus triunfos y el éxito mismo de una campaña dependen en gran parte del prestigio de los que mandan, sean los que quieran. Y, por tanto, los que atentan á la disciplina, los que desprestigian á los jefes delante de sus soldados comprometen el éxito de la guerra y son traidores á la patria.

—¿Y á mí qué me cuenta usted?—contestó irguiéndose y mirándome con desprecio.

—¡Yo me entiendo y usted me entiende también!—le contesté.—Si yo me dejase llevar de los impulsos de mi amor propio, ¿sabe usted lo que haría? Encargarle del mando de esta gente y retirarme muy tranquilo á mi parroquia. Este sería el mayor castigo que podría imponerle á usted. Estoy seguro de que no pasaban más de tres días sin que le asesinasen. Y estos indios, que hoy defienden la bandera española y se hallan dispuestos á morir por ella, mañana se irían á engrosar las huestes de la insurrección. Pero, porque aprecio más la vida de un solo inocente que mi propia vida; porque antepongo los intereses de la religión y de la patria á mis intereses personales, á mi vida y hasta á mi honra, por eso, pese á quien pese, continuaré mandando este pequeño grupo de fuerzas leales mientras las circunstancias no me aconsejen otra cosa. Usted, con su comportamien-

to, se ha hecho merecedor de un severo castigo. Si no se le impongo es únicamente por no humillar á un español, y lo que es más, á un soldado delante de los indios.

—¡Tenga usted en cuenta que habla con un capitán del ejército!

—¡Usted aquí no es capitán ni es nada! Usted es un hombre que andaba errante por esos campos, muerto de hambre y de miseria, y se refugió entre nosotros, y entre nosotros encontró protección. ¡Yo no sé más de usted!

—¿De suerte que no cree en mi palabra?

—No, porque no estoy obligado á ello, ni usted ha presentado documento alguno que lo acredite ni mucho menos que le otorgue el mando de esta gente. En conclusión: á mí no me gusta advertir dos veces una misma cosa. El primer aviso está dado; el segundo, si llegare á hacer falta, se lo daré de muy distinta manera. Me basta uno sola palabra para hacerle desaparecer á usted. Triste cosa sería tener que recurrir á un extremo como ese; pero más triste es que, por su culpa, pierda España más de doscientos defensores de su bandera y perezcan centenares de infelices que esperan su salvación de nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios.

Desde entonces me odió de corazón, y aun sé que llegó á acariciar ciertas ideas de venganza; pero se guardó muy bien de hablar de mí á los indios.

Un día, después de una penosa marcha durante la noche, contemplábamos desde la cumbre de un cerro una parte de la provincia de Cavite. Delante de nosotros se extendía la llanura, limitada á lo lejos por la montaña, cruzada por innumerables arroyos y embellecida con una vegetación exuberante. En el arranque mismo de la cordillera se destacaba una población iluminada por los rayos del sol naciente, que se reflejaban en los cristales formando una multitud de puntos luminosos, como si los edificios estuviesen cuajados de brillantes. Contribuía á embellecer el cuadro el sonido de las campanas que repicaban alegremente como en días de gran solemnidad. Pero en medio de aquel delicioso conjunto de luz y de armonía, se mezclaba una nota triste, un fatal presagio de lágrimas y sangre. Columnas de humo denso, rojas en su base, parecía que brotaban de la tierra é iban elevándose, unas veces rectas hasta el cielo, y otras retorciéndose y formando negros torbellinos que extinguían el reflejo de los cristales y ocultaban el pueblo entero. ¿Qué sucedía allí? ¿Que significaba el regocijo de las campanas entre tanta desolación?

Nos sacó de dudas una mujer india que huía del lugar de la catástrofe con un niño en los brazos y se dirigía hacia nosotros gritando:

—¡La Virgen, la Virgen bendita me salvó!... ¡Padre Márquez!... ¡Usted es el Padre Márquez!...

—¡Sí, sí lo soy! ¿Cómo lo sabías tú?

—Porque le estábamos esperando, porque sabíamos que andaba usted por aquí...

—¿Qué es lo que ocurre en el pueblo?

—¡Mi casa ardiendo, Padre! ¡A mi marido le han matado! ¡Yo he podido librarme con este niño, gracias á la Virgen que cegó á los que me buscaban!...

—¿Pero quiénes son los que hacen todo eso?

—¡Los insurrectos, Padre!

—¿Qué partida es? ¿Quién la manda?

—¡Andrés Bonifacio!

—¿Por qué tocan las campanas?

—Porque están en la misa.

—¿Y quién les dice la misa?

—Un Padre muy viejo...

—¿Y sabe usted cómo se llama ese Padre?

—Se llama el Padre Felipe.

—¡Dios bendito! ¡Ayúdanos á salvarle!...—exclamé levantando los brazos y mirando al cielo. Y añadí con voz enérgica dirigiéndome á mi gente:

—¡Hijos míos! Ha llegado la hora de mostrar todo nuestro valor, la hora de conseguir el objeto principal que venimos buscando... Ahí, á una legua de distancia está el P. Felipe, vuestro ángel tutelar, vuestro bondadoso párroco, maltratado por sus verdugos, esperándonos, hijos míos, esperándonos con el alma traspasada de dolor.

— ¡Vamos á salvarle!...—interrumpió uno de los indios.

—¡A salvarle, á salvarle!...—gritaron todos.

—¡Poned vuestro corazón en Dios, y á ellos!— exclamé yo.

—¡Voluntarios! ¡Viva España!...—agregó el teniente.

—¡Viva!...—repetieron los soldados en coro.

Y se lanzaron como leones en dirección al lugar incendiado.

Allí, efectivamente, se encontraba el anciano P. Felipe.

La noche en que los hombres de Alipio penetraron en su pueblo él estaba rezando, muy satisfecho por la fácil solución dada al conflicto de aquel día. De pronto oyó ruido en la escalera, y aparecieron en su habitación cuatro de aquellos desalmados, uno de los cuales le dijo:

—Padre, tenemos orden de llevarte con nosotros.

—¿Orden de quién?—preguntó el Padre aturcido, sin conciencia de lo que pasaba.

—De nuestro general.

—¿Quién es vuestro general?

—D. Alipio del Rosario.

—¿Alipio os ha dado esa orden? ¿Alipio os manda llevarme á mí? ¿Al Padre Felipe?...

—Vivo ó muerto, nos ha dicho él.

—¡Vivo ó muerto, vivo ó muerto!—repetía el pobre anciano moviendo la cabeza.

Después reflexionó un instante con los ojos clavados en un crucifijo que tenía sobre la mesa, y añadió, como quien toma una resolución heroica:

—¡Está bien! Jesucristo subió con su Cruz el Calvario, y murió entre dos ladrones. Entre ladrones moriré también yo... ¡Vamos andando!

Y cogiendo el sombrero y el breviario, salió de aquella casa querida que él mismo había construido en tiempos mejores, acaso para no volver á habitarla jamás. En medio de sus verdugos recorrió algunas calles desiertas, espantado de tanta soledad, de tanto abandono por parte de los que tenían el deber de socorrerle. Ni una puerta se abría á su paso, ni una voz interrumpía el angustioso y mortal silencio que daba al lugar el aspecto de una población abandonada ó dormida. Sólo allá á lo lejos se oían gritos desgarradores de mujer, más perceptibles á medida que se acercaban. Era la infeliz esposa del teniente, fuera ya del pueblo, con las niñas á su lado y rodeada de otros cuatro facinerosos que se reían de sus lamentos. Cuando el P. Felipe se unió á aquellas desventuradas, olvidó sus propios pesares y las consoló como pudo. Poco después llegaron los hombres restantes de la partida, algunos con las manos todavía ensangrentadas, y todos juntos se encaminaron hacia el bosque. Salió Alipio á su encuentro. El P. Felipe le conoció, y con acento conmovedor le dijo:

—¡Oh, Judas, Judas!... ¿Cuánto te dan por la venta de tu maestro?

—Perdone usted, Padre—contestó el monstruo, dejando asomar á los labios una hipócrita sonri-

sa.—Yo habré contrariado su voluntad; pero la guerra es la guerra, y mi único fin ha sido salvarle, evitar que caiga usted en otras manos más duras que las mías.

—¿Y para eso mandas que me saquen de mi casa *vivo ó muerto*? ¡Vivo ó muerto, Alipio!... Dime, dime: ¿qué mal te he hecho yo para que me trates de esta manera? ¿Qué mal te han hecho esta pobre señora y estas niñas inocentes?...

—¡La guerra es la guerra, Padre!... Mi intención es salvar también á estas mujeres, porque de un momento á otro el pueblo será tomado por nuestras tropas, y usted y esta familia correrían peligro de muerte...

—¡Alipio, Alipio! Mi puesto estaba allí, ocurra lo que quiera. A mí nada me importa la vida ni la muerte. Haz de este pobre viejo lo que te plazca; pero... ¡por Dios, Alipio, por la Virgen Santísima, por los favores que me debes, ten compasión de estas desgraciadas!...

—Descuide usted, Padre, que ningún mal las amenaza. Al contrario, bajo mi protección se encuentran en la más completa seguridad.

La mujer suplicaba, gemía inconsolable, y las niñas temblaban como las hojas del bosque mirando con terror á aquellos foragidos, y agarrándose fuertemente á las faldas de su madre.

Antes de amanecer se pusieron en marcha. El P. Felipe vió que faltaban la señora y las niñas, y preguntó por ellas. Le dijeron que se habían esca-

pado durante la noche; y el buen anciano, que tuvo la candidez de creerlo, sintió su corazón aliviado de un peso enorme, y pidió á la Virgen que las amparase.

Transcurrieron algunos días de penalidades sin cuento para el desgraciado cautivo, obligado á caminar casi sin descanso, á pie, durmiendo mal y comiendo peor. La partida de Alipio se unió á la horda de Bonifacio, y él se internó con algunos de sus hombres en Cavite sin decir una palabra á su antiguo párroco. Cuando éste notó la falta de Alipio, un nuevo dolor le traspasó el alma. ¡El miserable le había abandonado! ¡El traidor le había vendido!... Aquella desaparición misteriosa era su sentencia de muerte, porque dejarle en poder del feroz Bonifacio y los suyos equivalía á dejar un cordero entre una manada de lobos.

Pero la Providencia inspiró una buena idea á Bonifacio. ¿No tenían capellanes las tropas españolas? ¿No los tenían todos los reyes del universo? Pues ¿por qué él, *rey absoluto* de la República filipina, no había de tener también su capellán? ¿Por qué no le habían de tener sus tropas? Y nombró al P. Felipe capellán del ejército filipino.

\*  
\* \*

Mientras nosotros contemplábamos aquel pueblo, ya iluminado por los rayos del sol, ya obscurecido por el humo del incendio, en la iglesia

oían misa las tropas de Andrés Bonifacio. Este se hallaba en el presbiterio, apoyado en un reclinatorio, con sombrero de plumas, y una gran capa pluvial recamada de oro que había robado á la iglesia. A derecha é izquierda estaban dos indios robustos, de pie, cada uno con su cirial encendido en la mano y vestidos con casulla, de la misma procedencia que la capa. Andrés Bonifacio no se contentaba con usar este traje en el templo; iba también por la calle con su capa pluvial, sus calzones verdes y su inmenso sombrero de plumas, acompañado siempre de los dos acólitos con sus casullas y sus velas, pero éstas apagadas.

El P. Felipe decía la misa por primera vez desde que fué nombrado capellán. Cuando se volvía al pueblo, todos los fusiles apuntaban hacia él. Este extraño espectáculo heló la sangre en sus venas, y le hizo pensar en el próximo fin de su vida. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería una nueva ceremonia inventada por los indios? ¿Querrían dar á entender aquellos valientes que estaban dispuestos á derramar la sangre del sacerdote, aun en el acto del Santo Sacrificio? ¿Lo harían únicamente por el gusto de atemorizarle? ¿Sería un aviso de que había llegado su última hora, para que se preparase á morir? No lo sabía ni era fácil averiguarlo. De todas maneras, el venerable anciano se volvía al altar con los ojos arrasados en lágrimas, y pedía á Dios que le sacase cuanto an-

tes de este mundo para no presenciar tantas iniquidades y tanta desolación.

Al salir de la iglesia, Bonifacio recibió la aterradora noticia de que me acercaba yo con mi batallón de voluntarios. Le vieron palidecer, temblar de rabia y de miedo; encargó la defensa del pueblo á uno de sus *generales*, y él, llevándose consigo al P. Felipe y unos cuantos hombres, huyó precipitadamente. Con gusto se hubiera quedado para medir sus fuerzas con el fraile batallador, nunca vencido; pero no era cosa de que todo un *rey* expusiese su vida en una miserable escaramuza; y despojándose de su capa pluvial, y hasta de los zapatos, trepó por la áspera montaña y se refugió en las escabrosidades de la sierra.

A los tímidos insurrectos se les antojó ver en nuestras tropas un ejército más numeroso que el de Jerjes, máquinas de guerra capaces de reducir á escombros el pueblo en menos de un minuto, hombres á caballo de terrible aspecto y formas desconocidas, y en medio de todo esto, una fuerza sobrenatural, un genio protector, algo contra lo cual era inútil combatir. Un terror supersticioso é invencible se apoderó de ellos, y muchos siguieron las huellas de su *rey* en cuanto sonaron los primeros tiros de fusil. Los demás se entregaron á discreción después de una débil resistencia, cosa que les importaba poco, porque sabían que el Padre Márquez no fusilaba á los prisioneros.

Cayó entre éstos un mestizo chino con el grado

de *capitán general*, cuya figura era de lo más cómico que puede imaginarse. Vestía pantalón negro, muy ajustado, con franjas de oro, chaquetilla azul con vivos encarnados, ceñida á la cintura por un fajín verde, y el consabido sombrero de plumas que había pertenecido á una señora española asesinada en San Francisco de Malabón. A este sombrero había añadido su poseedor innumerables plumas y cintas de todos los colores, que le cubrían la espalda en forma de abigarrada cabellera. ¡Oh! el sombrero era la prenda favorita de aquel ejército de generales y aquella república de emperadores y reyes. ¡Como que en la calidad y el número de las cintas y plumas del sombrero veían los indios la dignidad, y hasta la inteligencia y el valor del que lo llevaba!

He de confesarle á usted que aquella victoria fué para mí un tremendo fracaso. Había tenido al alcance de mi mano el objeto querido que buscaba con tanto afán, y me encontré sin él cuando iba á estrecharle entre mis brazos. ¿Qué me importaba un triunfo más? ¿Qué me importaban doscientos rebeldes prisioneros y la gran cantidad de armas y municiones que cayeron en mi poder, si el Padre Felipe había desaparecido? Cuando supimos que se hallaba allí el venerable anciano, no pensamos más que en acudir en su auxilio por el camino más corto y atacando de frente. Después comprendí que debía haber empezado por acercarme con sigilo, rodear el pueblo y cortar la reti-

rada al enemigo. ¡Entonces sí que el triunfo habría sido completo! Pero ya era tarde: no sólo había desaparecido el Padre Felipe, sino hasta la posibilidad de continuar trabajando por librarle de su duro cautiverio. Y abrumado por el peso del abatimiento y el dolor, sin contar el número de los prisioneros, sin escuchar las bendiciones de las víctimas salvadas de la opresión y de la muerte, entré en la iglesia, y arrodillado sobre el mismo reclinatorio en que había estado Andrés Bonifacio, rendí á la memoria del Padre Felipe el tributo más hermoso que puede pagarse á un ser querido: el tributo de un amor que arranca lágrimas de los ojos.

Entretanto, el teniente Roca buscaba por todas partes á su mujer y sus niñas. No había podido acostumbrarse á la idea de haberlas perdido para siempre; y al saber que vivía el Padre Felipe, se empeñó en convencerse de que ellas vivirían también, protegidas por el bondadoso anciano. Entró en todas las casas, recorrió todas las calles, preguntó á cuantos encontraba, sin adquirir noticia alguna de su adorada familia, y por fin se dirigió á la iglesia, único lugar no registrado, y único rincón en que brillaba todavía la tenue luz de su última esperanza.

Iba con los ojos inyectados en sangre, el rostro congestionado, el corazón oprimido por una pena muy parecida á la desesperación. Al llegar á la puerta del templo, se encontró conmigo y me dijo:

—¿Qué gente hay dentro?

—¡Ni un alma!— le contesté.

—¡Ni un alma!...—repitió el teniente con ansiedad.—¿Qué habrán hecho de mi mujer, qué habrán hecho de mis niñas, santo Dios?...

Le dirigí una mirada de inmensa ternura, y guardé silencio. Tentado estuve de comunicarle la fatal noticia; pero la ocasión no podía ser más inoportuna. Era necesario dejar que pasase la tempestad que rugía en el alma de aquel hombre desgraciado.

Dí por terminada mi misión, y sin pérdida de tiempo reuní toda la gente. Faltaba sólo el capitán Canseco. Nadie sabía dónde estaba; nadie le había visto desde que empezó el ataque al pueblo.

Después de algunos días de marcha, excesivamente penosa por la gran impedimenta de ancianos, mujeres y niños que se habían puesto bajo el amparo de aquellos leales defensores de España, mi invencible batallón de voluntarios indios llegó á Manila. Iba yo al frente de doscientos soldados dispuestos á dar su sangre por la bandera de la Patria, y de cien familias rescatadas de la cautividad ó libradas de la muerte; en pos de mí sólo había dejado motivos de agradecimiento, mercedes y bendiciones; llevaba conmigo innumerables prisioneros, rico trofeo de mis victorias; entraba en la capital de Filipinas como triunfador, coronado de gloria y aclamado por la muchedumbre. Y sin embargo, no era la radiante luz de la alegría la que se reflejaba

en mi rostro, sino la palidez sombría del dolor y una nube cargada de tristeza. Pensaba en mi querido Padre Felipe y en la familia desventurada del teniente.

\*  
\* \*

Me detuve en Manila sólo el tiempo preciso para dar un abrazo á mis hermanos de religión y hacer entrega de los prisioneros y las familias rescatadas de la cautividad. De allí me dirigí con mi batallón y el teniente Roca á la capital de la provincia de Cavite, todavía bajo el dominio de España; presenté á la autoridad militar á aquellos valientes voluntarios, y por mi parte me ofrecí á seguir de capellán, auxiliar á los heridos y servir en los hospitales mientras durase la campaña de Cavite.

Un día me encontré con el famoso capitán Canseco, cuyo paradero ignoraba desde el ataque á las tropas de Bonifacio.

—¡Adiós, mi capitán!—le dije cariñosamente apenas le conocí.—Casi le daba á usted por muerto. ¿Cómo nos abandonó usted sin decirme una palabra, y precisamente en el momento de la victoria?

—¿Y quién es usted para pedirme cuenta de mis actos?—preguntó el insolente capitán irguiéndose y mirándome con soberano desprecio.

Se me subió toda la sangre á la cabeza ante

aquella brutal é injustificada acometida; pero dominé la cólera y contesté serenamente:

—No es el jefe militar quien le exige á usted cuenta de sus actos, sino el amigo que pregunta por otro amigo.

—¡Padrecito!—agregó el capitán con tono burión y desdeñosa sonrisa.—Pasó ya aquel tiempo en que usted *podía fusilarme con pronunciar una sola palabra*. ¿Cree usted que se me ha olvidado?... ¡Quién sabe si llegará un día en que sea yo quien le fusile á usted!

—Con una sola palabra pude hacerle desaparecer entonces, y con otra palabra puedo perderle hoy—exclamé con firmeza, y dirigiendo al militar una mirada penetrante.

—¿Usted? ¿Usted á mí?... ¿Con qué autoridad?

—¡Con la que me da éste!...—contesté sacando un revólver del bolsillo y extendiendo el brazo en actitud de disparar.—¡Señor capitán!—añadí temblándome nerviosamente los labios y el brazo con que sostenía el arma.—¡Nunca he amenazado á un hombre de este modo! ¡Nunca he hecho ni haré uso de un arma de fuego, ni para salvar la propia vida!... Pero si hay en el ejército español un canalla que le deshonra; si se pone delante de mí un traidor á la bandera de la patria, ese traidor se encontrará siempre con las seis balas de mi revólver. ¡Sépalos usted y téngalos en cuenta!

El capitán se estremeció cuando el brillo del revólver le dió en los ojos, y palideció al ver mi

actitud resuelta y escuchar mis enérgicas y amenazadoras palabras. Le había llamado canalla y traidor; apuntaba contra él arrebatado, terrible, decidido. Sólo se concebía un acto de este género suponiendo que yo sabía su vergonzosa historia. Y si era así, podía efectivamente perderle con una sola palabra. Este pensamiento le hizo bajar la cabeza, y sin despegar los labios, huyó cobardemente.

Una hora después de este fatal encuentro y cuando me disponía á sentarme á la mesa, se presentó el teniente Roca diciendo:

—Acaban de anunciarme que tenemos que partir en dirección á Silang para unirnos á las tropas del general Lachambre.

—Bien, partiremos—contesté con indiferencia. Invité al teniente á sentarse á la mesa, y durante la comida le referí lo acaecido con el capitán Canseco. Salimos después á dar un paseo, y en cuanto dejamos atrás las últimas casas, le dije:

—Roca, tengo que comunicarle á usted una noticia que le interesa.

—¿A qué se refiere esa noticia?

—Se refiere... á las personas á quienes más ha amado usted en el mundo.

—¿A mis niñas? ¿A mi mujer?—preguntó alarmado.

—Precisamente.

—¿De modo que usted sabe algo de ellas?

—Desde que salimos de nuestro pueblo.

—¿Y me lo ha estado ocultando hasta ahora?

—No sé si habré obrado bien ó mal, amigo Roca; pero he hecho lo que creí mejor y más prudente.

—Una sola pregunta, Padre Márquez: ¿viven ó han muerto?

«Han muerto», iba á contestar para concluir de una vez y en dos palabras; pero miré al teniente y vi en su rostro tal expresión de angustia y ansiedad, que me abstuve de responder directamente á la pregunta, y añadí:

—Procedamos con orden. Vamos á empezar una guerra sangrienta, puedo morir yo, puede morir usted...

—¡No sea usted cruel, Padre Márquez!—interrumpió el teniente.—¡Dígame pronto lo único que yo deseo saber!... ¿Viven ó han muerto?...

Quedé un instante pensativo, dirigí al teniente una mirada lánguida, tierna, compasiva y contesté:

—Han muerto para el mundo, pero viven en el cielo.

Roca se quedó mirándome fijamente como si no hubiese entendido bien, y permaneció mudo. Después sus ojos se nublaron, y se recostó de espaldas contra un árbol que se hallaba al pie. Le conté brevemente lo que yo sabía acerca del trágico suceso, y agregué con toda la ternura de que era capaz:

—Yo puedo faltar, porque en estas circunstan-

cias nuestra vida está pendiente de un hilo, y es necesario que usted sepa dónde están las inocentes mártires. ¿Se acuerda usted del lugar en que acampamos la primera noche?... Pues al lado izquierdo, á unos doscientos pasos y en un punto despejado del bosque, verá usted un pequeño trozo de tierra removida, y una cruz de madera hecha en pocos minutos. Aquel pedazo de tierra es el sepulcro que guarda las cenizas de una santa y de dos ángeles. Aquella cruz vela su sueño y nos predica á todos esperanza en Dios y resignación en el infortunio.

Volvimos á la ciudad tristes y taciturnos, y nos despedimos hasta la mañana siguiente. Las últimas palabras de Roca fueron una explosión del odio reconcentrado en su alma contra los asesinos de su familia, la expresión de un profundo sentimiento de venganza que le abrasaba la sangre:

—¡Ay del indio insurrecto que caiga entre mis manos!...

\*  
\* \*

El día mismo en que debían empezar las operaciones, cuando los primeros rayos del sol se reflejaban en los ríos y en las cascadas de la sierra, contaba yo mis aventuras á algunos jefes y oficiales que me rodeaban, y cortó mi relato un globo que vimos elevarse sobre la ciudad de Silang. Sus defensores anunciaban á todos los insurrectos de Cavite el próximo ataque de los españoles, y pedían

auxilio. El grupo se disolvió, y cada cual fué á ocupar su puesto respectivo.

Las brigadas del general Lachambre se pusieron en movimiento y caminaban por un terreno intransitable. Los artilleros tenían que transportar los cañones sobre sus hombros; los cazadores trepaban por las cuestas, desaparecían en cada barranco para asomar en seguida por el lado opuesto, y tomaban con asombrosa intrepidez las trincheras construidas por los indios al borde de aquellas imponentes simas.

El teniente Roca marchaba al frente de su compañía. Al salvar un barranco de cuarenta metros de profundidad, bajo el fuego incesante del enemigo, cayó herido uno de sus soldados y rodó hasta el fondo. El intrépido teniente se arrojó detrás para salvarle; echó al hombro al herido, se apoderó de su fusil, y agarrándose á las débiles ramas que encontraba, resbalando unas veces y avanzando otras, logró subir hasta el borde de aquel abismo. Pero en este momento recibió un fuerte golpe en la frente, se desvaneció, y los dos volvieron á rodar al fondo del barranco envueltos entre la tierra y las piedras que iban desprendiéndose bajo el peso de sus cuerpos. Yo, que me hallaba próximo, me arrojé sin titubear al precipicio; levanté al teniente, que recobró luego el conocimiento, y entre los dos subimos al soldado herido, que apenas daba señales de vida.

Cuando me dirigía con el herido fuera del al-

cance de las balas, vi á un hombre tendido en tierra al pie de un pequeño vallado. Me acerqué á él, y me detuve sorprendido al conocerle. Era el capitán Canseco.

—¿Qué le pasa á usted, mi capitán?—le pregunté.—¿Está usted herido?

—¡No estoy herido!—contestó con voz bronca, levantándose.—¡Usted es mi sombra negra!...

Y se marchó á incorporarse á su batallón.

Fué la última vez que le ví. Después supe que había salido para España, con intención de embarcarse allí con rumbo á Cuba. ¡Dios le dé buena suerte!

La artillería seguía vomitando metralla sobre el pueblo y sus defensas; el segundo batallón de cazadores atacaba á la bayoneta las formidables trincheras de Iba, y desalojaba al enemigo, obligado á replegarse y deshecho por una violenta acometida del coronel Zabala. Cada vez más estrechado el cerco, y cuando las tropas se preparaban para un ataque á la bayoneta, precisamente por el punto mejor fortificado, una mujer india las contuvo, y las indicó el lugar de más fácil acceso. Llenos de estupor los rebeldes al ver tomada su principal trinchera, salen de ella precipitadamente y huyen despavoridos. El coronel Zabala entra con su columna en la ciudad, y un soldado sube á la torre y fija la bandera española en el campanario. *Victor I, rey de Silang*, tuvo que huir con los que quedaban de los suyos, herido y maltrecho, llorando

como otro Boabdil al abandonar su *palacio* y despedirse de su querido Silang, nombre que jamás escribió ni pronunció sin añadir el calificativo *inexpugnable*.

Los mejores edificios de Manila se engalanaban con hermosas colgaduras, las bandas de música recorrían las calles, la catedral se llenaba de fieles que iban á dar gracias al Dios de los ejércitos, y las campanas de todas las iglesias se unían á los cañones de la escuadra y á los vivos entusiastas de la multitud, para saludar á la bandera que volvía á ondear triunfante sobre el punto más alto de la ciudad conquistada.



No todos pudieron entregarse al regocijo y al descanso después de la victoria. Yo permanecí en el teatro de la lucha como espectador del sangriento drama, que continuaba aún representándose por seres infelices que reclamaban el auxilio de un alma generosa. ¡Qué cuadros tan horribles tuve que presenciar en el inmenso escenario de la batalla! Aquí un hombre que se revolvía en su propia sangre y agonizaba entre espantosas convulsiones; allí un herido que gemía retorciéndose entre dolores agudísimos, más allá un cuerpo sin cabeza, otro sin piernas ó sin brazos, otro aplastado y sin figura humana. En las trincheras, montones de cadáveres, que levantaba uno á uno por ver si

entre los despojos de la muerte encontraba también la vida; en los barrancos, entre las breñas, en todas partes la muerte y el exterminio; en las ramas de los arbustos, en las piedras, en las armas y ropas abandonadas, manchas de sangre. ¡Manchas de sangre en mi hábito y en mis manos, vísceras y miembros humanos esparcidos por el suelo, sangre y cadáveres en todo el campo de batalla!...

La noche había tendido un manto de luto sobre las tristes víctimas de la guerra. Yo recorría desatentado el lugar del combate, penetraba en las trincheras y descendía hasta el fondo de los más profundos barrancos, buscando una luz en las tinieblas, una voz en el silencio, una vida entre los muertos, un alma entre la multitud de cuerpos desangrados. Y me detenía á escuchar los ayes angustiosos que alguna vez llegaban á mis oídos, y volaba hacia el lugar de donde partían las voces suplicantes. Y mientras prestaba auxilio á un desgraciado, oía la difícil respiración de un agonizante que á su lado luchaba con la muerte, y nuevos gritos arrancados por el dolor partían de otro punto, y más allá se levantaba un herido en las últimas convulsiones de la agonía, y volvía á desplomarse inmóvil. Y yo corría, corría sin cesar de un lado á otro, como si los vapores de la sangre me hubiesen embriagado, sostenido por una gran excitacion nerviosa y alentado con el valor sublime de la fe.

No me abandonaron las energías del espíritu;

pero la carne desfalleció, y me vi precisado á descansar, agobiado por un total desfallecimiento.

Al sentarme, apoyé una mano sobre un cuerpo blando y caliente que me hizo saltar horrorizado. Era un indio moribundo. Abrió este infeliz los ojos, y al ver junto á él un hábito blanco se reanimó, hizo un supremo esfuerzo para hablar, y pudo decir con voz apagada, casi imperceptible:

—¡Padre! ¡Absolución!... ¡Soy del Katipunán, Padre!

—¿Cómo te llamas tú?—le pregunté.

—Soy Tomás Bello... ¡Usted es el P. Márquez! Yo fuí de los que secuestraron al P. Felipe. Alipio me engañó... ¡Perdón, P. Márquez!...

—¿Qué es del P. Felipe?—pregunté con ansiedad.

—En San Francisco de Malabón con Andrés Bonifacio... ¡Me muero! ¡La absolución, Padre!...

—Sí, hijo mío, sí! Arrepiéntete de tus pecados y ten confianza en Dios...

Después me arrodillé junto al indio y pronuncié á su oído palabras consoladoras, pero ya no me escuchaba.

Las tropas españolas continuaron avanzando. El teniente Roca, con los pocos hombres que quedaban de su compañía, tomó al asalto la última trinchera defendida por mujeres. Postradas de rodillas, y sin dejar el fusil de las manos, pedían con angustia que se les perdonase la vida. En el momento mismo de acceder á sus ruegos, uno de sus

hombres caía muerto alevosamente por aquellas fieras. No hubo necesidad de ordenar el ataque: los soldados cayeron sobre ellas como leones, y á bayonetazos perecieron todas.

Cuando Roca y los suyos se incorporaban á la columna que se dirigía hacia el pueblo, salía de él un indio que inmediatamente emprendió una carrera vertiginosa por aquellos campos. El teniente le conoció, y volviéndose á sus soldados, exclamó con voz ahogada por la cólera:

—¡Ira de Dios!... ¡Ese es el hombre más infame que existe sobre la tierra! ¡Ese es el asesino de mi dicha! ¡Hay que cogerle á toda costa y hacerle picadillo!...

Y todos simultáneamente se lanzaron en su persecución.

—¡Alipio! ¡Alipio!...—gritaba el teniente sin dejar de correr.—¡Asesino! ¡Miserable asesino!... ¿Qué hiciste de mi mujer? ¿Qué hiciste de mis niñas?...

Pero Alipio no se detuvo á contestar. Corría como liebre perseguida por los perros, se adelantaba cada vez más á sus perseguidores y desapareció al fin entre la espesura de un bosque.

Roca sólo pudo vengarse por entonces con estas palabras que dirigió al fugitivo:

—¡Ya caerás en mis manos, que la justicia de Dios á todos llega!

Las tropas se aproximaban á la población. Los artilleros arrastraban sus piezas hasta colocarlas á

un tiro de piedra de los muros. La infantería tuvo que conquistar palmo á palmo el terreno y sostener un combate mortífero en cada casa y en cada calle... Quinientos cadáveres indios quedaron en el campo de batalla. Aguinaldo se había llevado otros muchos en su precipitada fuga. Los heridos no pudieron contarse, nadie se cuidó siquiera de contarlos. Yo no presencié esta horrorosa carnicería: me hallaba en Silang devorado por una altísima fiebre que me hacía delirar.

Hubo aún innumerables víctimas... Pero apartemos de ellas nuestros ojos, y sigamos sin detenernos el camino de sangre que conduce á Imus, último baluarte de la insurrección.

Cuando las tropas españolas penetraron en la ciudad, no se oyeron los gritos atronadores y entusiastas del vencedor, sino más bien el suave y misterioso rumor de la multitud que ora en un cementerio. Las calles estaban desiertas, las casas sin habitantes, la ciudad entera ardiendo.

En San Francisco de Malabón habían buscado refugio las deshechas huestes de Aguinaldo, que se disponían á una lucha desesperada, la última sería que habían de sostener contra las tropas invictas mandadas por el general Lachambre. Los artilleros colocan á corta distancia sus cañones y empieza simultáneamente el fuego de todas las piezas sobre la población y los reductos.

Al sonar los primeros estampidos del cañón, todas las miradas de los soldados se dirigieron á un

mismo punto. En el lugar más elevado de la villa había aparecido una hermosa figura blanca que agitaba un pañuelo del mismo color. Presentaba el aspecto de una aparición fantástica, de un ser sobrenatural sostenido en los aires. Su blanco vestido ondeaba, azotado por el viento, como el paño de una bandera; sus plateados cabellos brillaban como la nieve al recibir los rayos del sol. Más que un ser humano parecía un ángel; pero no era, ciertamente, el ángel exterminador, sino el ángel de la victoria, el mensajero de la paz. ¿Qué podría significar aquella aparición extraña en medio del combate? ¿Qué querrían decir las señas que hacía la figura blanca? ¿Que cesase el fuego? ¿Que se retirasen los sitiadores? ¿Que se rendía la ciudad?... Nadie lo sabía, y los cañones continuaron arrojando metralla sobre las posiciones enemigas. Algunos instantes después la fantástica visión había desaparecido.

Los ineptos defensores que lograron salvar la vida, encontraron un refugio en el lugar que corresponde á hordas de asesinos é incendiarios: en la espesura de los bosques y en las cavernas de las montañas.

\*  
\*\*

Cuando las tropas españolas entraban triunfantes en San Francisco de Malabón, un fraile anciano, acompañado de un indio de buen porte, se pre-

sentó al primer jefe que encontró al paso y le dijo:

—Señor comandante, este hombre ha estado entre los insurrectos y se presenta á indulto.

—Dígaselo usted al general—le contestó el comandante.

Esperó á que pasasen los batallones, y cuando llegó el general, el fraile detuvo su caballo é hizo la misma proposición al jefe. Este dirigió al presentado una mirada desdeñosa y respondió:

—¡A buena hora y en buena ocasión se presenta á indulto este perillán!...

—¡Mi general!—replicó el fraile.—Aún no ha transcurrido el plazo concedido por el señor Polavieja.

—Es verdad; pero presentarse en el momento de ser tomada la población por las armas, es decir, cuando no le queda otro recurso... ¡mala señal!

—¡Pudo haberse ocultado..., pudo haber huido como han huido los demás!...

—¡Me han obligado los insurrectos á combatir!—agregó él humilde y compungido.

—¡Falso!—exclamó en tagalo un indio que escuchaba la conversación.—¡El es quien ha forzado á muchos á combatir contra España!... ¡Mi general! ¡Este hombre es un asesino!...

—Poco sabía el jefe del idioma del país, pero sí lo suñiciente para comprender lo que decía el acusador. Y sin hacer caso de las súplicas de aquel anciano venerable, ordenó que se redujese á pri-

sión al presentado con la promesa consoladora de un consejo de guerra para aquella misma tarde. El indio fué conducido á la cárcel del pueblo entre algunos soldados. El fraile siguió al grupo y entró también en la cárcel.

Aquel fraile era la misma figura blanca que vieron los soldados durante el combate, y aquella figura blanca era la del Padre Felipe. El sabía que los indios estaban dispuestos á rendirse sin otra condición que la de conservar la vida, y esto le bastó para presentarse á la vista de los sitiadores. Si lograba hacerse entender de éstos y entablar negociaciones, terminaría de una vez aquella guerra asoladora, sin humillación alguna para España; mas los jefes no tomaron por bandera de parlamento su hábito blanco ni comprendieron sus señas. El indio por quien pedía indulto era Alipio del Rosario.

Por la tarde se celebraba consejo de guerra en un amplio salón de la villa. En uno de los extremos se hallaban sentados varios jefes y oficiales del ejército; algunas personas de distinción llenaban los bancos laterales; la multitud se agrupaba junto al extremo opuesto al que ocupaban los jueces, y próximo á la mesa presidencial estaba Alipio sentado en una silla, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo. A una pregunta del presidente, un indio se separó de la multitud, se acercó hasta colocarse detrás del reo, y dijo:

—Yo acuso á Alipio del Rosario de haber per-

tenecido á la masonería en España y de haber traído de allí la misión de ayudar al Katipunán y promover el levantamiento. Yo le acuso de haber recorrido, por encargo del Katipunán, todo el país, y de haber repartido papeles que hablaban mal de España y excitaban á la insurrección. Yo le acuso de haber sido jefe de una partida de bandoleros que han cometido crímenes innumerables, que han incendiado pueblos enteros, que han robado, que han derramado sangre inocente, que han asesinado á varias familias españolas... ¡Señores jueces! ¡Alipio del Rosario es uno de los más grandes criminales de Filipinas, y merece morir!...

La última frase sacó de su letargo al reo, inmóvil hasta entonces, y le hizo volver la cabeza y mirar á su acusador.

Pero bien pronto apartó de éste la vista para fijarla vivamente en un hombre que acababa de levantarse de uno de los bancos laterales. Aquel hombre presentaba un aspecto terrible. Cubría su rostro una palidez mortal, en sus ojos brillaba la luz del relámpago, sus labios contraídos temblaban nerviosamente; parecía que la cólera acumulada en su corazón se había desbordado y se reflejaba en todo su semblante. Era el teniente Roca.

A instancias del P. Felipe, había perdonado al infame Alipio, y prometió no hacer cosa alguna contra él. Fué á presenciar el acto con el firme propósito de cumplir su palabra y ofrecer á Dios el heroico sacrificio de olvidar el crimen, reprimir

su inmenso dolor y devorar sus odios en silencio. Pero cuando vió delante de sí al monstruo aborrecible, al asesino de su familia, al autor de su desdicha incomparable, surgió en su memoria más vivo que nunca el recuerdo de aquellos seres desgraciados que había perdido para siempre, y una oleada de sangre trastornó su cabeza y nubló sus ojos. ¡Oh! ¡Aquel hombre detestable era el verdugo de su felicidad y de las prendas queridas de su corazón! ¡Aquellos abultados y repugnantes labios habrían proferido contra ellas soeces insultos! ¡Aquel innoble y estúpido semblante se habría iluminado con una sonrisa salvaje al escuchar las súplicas y los lamentos de las víctimas! ¡Aquellas manos se habrían manchado con la sangre de su mujer y de sus niñas!... Y le parecía que estas infelices se levantaban en su conciencia para acusarle de cobarde y traidor, y le hablaban de sus tormentos y su muerte, y le decían que aquel miserable era indigno de conmiseración, que el perdón prometido significaba complicidad con el crimen, olvido de lo que no se puede olvidar, traición á su honor de esposo, traición á su amor de padre, traición á sus deberes de hombre... Y una sed devoradora de vengarse le abrasó las entrañas, y un feroz sentimiento de odio ahogó en su alma todos los demás sentimientos, y se levantó para acusar al infortunado reo.

—Yo tenía una mujer y dos hijas—empezó diciendo profundamente conmovido.—Las tres eran

puras como la inocencia y hermosas como los ángeles del cielo. Cierta noche en que yo me hallaba ausente entraron en el pueblo unos hombres (si es que pueden llamarse hombres los salvajes que asesinan á los niños), y sacaron violentamente de su casa á aquellas prendas de mi corazón. Al día siguiente aparecieron asesinadas en el bosque... ¡Los facinerosos que penetraron en el pueblo iban mandados por este miserable que espera su sentencia! ¡Alipio del Rosario es el asesino de mi esposa y de mis niñas!... ¡Señores jueces! ¡Yo pido para él justicia! ¡Yo pido para él venganza!...

—¡Venganza no, Roca!—se oyó decir al anciano Padre Felipe, que en aquel momento entraba en el salón y se abría paso por entre la consternada multitud. —¡Venganza no!... ¡Oh, amigo Roca! ¡Otra cosa esperaba yo de usted!...

—¿Qué acusaciones tiene usted que hacer contra el reo Alipio del Rosario?—preguntó el presidente al anciano para que terminase aquella escena.

—Yo... yo de nada tengo que acusarle. ¡Le han engañado! ¡El era bueno y fiel, pero en Madrid me le pervirtieron! ¡Los culpables son otros, otros que quedan impunes!... ¡Señores! el vencedor debe ser siempre clemente y misericordioso. Yo pido para este infeliz misericordia.

—¿Tiene algo que alegar el acusado?—agregó el presidente imperturbable.

Alipio se acercó á la mesa, sacó del bolsillo una

carta, y se la entregó al presidente. Aquella carta iba firmada por un alto personaje de la política, cuyo nombre callo. El reo fué sentenciado á muerte y puesto en capilla. Abjuró sus errores masónicos, se reconcilió con la Iglesia y se preparó á morir como cristiano.

En una llanura inmediata al pueblo, las tropas formaban un semicírculo, y detrás se agrupaba la muchedumbre. Un piquete de voluntarios indios se destacó de las filas y se colocó á corta distancia del reo, que en el centro de aquel semicírculo estaba de rodillas, con los ojos vendados, la cabeza inclinada y las manos juntas. A su lado se hallaba el P. Felipe con un crucifijo en las manos. Cuando recibió orden de separarse, Alipio levantó la cabeza, y dijo con voz ahogada, que sólo oyeron los más próximos:

—En este momento de mi muerte declaro que soy digno de la pena que me han impuesto; pero también hago saber que los culpables de la situación en que me encuentro, los verdaderos culpables de cuanto ha pasado en Filipinas se pasean por las calles de la capital de España...

No pudo decir más. Oyóse una descarga, y el mísero indio rodó por el suelo. El P. Felipe, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, levantó en alto el crucifijo...

¡Pobre P. Felipe! ¡Pobre Alipio!

## VI

Sobre la mesa de su despacho tenía constantemente el coronel Iturralde extendido un mapa de la Isla de Cuba, donde iba señalando con lápiz de distintos colores los acontecimientos principales de la guerra. Tantas habían sido las marchas y contramarchas de ambos ejércitos, tantos los combates, escaramuzas, cambios de plan y demás sucesos anotados en el mapa, que ya ni el mismo D. César entendía el significado de todos los signos que él había hecho.

—Aquí tienes—decía un día á D. Claudio, apoyándose sobre la mesa y señalando al mapa,—aquí tienes cómo sin estar en el teatro de la guerra, llevo cuenta exacta de los movimientos de las tropas, y sé qué posiciones ocupan en este momento tan bien como pueda saberlo el mismo Capitán General de Cuba. Mira, aquí está ahora mi sobrino Pepe, después de haber recorrido todos estos puntos: vete fijando... ¿Ves estas dos líneas azules? Representan la trocha de Mariel-Artemisa, que

separa la provincia de Pinar del Río del resto de la Isla. ¡Magnífica idea esta de las trochas!... Esta otra línea encarnada que divide la Isla por la mitad, es la trocha de Morón á Júcaro... ¿Distingues esta cruz amarilla? Aquí fué donde murió Maceo. ¡Hermosa presa! Aquel fué uno de los días más felices de mi vida... Y esta línea de puntos en la parte oriental... ¿la ves? Es el camino que siguió un gran convoy de Manzanillo á Bayamo. Pues sí, atacado por los insurrectos, se trabó un combate... ¡qué combate aquel, Claudio! Eran tres veces más que los nuestros. Nos causaron más de cien bajas, es verdad; pero ellos tuvieron centenares de muertos... Estos números señalan los lugares en que se ha dado alguna batalla (Soledad, Cacarajicara, San Luis...) Esta cruz, cerca de Santa Clara, es el punto donde fueron macheteados más de cuarenta valientes de los nuestros. ¿No te acuerdas?... Sí, hombre; allí donde un sargento, después de herido y no pudiendo ya sostenerse, siguió haciendo fuego de rodillas, y al intimarle aquellos bandidos la rendición y querer obligarle á que dijese «viva Cuba libre», él contestó disparando un tiro y gritando: «¡Viva España!» ¡Si me sé de memoria todo lo ocurrido durante la guerra!... Aquí, junto al río Cauto...

—Mira, mira—interrumpió D. Claudio sentándose en el sillón;—si te parece, podemos echar un *jaque* hasta la hora de cenar, porque estoy hasta la coronilla de oír hablar de la campaña de Cuba,

y además no creo nada, absolutamente nada de lo que dicen los periódicos.

—Es que no son los periódicos los que me sirven de guía, ¿entiendes? Son partes oficiales.

—Lo mismo me da. Tanta fe merecen los unos como los otros. Oficial es la *Gaceta*, y miente, como dice el refrán; oficiales son esas relaciones ¡cordialísimas! entre España y los Estados Unidos, y son también una solemne mentira.

—¡Los partes oficiales dicen la verdad!

—¡Los partes oficiales no dicen la verdad! ¿Quieres que te lo demuestre? Pues allá va un ejemplo. Si se suman las bajas de los insurrectos, entre muertos, heridos, prisioneros y presentados desde el principio de la guerra, según los telegramas del Capitán General de Cuba, seguramente que no bajan de sesenta ó setenta mil; y sin embargo la insurrección sigue, y los separatistas en armas son cada vez más numerosos. O los insurrectos nacen y se propagan como los hongos, ó los partes oficiales no dicen la verdad.

—Tú dirás lo que quieras, pero las comunicaciones oficiales no mienten.

—Pues, amigo mío, no lo entiendo. Así como no entiendo tampoco que un ejército de 200.000 hombres, en una isla tan pequeña como la de Cuba, no haya ahogado la insurrección hace mucho tiempo.

—¡Doscientos mil hombres! Si todos estuvieran combatiendo tendrías razón; pero descuenta miles

y miles que se hallan en los hospitales; descuenta miles y miles que se necesitan para guarnecer cada ciudad, cada pueblo, cada caserío...

—No te canses, César, que no es esa la causa de que la guerra se eternice y concluya por aniquilar á Cuba y á España. ¿Quieres saber cuáles son las verdaderas causas de todo esto? Una de ellas, que hay jefes interesados en que la guerra continúe...

—¡No calumnies á los jefes del ejército!

—Hay jefes que han ido allá con ciertos compromisos...

—¡No los calumnies, Claudio!

—No los calumnio, lo sé muy bien. Sé que importa á muchos que la guerra siga y siga indefinidamente para poder añadir á su uniforme una cruz pensionada, una estrella ó un entorchado. Sé que para muchos la campaña es un gran negocio que les produce miles de duros al año ó al mes, miles de duros que giran periódicamente á España para enriquecer á su familia ó pagar antiguas trampas. ¿Cómo quieres tú que todos estos se apresuren por poner término á la insurrección?

—¡Mala lengua!—exclamó el coronel irguiéndose, lanzando una mirada de fuego á su amigo y con el dedo índice levantado en actitud amenazadora.—¡No insultes al ejército, porque insultar al ejército es insultarme á mí! ¡No insultes á ese ejército sufrido y heroico que derrama su sangre generosa en los campos de Cuba!...

—Lejos de insultarle, César, le compadezco y le admiro. Decir lo que son y lo que hacen ciertos jefes indignos no es insultar al ejército, sino demostrar que la guerra no terminará nunca, que la suerte de Cuba está decidida, que Cuba se ha perdido irremisiblemente para España.

—¡Porque lo acaba de decir D. Claudio Rebolledo, ex-empleado y ex-comerciante de Manila! ¡Cuba no se ha perdido ni se perderá jamás, jamás, jamás!... Porque no hay nación capaz de vencer á nuestra nación. Porque la pérdida de Cuba sería hoy la deshonra del ejército español, y el ejército español no se deshonra nunca. Porque antes de perderse Cuba, será necesario que mueran todos los españoles, y que los insurrectos pasen sobre el cadáver del último soldado, y el orden se trastorne, y el mundo se vuelva al revés...

—Oye, César, esto va tomando mal aspecto; echemos un *jaque*.

—¡Echemos un demonio!... Te has propuesto que nunca tengamos la fiesta en paz, y lo consigues.

—¿Y quién tiene la culpa de eso, amigo?

—Tú que eres insoportable.

—La tienes tú, que te subes inmediatamente á la parra.

—La tienes tú, que hablas de lo que no entiendes, y dices las mayores atrocidades á sangre fría, é insultas, y calumnias, y...

—¡Eh, alto ahí! Yo no he insultado ni calumniado á nadie.

—Tú no entiendes una palabra de la guerra, y menos de lo que es la guerra de Cuba. Tú no conoces el terreno, ni el clima, ni el país, ni tienes en cuenta otra multitud de cosas...

—Entre ellas, el apoyo desvergonzado que prestan á los insurrectos los Estados Unidos, ¿no es eso? Y además la protección que reciben de Madrid mismo... Pero de esto conviene no hablar por ahora. Créeme, César; son inútiles, completamente inútiles los enormes sacrificios de hombres y dinero que se exigen á la pobre nación para sostener esa farsa criminal de la campaña de Cuba.

—¡Farsa criminal la campaña de Cuba! ¡Tú estás loco! ¡Tú quieres burlarte de mí!... ¡Retira esa frase, ó sal de mi casa!

—La retiro.

—¿Y qué otras blasfemias han salido de tu boca?... ¡Que son inútiles los sacrificios que se hagan por la guerra!... Si queda en tu alma una chispa de patriotismo, un átomo de vergüenza, no vuelvas á pronunciar esas palabras; sobre todo no las pronuncies delante de mí...

—Las retiro también.

—¡Inútiles los sacrificios de la guerra!... Aunque se pierdan hombres y dinero; aunque á Cuba se la llevaran los demonios, dime, Claudio, ¿no vale nada el honor nacional? ¿No están bien empleados todos los sacrificios cuando se hacen por

evitar la deshonra, por librarnos de la humillación y la vergüenza?... ¿Qué contestas á esto?

—Te lo diré con franqueza, si no te enfadas. Contesto que yo estimo más los verdaderos intereses de la nación que ciertos qui jotismos.

—¿Y cuáles son esos verdaderos intereses? ¡Dilo si te atreves! ¿Un puñado de oro? ¿Los intereses materiales?

—Cuando sólo se trata de un honor quimérico é imposible, sí.

—¡Honor quimérico! ¡Honor imposible!... ¿De cuándo acá es honor quimérico el que una nación defienda su territorio y sus sagrados derechos? ¡Claudio, Claudio! Contigo no se pueden discutir estas cosas. Has sido comerciante, y para ti no hay más ideales que las ganancias producidas por tu vil comercio. Tienes el corazón metalizado y el alma seca como un pedazo de corcho. Hablarte á tí de patriotismo y honor nacional es lo mismo que hablar al gato de cañones Krupp ó de la cuestión de Oriente ..

—¡Bravo, amigo César, muy bien!... Si yo te hubiera dicho algo semejante á eso, no quiero pensar qué pasaría aquí. Y luego, Claudio es el que provoca, Claudio es el culpable de que ni un solo día dejemos de andar á la greña. ¡César, no encuentras en el mundo entero otro hombre capaz de soportar tu genio endemoniado!

—Y si el santo Job no perdió la paciencia, fué porque no te conoció á tí. ¿Por qué no me sucede

con nadie lo que contigo? ¿Por qué tú eres el único hombre con quien no puedo vivir en paz?

—Muy sencillo; porque apenas hablas con ningún otro. A no ser que riñas con el criado... Y dudo mucho que con el criado pases todo el día en paz. Y si no, vamos á verlo. ¡Antonio!...

Presentóse éste y le preguntó D. Claudio:

—¿Cuántas veces riñas al día con D. César?

—¿Reñir?... Nunca—contestó Antonio, sorprendido con semejante pregunta.

—Hombre, si no reñir, disputar sobre cualquier cosa.

—Fué mi coronel, D. Claudio, y yo no pasé de soldado. ¿Cómo quiere usted que le lleve la contra?

—Así es imposible disputar.

En este momento sonó el timbre, y un minuto después apareció en la sala Eliseo Morales con su periódico en la mano. D. Claudio cogió el bastón y el sombrero, que había dejado sobre una silla, y se despidió de D. César.

—Pero qué—le preguntó éste—¿no te quedas á cenar?

—No, este joven ocupará mi asiento.

El joven aquel no quiso darse por entendido, y se quedó, sin perder de vista al hombre gordo, á quien aborrecía desde mucho tiempo antes, hasta que desapareció.

Eliseo era otro con quien jamás reñía el coronel, á pesar de lo que afirmaba Rebolledo.

Aquel día iba el melenudo poeta rebosando satisfacción, alegría y felicidad por todos los poros de su cuerpo. Y en verdad que tenía motivos para ello. Allí, en el periódico que llevaba en la mano, había una composición suya... ¡del propio Eliseo Morales! parto de su poderosa inteligencia, fruto de su inspiración sublime, de su vena inagotable. Al fin veía en caracteres de imprenta sus pensamientos, sus palabras, las ideas de su mente y los arranques de su genio. Y después de todo esto, ¡su nombre y su apellido, allí junto á la última línea de su hermosa poesía!... Estaban coronados sus esfuerzos, compensadas sus fatigas y satisfechas sus más grandes aspiraciones. ¡Ya podía perderse Cuba, y arruinarse España, y trastornarse el orden del Universo! ¿Qué importaba todo, después de saber el mundo que él era poeta? Nadie, nadie podía arrebatarse ya la gloria de ser escritor público, la satisfacción incomparable de ver circular su nombre por toda la redondez de la tierra... Cuarenta ó cincuenta mil personas leerían su hermoso trabajo; cuarenta ó cincuenta mil personas sabrían aquel día quién era Eliseo Morales. ¡Eliseo!... ¡Si hasta el nombre era de los más poéticos que hay en el Calendario! ¡Y él que no había caído en la cuenta hasta que le vió en letras de molde!...

¿Y su madre? ¿Y los vecinos y vecinas de su pueblo? ¿Qué dirían de él en cuanto se enterasen de su poesía? Porque había de mandar el periódico á su casa, al cura, al secretario del Ayunta-

miento, al maestro, á todos sus parientes y amigos. ¡Ahora verían quién era Eliseo Morales los que murmuraban de él porque no había podido concluir ninguna carrera! ¡Valiente cosa es una carrera para quien sabía componer versos como los suyos!...

Con estos pensamientos entró el poeta en casa del coronel. Y en cuanto salió Rebolledo, desdobló el periódico y exclamó sin disimular su inmenso regocijo:

—¡D. César, siéntese usted, y escuche!

—¿Qué es ello?—preguntó con interés Iturralde.

El poeta se sentó, y leyó con entonación solemne:—*Al héroe de Cavite*.—ODA:

—¡Hombre, yo creí que era otra cosa!—dijo D. César, sentándose también, y cayéndosele el alma á los pies cuando vió de qué se trataba.

El poeta continuó leyendo, con la voz alterada por la emoción:

¡Adiós, hijo de Marte!

Quiero decirte lo que el alma siente,

Y quiero saludarte

Mientras la hispana gente

Corona de laurel ciñe á tu frente.

—¿Eh? ¿Qué tal, D. César? ¿Qué le parece á usted de esta estrofitita?

—¡Psch! No me parece mal.

—¡Ya lo creo! ¡Como que es hermosísima!... Fíjese usted bien: «Quiero decirte lo que el alma

siente.» ¡Vaya un verso!... Pues la estrofa que sigue es todavía mejor.

Y siguió leyendo majaderías que se le antojaban bellezas literarias. Agregaba su comentario á cada frase, miraba á D. César al final de cada estrofa y subrayaba las palabras de los mejores pensamientos. Después de terminar, se quedó mirando al coronel, y leyó con maliciosa sonrisa:

«Eliseo Morales.»

—¿Cómo?—exclamó D. César levantándose del sillón y acercándose al poeta.—¿Es tuya esa composición? ¿Tuya?... ¡Oh, magnífica, magnífica! ¿A ver? ¡Vuelve á leérmela!... ¡Chico, eso hay que celebrarlo! Esta noche te quedarás á cenar.

Eliseo permaneció una hora en casa del coronel devorado por la impaciencia; y como allí nada tenía ya que hacer después de leer su composición á D. César, salió para recibir las felicitaciones de los amigos, para ver qué se decía de él en las oficinas del Ministerio, en los cafés, en los círculos y en las calles. Seguramente que aquella tarde no se hablaba en Madrid de otra cosa que de Eliseo Morales, de su poesía. Su nombre andaría en boca de periodistas, de estudiantes y de aficionados, en los labios de todos los amantes de las letras, de todo ciudadano que supiera leer ó tuviera oídos para escuchar. Su nombre se pronunciaría con admiración y envidia en los centros literarios, en los pasillos del Congreso, en casa de Polavieja, hasta en el Palacio Real acaso. ¡Y quién sabe si

algún editor andaría buscándole ya á él, á Eliseo Morales, para hacerle redactor jefe de cualquier periódico!...

Cuando salió á la calle, le causó profunda extrañeza el ver que la gente iba y venía como de costumbre, sin que nadie se fijase en él. En ninguna parte oía pronunciar su nombre ni hablar de su poesía, por más que se paraba á escuchar dondequiera que hubiese dos personas conversando. Miraba á todos lados, ansioso de ver en manos de cualquier mortal su querido periódico para acercarse á él y decirle: «Esta composición es mía, ese Eliseo Morales soy yo.» Pero nada, ni un transeunte, ni un mísero cochero llevaba el periódico en que él había escrito. ¡Si habrían denunciado la edición!... Recorrió muchas calles fingiendo leer su poesía con sumo interés, y de tal manera que los que pasasen junto á él pudiesen enterarse del título de la *Oda* y el periódico en que se encontraba; pero tampoco le valió este recurso. Entró en algunos lugares de reunión, seguro de que allí había de serle más favorable la fortuna, y oyó hablar de política, de la guerra, de negocios, de todo, menos de Eliseo Morales; de él nadie se acordaba. Llegó al colmo su desencanto cuando vió que ni sus propios amigos le felicitaban, prueba evidente de que no tenían la menor noticia de su inspirada composición. ¡Ay, y algunos de ellos habían leído el periódico!... Por si acaso habían leído también su poesía sin fijarse en la firma, pre-

guntó á uno de éstos disimulando con una sonrisa su disgusto:

—¿Qué te ha parecido de mi Oda *Al héroe de Cavite*?

—¿Era tuya?—le dijo con indiferencia.—Chico, te confieso que leí todo el periódico menos la poesía y los anuncios. Me revienta el verso.

Esto fué una puñalada que atravesó el alma del poeta. Sin contestar á la grosería de aquel ignorante, se dirigió al Ministerio de la Guerra, último refugio de sus muribundas ilusiones. Allí le conocían todos: uno solo que se hubiera enterado de su composición bastaba para que se enterasen los demás. Sí, allí era seguro que el periódico había circulado por todos los departamentos; desde el portero hasta el Ministro conocerían su poesía. Y el Ministro no dejaría de hablar de ella al ínclito General á quien se dedicaba. Y una alabanza de Polavieja, el simple hecho de que el General pronunciase su nombre, compensaba con creces el silencio de los demás. ¡Oh dolor! Entró en el Ministerio, y le recibieron como otros días: ni una palabra de su *Oda*, ni una señal en el rostro de nadie que indicara la presencia del poeta.

Desesperado, sin despedirse de sus amigos, salió de la oficina, y tomó de nuevo la calle de Alcalá, diciendo:

—¡Este es un país de imbéciles! ¡Aquí no encuentra nunca protección el genio! ¡Aquí se desprecia y se procura hundir al que se levanta sobre

esa recua de burros que sólo escriben sandeces!  
¡Aquí no hay más que ignorantes y envidiosos,  
incapaces de apreciar el verdadero mérito lite-  
rario!...

Y lloró de rabia, y juró romper la pluma para  
vengarse, como Nerón, de la humanidad insensata,  
que perdería con él un gran artista. Y volvió á  
casa de D. César, único hombre que comprendía  
su valor, el único que había tenido palabras de  
elogio para su *Oda*.

---

## VII

Cuando Rebolledo llegó á su casa, se encontró con una cartita de Víctor Ibáñez que decía así:

«Amigo D. Claudio: Me es imposible realizar lo que le prometí á usted esta tarde. Acabo de recibir un anónimo con el sello de la logia en que se me acusa de traidor y se me amenaza de muerte si falto á mis compromisos. Sabe usted que estoy dispuesto á sacrificar hasta la propia vida por lo que á mí personalmente toca; pero no puedo sacrificar á mi mujer y á mis hijos. Iré adonde me lleva mi mala fortuna, en la seguridad (téngalo usted presente) de que nada haré que me deshónre, nada que perjudique los sagrados intereses de mi patria.»

La cobarde resolución de Ibáñez produjo penosísima impresión en el ánimo de D. Claudio. Después de luchar tanto tiempo por sacar al desgraciado joven de las garras de la masonería, y cuando su objeto estaba á punto de realizarse, un miserable anónimo bastó para destruir su obra y

envolver al apocado Ibáñez en la red de sus compromisos masónicos. Pero lo que más le indignó fué ver en aquella misteriosa comisión un indicio, una grave sospecha de que las logias españolas conspiraban contra la patria. Se acordó del famoso discurso de Pérez-Gutiérrez, de los sucesos de Filipinas á continuación de aquel discurso, de los sentimientos humanitarios con que el taimado orador trataba de justificar la traición que en los antrós de la masonería se tramaba contra España... Y fijándose en los acontecimientos actuales, vió que esa voz de humanitarismo que se oía en las *tenidas* masónicas era la misma voz hipócrita con que los Estados Unidos pretendían encubrir una gran injusticia al consumir el crimen de la intervención armada á favor de los insurrectos de Cuba. Pensó también en aquel hecho significativo de que el grito lanzado contra el general Weyler por los enemigos de España, encontró eco en la misma prensa de Madrid; y tan raras coincidencias le hicieron ver que alguna mano oculta andaba en este negocio, que existían relaciones criminales entre los Estados Unidos y ciertos personajes españoles, que la gente de mandil, bien vendida al oro americano, bien por compromisos de secta, intervenía en la suerte de Cuba. Y si no, ¿cómo se explicaba que en Madrid mismo hubiese periódicos que, directa ó indirectamente, defendieran la causa de los cubanos? ¿Y qué podía significar el viaje de Ibáñez á los Estados Unidos? A punto fijo no la sabía

D. Claudio; pero, dados los precedentes que él tenía y conocida la clase de relaciones entre la masonería americana y la española, era evidente que la comisión de Ibáñez no obedecía á ningún fin patriótico y honesto. ¿Juzgarían los masones más prudente ó más eficaz valerse de un intermediario para realizar sus planes y entenderse con el Consejo Supremo de los Estados Unidos, al cual debía obediencia y sumisión el Gran Oriente de España? ¿Quién sabe!...

Volvió á leer la carta, haciendo sobre ella tristes reflexiones.

—«Se me acusa de traidor» (dice). ¡Cosa singular! Si sabían que era traidor, ¿cómo le dan una orden que supone ilimitada confianza? ¡Ah, sí! Ya supongo lo que aquí ha pasado. Pérez-Gutiérrez estaba en la estación esta tarde, probablemente le vió hablando conmigo y se apresuró á mandar el anónimo... Dice también que nada hará que le deshonne, nada que perjudique los intereses de su patria. ¡Ilusiones con que pretende ahogar los remordimientos de su conciencia! «Nada que perjudique los intereses de mi patria.» ¡Desdichado! ¿Y qué remedio te queda si no tienes valor para negarte á obedecer?... El llevará instrucciones que se verá precisado á cumplir una vez que termine su viaje. Será portador de documentos importantísimos, nada favorables seguramente á la causa de España. ¿Y qué hará para no deshonorarse, para no ser cómplice de una traición? ¿Destruir aquellos

documentos? ¿Falsificarlos?... ¡Imposible! Esto sería empeorar su situación y comprometerse infinitamente más que negándose en redondo á ir. Y una vez allí, ¿quién sabe los compromisos que adquirirá, los horrores que le obligarán á cometer?... Porque él es débil, incapaz de una resolución heroica... ¡Caray con el hombre ese!... ¡No! á todo trance es necesario evitar que vaya á los Estados Unidos... Si su mujer supiera algo... Si pudiera convencerla de que debe oponerse á ese desdichado viaje... Pero no sabe la infeliz quién es su marido, ni hay posibilidad de hacerla comprender lo que significa su comisión... De todas maneras, antes de que se marche, voy á estar con él. Haré un esfuerzo por ver si logro que desista, y sea lo que Dios quiera.

Y se fué en busca de Ibáñez.

No habiéndole encontrado en casa, se decidió á esperarle, conversando entretanto con la esposa del joven masón, á quien ya conocía desde algún tiempo antes. La primera idea de D. Claudio fué aprovechar aquella ocasión tan oportuna para contar á la mujer de su amigo todo lo que pasaba; pero rechazó este pensamiento como una tentación del demonio, y preguntó sin dar importancia al asunto:

—¿Conque, por lo visto, el bueno de Víctor se nos marcha?

—Así parece—contestó ella sin manifestar la

menor contrariedad.—Va con una comisión del Gobierno.

—¡Del Gobierno!—pensó D. Claudio mirando con lástima á aquella pobre mujer.—¡Siempre inventando mentiras! ¡Qué triste papel el de ese hombre!

Y en voz alta añadió:

—Me escribió diciéndome que iba á los Estados Unidos.

—¿A los Estados Unidos?—preguntó ella con un gesto de disgusto.—¡Jesús, qué lejos! El no me había dicho aún dónde iba; pero creí que no sería fuera de España.

—Pues sí, á los Estados Unidos.

—¿Y á qué va, D. Claudio?

—Eso sí que no lo sé. Será algún asunto secreto.

—¿Y tardará mucho en volver?

—Tampoco sé una palabra... Yo venía... á dos cosas: la primera, á ver si podía disuadirle de ese viaje, y la segunda, á despedirle si no hay otro remedio. Luisa, yo creo que usted debe emplear todo su valimiento para que no acepte semejante comisión.

—¡Ay! ¿Por qué, D. Claudio?—preguntó visiblemente sobresaltada.

—Porque... mire usted, Luisa, las circunstancias no son las más apropiadas. Con motivo de la guerra de Cuba... En fin, yo creo peligrosa y de-

licada en estos momentos toda comisión oficial á los Estados Unidos.

—¡Me está usted metiendo miedo, D. Claudio! Habla usted con un misterio... ¿Peligrará la vida de mi marido?

D. Claudio se echó á reír; no porque tuviese ganas ni viniera á cuento, sino porque no debía dar explicaciones más claras, y temía excederse si Luisa seguía preguntando. De estos apuros le sacó el mismo Ibáñez, que acababa de entrar en la sala.

Le dió un vuelco el corazón cuando vió allí á D. Claudio. Lo primero que se le ocurrió fué que aquel hombre, con su ruda franqueza, hubiese hecho á Luisa alguna revelación imprudente. Pero se tranquilizó bien pronto al observar en su mujer una serenidad de ánimo que no tendría en aquel supuesto. Ella fué la primera que habló á su marido sin esperar á que saludase siquiera.

—¡Oye, oye! Me dice D. Claudio que te vas á los Estados Unidos. ¿Es cierto?

—Si tú no dispones otra cosa...

—Pues sí, sí que dispongo otra cosa. ¿Sabes por qué? Porque D. Claudio quiere que me oponga á ese viaje, y me opondré con toda mi alma.

—¡Luisa!—exclamó D. Claudio riéndose con estrépito.—¡Ya me ha vendido usted!

Ibáñez, lejos de reírse, palideció al escuchar las palabras de su mujer; pero procuró serenarse, y preguntó:

—¿Por qué quiere D. Claudio que te opongas?

—Porque dice que es una comisión... ¿cómo ha dicho usted? Peligrosa, delicada...

—Y sostengo lo dicho. Creo que debe usted desistir á toda costa, amigo Ibáñez.

—No sé por qué me dice usted eso—contestó el masón emocionado,—sabiendo como sabe las causas de mi resolución, las consecuencias de una negativa...

—Pues precisamente ahora es cuando hace falta manifestar energía, armarse de valor...

—D. Claudio—se apresuró á interrumpir Ibáñez, temiendo que el buen señor se fuese del seguro;—no es oportuna la ocasión presente para tratar de este asunto. Usted sabe por qué aquí no podemos hablar claro.

Hubo un instante de embarazoso silencio. Don Claudio inclinó la cabeza sin saber qué decir. Luisa se quedó mirando fijamente á su marido, y tampoco pronunció una palabra. Ibáñez bajó los ojos por no poder soportar la mirada escrutadora de su mujer. Siempre había sido para él un tormento tener que valerse de la hipocresía y el disimulo cuando hablaba con la inocente Luisa; pero en presencia de D. Claudio, delante de aquel hombre franco y honrado que conocía su historia, le era imposible mentir, y más todavía representar una farsa vergonzosa. Permanecía con los ojos clavados en el suelo como el niño sumiso á quien se pide cuenta de una mala acción, le ardían las me-

jillas, le temblaban las manos, el corazón se le comprimía dentro del pecho. Sintió un poderoso impulso de revelar allí mismo á su mujer toda su infamia, todo lo que le estaba pasando, para salir de una vez de aquella situación insostenible. Dirigiéndose á su amigo, dijo con voz insegura y vacilante:

—D. Claudio, necesito hablar cuatro palabras con usted.

Y agregó mirando á su esposa:

—Espéranos un instante.

Luisa, atolondrada y confusa, sin entender nada de aquella misteriosa escena, miraba alternativamente á su marido y á D. Claudio, como exigiéndoles una explicación de lo que allí estaba sucediendo.

Los dos amigos salieron de la sala, entraron en otra habitación y cerraron la puerta.

\*  
\* \*

Ibáñez tuvo que sacar el pañuelo para enjugar las lágrimas que hasta entonces había podido contener, y dijo casi ahogado por los sollozos:

—D. Claudio, ¿tendrá usted valor para decir á esa mujer quién es su marido, y revelarles de una vez el secreto de mi vida?

—Si usted me da licencia para ello, inmediatamente.

—No sólo le doy licencia, sino que se lo pido

como un favor. ¿Será prudente hacerlo? ¿Conven-  
dría callar, esperar otra ocasión?...

—Nunca como ahora, Ibáñez. La infeliz se ha  
tragado ya la mitad del susto. ¡Concluya usted de  
arrojar ese peso de su conciencia!

—¡Tremendo trance, D. Claudio! Yo no sé lo  
que va á pasar aquí... ¿Qué será mejor, que se lo  
diga yo mismo, ó usted?

—Eso á su voluntad.

—¡Usted, usted! Yo no tengo valor para clavar  
el puñal en el alma de mi mujer. Cláveselo usted,  
puesto que es necesario. Pero, por Dios, D. Clau-  
dio, cuéteselo de modo que la haga el menor  
daño posible... ¡Que la herida no sea demasiado  
dolorosa! Insista, sobre todo, en mi arrepentimien-  
to, en la fuerza de los compromisos, en la since-  
ridad de mis palabras, en lo mucho que la he  
amado siempre... ¡Que no salga de sus labios la  
palabra *masón!*... Avíseme usted cuando lo crea  
oportuno. Aquí quedo esperando mi sentencia.

Rebolledo volvió á la sala y encontró á la po-  
bre Luisa sentada en el sofá y con el pañuelo so-  
bre los ojos. No sabía la cuñada lo que signifi-  
caba todo aquello; pero no podía dejar de com-  
prender que allí ocurriría algo grave, que alguna  
tempestad se cernía sobre su cabeza.

D. Claudio la miró sonriendo forzosamente, se  
sentó junto á ella y se limpió el sudor que inun-  
daba su rostro sin saber cómo empezar.

Luisa fué quien rompió el silencio, preguntando con angustia:

—¿Quiere usted decirme qué es lo que ocurre en esta casa?

—Nada de particular—contestó D. Claudio.

—¡Eso no es cierto! ¿Qué misterios traen usted y mi marido entre manos?

—Misterios... ninguno, Luisa; y si los hay, van á dejar de serlo para usted ahora mismo... Mire usted, el pobre Víctor tiene un gran corazón, es una bella alma, y sobre todo... sobre todo, Luisa, la ama á usted entrañablemente.

—¿Y por qué me dice usted eso? ¿Lo he dudado yo por ventura?

—No se lo digo porque usted lo haya dudado, sino para que tampoco lo dude cuando oiga lo que le voy á decir... Pues sí, Luisa; Víctor, como otros muchos en el mundo, ha tenido la desgracia de juntarse con amigos nada buenos, ¿entiende usted?... ¡Cosas de la vida! Esos amigos le han conducido por sendas muy extraviadas, ¿comprende usted? Al principio se dejó engañar; después... lo que pasa; que se adquieren compromisos...

—Mire usted, D. Claudio; dígame en dos palabras lo que tenga que decirme, y no me atormenté con tanto rodeo... ¿Qué ha hecho mi marido? ¿Qué amigos son esos que le han engañado? ¡Hábleme usted claro, por Dios!...

—Pues esos amigos son... ¿cómo se lo diré yo

á usted? Forman una sociedad secreta que atrae con halagos, que impone juramentos...

—¡Eso es la masonería!—interrumpió Luisa levantándose bruscamente.

Y como D. Claudio no contestase, ella continuó diciendo:

—¿Quiere usted hacerme creer que Víctor pertenece á la masonería? ¿Usted trata de burlarse de mí?... ¡Mi marido masón!... ¡Madre mía, qué disparate!...

La pobre mujer había oído hablar de la masonería como de cosa del infierno, algo horriblemente misterioso y sobrenatural que, si bien estaba en este mundo, no era cosa de este mundo. Es verdad que la formaban hombres, pero esos hombres tenían comunicación y pacto con el demonio, no eran como los demás, debían de llevar algún distintivo en la frente. Esos hombres no eran de los que andan por la calle y tratan con nosotros; se juntaban en lugares por nadie conocidos, el mismo Satanás presidía sus reuniones, vivían en la obscuridad de los subterráneos como las sabandijas... Y su marido era un hombre amable, simpático, hasta piadoso... ¿Qué tenía que ver él con los masones?

—Pues sí—confirmó D. Claudio dispuesto á decirlo todo;—Víctor pertenecía á esa Asociación.

—¿A qué Asociación?

—A la que usted ha dicho.

—¿A la masonería?

—A la masonería.

—¡No calumnie usted á un hombre honrado!...  
—exclamó irguiéndose delante de D. Claudio con la majestad de una reina.—¿Quién le autoriza á usted para mezclarse en los asuntos de mi casa? ¿Por qué trae la discordia á un matrimonio que vive en paz y como Dios manda?...

—Pues señor, eso sí que está bueno—dijo para sí D. Claudio, sin saber qué contestar á aquella mujer.

—¿Qué comedia es esta que ustedes están representando?—continuó Luisa.—¿Por qué se esconde mi marido? Si es masón, ¿por qué no me lo dice él á la cara? ¿Por qué permite que otro publique su deshonor?... ¡Víctor!...

Y se dirigió hacia la puerta en busca de su marido.

D. Claudio se levantó y la detuvo, diciéndola:

—Cálmese usted, Luisa, y escúcheme hasta el fin. Se engaña usted si se figura que su marido es un malvado por lo que la he dicho... ¡Caray! yo le conozco perfectamente, y le aseguro á usted que es uno de los hombres más buenos que hay debajo del sol... Que es un marido excelente, lo sabe usted mejor que nadie. Que es un hombre de gran corazón, de nobles sentimientos, lo demuestra el paso que ahora da para reconciliarse con su mujer. El martirio que ha sufrido y está sufriendo, precisamente por lo mucho que ama á su esposa y á sus hijos, Dios y él lo saben...

—Entonces, ¿por qué dice usted que es masón?

—Lo era; pero hay que olvidar lo pasado, Luisa. Tenga usted en cuenta lo que el infeliz ha sufrido por esa causa. Hoy reconoce sus errores, y sólo desea obtener el perdón de su esposa. No le empuje usted hacia el abismo, sino al contrario, dele su mano para ayudarle á salir de él... Espere, espere usted, que voy á concluir. Ese viaje á los Estados Unidos obedece á órdenes de la masonería. De aquí mi interés en evitarlo...

—¡No irá, no irá!...

—Si antes no se había decidido á separarse de esa gente, era porque temía perder su empleo y el pan para sus hijos.

—¡Dios cuidará de nosotros!

—Es necesario que usted sepa también que él teme ser víctima de una venganza si desobedece. Respecto á esto, oiga usted lo que me decía en su carta: «Estoy dispuesto á sacrificar hasta la propia vida por lo que á mí personalmente toca; pero no puedo sacrificar á mi mujer y á mis hijos.»

—¡No irá, no; yo se lo aseguro á usted! Antes tendría que pasar por encima de su mujer y de sus hijos... ¡Víctor! ¡Víctor!...

El mísero Ibáñez se había sentado en una silla al separarse de él D. Claudio, y allí permanecía, con la cabeza inclinada sobre el pecho, anonadado y confundido. Algunas palabras sueltas llegaron á sus oídos, y los gritos de Luisa que le llamaba, sonaron en su cerebro como si con un mazo le hubiesen golpeado en la cabeza. Se levantó de

un salto, abrió la puerta de la sala con un brusco movimiento, é inclinó humildemente la cabeza, exclamando:

—¡Luisa! Tú eres el juez y yo el reo. Dime qué debo hacer para borrar lo pasado y ser digno de ti...

—¡Dios mío, qué angustia!—dijo ella cruzando las manos y contemplando con inmenso dolor á su esposo.—¿Tú, masón? ¿Yo, la mujer de un masón? ¿Mis hijos, los hijos de un masón?... ¡Qué deshonra!...

En este momento aparecieron en la habitación los dos mayorcitos, asustados por la voz angustiada de su madre: un niño de nueve años y una niña más pequeña. Aquél se quedó entre la puerta, y miraba con los ojos muy abiertos el doloroso cuadro: su padre en actitud de penitente compungido, su madre llorando allí delante de él, y junto á los dos, aquel señor tan gordo y tan raro... La niña entró, y se arrojó al cuello de su madre, diciendo:

—¡Mamá, mamá! ¿Por qué lloras?

Luisa se desprendió de la niña, y dirigiendo una mirada angustiada á su marido, le dijo:

—¡No demos este triste espectáculo!... ¡Oh Víctor, Víctor! ¡Era necesario que estos ángeles viniesen á ser testigos de tus infamias!...

—No, Luisa—dijo él con voz apagada y llorosa;—vienen á ser testigos de mi arrepentimiento.

Para poner término á aquella desagradable esce-

na, D. Claudio hizo que saliesen de la sala los niños, y cerró la puerta. Luisa cayó sobre el sofá sollozando, é Ibáñez, haciendo grandes esfuerzos por serenarse, dijo á D. Claudio:

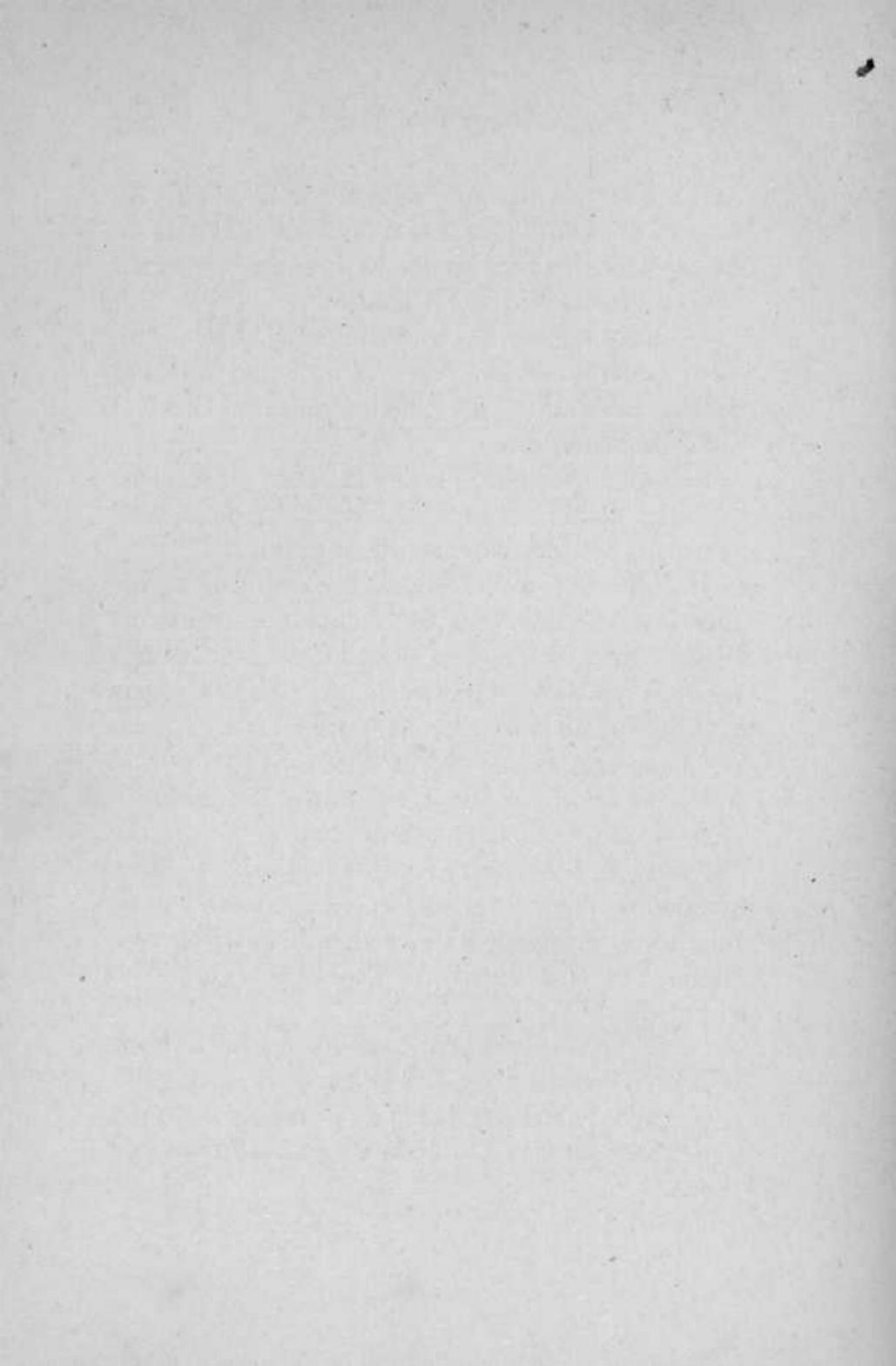
—Ahora mismo hay que contestar á ese anónimo y concluir de una vez. Yo no tengo pulso ni cabeza para ello... D. Claudio, hágame usted el favor de contestarle.

Rebolledo se sentó junto á la mesa, y empezó á escribir, mientras Ibáñez, de pie delante de él, contemplaba los movimientos de la pluma.

«Mi honor y mi dignidad me impiden seguir formando parte de una Asociación que intima órdenes á los suyos con el puñal al pecho. La carta recibida, lejos de intimidarme, me obliga á tomar esta resolución que hace tiempo meditaba. Me río de las amenazas masónicas; pero hago saber al autor del anónimo que, si me busca, me encontrará, y si me ataca, sabré defenderme.»

Ibáñez apretó nerviosamente la pluma entre sus dedos, como si el acto que iba á realizar decidiese de su porvenir y de su vida, firmó el escrito, plegó la carta, la cerró en un sobre y la guardó en el bolsillo.

D. Claudio volvió á su casa. Ibáñez fué á llevar la carta á su destino. Luisa se encerró en su gabinete, cayó de rodillas junto á la cama, y lloró sus penas ante un altarcito de la Virgen, adornado de flores.



## VIII

Tres meses después, ocurrió la trágica escena de Santa Agueda: el jefe del partido conservador acababa de sucumbir, víctima del furor de un asesino. Con Cánovas desaparecía el principal obstáculo que los filibusteros de Cuba y de Madrid habían encontrado en sus planes de independencia, y el drama sangriento que se representaba en la Manigua corría precipitadamente á su fatal desenlace.

A Pérez-Gutiérrez, que veraneaba en un puerto del Cantábrico, no le sorprendió gran cosa la infausta noticia que circuló por toda España, llevando á los ánimos la consternación. Y se explica, teniendo en cuenta que pocos días antes había recibido de la Junta de laborantes cubanos, establecida en París, una comunicación en que se le decía: «Nuestra causa va bien. En los Estados Unidos se abre camino la idea de una intervención armada. En España urge procurar la caída de los conservadores, y esperamos que sea pronto un hecho.

Hay quien espía á Cánovas en su balneario. Es un anarquista que lleva planes de venganza, y ha pedido dinero para realizarlos. ¿Dice la verdad, ó es un estafador? Esperemos los acontecimientos.»

Aquella misma tarde preparó su equipaje apresuradamente, pagó la fonda y tomó el tren para Madrid. La presencia de Pérez-Gutiérrez en la capital era imprescindible en tan críticos momentos. Le reclamaban los asuntos políticos, que tomarían nuevo rumbo con la muerte del jefe del Gobierno; le necesitaban las logias, verdaderos puntos centrales de los hilos de la política y resortes misteriosos de un complicado mecanismo que nadie manejaba mejor que Pérez-Gutiérrez; le llamaban, en fin, los agentes cubanos que vivían en Madrid, sus negocios particulares, sus compromisos de hombre público... Y por encima de todo, estaba su aspiración constante á una cartera; y él sabía muy bien que, para alcanzarla, lo que importa es llegar á tiempo: la pérdida de un minuto puede dar al traste con los trabajos preparatorios de muchos años y con las más hábiles combinaciones.

Antes de pasar adelante, debemos hacer una observación para dejar á salvo el honor y la buena fe del personaje de quien venimos hablando. Verdad es que trabajó por preparar y promover la insurrección de Filipinas; que actualmente sostenía relaciones con la Junta cubana de París y con los americanos que agitaban la opinión en los Estados Unidos á favor de los insurrectos de Cuba; que

más de una vez contribuyó á que fracasaran ciertas negociaciones diplomáticas encaminadas á hacer que cesase la protección que nuestros enemigos encontraban en naciones extranjeras, y, por último, que había recibido cartas sóspechosas fechadas en la Manigua y firmadas por significados jefes de la insurrección.

Mas no se crea por eso que Pérez-Gutiérrez era un traidor y un malvado. No; él opinaba honradamente que Cuba y Filipinas debían ser pueblos libres, autónomos, independientes; él amaba, como si fueran hijos suyos, á los igorrotos de los bosques de Luzón y á los negritos de la Gran Antilla; él sentía lacerado el corazón ante los males que afligían á la humanidad, deseaba hacerla feliz, librarla del yugo del despotismo, y trabajaba sin descanso por realizar sus ideales. ¿Qué hay de malo en esto? Además, Pérez-Gutiérrez, que sólo había heredado de su padre algunas deudas, no pagadas aún, tenía que vivir con decoro, con todo el decoro que exigían su situación política y las conveniencias sociales; y esto no se conseguía sin el dinero de aquellos filipinos y aquellos cubanos que luchaban noblemente por librarse del tiránico yugo de España. ¿No es justo que cada cual reciba el premio de su trabajo?

Finalmente, él necesitaba subir, subir á toda costa hasta la cumbre del Poder, condición precisa para que España llegase á ser grande; y de sobra sabía que para alcanzar la jefatura de una frac-

ción política y la presidencia probable de un Ministerio, era necesario trabajar sin reposo, remover obstáculos, representar una idea, un programa, adquirir adeptos que le sirviesen de pedestal, buscarlos activamente en las logias, en los círculos, en la milicia, donde los hubiera, conquistarlos á fuerza de promesas y favores, hacerse pasar por persona influyente para que los ambiciosos le siguieran y los hambrientos se agarrasen á él para conseguir un destino, luchar, en fin, en el periódico, en el club, en todas partes y en todos los terrenos por sostener su posición, anular á sus rivales y defender sus honradas convicciones. «Amigo de todos y enemigo de nadie», era su lema favorito; y el principio fundamental de toda su ciencia política, el que han seguido los discípulos de Maquiavelo: «Todos los medios son lícitos, con tal que sirvan para lograr el fin que se pretende».

Otra prueba de que Pérez-Gutiérrez no era malo ni abrigaba resentimiento alguno contra nadie, es que, apenas llegó á su casa, sin descansar, sin lavarse siquiera, se sentó á la mesa del despacho y empezó á escribir su obligado artículo de actualidad, lamentándose del inicuo atentado, del suceso incalificable de Santa Agueda. ¡Ay! de sus ojos habían caído lágrimas de sangre al saber la trágica muerte del amigo amado, del estadista insigne, del hombre incomparable ante cuyos despojos debía postrarse y llorar la desventurada España. Y agotó las palabras fuertes del Diccionario

para apostrofar al miserable asesino, al monstruo salvaje, al criminal traidor que acababa de arrancar la vida al grande hombre de quien dependía tal vez el porvenir de la patria. Eso sí; terminaba su artículo aconsejando resignación ante aquella desgracia nacional, y demostrando la necesidad urgente, urgentísima, de que los liberales se encargasen del Poder.

Luego envió las cuartillas á la redacción de un periódico de la mañana, durmió un rato, se lavó, se vistió y salió á la calle para recoger impresiones acerca del tremendo suceso y del importante problema político planteado con la muerte de Cánovas.

Después de recorrer algunos lugares de reunión y saludar á varios de sus amigos, se dirigió al Círculo Liberal, donde se encontró con muchos de los prohombres del partido que *veraneaban* en Madrid. Allí se habló, como en todas partes, del acontecimiento del día; y hechas las obligadas manifestaciones de un duelo hipócrita que revelaba en el fondo cierta satisfacción interna, ya sólo se trató de apresurar la muerte del actual Gobierno, de lo que pensaría Sagasta y de las combinaciones probables para el futuro Gabinete. Pérez-Gutiérrez ofreció su concurso incondicional para el caso de que D. Práxedes quisiera contar con sus servicios. Maldita la gracia que le hacía una cartera en circunstancias tan críticas; pero si lo exigían los

intereses del partido, si la patria le necesitaba... él se hallaba dispuesto á toda clase de sacrificios.

De allí se fué al ministerio de Ultramar. En una de las oficinas tropezó con un diputado conservador, muy amigo suyo, y le preguntó:

—¿Qué novedades hay?

—Fuera de la que todos sabemos, ninguna.

—¿Y de política?

—Hay quien dice que el general Azcárraga será el encargado de formar ministerio.

—¿Azcárraga? ¿Y con qué elementos cuenta? Eso no puede ser más que interinamente.

—Sí, pero no es fácil decir cuánto durará la interinidad.

—Muy poco, no lo dude usted. Se impone la subida del partido liberal, y se imponía aun sin la muerte de Cánovas. Los conservadores han agotado sus recursos, y la guerra de Cuba sigue, y el conflicto con los Estados Unidos se nos echa encima.

—¿Y con qué recursos cuentan los liberales?

—Los liberales tenemos nuestro programa.

—Sí, el de la autonomía.

—Y la autonomía es la paz.

—¿Pero la aceptarán los insurrectos?

—Eso es cosa descontada.

—¿Y tantos sacrificios de hombres y dinero para venir á parar en la autonomía, ó lo que es casi lo mismo, en la independendencia?

—No hay otro remedio; se les debe en justicia

y ya es hora de que se cumplan antiguos compromisos.

—¿Y el ejército? ¿y los voluntarios? ¿y Weyler?... ¿Usted cree que aceptarán esa humillación?

—El ejército y los voluntarios se someterán; Weyler será relevado.

—Que es precisamente lo que quieren los Estados Unidos, y los insurrectos de Cuba, y ciertos periódicos liberales; contra lo cual se levantarán hasta las piedras. Y diga usted: si á Weyler se le da por fracasado, ¿quién le sustituirá?

—Cualquiera que se comprometa á secundar los planes del Gobierno. Nadie mejor que el general Blanco.

—¿Blanco? ¿El sorprendido por la insurrección tagala? ¿El derrotado en Noveleta por los monos de Filipinas? ¿El que vino á la Península odiado por todos los españoles?... ¡Hombre, D. Eusebio, no sueñe usted! Blanco cayó para no volver á levantarse nunca. Blanco está hoy completamente desprestigiado ante la opinión pública... ¿Usted se acuerda cómo le pusieron los periódicos?

—Por los pies de los caballos, me acuerdo. Mas esos mismos que le colocaron tan bajo, le levantarán á incommensurable altura; esos que entonces le hundieron en el polvo, le pondrán ahora entre las estrellas de primera magnitud.

—Allá lo veremos; pero la autonomía... Escuche usted lo que le voy á decir. La autonomía será una prueba de nuestro cansancio que sólo

servirá para envalentonar á los insurrectos. La autonomía fracasará también.

El honradísimo Azcárraga, con un talento organizador que admiró al mundo, supo llevar á nuestras distantes colonias más de 200.000 hombres; pero fué impotente para contener la disolución del partido acéfalo que había presidido el asesinado Cánovas. Los liberales, con su inmensa turba de empleados, que ayunaban cuando se prolongaba la cesantía, empujaban á su jefe hacia el Poder con la urgencia de estómagos vacíos que no admiten tregua, y recorrían las redacciones de los periódicos para demostrar que les había llegado el turno, y encargaban á uno de sus más ilustres personajes que predicase el nuevo programa, la idea salvadora de la autonomía. Con ésta vendría la paz, y con la paz se conjuraban todos los conflictos.

Y el viejo Sagasta subió al Poder con la paz inmediata en la cartera.

\*  
\* \*

Pérez-Gutiérrez no tuvo un solo día de descanso en los dos meses que duró el precario gobierno de Azcárraga. Habría que escribir un libro para referir detalladamente lo que él se movió de una parte á otra, las visitas que hizo á diversas personas de todos los partidos, dentro y fuera de Madrid, los artículos y cartas que escribió, los discursos

que pronunció en los círculos políticos, en los cafés y hasta en las calles, porque no acertaba á hablar de política sin pronunciar un discurso. Hoy sus amigos le invitaban á una reunión de notables; mañana tenía que dirigir su autorizada voz á un grupo de estudiantes mal avenidos con toda forma de gobierno, á la juventud republicana ó á otra sociedad cualquiera. Por la tarde asistía á un banquete dado en honor de un prohombre del partido; por la noche presidía una *tenida* masónica ó redactaba una *plancha*, dirigida á *todas las Potencias, Autoridades y Corporaciones masónicas, autónomas y jurisdiccionales existentes sobre la superficie de la tierra*, ó se encerraba en la redacción de un periódico para censurar en unas cuantas cuartillas los últimos actos del Gobierno, fueran los que fueran... Y todo para arrojar á Azcárraga de su inseguro pedestal, y hacerse él el necesario, el imprescindible en el futuro Ministerio.

Lo primero se realizó bien pronto; pero lo segundo... ¡oh cruel fatalidad! Por ciertos compromisos de Sagasta, Pérez-Gutiérrez no cupo en la nueva combinación ministerial, y se quedó sin cartera.

Dueños los liberales de la situación, y ocupados por los amigos, como es costumbre, los puestos más pingües, ya sólo se pensó en los planes autonómicos. Que contrariasen ó no los intereses nacionales, poco importaba: eran compromisos de partido, y no había que deliberar sobre sus venta-

jas é inconvenientes. Su realización no dejaba de ofrecer dificultades, y la principal de todas estaba allá en Cuba: en el Ejército y en el Capitán General. Pero el primero se sometería, y el segundo sería relevado. La campaña vil que algunos periódicos liberales venían sosteniendo contra Weyler facilitaba la solución. Verdad es que el General había prometido extinguir la insurrección en Marzo, y faltaban cuatro meses aún para que el plazo terminase; verdad también que la guerra agonizaba, que era de prever su próximo fin; pero hacía falta ensayar el régimen autonómico para cubrirse de gloria los autores de la grande idea.

Todos los españoles que habitaban en Cuba protestaron contra el desatentado proyecto de la autonomía, y más aún contra el acto incalificable del relevo de Weyler. Numerosas representaciones del comercio, Corporaciones de todas clases, los voluntarios, los particulares más influyentes, todos los elementos adictos á España enviaron telegrama tras telegrama al jefe del Gobierno clamando por la permanencia de Weyler en la Isla, como único hombre que podía sostener allí los intereses de la nación y restablecer la paz en breve plazo. En la Habana recorrieron las calles imponentes manifestaciones populares pidiendo á gritos que no se relevara al Capitán General; él mismo comunicaba al Gobierno que su deber y su honor le impedían dimitir su cargo enfrente del enemigo... No importa: los Estados Unidos le acusan de cruel, los pe-

riódicos de mayor circulación han hecho cuanto han podido por desprestigiarle, los insurrectos le detestan... es necesario que se embarque para España. Esta medida puede ser causa de una sublevación militar con sus incalculables consecuencias para la patria.. ¿Qué importa eso? El relevo de Weyler forma el primer capítulo del programa ministerial, es un compromiso adquirido de antemano, lo quieren los insurrectos de Cuba, lo quieren los Estados Unidos, lo quieren las logias, y lo exige la gran prensa. Y el deseo de nuestros enemigos y la autorizada opinión de los periodistas pesan más en la conciencia ministerial que el honor del ejército y todos los intereses nacionales. ¿Por ventura es el interés de la nación, ni aun el ejército, quien quita y pone ministros? No, eso es obra de la prensa, y hay que someterse á su omnipotente voluntad, aunque se pierda Cuba, aunque se arruine España, aunque se hunda el universo.

Y Weyler tuvo que dejar su puesto... al general Blanco. Y se llevó á Cuba y Puerto Rico la autonomía, pero no vino la paz.



Aquí se acusó á los ministros de haber violado la ley constitucional á traición y á espaldas del Parlamento; los Estados Unidos vieron con gran satisfacción que España quemaba el último cartucho sin resultado alguno, y en la Manigua contes-

taba Máximo Gómez al decreto autonómico con el siguiente bando: «Todo comandante ú oficial del ejército libertador de Cuba que acepte proposiciones de paz acogiéndose á los decretos de autonomía, ó conferencie con emisarios españoles, será sometido á consejo de guerra y fusilado. Todo emisario que intente tratos para la aceptación de la autonomía será considerado como espía, sometido á consejo de guerra y fusilado.» ¡Sólo le faltó someter también á consejo de guerra á los autores de los decretos!

Para no quedarse sin su acta de diputado, como se había quedado sin cartera, Pérez-Gutiérrez recorrió su distrito en cuanto se decretaron las nuevas elecciones.

A pesar de que su nombre figuraba en el *encasillado*, y el Gobierno le había de prestar apoyo decidido para desagraviarle, llegó á temer que fracasara su candidatura. Habíase propalado entre sus electores, por quien tenía interés en ello, que era masón. Esto sonaba muy mal á la gente del pueblo, que no ignoraba la complicidad atribuida á los masones en la insurrección filipina, y algunos caciques empezaron á retirarle su confianza. Pero él les habló con lágrimas en los ojos de la religión y de la patria; él hizo llorar á las madres que tenían hijos en Cuba, diciéndolas que los representantes de la nación traían la paz, y pronto, muy pronto volverían á estrechar entre sus brazos aquellas madres sin consuelo á los hijos de su

alma; él repartió limosnas á las familias pobres, y encargó misas al párroco de cada aldea, y era el primero en asistir á los actos religiosos con una devoción, con un recogimiento, que la gente se avergonzó de haber hablado mal de su digno representante, y por todas partes se oía decir á las mujeres: «¡Válganos Dios, cuánto se calumnia y cuánto se miente en el mundo!» Y Pérez-Gutiérrez triunfó de sus rivales y salió diputado.

---



## IX

El Gobierno, aquel desdichadísimo Gobierno presidido por Sagasta é inspirado por el principal autor de la autonomía, no se preocupó porque ésta fracasara, ni por los preparativos de guerra de los Estados Unidos, ni por la visible proximidad de la gran catástrofe. Lo importante era colocar á sus amigos, elevar á los más altos puestos de la Administración á los que le habían ayudado á subir, tapar la boca y atar las manos de los descontentos con un destino proporcionado á la categoría y servicios de cada personaje, obtener en las elecciones una gran mayoría, explorar la voluntad de los jefes de cada fracción, aceptar banquetes, asistir á reuniones políticas, buscar el apoyo de la prensa...

Estos, estos eran los problemas pavorosos que había que resolver. Pero, ¿pensar en una guerra con los Estados Unidos después de la autonomía? ¡Qué disparate! ¡Precisamente nuestras relaciones con ellos eran más cordiales, más sinceras que

nunca!... ¿Defender la bahía de Manila en previsión de una ruptura con los americanos? ¿artillar los puertos de Cuba? ¿gastar dinero para comprar acorazados, ya en tratos durante el Gobierno anterior? ¿poner en disposición de combate los pocos barcos que teníamos, como pedían los marinos? ¿aprovisionarse siquiera de municiones, carbón, víveres...? Los grandes hombres de Estado no se ocupan en estas menudencias... Si llegaba la hora del conflicto, allá en Cuba había cerca de 200.000 soldados dispuestos á dar su vida por la patria, que preferían las granadas enemigas á los horrores del hambre.

Quien tenía que oír por aquellos días era el Coronel D. César Iturralde. Los decretos de autonomía le sacaron de quicio; el relevo de Weyler lo tomó como una injuria inferida personalmente á él. Una tarde, precisamente cuando el Coronel se hallaba en el paroxismo de su furor patriótico, llegó á su casa D. Claudio Rebolledo, y hubo entre los dos una sesión borrascosa, tan borrascosa, que no faltó el canto de un duro para que D. César estrellase el tintero en la frente de su amigo. Y la verdad es que otras veces había tenido más motivo para ello. En un párrafo elocuente habló el Coronel del relevo de Weyler, «verdadera bofetada que el Gobierno daba á todo el Ejército», y de la autonomía de Cuba, «pacto vergonzoso y cobarde con los rebeldes, y humillación ignominiosa de la dignidad nacional». Y siguió diciendo de

aquellos gobernantes, que tales actos perpetraban, cosas que no pueden trasladarse al papel.

—Mira, César—le contestó Rebolledo con mucha calma, sentándose en el sillón;—tú no ves más que lo que tienes delante de las narices, y es preciso ahondar, ahondar mucho en el origen y las causas de los sucesos. Esos actos del Gobierno, buenos ó malos...

—¡Malos, detestables!...

—Bien: esos actos, tan detestables como tú quieras, obedecen á algo anterior. Antes del efecto existe la causa, detrás del Gobierno está la prensa... ¿Lo dudas? ¿Ya te has olvidado de la campaña inicua que la prensa ha venido sosteniendo contra el Capitán General de Cuba? Pues su relevo es el resultado natural de esa campaña, aquí donde los Gobiernos viven de la prensa y por la prensa. ¿Tú concibes algún resultado bueno de la guerra, mientras su dirección esté en manos de los periodistas?... Pero no es esto sólo. Detrás de la prensa hay otro enemigo, invisible para ti, oculto entre las sombras, que dirige la representación de la comedia sin aparecer en el escenario, y va poco á poco encaminando los sucesos hacia su fatal desenlace.

—La masonería, ¿no es eso?... ¡Claro, hombre, si tenía que salir! Se te ha metido el fantasma de la masonería entre los sesos, y eres capaz de hacerla autora hasta del catarro que cogió ayer el vecino.

—¡Acuérdate de la insurrección de Filipinas! La masonería trabajó por el triunfo de los tagalos, y trabaja actualmente por los insurrectos de Cuba: me consta... Pero hay más aún. Detrás de la masonería y de la prensa está el verdadero enemigo, el enemigo que ha de darnos al fin el golpe de gracia: los Estados Unidos.

—¡También tenían que salir á escena los Estados Unidos!...—contestó el Coronel. Y agregó, temblándole la perilla, y cuadrándose delante de D. Claudio:

—¡Los Estados Unidos se guardarán muy bien de tocarnos en el pelo de la ropa!

—Los Estados Unidos se están burlando de nosotros desde hace mucho tiempo.

—¡Los Estados Unidos se callarán, porque les tiene cuenta!—dijo el Coronel con energía, dando un puñetazo sobre la mesa.—¡Conocen demasiado el valor de nuestro Ejército!...

—Los Estados Unidos—agregó D. Claudio pausadamente—se ríen de tus bravatas y del valor de nuestro Ejército.

D. César se puso lívido; sus ojos se clavaron como dos saetas en el rostro de su amigo; su nerviosa mano se apoderó del tintero que había en la mesa, y en actitud amenazadora, con voz entrecortada y bronca, habló así al imperturbable Rebolledo:

—¡Claudio!... ¡Sal ahora mismo de mi casa! ¡Vete, vete, porque no respondo de mí!... ¡Tú te

complaces en hacerme padecer! ¡Tú sólo vienes á mi casa... á insultarme, á escarnecerme!... ¡Hasta aquí llegaron nuestras amistades, Claudio! Desde hoy han terminado para siempre. Entiéndelo bien: ¡para siempre!...

—Pues por mí que terminen—contestó Reboledo sin alterarse.

Y cogiendo el sombrero y el bastón, salió de la casa de su amigo.

D. César quedó recorriendo precipitadamente la habitación, como recorre su jaula el león enfurecido.

\*  
\* \*

El día que siguió á esta borrascosa escena, recibió el Coronel una carta de su sobrino, que decía así:

«Querido tío: Me dice usted en su última que soy demasiado lacónico en mis cartas. ¿Y qué quiere usted que le escriba? Lo que á mí se refiere se cuenta en dos líneas; los sucesos de la campaña se saben ahí con todos sus detalles y otros que añaden los periódicos. Yo, á pesar de hallarme en la región más malsana de la Isla, no he tenido una mala calentura, y las balas de los mambises siguen respetándome. Llevo sobre el corazón la medalla que me dió usted al partir, y creo que me presta valor y serenidad en los peligros.

»¿Quiere usted que le diga mi opinión y le cuente mis impresiones sobre esta guerra traidora

y desesperante? Pues allá van. La insurrección sólo tiene vida en los bosques, y una vida muy precaria si se la compara con lo que era hace poco más de un año; pero su terminación completa está muy lejos todavía. No dejará de parecer extraño á los que desconocen el país y esta clase de guerra que un ejército tan numeroso no haya aniquilado á los insurrectos; y sin embargo, es imposible hacer más de lo que se hace. Aquí no hay que buscar una batalla decisiva, porque los enemigos jamás dan la cara si no son diez contra uno y se encuentran en posiciones ventajosas. Pelean contra nosotros el terreno, el clima, los habitantes todos, hombres, mujeres y niños. Sólo el exterminio de los cubanos, á estilo inglés ó yanqui, puede terminar definitivamente la asoladora guerra de Cuba. El plan del general Weyler será todo lo cruel que se quiera, pero no hay otro para ahogar la insurrección. Yo no comprendo ésa campaña indigna y asquerosa que algunos periódicos españoles están sosteniendo contra Weyler, más que suponiéndoles pagados por los mismos insurrectos ó vendidos á una miserable intriga política. ¿Por qué permiten las autoridades que se insulte y se desprestigie á un general en jefe enfrente del enemigo? ¿Por qué no forman en Madrid un batallón con esos periodistas sabios y valientes y los envían á la Manigua?

»El comportamiento del soldado excede á toda ponderación. Es hermoso ver á estos hombres, á

estos niños más bien, penetrar en los bosques y trepar por las montañas, marchar serenos al combate y pelear con una bravura y un arrojo que entusiasman, sin conocer el miedo, sin retroceder jamás ante el fuego del enemigo. ¡Y esos hombres no esperan recompensa alguna, ni siquiera reciben su exigua paga! ¡Y están mal vestidos y peor alimentados, macilentos, extenuados, enfermos casi todos!... Yo le aseguro á usted, querido tío, que, si fueran á sumarse los actos de heroísmo ejecutados durante la campaña por nuestros soldados, asombrarían al mundo. Cualquiera que sea el resultado final de esta guerra interminable, siempre tendremos la gloria de poder decir que en ningún combate serio hemos sido derrotados, aunque nos haya opuesto el enemigo fuerzas muy superiores. ¿Qué más puede pedirse á un ejército?

»Hay cosas, sin embargo, que nos llenan de oprobio, y todo se ha de decir por más que duela. No quiero hablar de lo que se murmura de ciertos jefes, muy relacionado con el escaso éxito del esfuerzo heroico de las tropas; lo que sí ha de saber usted, porque clama al cielo, es esa gran vergüenza de la administración militar convertida en negocio por unos cuantos vividores que comercian con la sangre y la vida del soldado y le matan de hambre mientras ellos se hacen ricos. Conozco á un capitán... (Y usted también le conoce, querido tío; ¡qué impresión le va á causar oír su nombre!)

Conozco á un capitán que en cuatro meses ha girado á España cinco ó seis mil duros. ¿Querrá usted creer que este perillán es aquel teniente Canseco que motivó su retiro hace algunos años? Pues es el mismo. Estuvo en Filipinas dedicado, según dicen, á otro negocio más sucio todavía: el de vender armamento á los que preparaban la sublevación contra España. Parece ser que la insurrección le despojó de sus ahorros, y terminada la campaña de Polavieja, volvió á la Península. De ahí nos le trajeron á Cuba, y en Cuba está desde principios de Junio. Tan malvado como éste acaso no haya otro en el ejército; pero abundan los que se hacen ricos matando de hambre á los soldados.

»Otra de nuestras mayores vergüenzas es de orden político. Aludo al innoble proceder de los Estados Unidos, cómplices descarados de los cubanos y verdaderos sostenedores de la insurrección. Ellos son los que les proporcionan toda clase de auxilios, los culpables de que la guerra no haya terminado hace mucho tiempo. Las expediciones con elementos de combate se suceden sin interrupción: si los expedicionarios logran desembarcar, consiguen su objeto y hasta otra; si alguna vez son sorprendidos, se convierten en ciudadanos de la República americana, y lejos de pagar con la vida su delito, tiene nuestro débil Gobierno que dar satisfacciones al de los Estados Unidos. El sistema que se impone es fusilarlos á

todos *preventivamente*; después... nada, que la expedición naufragó, y no hay que dar cuenta á nadie. ¿Qué hace nuestra escuadra en los puertos de la Península? ¿Por qué no se mandan á Cuba los buques necesarios para impedir estas escandalosas expediciones? Confieso, mi querido tío, que todo esto es para mí un misterio impenetrable. ¿Son tan ciegos nuestros gobernantes y nuestros diplomáticos, que no ven lo que vemos todos, que no saben lo que nadie ignora, es decir, que la última escena de este drama será la guerra con los Estados Unidos? ¿No ven en sus periódicos, en los discursos de sus diputados, en sus absurdas é intolerables exigencias, en sus insultos al Ejército y á España y en sus aprestos militares cuáles son las intenciones de esa nación respecto de Cuba? Y si lo ven, ¿por qué no se fortifican estas costas, completamente desguarnecidas? ¿Por qué no se refuerza nuestra escuadra, ó á lo menos se ponen en condiciones esos buques, hoy inservibles en su mayor parte? ¿Por qué se sufren tantas humillaciones, cuando lo que conviene es que la ruptura con los Estados Unidos, que se ha hecho inevitable, venga lo más pronto posible, pues cuanto más tiempo transcurra mayor ha de ser su superioridad sobre nosotros? Otros misterios que mi pobre inteligencia no alcanza á sondear. Dios nos tenga de su mano, porque de nuestros hombres de gobierno sólo torpezas y desastres podemos esperar. Lo importante para ellos es amañar elecciones,

pronunciar discursos elocuentes y contentar á los amigos: el honor nacional y los intereses de la patria son cosas muy secundarias. Tengo gran fe en el Ejército, y más que nada en el valor y la disciplina del soldado; pero sin medios de combate todo es inútil. Sé, amado tío, que estas apreciaciones más le harán sufrir mucho; pero ¿por qué no se ha de decir lo que se siente?

»Mariano me encarga recuerdos para usted y para sus padres. Está el pobre muy enfermo y casi no sale del hospital. Me parece que dejará sus huesos en Cuba. No diga usted nada de esto á su madre, porque se pondría loca.

»Un abrazo muy apretado de su sobrino,

PEPE.

»P. S.—Cerrada ya la carta, la vuelvo á abrir para comunicarle á usted la noticia más estupenda que ha circulado durante toda la campaña, el relevo de Weyler. Esta novedad ha producido una impresión tan desastrosa en el Ejército, y de tal manera ha sublevado los ánimos de todas las personas adictas á España, que es de temer cualquier desastre si el Gobierno no vuelve sobre su desatentada resolución.»

D. César leyó dos veces la carta, manifestándose claramente en su rostro las diversas emociones que iban pasando por su alma. El nombre del capitán Canseco le hizo dar un salto y le crispó los nervios. Las alabanzas que su sobrino hacía del

Ejército le entusiasmaron: quisiera haber tenido allí á los valientes y sufridos soldados para abrazarlos uno por uno. Las reticencias maliciosas acerca de ciertos jefes, las miserias de la gente política y no sabía qué especie de desaliento que se notaba en la carta de Pepe, le llenaron de tristeza. Este era el tema obligado de Rebolledo; pero él, su sobrino, nunca le había hablado así. Nada, que los dos se habían conjurado para matar todas las ilusiones del viejo Coronel. Pronto, sin embargo, se rehizo de sus primeras impresiones, y pensó mientras paseaba lentamente por el cuarto:

—Pepe fué siempre algo pesimista, su carta está escrita en un rato de mal humor. ¡Que la administración es mala! En todas las guerras se ha dicho lo mismo. ¡Que hay jefes ineptos, ambiciosos!... ¿Cuándo no los ha habido? ¡Que los Estados Unidos, que el Gobierno!... La manía de siempre. Pepe filosofa demasiado, y esto... esto no me da buena espina. Porque con filosofías no se hace la guerra. Porque un militar filósofo no ha ganado nunca una batalla.

\*  
\* \*

El cielo de España se cubría de negros nubarrones que presagiaban la proximidad de la tormenta: el día de los tristes acontecimientos se echaba sobre nosotros con peso abrumador. Allá en Filipinas, Primo de Ribera, empujado por el hombre funesto que entonces regía los destinos

de Ultramar, firmaba el ignominioso pacto de Biacnabató con las destrozadas huestes de Aguinaldo, y brindaba á España una paz engañosa conseguida con monedas de oro envueltas en jirones de la honra nacional. En la Manigua, los insurrectos se burlaban de la autonomía, súplica vergonzosa y humillante con que sus autores pedían la sumisión de los cubanos, celebraban con inmenso júbilo el relevo de Weyler, del cruel, del odiado Weyler, aplaudían las disposiciones de aquel desdichado Gobierno que inconscientemente secundaba sus planes, y macheteaban entretanto sin piedad á los infelices soldados españoles que caían en su poder.

Los Estados Unidos ya no se contentaban con enviar recursos á los rebeldes, ni con permitir que funcionase en su territorio una junta de laborantes cubanos, á pesar de sus *amistosas relaciones* con España y á despecho de todas las leyes de neutralidad: se reían de las reclamaciones que alguna vez se atrevió á hacer el Gobierno español sobre este punto; insultaban á nuestro Ejército en sus periódicos, en las Cámaras, hasta en documentos oficiales, y enviaban uno de sus buques de guerra al puerto de la Habana para hacernos una *visita de cortesía*, aunque con todas las apariencias de una descarada provocación. Más tarde nos imponían un plazo para la terminación de la guerra separatista, y nos obligaban á abolir la ley relativa á los reconcentrados, y nos exigían la

concesión de un armisticio á los insurrectos, é intervenían con socorros á favor de los habitantes de Cuba, á título de no sé qué sentimiento humanitario.

Y á todo esto tenían que acceder nuestros pobres ministros, sumisos como esclavos á la voz de su señor, tímidos y humildes como mansos corderos acosados por los lobos. ¡Y en todas estas exigencias insultantes y provocadoras sólo veía aquel débil Gobierno (ó á lo menos así tenía que decirlo en público), relaciones amistosas, cordialísimos afectos de los Estados Unidos hacia España!

Iturralde y D. Claudio habían hecho ya las paces, rotas de un modo violento entre los dos, según acabamos de ver. Tan seria había sido aquella vez la ruptura, que tardaron en reanudar las antiguas amistades una semana entera, una semana que fué un siglo para el viejo D. César. El pobre Coronel se aburría soberanamente: al llegar la hora de la acostumbrada visita echaba de menos la compañía de D. Claudio, ó de cualquiera otra persona con quien hablar ó con quien reñir. Cogía un libro para distraerse, y el libro se le caía de las manos; se ponía á pintar y se quedaba dormido delante del lienzo; si permanecía en casa le consumía la soledad, si salía á la calle también en la calle le perseguía la soledad. Entonces maldecía de su genio, y en su interior se confesaba culpable de lo ocurrido, y hasta pensaba en ir á casa de su amigo y decirle:

—Claudio, olvidemos lo pasado, y tan amigos como antes.

Pero inmediatamente se sublevaba su amor propio, y concluía siempre con esta firme resolución:

—¡Que venga él!

Y así pasaron varios días sin que Rebolledo asomase por la casa del Coronel, ni el Coronel pudiera acostumbrarse á prescindir de su amigo Rebolledo. Al fin se resolvió á poner término á aquella insostenible situación. Un día salió muy decidido de su casa, llegó hasta la de D. Claudio, y se detuvo á la puerta asaltado por un terrible pensamiento. El paso que iba á dar le humillaba ante su amigo; aquello equivaldría á confesarse culpable, á pedir perdón de su falta como un niño de la escuela... ¡y eso sí que no lo hacía él! ¿Por qué razón había de rebajarse el Coronel D. César Iturralde á implorar la misericordia del comerciante D. Claudio Rebolledo? ¡No en sus día! ¡Que se humillase él, que le buscase él, y entonces hablarían!

Y retrocedió, avergonzado de sus propias resoluciones.

Pero Rebolledo, que desde un balcón había observado la maniobra, se esforzó por contener la risa, y le llamó.

—¡César! Sube, hombre, sube, que tenemos que hablar.

Ya las cosas cambiaban. Ahora era D. Claudio

quien le buscaba á él; cada uno había recorrido la mitad de la distancia que los separaba; el puntillo de honra interpuesto entre los dos había desaparecido. D. César entraba en casa de su amigo con la cabeza erguida y sin dar su brazo á torcer.

—¡Conste—fueron sus primeras palabras al encontrarse con Rebolledo—que si vengo aquí es porque me has llamado!

—Conste también—agregó D. Claudio—que yo nunca te he echado de mi casa, y que estoy dispuesto á olvidarlo todo, con tal que moderes un poco ese genio.

—¡Quien tiene que moderarse eres tú!—contestó el Coronel irritado y en disposición de provocar un nuevo conflicto. Pero D. Claudio, que tenía un gran dominio sobre sí, y llegaba en las discusiones hasta donde quería llegar, dió otro rumbo á la conversación y no riñeron aquel día.

\*  
\* \*

D. César necesitaba cierta tensión de nervios, impresiones fuertes para vivir; y en verdad que no le faltaron en aquellos días de vilipendio nacional. De voluntad firme y corazón magnánimo, pero escaso de luces para investigar las causas recónditas de los acontecimientos y leer en el porvenir, nunca había dado crédito el Coronel Iturralde á las insinuaciones de los periódicos respecto á la actitud de los Estados Unidos en la guerra de

Cuba, ni á la carta de su sobrino Pepe, ni á otra en igual sentido que recibió después, ni á la insistencia con que D. Claudio le hablaba del asunto, juzgándolo todo invenciones de los periodistas, ilusiones de gente soñadora y temores de espíritus apocados. ¡Los Estados Unidos contra España! ¡Ya se guardarían muy bien!... Esto sólo cabía en la cabeza de Rebolledo, hombre pesimista que se empeñaba en ver siempre las cosas bajo el peor aspecto.

Mas bien pronto vinieron á demostrarle los hechos que él se equivocaba, y Rebolledo tenía razón. Y, por cierto, que no era lo que menos le hacía sufrir el ver que se cumplían las predicciones de su amigo. No abusó, sin embargo, D. Claudio de su triunfo, siempre atento á no exacerbar la bilis del irascible Coronel. Cuando éste, accionando con frenesí, relataba los insultos recibidos de los yanquis, y los apostrofaba desafiando él solo todo su poder, y se encaraba con su amigo como si él fuera el culpable de lo que estaba pasando, Rebolledo se concretaba á contestar con imperturbable calma:

—Todo esto te lo había predicho yo mil veces, y no me querías creer.

El día en que llegó á España la noticia de la catástrofe del *Maine* fué un día de júbilo para el viejo Coronel. Si la explosión había sido casual, esto significaba que Dios quería castigar á los provocadores; si había sido obra de algún español,

como propalaba el enemigo, mejor: á un buque que lleva la misión de insultar á España dentro de su territorio, y reirse del Ejército en sus propias barbas, se le sepulta en los abismos del mar, y en paz. Desde que supo D. César la tremenda noticia, y con ella vió, como no podía menos, una señal de guerra con los Estados Unidos, dejó de trazar líneas y cruces en el mapa de Cuba, y fijó toda su atención en el Norte de América, allí donde se ocultaban los verdaderos y más temibles enemigos. Cada insulto que los americanos dirigían á España ó á su Ejército, era una puñalada traidora asestada al corazón del veterano militar. Cada vez que el Gobierno español accedía cobardemente á las irracionales exigencias de la odiada República, se sentía herido en su dignidad y se sublevaba su espíritu guerrero. ¡Las noches de insomnio que él pasó, pensando en estas vergüenzas! ¡España, la conquistadora de América, la que en otros tiempos venció á Europa y se enseñoreó del mundo, sufriendo ahora resignada las burlas de unos viles comerciantes, de unos despreciables tenderos, de un pueblo sin ideales, sin historia, sin patria!... ¡Esto no podía tolerarse!... ¡El no habría soportado jamás una sola humillación! ¡El habría contestado á la primera exigencia de los Estados Unidos con una declaración de guerra! ¿Por qué no se mandaba al mismo territorio enemigo el Ejército de Cuba para vengar los ultrajes recibidos, arrasando sus ciudades y quemando sus co-

mercios?... ¿Qué hacía el pueblo español? ¿En qué pensaba el Gobierno? ¡Ay! el Gobierno sufría con resignación incomparable las bofetadas que caían sobre las mejillas de la patria; el Gobierno se cruzaba de brazos mientras el enemigo nos provocaba y se preparaba para la lucha; el Gobierno se entretenía en elecciones y otras menudencias políticas, cuando ya se oían cerca los gruñidos de los cerdos que lanzaban un reto al noble león de España... ¡Oh! el pueblo en masa pedía la guerra, único medio de salvar su honor y vengar los ultrajes recibidos; pero el Gobierno no estaba á la altura de su misión. ¿Por qué toleraba tanto oprobio? El pueblo sentía herido su corazón en lo más vivo, en la fibra más delicada del sentimiento patrio, y se revolvía contra los agresores como se revuelve contra el que le injuria quien siente herida su dignidad de hombre, sin medir las fuerzas ni reparar en el resultado. ¿Por qué aquellos ministros no formaban parte de este espíritu nacional?... Y el impresionable Coronel llegó á creer los mayores desatinos, los desatinos de que le hablaba con frecuencia D. Claudio, lo que, respecto de ciertos personajes, se decía en algunos periódicos y se pregonaba por las calles.

\*  
\* \*

Llegó el 6 de Abril. Aquel día cayó en manos de D. César un número del *Heraldo* en que se hacía el recuento de nuestras fuerzas navales, supe-

riores por todos conceptos á las de la nación que impúdicamente nos provocaba. Teníamos más buques, mejores marinos; los barcos americanos eran cáscaras de nueces comparados con los nuestros; sus dotaciones se componían de gente advenediza reclutada en los presidios, sin valor, sin disciplina, sin otro ideal que cobrar su sueldo y embriagarse con ginebra. ¡Porquería todo ello! Y esto no lo decía un periodista cualquiera, lo aseguraba un hombre que había sido siete veces ministro de Marina, lo aseguraba Beránger... ¿Y con una escuadra tan poderosa nos dejábamos abofetear, y sufríamos vergonzosas humillaciones, y todavía no recogíamos el guante que con ridícula altivez nos arrojaban los Estados Unidos? ¡Oh baldón de España! Eso no podía suceder, y no sucedería. Si el Gobierno carecía de valor ó de patriotismo para ir á la guerra, el pueblo se levantaría como un solo hombre para contestar al provocador; el pueblo sabría demostrar que á España no se la insulta impunemente; el pueblo haría saber al mundo entero que no se ha extinguido la raza de los que pasaron triunfante por América la bandera de Castilla... ¡Oh! un triunfo sobre los Estados Unidos era tanto como resucitar nuestras antiguas glorias y reconquistar nuestra perdida grandeza. Y el triunfo era seguro, completamente seguro. ¿Por qué no se aceptaba la guerra?...

Guardó el periódico en el bolsillo, se vistió de tiros largos, y se fué apresuradamente á casa de su

amigo Rebolledo, para darle con el papel en los ojos, para que viese si teníamos ó no teníamos Marina, para aplastarle con aquellos datos autorizados, irrecusables, incontrovertibles. ¡A ver, á ver qué contestaba á esto el gordísimo ex-comerciante de Manila!...

\*  
\* \*

Víctor Ibáñez había renunciado espontáneamente al empleo que le dió la masonería, y había obtenido otro, gracias á las gestiones de D. Claudio.

En casa de éste se hallaba cuando llegó D. César risueño, rebosando satisfacción, saboreando el triunfo antes de dar la batalla al enemigo... Estrechó afectuosamente la mano de Ibáñez, miró con cierto aire de lástima á Rebolledo, sacó su periódico del bolsillo, le extendió sobre la mesa, y apoyando el dedo índice sobre el encabezamiento del artículo, pronunció con solemnidad estas solas palabras:

—Lee, y convéncete.

D. Claudio cogió el periódico con las dos manos, le separó cuanto pudo de los ojos, alargando los brazos, y leyó en voz alta:

«Hoy hemos tenido la ocasión de hablar largo rato con el general Beránger, último Ministro de Marina del Gabinete conservador. A las preguntas que le hemos dirigido acerca del conflicto pendiente con los Estados Unidos, se sirvió manifestarnos que confía en absoluto...»

—¡En absoluto, fíjate bien!—exclamó Iturralde.

«Que confía en absoluto—continuó Rebolledo—en el triunfo de nuestras fuerzas navales. No es de temer (ha añadido) el ataque á nuestros puertos de Cuba aprovechando las horas de la noche, porque, tanto la Habana como Cienfuegos, Nuevitás y Santiago, están defendidos por torpedos eléctricos y automóviles que pueden obrar á gran distancia...

—¿Te vas enterando? Sigue, sigue, que todavía falta lo mejor.

«He dicho antes que venceremos por mar, y voy á exponer mis razones. Es la primera de ellas la envidiable disciplina que reina á bordo de nuestros buques de guerra; y la segunda, que en cuanto se rompa el fuego á bordo de los buques americanos se iniciará la dispersión, pues todos sabemos que entre sus tripulantes los hay de todas las naciones. Barco contra barco, no es de temer un fracaso. Creo que la escuadrilla detenida en Cabo Verde, y en especial los *destroyers*, han debido y podido continuar su viaje á Cuba, pues nada tenían que temer de la flota americana. En esta clase de barcos estamos muchos codos por encima de los Estados Unidos.»

—Muchos codos por encima, ¿lo entiendes? ¿Qué tienes que contestar á esto?

—Que si fuera verdad, acaso venceríamos.

—¿Cómo que si fuera verdad? ¿Puedes dudar de ello?

—¿Pues no he de dudar?

—¡Tú dudarás de ti mismo con tal de salir con la tuya! Ten en cuenta que lo que acabas de leer lo dice Beránger, que ha sido Ministro de Marina con el Gobierno republicano, con el fusionista, con el conservador; un hombre que conoce el número y la calidad de nuestros barcos tan bien como puedes conocer tú los muebles de tu casa...

—Perfectamente; pero también recordarás que ese señor ha dicho en los periódicos, ó á lo menos se lo han atribuido, que en Filipinas tenemos treinta buques, todos nuevecitos, flamantes y de mucho andar; y francamente, yo allí no he visto más que cuatro cascajos viejísimos que no sirven para nada. A no ser que esos treinta buques estén escondidos en el Arsenal de Cavite, y nadie tenga noticia de ellos... ¿Cómo quieres que dé crédito á quien dice estas cosas? Además, el General Beránger está hoy en la oposición, y bien pudiera suceder que utilice esas estupendas noticias acerca de nuestra escuadra como arma política para excitar la opinión pública contra el Gobierno, sin tener en cuenta las consecuencias desastrosas que sus manifestaciones pueden traer á la patria. También es creíble que no sea Beránger quien dice esas cosas, sino un periodista tan loco como tú, ó interesado en exacerbar las pasiones del pueblo para aumentar la tirada del periódico.

—¡Claudio!—exclamó el Coronel irritado contra aquel hombre que con tanta facilidad echaba por

tierra todas sus ilusiones.—¡Claudio! Tú eres capaz de negar la luz del sol si yo digo que alumbra. Tú tienes empeño en llevarme siempre la contra. Tú eres de esos hombres que se complacen en verlo todo negro...

—¡Calma, César, calma! Acerca esa silla y siéntate.

—No me siento—contestó bruscamente Iturralde.

—Yo no me dejo llevar de la pasión—continuó D. Claudio;—veo las cosas como son en la realidad, mientras que ciertos patriotas exaltados, entre los cuales cuento á mi amigo D. César Iturralde, las ven con cristal de aumento... ó de disminución, según les conviene.

—Dime, hombre de hielo: ¿negarás que los Estados Unidos nos están provocando, y pisotean nuestro honor, y nos escupen á la cara? ¿Hace falta cristal de aumento para ver estas cosas?... Pues yo no necesito saber más. ¡Yo quiero que no se consienta por el Gobierno que ningún pueblo del mundo insulte el honor de la patria en que he nacido, del Ejército á que pertenezco, de la bandera que he jurado! ¡Yo quiero que en el instante mismo en que un pueblo nos provoca, la nación entera se levante contra él y salve su honra, sin mirar el resultado, sin cálculos groseros y egoístas!... ¡Yo tengo mis ideales, Claudio, y tú no los tienes! ¡Eres un materialista! ¡Tú y yo no podremos entendernos nunca!...

—Está muy bien todo eso, amigo César; pero te sales del asunto. Por más que yo entiendo muy poco de cosas de marina, y no sé los elementos con que nosotros contamos y cuentan ellos, no doy crédito alguno á las relaciones de los periódicos. Lo primero, porque estoy cansado de oír que la mayor parte de nuestros buques están averiados é inservibles, y en el papel se les da á todos por buenos. Lo segundo, porque en la construcción y ajuste de barcos se ha robado mucho, según pública voz y fama, y nuestros marinos, sea por falta de medios, sea por lo que quiera, han empleado poco tiempo en ejercicios prácticos, y mucho en otras cosas que no dan habilidad ni ciencia: conozco á algún jefe de alta graduación que apenas se ha embarcado.

—¡Calumnias á los marinos como otras veces has calumniado al Ejército!...

—Bien, los calumnio; pero vamos adelante. Otra de las razones, la más convincente para mí, se funda en que el pueblo americano no se deja llevar de ciertos arrebatos como nosotros; es un pueblo práctico y calculador. Y á mí no me cabe en la cabeza que ese pueblo provoque la guerra sin estar seguro, completamente seguro de la victoria. Mucho más teniendo en cuenta que ha estado preparándose todo el tiempo que ha querido, y podía tomarse más tiempo si le hiciese falta. Por consiguiente, cuando ellos dicen «vamos á la guerra», es porque tienen asegurado el triunfo.

—En eso puede que se equivoque usted, Don Claudio—interrumpió Ibáñez deseando ayudar al Coronel, que paseaba agitado por la habitación mientras hablaba su amigo.—Es la primera aventura en que se meten los Estados Unidos, y bien pudieran salirles las cosas al revés.

—No lo crea usted, Ibáñez: contarán con elementos no conocidos por nosotros; contarán con el auxilio de Inglaterra; contarán con aliados aquí mismo, en España...

—¡Contarán con el demonio!—gritó D. César deteniéndose y permaneciendo erguido en medio de la habitación.—¡Nosotros contamos con el valor de los soldados! ¡Nosotros contamos con la razón y la justicia!...

—Sí, pero convéncete, César, de que ante la fuerza de los acorazados y los cañones, se estrellan siempre el valor, la razón y la justicia.

—¡Siempre no! ¡El *Maine*, con su coraza y sus cañones, fué sepultado en los abismos por la mano de Dios!

—¿Y si esa mano hubiera sido la de algún oficial español tan loco como tú?

—Pues yo, en los pantalones del Capitán General de Cuba, hago levantar una estatua á ese oficial, y después le fusilo... Pero créeme, Claudio, que ese barco fué hundido por orden del Gobierno americano para cometer la villanía de hacer responsable á España de aquel crimen, y tener un pretexto para la guerra. Y ya que la quie-

ren, la tendrán. Y si nuestro Gobierno no la acepta, la aceptará la nación. ¡Han de saber todavía quién es el Coronel Iturralde!

—¡César! Pide á Dios que no nos metamos en aventuras.

—¡Dios del cielo! ¿Aventuras llamas tú á una guerra provocada por ellos, buscada por ellos y aceptada sólo para salvar nuestro honor, y lavar afrentas sin número, y defender nuestros más sagrados derechos?... ¡Claudio, Claudio! Hoy venía armado de paciencia, pero me la vas agotando... ¡Me la vas agotando, Claudio!...

—Pues ya ves que yo no puedo discurrir con más calma. Llamo aventura á una guerra que nos costará la mayor de las humillaciones: la humillación de la derrota...

—¡No sigas!—exclamó el Coronel extendiendo un brazo en ademán de tapan la boca á su amigo. —¡No repitas esa palabra delante de mí, ó esta es la última vez que estamos juntos!... ¡Derrotada España por una piara de cerdos, sin más ideal que el oro, sin patria, sin organización militar, sin bandera, sin historia, sin valor!... ¡Derrotado por unos viles comerciantes un ejército de 200.000 hombres aclimatados en Cuba, acostumbrados al sacrificio, dispuestos á morir defendiendo la bandera de la patria!... ¡Vencido por los yanquis el pueblo que conquistó la América, y ha sabido batirse con toda Europa, é hizo morder el polvo á los ejércitos de Napoleón!... ¡Hombre, no quieras hacerme comul-

gar con ruedas de molino! Nos creen débiles porque nos ven pobres... ¡Que vayan, que vayan á Cuba, y en menos de un mes están convertidos en salchichas!...

—Amigo, tú no eres de estos tiempos; tú vives retrasado tres ó cuatro siglos.

—Luego—prosiguió el Coronel sin hacer caso de la interrupción de D. Claudio—tenemos á nuestro favor las simpatías de todas las naciones, y España puede hacer uso del corso... ¿Y sabes tú lo que significa el corso para ese pueblo positivista? ¡La ruina de su comercio, la destrucción, la muerte! Ya verás, ya verás cómo no se pasan muchas semanas sin que los Estados Unidos pidan la paz, ó una revolución interior los desgare y aniquile.

—España no levantará buques en corso—dijo Rebolledo sentenciosamente.

—¿Por qué?

—Primero, porque el Gobierno no querrá; y segundo, porque no se lo consentirían las demás potencias, á pesar de todas sus simpatías.

—Pues por encima de todas las potencias está nuestro derecho; y si las potencias se oponen, España tiene soldados para combatirlas y vencerlas.

D. Claudio se levantó de la silla, y dijo saludando militarmente:

—¡Ave, César! Los que van á morir te saludan.

Y agregó, volviendo á sentarse:

—Eres todo un Quijote.

—Y tú un Sancho Panza, que es peor.

—A ti te han sorbido el seso los libros de Caballería.

—Y á ti te han secado el alma los libros de comercio. Tienes cuatro cuartos, y te has hecho conservador. Te hallas muy bien en tu casita, y quieres paz á toda costa por lo que pudiera suceder. Que los yanquis nos abofeteen, que la honra nacional se arrastre por el lodo... ¿á ti qué te importa eso?

—¡Alto ahí! Yo amo al pueblo en que nací como le puedes amar tú; y porque le amo, quiero evitarle un desastre y una humillación más... César, discurremos serenamente, y pongámonos en la realidad de las cosas.

El Coronel empezó á pasear de nuevo por delante de la mesa, y D. Claudio continuó:

—Tú estás dispuesto á sacrificar los bienes, la vida, todo lo que puede sacrificarse por la honra de la patria, y piensas que todos los españoles son así. Tú crees que este pueblo es todavía el pueblo del Dos de Mayo, y te engañas... ¡Te engañas, César! Han corrido por aquí ráfagas de muerte, vientos de escepticismo que han matado los más grandes ideales. La política que aquí se usa ha arruinado á la nación; los motines y desórdenes de medio siglo la han desangrado; la prensa la ha envilecido... Ya no hay fe en los gobernantes, ni un hombre á quien volver los ojos, ni respeto á las leyes, ni verdadero amor patrio... ¡Todo es egoísmo! Hay muchos españoles que sonríen desdeñosamente

al oír pronunciar el nombre de la patria; hay sociedades que desean y piden que se borre esa palabra del Diccionario... ¿Lo dudas? Pues aquí está nuestro amigo Ibáñez, que no me dejará mentir.

—¿Dónde están esos?—preguntó D. César deteniéndose bruscamente.

—Ya te los señalaré algún día... Más te digo: hay regiones enteras en la Península que no darían ni un hombre, ni una peseta, por librar á España de una dominación extranjera.

—¿Has concluido?—dijo el Coronel cruzándose de brazos enfrente de Rebolledo.—¡Bonita pintura la que acabas de hacer de España! ¡Y un Coronel del Ejército español te ha escuchado sin taparte la boca!... Tú, tú eres quien tienes seco el corazón y metalizada el alma, y crees que así son todos los españoles. Tú no has nacido en esta tierra de héroes; tú has nacido en tierra de yanquis... ¡Si tu misma figura lo está diciendo!... Has querido pintar á España, y te ha salido un retrato de los Estados Unidos. ¡Claudio! Si yo pensara como tú, emigraría de este país. Un pueblo sin ideales y sin patriotismo no siente los insultos que se le dirigen, y España los ha sentido vivamente, y se revuelve como un león herido para vengarlos, y se levanta como se levantó el Dos de Mayo para aplastar al opresor. Y si no, repite en la Puerta del Sol, repite ante el pueblo lo que aquí has dicho, y el pueblo te arrastrará por las calles.

—¿Y eso qué prueba? Que aún queda algo del alma de Don Quijote, que la pasión se sobrepone á la prudencia, que no abundan en esta tierra los hombres sensatos.

—No hay más que un hombre sensato en España, y ese eres tú. Los demás somos unos locos.

—Son muchos los que, en su interior, no quieren la guerra porque preven una catástrofe; pero no se atreven á decirlo en público por temor á que les llenen de improperios; y los exaltados, los que gritan, los que nada tienen que perder, azuzados quizás por alguna mano oculta, se hacen dueños del campo é imponen su voluntad á todos, incluso al mismo Gobierno. De los que gritan por las calles, unos quieren la guerra por el placer de la venganza, irritados por los ultrajes recibidos; otros la quieren simplemente por experimentar nuevas emociones, aburridos con una vida monótona, y no faltan quienes desean la guerra porque ven en ella un negocio. Las grandes empresas periodísticas se hallan en este caso, y así se explica el interés de casi toda la prensa por llevarnos á una guerra insensata. ¿Te parece que son de despreciar veinte ó treinta mil perras chicas diarias de aumento en caso de guerra?... ¡Sí, César, sí! En estos días de fiebre patriótica, el pueblo está enloquecido; le han puesto en tal estado unos cuantos periodistas que, explotando las circunstancias, excitan las pasiones de la multitud, y la multitud ignorante, esa gran masa del pueblo que

no discurre por cuenta propia, engañada por el periódico, pide á gritos la guerra sin pensar en el resultado, y corre tras un ideal imposible, sólo porque halaga su amor propio y satisface sus deseos. Esa prensa, esa prensa tan apartada casi siempre de su misión civilizadora, es la que impone al pueblo las ideas que ella quiere, y luego llama opinión pública á lo que es opinión particular de cuatro periodistas que tampoco están convencidos de lo que dicen. Si los periódicos, en lugar de explotar un patriotismo mal entendido, expusieran el estado real de las cosas y aconsejaran prudencia, ya verías cómo ese pueblo que hoy pide la guerra, pediría y aceptaría gustoso la paz. Pero los negocios públicos y los más altos intereses de la nación están en manos de los periodistas, y esto se lo llevarán los demonios... Ahora tienes tú la palabra.

D. César quedó un instante perplejo sin saber qué contestar. Lo que decía su amigo era exacto; pero no eran menos ciertos los ultrajes recibidos que exigían la aceptación de la guerra para vengarlos, la probabilidad, casi la seguridad del triunfo, la necesidad de una resolución heroica para que España salvase su dignidad de nación, y no renegase cobardemente de toda su historia, y no quedase envilecida ante las demás naciones que la contemplaban en aquellos momentos. Y el sensato Rebolledo prescindía de todas estas cosas.

—Dime, Claudio,—exclamó al fin el Coronel

colocándose en la realidad del caso que era objeto de la discusión:—si de ti dependiera la solución del actual conflicto, ¿qué harías?... Ten en cuenta, antes de responder, que una nación te insulta y te provoca; que no hay otro medio de defender la honra nacional que el de aceptar esa provocación. Piensa también que te pone en la alternativa de ir á la guerra, ó perder á Cuba, donde tienes 200.000 hombres (¡200.000 hombres dispuestos á defender la bandera de la patria hasta la muerte!); que de tu parte está toda la razón, toda la justicia; que tu causa tiene la defensa moral, las simpatías de todas las naciones de Europa... ¿Qué harías?

—Te lo diré; pero antes contéstame tú á otra pregunta. Supongo que vives en una casa aislada, lejos de toda población, sin defensa posible, y sabes que dentro de pocos días, unos malhechores irán allá con propósito de asesinarte, robar cuanto encuentren en tu casa y prenderla fuego. Si te fuera completamente imposible defenderte, ¿qué medidas tomarías?... Si no estás loco de remate, marcharías á otro punto y trasladarías todos los objetos que pudieran trasladarse para que la desgracia, puesto que se supone inevitable, fuese mucho menor que dejándote matar y robar. Pues eso haría yo en la situación presente respecto de Cuba. Embarcaría para España los cañones y todo el material de guerra, que buena falta nos hace para defender nuestras costas; después vendría á Cuba...

—¡Basta!...—interrumpió bruscamente el Coronel.—¡Con un hombre que así piensa, no se puede discutir sin deshonorarse! ¿Tú dices lo que sientes? ¿Esos son tus ideales?... ¿Y es posible que yo, el Coronel Iturralde, haya honrado con mi amistad á Claudio Rebolledo? ¿Al vil comerciante que vendería á Cuba antes que aceptar la guerra provocada por unos despreciables cerdos? ¿Al mísero por-diosero que cambiaría un pedazo de la patria por un mendrugo de pan?... ¡Claudio! ¡Dime que no hablabas en serio! ¡Dime que sientes los ultrajes y las humillaciones de la patria! ¡Dímelo, para no perder un amigo, para no aborrecer desde hoy á quien he querido con toda mi alma!...

Casi lloraba el viejo Coronel al pronunciar estas palabras. Después de un instante de silencio, y repuesto de su emoción, continuó, cambiando de tono y accionando como un orador de barricada:

—¡Habrà guerra, habrá guerra! ¡El mundo entero sabrà que España no se humilla ante el poderoso, ni se juega con ella, ni se la injuria impunemente!... ¡Habrà guerra, Claudio, mal que te pese á ti y á otros *sensatos* como tú! ¡Habrà guerra, y triunfaremos!... Y si yo fuese Gobierno, el día del triunfo te colgaría á ti y á todos los que piensan como tú en medio de la Puerta del Sol, para escarmiento de los cobardes y ejemplo de las generaciones venideras.

—¡Muy bien, César, muy bien!—exclamó Don Claudio, levantándose del sillón y extendiendo sus

brazos hacia el Coronel.—¿Con que me colgarías en medio de la Puerta del Sol? ¡Caray! Pues, por si llega ese caso, permíteme que antes abrace al mejor amigo que ha producido Navarra, al hombre más loco que ha pisado tierra de Castilla.

Y le abrazó sin protesta del agraciado.

D. César salió de allí, y algunas horas después, uno de los balcones de su casa aparecía cubierto con un gran lienzo, en cuyo fondo se leía esta sola palabra escrita con letras de sangre: ¡GUERRA!

---

## X

El día que siguió al de la escena que acabamos de describir, era Jueves Santo. Los masones del gr.: 18 habíanse congregado en el amplio salón de una logia, grotescamente decorado, y celebraban su anual orgía, sacrílega parodia de la Última Cena del Salvador. Hubo discursos y brindis alusivos á las circunstancias en que se encontraba la nación, se hizo un recuento de las fuerzas con que podían contar en el Congreso y el Senado para luchar contra el fanatismo, se brindó por el triunfo definitivo de los insurrectos cubanos, se arrojaron salivas inmundas sobre la honra de la patria y se lanzaron blasfemias que cayeron como gotas de hiel en la boca sacrosanta de Jesús Crucificado.

Pérez-Gutiérrez, el que solía llevar la voz cantante en esta clase de asambleas, habló de sentimientos de humanidad y democracia con una copa de *champagne* en la mano, y abogó por la conservación de la paz entre España y los Estados Unidos. El no quería la guerra. La gran Repúbli-

ca norteamericana cumplía con un deber de humanidad y de justicia al intervenir en Cuba, y España era la obligada á poner término á tantas crueldades, á tantos asesinatos cometidos por el soldado español contra los héroes que luchaban por su independencia en la Manigua. Recordó los beneficios que la masonería nacional debía á los Estados Unidos, lloró los odios que la guerra trae consigo entre las naciones beligerantes, y propuso que se redactase una *plancha*, dirigida á todas las logias de España, para decidir al Gobierno al abandono total de la isla de Cuba.

Eran las cinco de la tarde cuando se disolvió la asamblea masónica. En aquellas horas de solemne tristeza para la patria, una compacta muchedumbre oraba al pie de los Monumentos. En todos los templos de Madrid reinaba un augusto silencio, sólo interrumpido por el chisporroteo de las velas que ardían ante el sagrado Tabernáculo, y por el gemido ahogado de alguna madre que tenía á su hijo en Cuba.

\*  
\* \*

Fuera, las calles, sin coches ni tranvías, eran estrechas para contener el gentío inmenso que por ellas transitaba. Las señoras llevaban en el pecho y la cabeza lazos y claveles con los colores nacionales. La bandera de la patria, que se veía ondear en todas partes, llenaba los corazones de ardor bélico.

Un radiante sol de primavera derrama torrentes de luz sobre la capital de España.

Las exigencias de los Estados Unidos, cada vez más bárbaras é insultantes, habían herido el orgullo nacional y despertado el espíritu guerrero de la raza; y no fué quien menos contribuyó á esta fiebre patriótica el número del *Heraldo* que promovió la cuestión entre el Coronel y Rebolledo. Los exaltados, los que se imponen siempre á fuerza de gritar, querían la guerra prescindiendo del éxito, y aun juzgando probable la derrota. Pero cuando se les hizo ver que teníamos elementos de combate muy superiores á los del enemigo, mejores buques, mejor ejército, el entusiasmo por la lucha no conoció límites. ¿Qué esperábamos? ¿Por qué habíamos de sufrir humillaciones y vergüenzas? ¿No era un crimen de lesa patria hacer callar al león de España ante los gruñidos del cerdo yanqui?...

Los periódicos llevaron por todos los ángulos de la nación el fuego santo del patriotismo, recordando nuestra historia y enumerando los recientes ultrajes inferidos á España. Y aquel fuego patriótico caldeó todos los ánimos, y de todos los labios brotó una sola palabra en que se resumían las supremas aspiraciones del alma nacional: «¡Guerra!» Y esta mágica palabra recorrió toda la Península y cruzó los mares; y se repetía en las ciudades y en las aldeas, en las profundidades del valle y en las cumbres de las montañas, en las fábricas de la

industria al ruido de las máquinas y en el aprisco del pastor mientras descansaba el rebaño, en los palacios de los magnates y en los cortijos de Andalucía y Extremadura, entre los ociosos de las grandes poblaciones y los que regaban con el sudor de su frente los campos de Castilla.

«¡Guerra!» se gritaba en los teatros y en los circos, en los lugares de reunión y en las calles, en las manifestaciones públicas y en el seno del hogar. «¡Guerra!» querían decir aquellos lazos de amarillo y rojo que las madres ponían en el sombrero de sus niños, y los caballeros en el ojal de su levita, y las señoras en el pecho, y los comerciantes en sus tiendas, y los jinetes en los arreos de sus caballos. «¡Guerra!» se veía escrito en las columnas de todos los periódicos, y en aquella bandera que encendía la sangre, y en las colgaduras con que se engalanaban los balcones, y en el decorado de los teatros, donde se tocaba la *Marcha Real* en medio de atronadores vivas á la patria. El grito de guerra era el único que en aquellos días de embriaguez patriótica hacía latir los corazones. Hablando de la guerra velaban y soñando con la guerra dormían cuantos llevaban en sus venas sangre española. Cánticos y gritos de guerra escuchaban los oídos, símbolos de guerra veían los ojos dondequiera que mirasen. España ardía en entusiasmo bélico, Madrid parecía cubierto con un manto inmenso de gasa que recibía el reflejo de los colores nacionales.

Hubo una voz amante que aconsejó calma y prudencia, pero nadie quiso escuchar esa voz, y se extinguió entre el torbellino de las pasiones desbordadas. El viejo venerable, de cuyos labios había partido aquella voz cariñosa, se esforzó por librar á España de una gran catástrofe, que él mejor que nadie preveía, y no pudo lograr su intento. Y aquí, lo mismo que en los Estados Unidos, continuó escuchándose aquel grito infernal que arranca la ambición ó el odio y va á extinguirse siempre en un lago de sangre: «¡Guerra!»

El Gobierno mendigó la mediación de las potencias europeas en favor de la paz, y las potencias tampoco fueron escuchadas. La augusta Señora que entonces ocupaba el trono, angustiada como Reina y como madre, tentó el último esfuerzo por evitar la guerra, haciendo llegar al Presidente de los Estados Unidos estas conmovedoras palabras: «A petición del Santo Padre, en esta semana de Pasión, y en nombre de Cristo, praclamo inmediatamente y sin condiciones la suspensión de hostilidades en la Isla de Cuba... Hago esto á fin de dar tiempo á las pasiones para que se calmen, esperando sinceramente y persuadiéndome que, durante la suspensión, se podrá conseguir una paz honrosa y permanente entre el Gobierno insular de Cuba y los rebeldes. Imploro las bendiciones del cielo sobre esta tregua de Dios, que yo declaro en su nombre y con la sanción del Padre Santo de toda la Cristiandad.—5 de Abril de 1898.»

Y esta tierna súplica, y esta nueva concesión, que hacía desaparecer hasta el pretexto para la guerra, se estrelló ante la perfidia del Presidente Mac-Kinley, que la tenía decretada.

Y el fuego por tanto tiempo escondido, y la cólera por tanto tiempo reprimida, estalló el día 10 de Abril en imponente manifestación patriótica, organizada al salir de la plaza de toros. Ondeaba la bandera nacional al frente de los grupos que bajaban por la calle de Alcalá, gritando:

—¡Viva España! ¡Mueran los yanquis!...

Lleno de entusiasmo contemplaba D. César, desde uno de los balcones de su casa, el paso de la manifestación, y gritó también con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mueran! ¡Mueran!...

Desde allí contempló luego un espectáculo que le horrorizó, el espectáculo más vergonzoso que él había visto en su vida. La policía disolvió los grupos, y un agente de la autoridad se apoderó de la bandera, que hizo trizas y arrojó al suelo.

El Coronel bramó de coraje, se retiró del balcón, y bajó precipitadamente las escaleras, gritando:

—¡La bandera, la santa bandera de la patria, pisoteada por un miserable polizonte! ¡Ay de él si le alcanzo!...

Cuando llegó á la calle, la policía y los manifestantes habían desaparecido. D. César sólo pudo recoger los pedazos de la bandera destrozada, que

ató á los hierros de su balcón, á la vista de la muchedumbre, para hacer que el Gobierno aquel sucumbiese bajo el peso de las iras populares.



La manifestación del día 10 fué el principio de un incendio formidable que se propagó por todas las provincias y recorrió todos los pueblos. Los gritos de la multitud eran en cada ciudad un eco de los que se escuchaban en Madrid; las aspiraciones populares se compendian siempre en esta sola palabra: «¡Guerra!»

Palabra aterradora que llevaba consigo amenazas de muerte para aquel menguado ministerio que nunca pensó en la proximidad del pavoroso conflicto, ni hizo nada eficaz para evitarle, ni despertó de su dulce sueño cuando ya el león rugía á sus oídos, ni se preparó para la lucha, cuando una escuadra americana se movía alrededor de Cuba y otra acechaba á las Islas Filipinas, esperando el momento de lanzarse sobre ellas como se lanza el gavián sobre el débil y asustado pajarillo.

En vano se había comunicado oficialmente al Gobierno, cuatro meses antes, que, en caso de una ruptura con los Estados Unidos, el primer golpe sería asestado contra Filipinas. En vano Mac-Kinley declaraba allá en Diciembre fracasada la autonomía y el representante de los Estados Unidos en Madrid amenazaba con una intervención

armada en Cuba. En vano se hizo saber á nuestros ministros la febril actividad con que el enemigo preparaba buques de guerra, y organizaba sus fuerzas de mar y pedía á las Cámaras un presupuesto extraordinario para aprestos militares. En vano anunciaban un día y otro los jefes de la Marina la proximidad del conflicto, y exponían el lamentable estado de nuestros buques y nuestros puertos, y clamaban por que se les concediesen elementos de combate de que en absoluto carecían. La contestación de los ministros era siempre la misma: «No habrá guerra».

Y ocurrió la voladura del *Maine* en el puerto de la Habana. El Gobierno americano encargó á una Comisión que examinase el buque y atribuyese la catástrofe á una causa exterior, sin querer admitir otra Comisión mixta ni someterse á un arbitraje. Y la prensa americana dió por supuesto que la explosión del *Maine* fué debida á una mano criminal, y que esa mano era española.

Y la ola creció, creció hasta desbordarse por las ciudades y los campos, hasta ahogar con sus bramidos las débiles voces que aun pedían la paz, hasta salpicar con su espuma y arrastrar en su corriente al mismo Embajador de España.

Y de Cuba y Filipinas se telegrafiaba al Gobierno pidiendo barcos y cañones, y á Cuba y Filipinas contestaba el Gobierno que no había temores de guerra.

Imponen los Estados Unidos el vergonzoso armisticio con los cubanos; fracasan las negociaciones de los Gobiernos extranjeros; y tan lejos se hallaba el Gobierno de pensar en una ruptura de hostilidades, que ordena al Capitán General de Filipinas que se embarque para España, y continúa la repatriación de las tropas que se juzgaron sobrantes después de pactada la paz con los tagalos.

El 12 de Abril, cuando el Gobierno había contestado al *ultimatum* del Presidente de la República americana, cuando ya conocía el mensaje que Mac-Kinley presentaba al Congreso pidiendo autorización para intervenir en Cuba con las armas, y en los Estados Unidos y en España no se oían más que gritos de guerra, y los jefes del Ejército y la Marina continuaban reclamando auxilios para luchar, todavía un ministro telegrafiaba á Filipinas: «¡No parece inmediata una ruptura con los Estados Unidos!»

Y efectivamente: seis días más tarde se daban los pasaportes al embajador americano, y poco después se declaraba oficialmente la guerra.

Para el pueblo fué aquel un día de inmenso regocijo; para los que conocían el estado real de nuestras fuerzas navales una tremenda decepción; para el Gobierno una gran sorpresa.

Los revisteros preparaban sus más grotescas caricaturas, los periodistas seguían augurando la victoria, los manifestantes quemando la bandera de

las siete estrellas, el Gobierno esperando una derrota para pedir la paz.

Eliseo Morales trazó un poema. Iturralde empezó á pintar un soberbio león destrozando con sus garras á una manada de gordísimos cerdos.

## XI

Pasó aquellos días el viejo Coronel entretenido con su cuadro y leyendo con avidez las primeras noticias de la guerra en cuantos periódicos llegaban á su casa. Si alguna vez hubiera dudado del triunfo de las armas españolas, le habrían hecho ver lo contrario aquel entusiasmo febril propio de un pueblo que no puede ser vencido, aquel ardor bélico de que estaban llenas las columnas de los diarios que él leía, aquellos arranques de indomable fiereza y hermoso patriotismo que se oían en las Cortes, que se presenciaban en los lugares de reunión y en las calles, que se manifestaban en el lenguaje, en el rostro, en la mirada de todo hombre nacido en tierra española. En presencia del enemigo, los políticos habían dejado de llamarse republicanos ó monárquicos, conservadores ó liberales: ante la bandera de la patria no había más que españoles. ¡Los que creían á esta nación muerta saldrían de su error! ¡Los odiosos yanquis iban á sufrir un escarmiento terrible!

«Juro por mi honor (decía el General Blanco al ejército de Cuba) no salir vivo de la Habana si no salgo vencedor»; y estas palabras volvieron loco á D. César: eran las mismas que él habría pronunciado si hubiera sido Capitán General de Cuba. «Salgo con escuadra tomar posiciones esperar enemigo», contaban los periódicos que había telegrafiado Montojo al Gobierno; y para Iturralde ese lacónico telegrama quería decir: «Salgo al encuentro del enemigo para sepultar sus buques en los abismos del mar, y á sus tripulantes en los abismos del infierno.»

Supo que la escuadra americana había partido de Hong-Kong para caer sobre Filipinas; pero la noticia no le preocupó. La bahía de Manila era impenetrable: él la conocía muy bien. Allí era tan segura la victoria como que la noche sigue al día y el día á la noche. De un momento á otro se recibiría una gran noticia: la destrucción de la escuadra de Dewey en las aguas de Filipinas... Lo esperaban todos los españoles y lo creía hasta el pesimista Rebolledo; lo había asegurado un ministro en el Congreso con estas palabras: «¡Pronto brillará en España el sol de la victoria!»

¡Horrible desencanto!... Era el 2 de Mayo, día de patrióticas demostraciones y santos recuerdos para la patria, consagrado á honrar la memoria de los primeros mártires de la Independencia. Brillaba el sol en medio de un cielo purísimo, la bandera tremolaba sobre los edificios públicos, los bal-

cones estaban engalanados con los colores nacionales. Oíase el vibrante sonido de las cornetas, las bandas militares tocaban bélicas marchas, y las tropas se dirigían hacia el monumento de los héroes del Dos de Mayo.

Allá de Filipinas, acababan de llegar noticias aterradoras... ¡Dios bendito! La escuadra americana había forzado la bahía de Manila; nuestros débiles buques habían sido incendiados, destrozados..., ya no flotaban sobre las aguas del mar, ya no existían. Nuestros marinos habían sabido morir, mas no pudieron vencer.

Hallábase D. César absorto en su cuadro, cuando se presentó con un periódico en la mano su criado Antonio.

—¡Mi Coronel, nos han vencido!—dijo con voz angustiada, casi llorando.

—¿Cómo que nos han vencido?... ¿Quién? ¿Dónde?...—preguntó levantándose de un salto y clavando los ojos en el infeliz Antonio.

—¡Lea, lea usía!

—¿Nosotros vencidos? ¿Nosotros derrotados?... ¡Imposible, Antonio, imposible!

—Lea usía, mi Coronel.

Se apoderó del periódico, y temblándole las manos, con el rostro desencajado y el corazón comprimido leyó la infausta nueva.

Fijo el pensamiento, no en lo que decía el periódico, sino en la bahía de Manila, tuvo que leer-

lo segunda vez para enterarse. ¡No era posible dudar! ¡Los yanquis nos habían vencido!...

Fué á vestirse para salir en busca de su amigo D. Claudio, y volvió á leer el periódico comentando los sucesos y gritando como un loco:

—¡La escuadra española destruida por la americana! ¡Eso es un infundio! ¡Eso no puede ser!...

Y tal como estaba, con boina en la cabeza y una blusa que le llegaba á los pies, se disponía á salir á la calle.

Le vió Antonio, y le detuvo, ya en la escalera, diciéndole:

—Si mi Coronel va á salir de casa, no se ha fijado en que está sin vestirse.

—Tienes razón: fuí á vestirme y se me olvidó... ¡Antonio! Eso que dice el periódico no es cierto. ¡La escuadra americana no puede forzar la bahía! ¡La escuadra americana tiene que ser destruída por la nuestra!...

Se vistió en cinco minutos, y se echó á la calle.

\*  
\*  
\*

No había andado más de veinte pasos cuando se encontró con Rebolledo, que sudoroso, abatido y triste, se dirigía á casa de su amigo.

—¿Sabes lo que dicen?—le preguntó el Coronel antes de saludarle.

—¿Por qué me lo preguntas?—contestó con desaliento.—¿No se me conoce en la cara?

Sí, se le conocía en la cara; el desastre de Cavite le sorprendió horriblemente. Había pasado la mayor parte de su vida en Filipinas, tenía allí muchos amigos, conservaba gratisimos recuerdos de aquel país, había dejado en él la mitad de su corazón. Le dolía en el alma que delante de los indios hubiese sufrido una humillación la bandera española. Aquella herida abierta en el corazón de la patria ya no se restañaría nunca. El aprecio de los indios á España había muerto. El dominio de España sobre los indios había terminado para siempre...

—¿Pero es cierto? ¿Tú crees que nos han vencido?—insistió el Coronel.

—Sí, César, es cierto, nos han vencido, nos han aniquilado. Yo podría señalarte, uno por uno, quiénes prepararon el desastre. Yo podría llevarte á una casa que conozco, donde seguramente se está celebrando la derrota... Vámonos de aquí.

—¡No digas desatinos, Claudio!—exclamó el Coronel.—¡España no puede ser vencida por nadie! ¡Lo que dicen los periódicos es una mentira!...

Y sacando el que llevaba en el bolsillo, añadió:

—Aquí hay una contradicción palpable. ¡Míralo! Dice que la escuadra americana forzó la bahía, que nuestros buques están ardiendo; y luego habla de un combate glorioso, de una victoria para España. ¿Cómo se entiende esto?

—De una manera muy sencilla. Hemos sufrido

un desastre, glorioso según dicen los telegramas, pero desastre al fin. Y en lo de glorioso vaya usted á saber. Lo que consta con certeza es que los yanquis han penetrado en la bahía, y á mí no me hace falta saber más. Si la nuestra no pudo impedirles la entrada, menos podría vencerlos una vez colocados en línea de combate. ¡César! para mí ha habido mucho más de lo que dicen las comunicaciones. De nuestros barcos no han quedado ni astillas. Los yanquis son dueños absolutos de aquellos mares, y á estas horas estarán bombardeando á Manila. ¡César! Esta catástrofe es más vergonzosa que lo que tú crees. Tengo mis razones para sospechar que el combate de Cavite no ha sido más que una fórmula. Por eso nadie se cuidó de defender la entrada de la bahía, por eso nos han derrotado.

Y D. César ya no sólo creyó en la derrota, sino en todo lo que decía Rebolledo. Y empezó á hablar á gritos de ciertos personajes sin patriotismo y sin conciencia, de hombres ineptos que nos llevaban á la deshonra y á la ruina, de un degüello general de los grandes farsantes que nos envilecían...

Llegaron al paseo del Prado y se unieron á la muchedumbre que había concurrido á la patriótica fiesta nacional consagrada á los héroes del Dos de Mayo. La gente se detenía á escuchar los horrores que salían de la boca del Coronel contra personas conocidas, contra los que él consideraba cómplices ó causantes del vergonzoso desastre de Cavi-

te. D. Claudio procuró que su amigo hablase más bajo, pero todo fué inútil; precisamente lo que él deseaba era que todos le oyesen, que todos supieran dónde vivían los verdaderos enemigos de la patria, para que el pueblo entero de Madrid se levantara contra ellos como se había levantado noventa años antes, y aquel mismo día, contra los franceses.

Prudentemente Rebolledo fué separando de la multitud al Coronel, y juntos se dirigieron á casa de este último. Estaba abierta la puerta del cuarto en que pintaba D. César, y desde la sala se veía el cuadro empezado con motivo de la guerra. Don Claudio se quedó mirándole un momento, y dijo á su amigo:

—César, ese cuadro rebaja al artista: es una caricatura vulgar.

—Se lo regalaré á Mac-Kinley en cuanto termine la guerra—contestó Iturralde.

—Entonces convendría que variaras el plan. Debes representar al león vencido por los cerdos.

—¡No blasfeme tu lengua!—gritó colérico el Coronel.—¡El león no puede ser vencido por los cerdos!...

—Pero será vencido por el domador.

—¡El león representa á España y al pueblo español, pueblo indomable é invencible; no á los canallas que le deshonoran, no á los traidores que le venden!...

Calló D. Claudio, que no estaba aquel día para

suscitar contiendas ni tentar al excitable Coronel, y hablaron sobre los tristes acontecimientos de Filipinas (no era posible hablar de otra cosa) hasta la hora del almuerzo.

Por la tarde empezó un movimiento extraordinario en la calle de Alcalá; y el rumor creciente, y los gritos descompasados de la muchedumbre, y el ruido ensordecedor de los coches hicieron levantarse á D. Claudio y asomarse al balcón. Después de contemplar por un momento lo que abajo sucedía, se volvió hacia el Coronel, diciéndole:

—Ven acá, César, ven acá. Mira cómo el león herido se revuelve contra el domador.

D. César, apoyado sobre los hierros del balcón, recorrió con la vista el largo trayecto que á derecha é izquierda se divisaba. Aquello era un hervidero de gente. Los tranvías iban atestados de chulos y chulas de todas las clases sociales; aquéllos con su sombrero cordobés en la cabeza y su puro en la boca, y éstas con su mantilla española y sus ramitos de flores. Por la calle arriba circulaban sin interrupción coches de lujo, simones y manuelas, y se oía un ruido infernal, semejante al fragor de la tormenta, producido por las ruedas de los vehículos, los cascabeles de las mulas, el pito de los conductores, el chasquido del látigo y la gritería de la multitud.

Iturralde se retiró del balcón, exclamando con acento de inmensa tristeza:

—¡A los toros!...

—¿Qué te parece eso?—le preguntó su amigo.  
—¡Este es el pueblo que tú representas por un león! ¡Aquí tienes el pueblo del 2 de Mayo... de 1898!

Si D. César hubiera llegado á la plaza de toros, habría visto que, entre lo que él llamaba hez del pueblo, figuraban damas y caballeros de la más alta aristocracia, y presidía la corrida un representante de la autoridad, y en un palco se divertía, satisfecho y sonriente, un ministro de la corona, y toda aquella multitud, engalanada con seda y oro, gritó, insultó y aplaudió frenética, olvidada completamente de que allá en la bahía de Cavite se hundía para siempre el honor y el pabellón de España, olvidada de que todos nuestros buques estaban sepultados debajo de las olas, y las aguas servían de losa sepulcral á centenares de cadáveres...

\*  
\* \*

Cuando la *hez* del pueblo de Madrid salía de la Plaza de Toros, nuevas noticias acababan de disipar las dudas, y se supo toda la verdad del espantoso desastre. La escuadra americana entró en la bahía de Manila como hubiera entrado en el puerto de Nueva York. Paseáronse sus buques sobre las tranquilas aguas, formaron en línea de combate enfrente de la averiada flota de Montojo, é incendiaron los mejores barcos españoles con impunidad completa. Uno á uno fueron sumergiéndose entre las olas, uno á uno fueron desapa-

reciendo de la superficie, llevándose consigo al fondo del mar la bandera de la patria.

Las víctimas eran casi innumerables. En los buques americanos, ni una avería de importancia, ni un solo muerto. Los desgraciados marinos españoles pagaron con su sangre y con su vida el criminal abandono de las autoridades y los Gobiernos. Pidieron recursos, pidieron elementos de combate, y se les contestó que no habría guerra. Después se les mandó luchar contra un enemigo veinte veces superior, y lucharon; se les mandó ir al sacrificio, y fueron al sacrificio. Quizás combatieron todos como héroes por defender la bandera de España; pero el pueblo no se satisfacía con heroísmos: quería una gran victoria, y le anunciaban una espantosa catástrofe; quería vengar las humillaciones sufridas, y le ofrecían una humillación más, la mayor de todas las humillaciones.

Y de todos los labios brotaron palabras de ira, y en todos los semblantes se reflejaron terribles sentimientos de venganza, y en todos los pechos estalló la indignación contra los que el pueblo señaló como culpables.

Sin organización previa, sin ser llamados por nadie, hombres de toda clase y condición afluían á la calle de Alcalá, y se formaron numerosos grupos, que iban juntándose y confundiéndose hasta convertirse en uno solo amenazador, inmenso, imponente.

Un hombre alto y delgado, vestido de negro, y descubierta su cabeza blanca, se asomó á un balcón, y señalando con el brazo extendido hacia un punto del horizonte, gritó:

—¡A la Presidencia del Consejo de Ministros!

—¡A la Presidencia!—repitieron todos á una.

Y allá se fueron gritando:

—¡Mueran los traidores!...

El hombre de la cabeza blanca asomado al balcón era D. César Iturralde.

Disueltos los grupos por una carga de la Guardia civil, volvieron á formarse frente á la Equitativa, y continuaron dando mueras á los ministros. Cuando se disolvieron los manifestantes eran las once de la noche.

\*  
\* \*

A la mañana siguiente, Madrid se hallaba en estado de sitio. Nuestros cañones no servirían para vencer al enemigo, pero á lo menos bastaban para ahogar los gritos de la multitud y librar á los ministros de las iras populares.

D. César se acostó sin cenar y no pudo dormir aquella noche. La derrota había sido completa, atroz, de esas que llenan de oprobio al que las sufre. ¿Qué importaba que los culpables fuesen los marinos ó fuesen otros? La ignominia recae en último término sobre la nación á que todos ellos pertenecen. ¡España vencida por los yanquis!... ¡Qué vergüenza! ¡Los Estados Unidos es-

tarían celebrando á aquellas horas su triunfo con salvaje regocijo, mientras el pueblo español lloraba su deshonra!... ¡Oh! lo que á él más le dolía era la facilidad con que los americanos habían destruido nuestra escuadra. ¡Si á lo menos les hubiese costado cara la victoria!... Pero nada; ni un barco á pique, ni un muerto siquiera... ¿Con qué cargarían los nuestros sus cañones? ¿Por qué no se lanzaron al abordaje?... ¡Si sería cierto lo que se decía por las calles, y más tarde se repetía en el Congreso: que la entrada de la escuadra enemiga fué una sorpresa, que nuestros buques estaban anclados en la bahía con los hornos apagados, y que la mayor parte de los jefes y oficiales se hallaban en tierra!...

—¿Pero cómo puede ser eso —decía el Coronel accionando furiosamente en la cama— si los marinos han muerto en Cavite defendiendo la bandera de la patria?... ¡Los culpables no son ellos! Los culpables están aquí, en Madrid mismo. ¡Son esos gobiernos que no han pensado nunca en defender aquellas Islas, aquellas hermosas Islas ambicionadas por Inglaterra, amenazadas por el Japón, y ahora devoradas por los cerdos de los Estados Unidos! ¡Ellos, ellos son los autores de tantas desdichas! ¡Los políticos nos han arruinado! ¡Los políticos nos han vendido!... ¡Y esos hombres viven! ¡Y esos hombres triunfan cuando la nación sucumbe, y ríen cuando los demás lloran, y se pasean por Madrid cuando el fondo de la bahía de

Cavite está cubierto de cadáveres!... ¡Oh! es necesario un escarmiento, un escarmiento tan grande como la humillación sufrida, tan grande como el desastre...

La ropa le abrasaba, su cuerpo era un volcán, sus ojos arrojaban fuego. Saltó de la cama y dió algunos pasos por la habitación. Después se le ocurrió una idea infernal, inspirada por un instinto de venganza. Se sentó á la mesa, tomó la pluma y escribió, parodiando la circular que, en tal día como aquel, dirigió al pueblo español *el Alcalde de Móstoles*: «La patria está vendida. La patria parece víctima de las torpezas y traiciones de los que dirigen sus destinos. ¡Españoles, acudid á salvarla!»

Al día siguiente llevaría aquel escrito á una imprenta, haría tirar medio millón de ejemplares que circularían por la Península é islas adyacentes, y todo el que tuviera sangre en las venas acudiría á su patriótico llamamiento, y el pueblo de Madrid en masa, y España entera, viejos y niños, hombres y mujeres, los militares, los paisanos, hasta los adoquines de la calle se levantarían contra los traidores... Y él, él mismo, con su uniforme de coronel, se pondría al frente de aquella conflagración universal, y señalaría con el dedo á los culpables, y barrería de una vez la inmundicia que envilecía á la nación, y la trasladaría en grandes espuelas á los presidios...

Pero aquello no fué más que un delirio de la

fiebre. Después de dar muchas vueltas por la habitación, agitado y frenético, se puso á contemplar su empezado cuadro, y en su boca se dibujó una amarga sonrisa. Aplicó las dos manos á uno de sus extremos para desgarrarle, y el lienzo se resistió, buscó las tijeras y no pudo encontrarlas. Al fin cayó, postrado y sin fuerzas, sobre el sillón; y apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo la cabeza entre las manos, el viejo Coronel lloró como un niño. Lloró de rabia, porque el triunfo que él esperaba se había convertido en una derrota sin ejemplo y sin nombre. Lloró de desesperación, porque era impotente para lavar la afrenta recibida. Lloró de vergüenza y de pena, por ver á su patria humillada, á la reina del mundo vencida, á la conquistadora de América ofreciendo á las demás naciones el espectáculo risible de su caída ignominiosa...

Y deduciendo unas ideas de otras, vino á parar en el convencimiento de que la guerra es un acto de salvajismo que da la razón al poderoso y aplasta al débil, que resuelve con acorazados y cañones lo que debe ser resuelto por el derecho y la justicia. Por eso muchas veces la razón es atropellada y la iniquidad triunfa, que era exactamente lo que había pasado en Cavite. Ellos, los aborrecibles enemigos, nos llenaron de oprobio; ellos, por tener mejores buques que nosotros, nos excitaron por todos los medios posibles á la guerra, hasta obligarnos á aceptarla si no queríamos envilecer-

nos; ellos, los bandidos, quisieron penetrar en nuestra casa para robarnos: nosotros no hicimos más que defender lo que era nuestro; pero los ladrones allá en Filipinas tenían más fuerza, y asesinaron al dueño que defendía la casa, y nuestros buques se hundieron, y nuestras Islas estaban perdidas para España...

Entretanto el Gobierno recibía felicitaciones del general Blanco por el glorioso combate de Cavite, y en las Cortes seguía representándose la gran farsa nacional de los partidos, y el ministro de Ultramar demostraba que no se había equivocado, y las voces que se atrevieron á exigir responsabilidades se estrellaban ante la valla infranqueable del silencio patriótico, que ahorra á los ministros la molestia de defenderse y responder á tremendas acusaciones.

Pocos días después, se celebraba la gran corrida patriótica con sus gritos y su algazara, con sus silbidos á la presidencia y sus ovaciones á Guerrita y Mazzantini. Hubo caballeros en plaza, innumerables banderas y colgaduras con los colores nacionales decoraban el circo. Cuando murió el último toro, ya no quedaban gallardetes ni banderas: un huracán las [había arrancado, y el viento jugaba con ellas en la plaza.

---



## XI

Qué días tan amargos aquéllos! El hambre se extendía por todas las provincias de España, acompañada de pedreas y motines. Los ánimos empeñaban á desmayar, aniquilados por el primer desastre. Los que pedían la guerra para vengar las injurias, ahora piden sangre para lavar la ofensa; los que siempre quisieron paz, se contentan con llorar en el seno de sus hogares las desdichas de la patria.

Las noticias que llegaban de Filipinas eran cada vez más aplastantes y vergonzosas, sin contar con otras, más vergonzosas aún, que inventaba la imaginación popular. En el arsenal de Cavite—se decía—habíase izado bandera de parlamento inmediatamente después del combate. Los americanos se habían hecho dueños de Cavite, de su arsenal y de la bahía de Manila. Si no bombardeaban la ciudad, era por lástima ó por cálculo.

Más tarde se supo que Aguinaldo y otros cabecillas, valiéndose del auxilio de los yanquis y los

miles de duros que les produjo su mentida sumisión á España, recorrían las provincias y levantaban nueva insurrección. Los soldados indios, bien armados por orden de imprevisoras autoridades españolas, desertaban en masa, asesinando á sus jefes y volviendo sus armas contra la noble nación que se las había entregado. Y unidos á las hordas salvajes de insurrectos acaudilladas por Aguinaldo, asolaban los pueblos y degollaban ó se llevaban cautivos á los españoles que caían en su poder, y copaban columnas enteras del ejército, á veces abandonadas por sus jefes y no concentradas á tiempo para intentar la defensa de Manila, bloqueada por mar y por tierra, sin recursos suficientes y sin esperanza de auxilio.

Y de los Estados Unidos iban llegando tropas de desembarco que, en inteligencia con los indios, se desbordaban como un torrente sobre la triste ciudad, defendida por el heroísmo de aquellos soldados que, con el agua hasta la cintura, sin comer y sin dormir, permanecían inmóviles en sus trincheras, hasta que una bala ó el hambre cortaba el hilo de sus vidas.

D. César, tan fácil en pasar de un extremo á otro, tan propenso á los arrebatos de su genio como á la conformidad sugerida por optimistas ilusiones, concluyó por apartar los ojos de tanto horror; y aun dando por perdido todo aquello, se consoló al considerar que el desastre de Cavite no era más que un accidente desgraciado de la gue-

rra, muy desgraciado, eso sí, pero no decisivo para el éxito de la campaña. El verdadero teatro de la guerra serían las aguas y el territorio de Cuba. Allí, allí estaba la manzana de la discordia, la verdadera causa del conflicto. Hacia allá se dirigían nuestros mejores buques y nuestros más bravos marinos, no las cuatro tablas viejas, sin movimiento y sin cañones, que se habían hundido en Cavite. Allí teníamos 200.000 hombres aguerridos, valientes, capaces de comerse vivos á todos los yanquis... ¡Que fueran, que fueran á Cuba, y verían lo que es el soldado español! ¡Ay de ellos si llegaban á poner lo pies en tierra cubana!... ¡Oh! ¡allí ero seguro el triunfo! Los americanos tascarían el freno y tendrían que pedir la paz. Y esa paz nos devolvería las Filipinas, y sólo les sería otorgada con una fuerte indemnización de guerra. ¡Ahí, ahí les dolía á ellos!...

Y el pobre Coronel se tranquilizó con estos sueños de futuras glorias, como si los viese realizados. Y ya no quiso saber lo que pasaba en Filipinas, ni hacía caso de las noticias de los periódicos, ni escuchaba á D. Claudio cuando hablaba de allá... ¿Para qué, si todo aquello había de cambiar muy pronto? Y continuó trabajando con calor y con fe en su interrumpido cuadro.

Eliseo Morales tenía escrita la introducción á su proyectado poema, todo él en octavas reales. ¡Y qué octavas! ¡Qué versos! ¡Qué pensamientos tan hermosos!... La astuta zorra se había atrevido á cla-

var sus dientes en el león mientras dormía; pero el dolor le hizo despertar y se levantó majestuoso, lanzando una terrible mirada con sus ojos de fuego y sacudiendo su melena flotante; y atronó las ciudades y las selvas, la tierra y el mar con sus aterradores rugidos... Mas el inesperado desastre de Cavite trastornaba por completo su plan: había que empezar de nuevo.

Cuando llegó á él la infausta noticia, sólo se le ocurrió exclamar llevándose las manos á la cabeza:

—¡Adiós mi poema!...

Sin embargo, el poeta se resignó más pronto que el pintor. En medio de todo, Eliseo salía ganando. Siempre le había gustado á él más lo trágico que lo épico, y ahora se le presentaba ocasión de escribir un poema sentimental, una elegía. ¡Sólo faltaba que un triunfo de los españoles diese al traste también con su elegía!

D. César estaba plenamente satisfecho de los sucesos de Cuba. El enemigo había bombardeado varios puertos, y cada bombardeo le costaba un fracaso. En Cárdenas, uno de los buques americanos era destrozado por los artilleros españoles. En la Habana, dos malos cruceros habían perseguido á cinco barcos enemigos que huyeron cobardemente. En Matanzas, en Cienfuegos, en San Juan de Puerto Rico, muchos bombardeos sin resultado alguno; su escuadra siempre muy distante de nuestros cañones; sus tropas de desembarco no aparecían por parte alguna... ¡Ah valientes! ¡Aque-

llo no era Cavite! ¡Y eso que la escuadra de Cervera estaba aún en camino!

Esta escuadra era la que mantenía á D. César, como á todos los españoles, en vivísima ansiedad. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué rumbo seguía? ¿Lograría burlar la vigilancia de los buques enemigos? ¿Sería bastante poderosa para trabar combate y vencer? ¿Podría rehuir la lucha, si le convenía, por su mayor velocidad? Nadie sabía contestar á estas dudas; pero había gran confianza en aquellos bravos marinos.

Y entretanto, circulaban las noticias más estupendas. Unos creyeron que la escuadra de Cervera no iba á Cuba, sino á Filipinas (no importaba por dónde), á vengar el desastre de Cavite, á destruir la escuadra de Dewey en cuanto allí llegase. Otros esperaban verla aparecer el mejor día en el puerto de Nueva-York, convertir la ciudad en ruinas y refugiarse después en el puerto de la Habana. Esto sin contar con cuatro grandes acorazados con bandera española que se habían visto en el mar de la China, y otros que el Gobierno había adquirido secretamente, no se sabía dónde. Al fin se recibió la ansiada noticia que inundó de gozo á España: la escuadra de Cervera había penetrado en el puerto de Santiago.

D. César enloqueció de alegría. Él conocía muy bien todo aquello. El puerto de Santiago era impenetrable; un par de cañones bastaban para defenderle, un solo buque colocado detrás de un

islote podía desafiar á toda la escuadra yanqui. ¡Ahora sí que era seguro el triunfo!... Y lloró de júbilo, y abrazó á su criado Antonio al contarle la noticia, y desde el balcón dió vivas á España y á los marinos, y se fué á casa de su amigo Don Claudio para hacerle participante de su inmenso regocijo, para hablar con él, para gozar con él, para comentar juntos el fausto acontecimiento.

\*  
\* \*

Desde entonces, mil emociones diversas fueron sucediéndose en el alma del Coronel. Un día el enemigo bombardeaba el puerto de Santiago, y tenía que retirarse con las orejas gachas y sin resultado alguno. Otro día quedaba uno de sus buques fuera de combate, casi destrozado por nuestros cañones... ¡Ah, y al pie de esos cañones estaría probablemente su sobrino Pepe de Castro! ¡Si él pudiera darle un abrazo!... En otra ocasión se supo que un barco enemigo pretendió forzar la entrada, y ese barco, deshecho á cañonazos, se había hundido en el canal, y sus tripulantes estaban prisioneros... ¡Si siempre lo había dicho él! Nuestros bravos marinos tenían que llevar á cabo actos heroicos, hazañas que asombrarían al mundo. Aquellos *destroyers* casi invisibles, que surcaban las aguas con vertiginosa rapidez, aprovecharían la obscuridad de la noche para acercarse á los grandes acorazados yanquis, y uno á uno les irían hundiendo en los abismos del mar.

Pero transcurría el tiempo, y los buques americanos flotaban todavía sobre las aguas, y acumulaba el enemigo todas sus fuerzas navales en la parte oriental, y los bombardeos se sucedían sin interrupción, mientras nuestra escuadra permanecía encerrada en el puerto sin dar señales de vida. ¿Por qué no salía de allí? ¿Por qué no rompía el bloqueo y se dirigía á la Habana ó á un puerto de los Estados Unidos?

A fines de Junio empezaron á desembarcar tropas americanas en la Isla. Esto no preocupó á Don César; al contrario, lo que él quería era verlos en tierra, que se encontrasen frente á frente con nuestro Ejército. En el mar podía ser dudoso el triunfo, ¿pero en tierra? En tierra serían aniquilados. Era de creer que allí se habrían acumulado poderosos elementos de combate, porque, desde un mes antes, nadie dejaba de comprender que en Santiago iba á decidirse del éxito de la guerra. Desde entonces ya no volvió el Coronel á dar una pincelada en su cuadro. Con ansiedad creciente esperaba las noticias del periódico, y recorría las calles en busca de los últimos telegramas de Cuba, y frecuentaba los lugares de reunión, donde se cambiaban impresiones, se comentaban los sucesos y se inventaban noticias para todos los gustos. Vió con asombro el Coronel que nuestras tropas iban replegándose, que los yanquis no habían sido aún arrojados de cabeza al mar, sino que avanzaban, avanzaban siempre, arrastrando sus piezas de ar-

tillería y tomando posiciones... ¡Santo Dios! ¿Qué pasaba allí? ¿Por qué avanzaban las tropas enemigas? ¿Por qué retrocedían las nuestras?...

Y llegó el día 1.º de Julio; y después de encarnizados combates, el enemigo tomaba las alturas de San Juan y el Caney, y un bravo general caía muerto, y otro estaba herido, y nuestras tropas se replegaban, se replegaban siempre. ¿Por qué?... Se decía que el enemigo era veinte veces superior. ¿Pero por qué era superior, habiendo en Cuba 200.000 hombres? ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? Y la ansiedad de novedades y la angustia después de conocerlas iban en aumento, hasta que llegó el golpe definitivo, el golpe fatal que acabó con todas las ilusiones del viejo Coronel.

\*  
\* \*

Allá de Cuba, vinieron auras de vida que ensancharon el corazón é inundaron de regocijo el alma. La escuadra de Cervera, rompiendo las líneas enemigas, había salido de Santiago. No hubo necesidad de leerlo en ningún periódico ni de que nadie lo dijera: las grandes noticias impregnan la atmósfera que se respira y se reflejan en todos los semblantes.

D. César pasó sin dormir la noche del 4 de Julio, esperando á que Dios amaneciese para conocer con todos sus detalles la fausta nueva, y antes de que el sol saliera, ya estaba leyendo *El Imparcial*, apoyado en los hierros del balcón. El periód-

dico no decía nada nuevo; confirmaba lo que ya se sabía desde la tarde anterior: la escuadra estaba en salvo. Y leyendo, leyendo, tropezaron sus ojos con una noticia que le heló la sangre: de Wáshington se habían recibido telegramas terribles que el periodista no quería dar á conocer. Algo alarmaron á D. César estas misteriosas palabras; pero estaba tan acostumbrado á los infundios de los yanquis y de las Agencias telegráficas... Y se esforzó por convencerse á sí mismo de que eran una invención, de que la escuadra de Cervera se había salvado y se refugiaría en la Habana. Y desde allí amenazaría los puertos de los Estados Unidos, y al fin concluiría por darnos días de gloria y grandeza con sus hazañas y sus triunfos.

Sin embargo, no era completa la dicha del Coronel. Había en su espíritu no sé qué nebulosidades que le impedían ver claro. En su corazón quedaba clavada una espina que no podía extraer, y una duda tremenda ahogaba sus entusiasmos. Intentó salir de casa varias veces, y otras tantas retrocedió asustado: si los misteriosos telegramas de Wáshington decían la verdad, era mejor no saberla. Y aquella duda iba tomando mayores proporciones, y aquella espina se clavaba cada vez más en su corazón. Y no pudiendo ya resistir aquel desasosiego, aquella ansiedad mortal, salió á la calle.

En la gente que iba y venía, y en los grupos que conversaban en las aceras, notó D. César la

misma ansiedad, la misma angustia que él llevaba dentro del alma. Y no se atrevió á preguntar, ni quiso escuchar lo que se decía, ni intentó saber nada.

La duda iba disipándose poco á poco, y se extinguió totalmente al mezclarse con los numerosos é imponentes grupos que en la Puerta del Sol comentaban con explosiones de cólera los últimos sucesos. Nuevos telegramas confirmaban los partes americanos ¡La escuadra de Cervera había sido totalmente aniquilada! ¡Ni un solo buque se había salvado!...

Sin pronunciar una palabra, se retiró el acongojado Coronel, y tropezó con Víctor Ibáñez que le tendió la mano, diciéndole:

—¡D. César, D. César! Nuestro amigo Rebolledo tenía razón.

—¡Nuestro amigo Rebolledo es un mentecato!— contestó sin saber lo que decía, y siguió adelante.

Cerca de su casa le salió al encuentro Eliseo Morales, y alegre como quien da una buena noticia, le recitó de memoria el telegrama de Shafter á su Gobierno: «La escuadra y el ejército á mis órdenes ofrecen hoy 4 de Julio á la nación, como presente, la destrucción de la flota de Cervera...»

D. César no contestó. Siguió por la calle de Alcalá arriba, y atropellando á la gené que empezaba á desatarse en injurias contra el Gobierno, contra el Ejército y los marinos, entró en su casa.

Dirigió á su criado Antonio, que había salido á

abrirle la puerta, una mirada que metía miedo como la mirada de un loco, y con acento de suprema desesperación, le dijo:

—¡Todo se ha perdido, Antonio!... El Coronel D. César Iturralde no ha sido nunca militar, ni español, ni nada que deshonre, ¿entiendes? ¡Y que no vuelva á entrar en esta casa un periódico, porque no quiero saber nada, nada, nada!...

Y encerrándose en su cuarto, se dejó caer anodado y sin fuerzas sobre la primera silla que encontró.

\*  
\* \*

Con los codos apoyados en las rodillas y oculto el rostro entre las manos, permaneció inmóvil el infeliz Coronel por espacio de una hora, reflexionando sobre la espantosa desgracia nacional, sobre el inmenso desastre sufrido. Aquello era mucho peor, mucho más humillante que lo de Cavite. Entonces aún quedaba la posibilidad de un cambio de la fortuna, ahora habíase extinguido la última esperanza. Todas sus ilusiones estaban muertas, todos sus sueños de glorias y de triunfos se habían desvanecido... Derrotados en Filipinas, derrotados en Cuba, derrotados por tierra, derrotados por mar, aniquilada la Marina, vencido el Ejército, pisoteado nuestro honor, humillada, desgarrada y escarnecida la bandera de la patria... ¡Dios omnipotente! ¿Cómo podía ser ésto? ¿Qué cruel destino decretaba así la vergüenza y la ruina de esta na-

ción desventurada? ¿Qué se había hecho del valor indomable de la raza, de nuestro legendario heroísmo? ¿Sería todo una invención de la historia? ¿Sería todo una mentira?

Por su exaltada imaginación fueron desfilando hombres y cosas de otros tiempos, gigantes de la historia que vestían de hierro y llevaban el triunfo en la punta de su espada. Y esos gigantes pasaban, pasaban y se desvanecían. Tras ellos iban pasando otros, y después otros, que se desvanecían también; y por último, apareció una turba inmensa de generales, políticos, empleados, periodistas... Pero éstos ya no eran gigantes, ni apenas tenían figura humana; más que hombres, parecían repugnantes parásitos que chupaban la sangre de la nación, y la iban dejando sin savia para vivir, sin fuerzas para salvarse.

De repente se le subió toda la sangre á la cabeza, y la indignación estalló en su pecho. Se levantó de la silla y empezó á pasear por la sala con agitación febril, dando desaforados gritos contra los autores del inaudito vilipendio, contra los marinos que morían sin luchar, contra el Ejército que se dejaba vencer, contra el pueblo que sufría resignado tanto oprobio... Él vestiría de nuevo el uniforme, y se presentaría en Cuba, y se pondría al frente de los soldados que quisieran seguirle, y enseñaría á los yanquis cómo saben luchar y cómo saben vencer los que en sus venas llevan sangre española. Él aplastaría á aquellas turbas de bandi-

dos como se aplasta á una sabandija. Él llevaría la guerra á los Estados Unidos, y asolaría sus ciudades, y aniquilaría su vil comercio, y conquistaría su territorio para España. ¡Oh! la venganza sería terrible. ¡El mundo iba á saber quién era el Coronel Iturralde! Pero antes... ¡Antes era necesario un gran escarmiento! ¡Antes! . . . ¡oh justicia de Dios!...

Y se detuvo amenazador, terrible, haciendo crujir los dientes y apretando los puños.

En una de sus vueltas por la habitación tropezaron sus ojos con el cuadro, ya casi concluido. ¡Qué triste le pareció entonces la figura del león! ¡Qué insubstancial el asunto! ¡Qué mala la ejecución!... D. Claudio había acertado al calificarle de vulgar caricatura. Aquéllo no era un león, era un borrego que lamía la mano del que le sacrificaba. ¡Y aquel león degenerado y moribundo representaba á la nación española! ¡Y aquellos gordísimos cerdos eran los yanquis, que celebraban con una orgía el vilipendio del león humillado y vencido! ¡Qué burla tan sangrienta!...

Y sacando del bolsillo una navaja, la clavó en el lienzo, y le rasgó de arriba abajo.

Abrióse en este momento la puerta, y apareció en la sala Antonio, alarmado por los gritos y las locuras de D. César. El pobre Antonio comprendió el estado de ánimo del Coronel desde que supo la triste nueva de la destrucción de la escuadra; y cuando su amo se encerró en su cuarto, él quedó espíandole desde fuera, escuchando todas sus

palabras y dándose cuenta de todos sus movimientos.

D. César estaba loco, rematadamente loco. Necesitaba auxilio, necesitaba un hombre á su lado para evitar una catástrofe; pero él no se atrevía á entrar en la sala, ni sabía qué hacer, ni qué resolución tomar.

—¿Pero no vendrá hoy D. Claudio por aquí?— se decía á sí mismo.

Y D. Claudio no apareció por allí en toda la mañana ni en toda la tarde.

Se decidió al fin á abrir la puerta, y preguntó por justificar de algún modo la entrada:

—¿Me llamaba mi Coronel?

—¡No!—respondió Iturralde secamente, plantado en medio de la habitación, con la navaja en la mano y echando fuego por los ojos.

Antonio permaneció entre la puerta, aterrado ante la actitud feroz de aquel hombre, y sólo se le ocurrió decir:

—¿Tendría mi Coronel la bondad de prestarme esa navaja?

El Coronel le dirigió una mirada que despedía centellas, y alargando el brazo que sostenía el arma, contestó:

—¡Marcha, y no vuelvas á aparecer por aquí!...

El antiguo asistente estaba demasiado acostumbrado á la obediencia militar para atreverse á insistir: salió de la sala y volvió á quedarse junto á la puerta escuchando...

Desde allí oyó el ruido especial de la navaja al clavarse en el cuadro y rasgar el lienzo, y el estruendo del bastidor arrojado al suelo de un puntapié. Luego percibió pasos precipitados, el crujir de una silla, el choque de un objeto de metal contra la mesa, el ruido de una cerradura y el rumor sordo de ropa lanzada sobre el pavimento. Antonio no pudo resistir más, y entró de nuevo en la sala.

El espectáculo que se presentó á su vista le horrorizó. El Coronel estaba en ropa blanca, inclinado sobre un baúl abierto y en actitud de buscar una cosa en el fondo. El pantalón, la chaqueta y demás prendas de vestir se hallaban en el suelo, mezcladas con las tiras en que había convertido el cuadro. Sobre la mesa se veía el sable, y junto á él un revólver y algunas cápsulas.

Al aturdido criado sólo se le ocurrió preguntar con voz temblorosa:

—¿Cenará hoy mi coronel en casa?

—¡Cenaré en el infierno!—contestó D. César con la cabeza y medio cuerpo dentro del baúl.

—¿Va mi Coronel á acostarse? ¿Quiere que le ayude?...

—¡Así te lleven los demonios!...—exclamó irguiéndose y apretando los puños.

Y cogiendo fuertemente por un brazo al pobre Antonio, le hizo salir de la habitación y cerró la puerta por dentro.

El fiel criado encargó á su madre el cuidado

de D. César y él se fué corriendo en busca de Don Claudio.

Sudando y jadeante llegó á casa de Rebolledo, y dijo precipitadamente:

—¡D. Claudio! ¡Tenga usted la bondad de ir por allí!... ¡Mi Coronel se ha vuelto loco! ¡Pronto, pronto, D. Claudio!...

—¿Qué pasa? ¡Caray, Antonio! Todo el día de Dios he estado pensando si ir ó no ir, y no me he atrevido por no pasar un mal rato. ¿Qué hace? ¿Qué dice?

—¡Cosas extravagantes, D. Claudio, cosas atroces! ¡Dice que va á matar á media humanidad! ¡Le he visto con una navaja en la mano, y una cara... una cara, D. Claudio, que metía miedo! En calzoncillos y camisa le dejé registrando un baúl!... Además, tenía el sable y un revólver en la mesa... ¡Por Dios, D. Claudio, vaya usted pronto, pronto!...

—¡Voy allá! ¡Corre, no suceda alguna desgracia! ¡Pobre César! ¡Pobre amigo mío!...

D. Claudio se puso el sombrero, cogió el bastón y salió apresuradamente.

\*  
\*\*

A la terminación de la calle del Caballero de Gracia vió Rebolledo venir en dirección opuesta á un militar viejo, erguido, alto, que caminaba con precipitación, atropellando á la gente y haciendo sonar el sable en las losas de la acera. Le conoció

al cruzarse con él y quedó estupefacto. Era D. César, con su uniforme de coronel y todas sus condecoraciones en el pecho.

D. Claudio experimentó una sensación dolorosa, una impresión de espanto ante la triste figura de su amigo. Llevaba puesto de mala manera el uniforme; iba con los puños cerrados y los ojos inyectados en sangre; su rostro estaba horriblemente contraído y pálido; le temblaba la perilla, y sus mandíbulas se entrechocaban como en el frío de la fiebre. Había llegado hasta allí con una idea fija en la cabeza, sin saber dónde estaba, ni adónde iba, arrollando á la multitud que encontró al paso, sin ver á nadie, sin oír nada...

D. Claudio le detuvo y le dijo fingiendo una sonrisa:

—¡Hola, César! ¿Se puede saber adónde vas?

—¿Y tú me lo preguntas?—contestó el Coronel encarándose con su amigo.—¿No sabes lo que ha ocurrido en Santiago de Cuba? ¿No sabes que todos nuestros buques están en el fondo del mar? ¿No sabes que los culpables de esto viven aquí mismo, en Madrid?... Pues yo sí lo sé. El cielo ha encomendado una misión al Coronel Iturralde, y el Coronel Iturralde va á cumplirla.

—¿Y cuál es esa misión?

—¡Ajusticiar!... ¡Dios me ha hecho juez de los que han perdido á la patria! ¡Y seré su juez, y seré su verdugo!... Después me embarcaré para Cuba y venceré á los yanquis.

—¡Muy bien, César, muy bien! ¿Y cómo piensas realizar tus planes?

—¡Con éste!—dijo sacando el revólver del bolsillo.

D. Claudio se apoderó de él como para examinarle, vió que estaba descargado y se lo devolvió diciendo:

—Yo tengo otro mejor. Vamos á mi casa, y desde allí, adonde tú quieras. Yo te acompañaré. ¡Qué caray, César, para algo han de servir los amigos!

No sin trabajo pudo lograr llevarse consigo al Coronel; y después de entrar en una habitación, le obligó á sentarse.

—¡Hoy nos vamos á inmortalizar tú y yo!—decía Rebolledo.—¡Hoy sabrán que aun quedan patriotas en España!... Pero tranquilízate; es necesario esperar á que anochezca.

—¡Claudio, Claudio!—exclamó el Coronel extendiendo los brazos hacia Rebolledo.—¡Tú eres el mejor amigo, el único amigo de mi vida! ¡Tú estabas en lo cierto cuando decías que esta guerra sería una humillación más para la patria! ¿Crees que no me acuerdo? Pero yo también tenía razón. ¡No nos han vencido los yanquis, no! ¡Otros son los autores de la derrota! ¿Crees que no lo sé? Pues sí, señor: lo sé todo, todo. Desde Madrid dijeron á los yanquis que hundieran nuestra escuadra de Cavite, y la hundieron. Desde Madrid mismo les han dicho que aniquilaran la escuadra de Cuba, y la aniquilaron, Claudio. Por eso no

quisieron comprar buques, ni concedieron á los marinos cañones, ni granadas, ni torpedos, ni carbón, ni víveres; para que el enemigo jugase con ellos y los tiburones los devorasen en el mar... ¡Y los que han hecho todo esto viven! ¡Viven, Claudio, los causantes de tanta desdicha!...

Y bufando como una fiera irritada, se levantó de su asiento y agregó, dirigiéndose en actitud amenazante al pobre Rebolledo, como si él tuviese la culpa del desastre:

—¡Dime, Claudio! ¿Para quién se han escrito los Códigos penales? ¿Para quién se edifican presidios y se levantan cadalsos? ¿Para quién son los tribunales de justicia? ¡Sólo para los miserables que no tienen con qué comprarla! Para los grandes criminales, para los reos de lesa patria, para los autores de tanta ignominia, para los que se divierten á costa del sudor del pobre y comercian con las lágrimas de las madres y la sangre de sus hijos..., para esos no hay ley, ni justicia, ni presidios, ni cadalsos... ¡Pero no, no se reirán mucho tiempo! ¡Juro por el honor de César Iturralde que una tremenda justicia caerá también sobre ellos!... ¡Claudio!—agregó señalando á la puerta.—Sabes que tengo una misión providencial, y esa misión sólo puede cumplirse fuera de aquí.

—Es temprano todavía—dijo D. Claudio levantándose.—Antes hay que cenar.

—¿Cenar? ¿Cenar esta noche?... ¡Y el Ejército

derrotado! ¡Y la escuadra destruida!... ¡Cenar!  
¡Cenar!...

—¿Por qué no? Estas cosas deben tomarse con calma, con mucha calma, para que salgan bien.

—¡Calma! ¿Calma me aconsejas tú—prosiguió D. César, irritándose de nuevo,—cuando urge salvar á la patria que se desangra y se muere, cuando los asesinos pueden huir y quedar impunes?... ¡Claudio, Claudio! Tú puedes tomar estas cosas con calma, porque no eres militar como yo, porque no arde en tu corazón, como arde en el mío, el fuego sagrado de la patria... ¿No sabes que para mí la patria es mi madre, más que mi madre, Claudio, más que mi sangre y mi vida? ¿Y aconsejas calma al hijo que ve á su madre con el puñal del asesino al pecho?... ¡No, no! ¡Hay que acudir antes de que se consume el crimen! ¡Tal vez lleguemos á tiempo para salvarla!... ¿No oyes los gritos que dan las víctimas de Cavite y de Santiago? ¿No los oyes?... Las víctimas de Cavite están gritando hace dos meses: «¡Vengad nuestra muerte!» Y nadie las ha escuchado. Las víctimas de Cuba repiten hoy desde el fondo del mar: «¡Vengad nuestra muerte!» Y el Coronel Iturralde ha oído su voz, y va á vengarlas... Si quieres seguirme, sígueme. ¡Adiós!...

Y se dirigió decidido hacia la puerta.

D. Claudio se colocó delante para impedirle el paso, diciéndole:

—¡No marches todavía! ¡Espera un momento!

—¡Paso á la justicia de Dios!—gritó el Coronel echando mano al picaporte.

—¡Escúchame dos palabras, César! ¿Has examinado bien el revólver? Mira á ver si está cargado.

D. César le examinó, y exclamó con desaliento:

—¡Descargado!... ¡Esto es obra tuya, infame! ¿Qué pretendes con esto? ¿Impedir que cumpla mi misión? ¡Imbécil! ¿Piensas que hay algún poder que prevalezca contra el poder de Dios? Me valdré del sable, me valdré de las uñas y los dientes... ¿Qué importa? Mi intento se ha de realizar, suceda lo que suceda. ¡Víctimas desgraciadas de Cavite y de Cuba! ¡Tendréis un vengador de vuestra muerte!...

En esto sonó el timbre, y D. Claudio aprovechó la ocasión para detener á su amigo en la sala. Él salió, y á la puerta se encontró con su hija que, sobrecogida de terror, había estado escuchando las locuras de D. César. La mandó entrar para que acompañase á éste, y él se dirigió á la puerta de la escalera para ver quién había llamado. Era Antonio, que iba en busca de su amo.

—Aquí está—le dijo Rebolledo en voz baja.— Se encuentra exaltadísimo, rematado. Convendrá que no te vea.

Y le ordenó que se encerrase en un cuarto inmediato y no saliese de él sin que le avisaran.

Antes de volver al lado de Iturralde, D. Claudio se detuvo en el pasillo sin saber qué inventar ni de

qué medio valerse para apartar á aquel hombre de su desatentada idea. Avisar á un médico era inútil; verse en el caso de acudir á la violencia, sería horrible. Su hija ejercía sobre él grande influencia: tal vez ella, á fuerza de mimos, lograra tranquilizarle y retenerle...

Y con esta última esperanza, volvió á la habitación en que había dejado á su amigo.

\*  
\*\*

Cuando la hija de Rebolledo se encontró enfrente de D. César, procuró ocultar con una sonrisa el terror que en aquellos momentos la produjo el averiado Coronel, y deteniéndose en medio del cuarto, saludó militarmente con muchísima gracia.

— ¡A la orden, mi general!

— ¡No soy general!—contestó él secamente.

— ¡Qué hermoso está usted con el uniforme, D. César!—prosiguió la joven acercándose.— ¡Infinitamente mejor que de paisano!... ¿Por qué no le usa usted á diario? ¿Por qué no nos ha dado el gusto hasta ahora de verle así, tan airoso, tan esbelto, tan bonito?... ¡Está usted encantador, Don César!

— Si piensas que con tus zalamerías vas á hacerme desistir de mi intento, puedes retirarte, porque pierdes el tiempo inútilmente.

— ¡Tres estrellas doradas!—prosiguió la joven

como si no hubiera oído.—¿Qué grado representan?

—Di á tu padre que me voy ahora mismo.

—Diga usted, D. César, ¿qué grado representan?

—¡Coronel!

—¡Y cuántas condecoraciones!... ¿Qué significa esta medalla?

—La gané en la guerra de Africa. Entonces vencíamos en los combates, ahora...

—Diga usted, ¿es de plata?... ¿Y esta cruz?... ¿Y esta otra?... ¡Qué preciosidad!... ¿Y por qué se retiró usted del servicio?...

—¡Por no ver ciertas vergüenzas!...

—¡Cuénteme usted algo de su vida militar!

—¡Hice mal, hice muy mal!... Si no me hubiera retirado, hoy estaría en Cuba; y estando yo en Cuba, no pasaría lo que está pasando; y la patria no sería, como es hoy, el ludibrio de todas las naciones del mundo...

—En cambio, habríamos perdido un gran pintor—dijo Rebolledo, que entraba en aquel instante.

—¡No digas sandeces, Claudio!...

—Y á propósito de pintura—interrumpió la joven:—¿cuándo me enseña usted el cuadro del león, que es una maravilla, según dice papá?

La inocente no sabía las ideas que aquel malhadado lienzo traía á la mente de D. César, y su re-

cuerdo le hizo prorrumpir en una explosión de cólera.

—Aquel cuadro—empezó diciendo con acento sombrío—desapareció, como ha desaparecido del mundo y de la historia el honor nacional, como ha desaparecido de nuestros buques la bandera de la patria. Yo, yo mismo hice pedazos aquel león que representaba una mentira, aquel león que sólo para escarnio está ya en el escudo de España. Yo, yo sé quiénes han cortado las uñas y arrancado los dientes al león de Castilla. Yo sé quiénes son los que han envilecido al pueblo, los que le han arrojado, como un guiñapo, á los pies de los yanquis para que le pisoteen y le escupan... Ya no hay pueblo español, ni espíritu nacional, ni Marina, ni Ejército, ni nada. Este pueblo de héroes se ha convertido en un vil lacayo que se dobla ante el amo que le insulta, en un manso cordero que lame la mano que le degüella... Yo, yo le he visto desde mi balcón ir á la plaza de toros cuando el enemigo hundía nuestros buques en el mar. Yo le he visto pasar riendo y cantando por delante de mi casa mientras los soldados morían en Cuba y en Filipinas. Yo, yo le he visto asistir al teatro y al baile, sin pena en el corazón, sin luto en el alma... Esto ya no es un pueblo; es una turba de esclavos sin conciencia de su dignidad, un rebaño de ovejas conducidas al matadero, una manada de bueyes mansos uncidos al carro en que van triunfantes los que le escarnecen y le fustigan. Yo, yo sé

quiénes son los que han bebido la sangre de este pueblo, los que han robado sus bienes, los que se han hecho ricos con su hacienda... Yo sé quiénes son los que le llevaron á las barricadas para subir, y pisotearle luego desde las alturas del Poder.. Yo sé quiénes son los que se han servido de su dinero para subvencionar periódicos que le desmoralicen, y le envilezcan, y le deshonren, y le maten... ¡Oh justicia de Dios!... ¡Claudio! ¡No me mires de esa manera! Tú crees que estoy loco, mañana creerán lo mismo la mitad de los españoles; pero se engañarán. No es la locura la que me hace hablar así, es la indignación. ¿Y qué español, que tenga sangre en las venas, puede presenciar tranquilo tanto desastre? ¿Quién no se vuelve loco al ver la patria humillada, el enemigo triunfante, el Ejército vencido, los buques incendiados, la bandera arrasada por el suelo, y los autores de tanta desolación impunes, ¡impunes, Claudio! y riéndose de su obra sin que la tierra se abra para tragarlos, ni del cielo caigan rayos que los conviertan en pavesa?... ¡No estoy loco, no! ¡Soy el instrumento de la divina justicia para castigar á los culpables! Yo pagaré con la vida la misión que voy á cumplir, yo expiaré con mi sangre el crimen de salvar á mi patria. No importa: ese es el precio de la redención. Mañana ya no existiré, Claudio. El Coronel Iturralde andará de boca en boca, y habrá insensatos que le tengan por criminal. No importa: las generaciones futuras comprenderán mi sacrificio,

y mis hazañas se escribirán en letras de oro, y la patria agradecida levantará un monumento á su libertador, y será bendito, como el de los héroes, el nombre del Coronel D. César Iturralde... ¡Claudio! Tú eres mi único amigo en el mundo. Cuando muera...

—¿Quién piensa en eso ahora?—interrumpió Rebolledo.

—El paso que voy á dar me costará la vida. Cuando muera...

—¡Jesús, qué ideas se le ocurren á usted, Don César!

—¡Sí, hija mía; sí, Claudio! Mi destino es morir por la patria... ¡No me interrumpas, Claudio! ¡Escúchame por última vez! Voy á separarme de ti en este momento, y nó nos volveremos á ver... ¡Escucha! Los cuadros que más te gusten consérvalos como un recuerdo del mejor amigo que has encontrado en la vida...

—¡Por Dios, D. César!—exclamó la joven llorando y arrojándose al cuello del Coronel.—¡Usted no sabe lo que dice! ¡Usted está haciendo su testamento!...

—¡Mi testamento es, hija mía!—dijo el Coronel separando suavemente á la joven.—¡Déjame concluir!... Los muebles, la ropa, todo lo que tenga algún valor, que se venda en pública subasta. El hermoso Crucifijo de marfil... ¡Ah!, ese no se puede vender. Abrazada á él murió mi madre, abrazada á él murió mi hermana... No sé si Dios me permi-

tirá á mí besar los pies del santo Cristo... De todas maneras, ese no debe salir de la familia. Si vuelve mi sobrino de Cuba, se lo das á él, y si no vuelve... ¡para ti, hija mía! ¡Consérvale como un recuerdo del pobre D. César!...

La joven se deshacía en lágrimas, D. Claudio se esforzaba por contener las suyas, el Coronel tuvo que hacer una breve pausa, y continuó:

—En un cajón de la mesa tengo algunos ahorritos. Con ellos y el producto de la almoneda pagas mis funerales, dedicas 25 duros á sufragios por mi alma, y lo restante se lo entregas á mi fiel Antonio y á su madre.

—Se cumplirá religiosamente—dijo D. Claudio con gravedad.

—Ahora voy á mi destino—agregó el Coronel.—¡Un abrazo, Claudio!... ¡Un beso, hija mía!... Tú eres buena... Si Pepe volviese de Cuba... Él es guapo, simpático, formal... Viviríais felices en el matrimonio... ¡Adiós! ¡Adiós!...

D. Claudio ordenó á su hija, hablándola al oído, que saliera é hiciese sonar el timbre. Y añadió volviéndose á D. César:

—Espera, que voy á buscar mi revólver.

—¿Para qué?

—¿No quieres que te acompañe?

—No, tú no sirves para estas cosas.

En esto se oyó el timbre.

—Un momento, César—dijo D. Claudio dete-

niendo á su amigo.—Nos traerán noticias que pueden interesarte.

Salió del cuarto, y volvió á los dos minutos diciendo atropelladamente:

—¡Estamos de enhorabuena! ¡El pueblo se ha levantado y persigue á los culpables! ¡Degüello general! Madrid arde por los cuatro costados...

—¿Tratas de engañarme?

—¡Es verdad lo que digo! ¡Yo no te he engañado nunca, César!

—¿De suerte que vive aún el pueblo español?

—¡Vive, y sabe vengar los ultrajes!

—¿Y se ha sublevado?

—Si no lo quieres creer, ven acá y escucha.

Los dos salieron al balcón, y desde allí se oían, como rumores de próxima tormenta, los rugidos de la multitud que en imponente manifestación desembocaba en aquellos momentos por la calle de Alcalá en la Puerta del Sol.

—¡Santo Dios!—exclamó el Coronel electrizado.—¿El pueblo se subleva, y yo, que soy su jefe, me entretengo en pasatiempos ridículos?

Y corrió precipitadamente hacia la puerta, diciendo á D. Claudio que quería detenerle:

—¡Paso á la justicia de Dios!

En el pasillo se encontró con la hija de su amigo que, de rodillas y con los brazos levantados, le suplicaba que no saliese.

Y D. César siguió adelante repitiendo:

—¡Paso á la justicia de Dios!

Antonio salió de su escondite, y uniéndose á D. Claudio, á su hija y á una criada, se dirigieron todos en tropel á la puerta de salida.

—Ya era tarde: el Coronel la había abierto y se adelantaba á sus perseguidores. Pero iba tan ciego, que no vió el primer escalón, le faltó el equilibrio, y rodó por la escalera.

Mientras le levantaban y le introducían de nuevo en casa de D. Claudio, el Coronel gritaba agitando los brazos, como si se hallase al frente de la sublevación:

—¡Viva España! ¡Mueran los traidores!...

---



### XIII

¡En qué estado de postración y abatimiento se levantó el averiado Coronel al día siguiente! Una palidez cadavérica cubría su rostro, tenía los pámulos hundidos, la nariz amoratada por el golpe que recibió en la escalera, en sus ojos había aún ramificaciones sanguíneas, todos sus huesos estaban magullados, sentía un dolor intenso en las sienes, la cabeza se le desvanecía, las piernas se negaban á sostener su desfallecido cuerpo.

Cuando despertó, los rayos del sol inundaban su cuarto de luz. ¿Qué hora sería? ¿Era mañana ó tarde? ¿Había dormido mucho ó poco? No tenía conciencia de nada. Después empezó á mirar con asombro por todas partes. ¿En qué habitación estaba? Aquellos objetos no los había visto jamás, aquella cama no era la suya. ¿Cómo demonios se encontraba él allí? ¿Qué casa era aquélla?... Se tiró de la cama, y tuvo que apoyarse sobre una cómoda para no dar con su cuerpo en tierra. ¿Qué le habría pasado para encontrarse tan débil? Acu-

dió á su mente una idea que le horrorizó. ¿Sería aquello un hospital ó un manicomio? ¡Ah! no era posible que su amigo Rebolledo le dejase morir de pena en un hospital... Se esforzó por traer á la memoria algún acontecimiento que le explicase su situación, mas todo fué inútil: delante de él había-se levantado un muro que le impedía ver lo pasado; le parecía que empezaba entonces su existencia. Y se miró [al espejo para cerciorarse de que era él, el Coronel Iturralde y no otro.

Abrió la puerta del cuarto, y se encontró en una sala amplia y vacía, con una mesa en medio y algunos retratos en las paredes. Al fin respiró libremente, y una hermosa luz iluminó su espíritu. Aquella habitación le era conocida: se hallaba en casa de su amigo D. Claudio. Pero, ¿por qué se encontraba allí? ¿Cuándo había ido? ¿Quién le había llevado? Y el hombre volvió á encerrarse en su cuarto sin poder aclarar el misterio.

De los sucesos de la víspera sólo le quedaba una idea confusa, la idea que deja un sueño después de despertar. Vagamente empezó á recordar que había roto su cuadro, que anduvo vestido de uniforme por las calles, que buscó á alguien para matarle, que alguna idea criminal se apoderó de él... ¿Pero había sucedido efectivamente esto, ó lo había soñado? No podía asegurarlo. Y entonces le asaltó un terrible pensamiento. ¡Si habría hecho alguna barbaridad, y su amigo le tendría allí oculto para librarle de las garras de la justicia!... Él

salió de su casa... ¿qué día? ¿á qué hora? No se acordaba á punto fijo. Pero era indudable que, cuando salió, la madre de Antonio intentó detenerle... ¿por qué querría detenerle? Y anduvo muy de prisa por la calle, porque iba dejando á su espalda mucha gente, mucha gente que también iba de prisa y le miraba de un modo muy particular...; ¿por qué le miraría así?... Y luego se encontró con una persona conocida que le detuvo y le habló... ¿de qué?... Y riñó con alguien, de eso se acordaba muy bien; y gritó hasta ponerse ronco, y escuchó voces de angustia, y palabras de cariño, y gritos de indignación, pero lejanos, muy lejanos... Y se fué hacia el lugar de donde salían aquellos gritos, y oyó claramente decir: «¡Viva España! ¡Mueran los traidores!» ¡De eso sí que se acordaba perfectamente! Estas palabras sonaban aún en sus oídos... Y corrió, corrió hasta mezclarse con una multitud inmensa que se había sublevado contra el Gobierno y llenaba todas las calles de Madrid. Y él se puso al frente de aquella imponente manifestación, y agitaba los brazos, y blandía el sable, y ya ronco, casi afónico, repetía: «¡Viva España! ¡Mueran los traidores!...»

Aquí perdía el hilo de los acontecimientos, y volvía á preguntarse por qué se encontraba tan débil, por qué le dolían todos los huesos, por qué estaba en casa de su amigo... Y en medio de aquel confuso tropel de imágenes, y detrás del muro levantado entre su vida presente y su vida pasada,

una sola figura se destacaba clarísima y terrible: la escuadra de Cervera destruida en Santiago de Cuba.

Todo esto pensaba D. César, mientras maquinalmente se ponía los pantalones y las botas y se hacía su poquito de *toilette* delante del espejo. La idea del uniforme volvió á preocuparle. Allí sólo se veía su traje ordinario colocado sobre una silla tal como él solía hacerlo al acostarse; y sin embargo, él apostaría á que el día anterior, ó cuando fuera la última vez que se vistió, anduvo de uniforme. Porque él había manejado el sable, y el sable con traje de paisano... ¡imposible! Y registró la cómoda, y miró debajo de la cama, y examinó todos los rincones del cuarto, sin encontrar el menor vestigio de sus arreos militares. ¿Qué demonios pasaba allí? Era preciso disipar aquellas dudas, aclarar aquel misterio, salir de aquel laberinto de ideas que le volvían loco. Y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Claudio! ¡Claudio!...

Se abrió la puerta, y en lugar de Rebolledo apareció su hija en el cuarto del Coronel.

—Buenos días, D. César—dijo saludando con cierta sonrisa maliciosa.—Pero, ¿por qué se levanta usted tan temprano?

—¿Qué hora es?—preguntó el Coronel.

—Las ocho.

—¿De la mañana ó de la tarde?

— ¡Jesús qué ocurrencias tiene usted! ¡De la mañana!

— Oye tú, muchacha: ¿qué habéis hecho de mi uniforme?

— ¿Qué uniforme, D. César?

— ¡El mío! ¿No vine yo aquí ayer vestido de militar?

— ¿Usted de militar? ¡Ave María purísima!... ¡Lo habrá soñado usted!

— Pues juraría...

— ¡No jure usted, D. César!... ¿Qué ha hecho usted de lo corbata? ¡Ah! aquí está... Yo se la pondré.

— Pero oye: ¿qué diablos ha pasado aquí? ¿Por qué he dormido yo en esta casa?...

— Si usted no se baja un poquito, no alcanzo á ponérsela... ¡Así, así!... ¡Vaya un lazo!... ¡En los días de su vida ha llevado usted una corbata mejor puesta!...

— ¿No se ha sublevado Madrid? ¿No estuve yo al frente de la sublevación? ¿Quién me trajo aquí? ¿Por dónde vine? ¿A qué hora? ¿Por qué no fuí á mi casa?... ¿Quieres descifrarme estos enigmas?

— Ahora voy á ponerle este alfiler... ¡Mire, mire usted qué preciosidad! Conste que se lo regalo yo, y que es de oro, de oro legítimo, ¿eh?

— ¡Pero oye, chiquilla del demonio! ¿Por qué no me contestas? ¿Qué es lo que ha pasado por mí, que estoy medio tonto? ¿Soy yo el Coronel D. César Iturralde, ó quién soy yo?...

—¡Mírese usted al espejo! ¡A ver cuándo ha estado usted más elegante y más hermoso que hoy!... ¡Póngase usted el chaleco!... ¡Ahí tiene usted la americana!... ¡Está usted hecho un pollo, D. César!

—Sí, hija mía, sí; estoy hecho un pollo, y casi no me tengo de pie.

—Pues tome usted mi brazo, y al comedor.

Apoyado en el brazo que se le ofrecía, entró en la habitación inmediata, donde le esperaba su amigo Rebolledo.

—Papá —dijo la joven;—te presento al Coronel D. César Iturralde.

—¡Hola, César!—exclamó D. Claudio, tendiendo los brazos á su amigo.—¿Qué tal has pasado la noche, hombre?

—La noche bien—contestó Iturralde tristemente;—pero la mañana la estoy pasando muy mal... No veo aquí más que tinieblas, misterios, farsa. Quiero saber por qué he dormido yo en esta casa, y no me acuerdo; lo pregunto, y no me responden. O yo he perdido la cabeza, ó tratáis de volverme loco... ¡Claudio! Tú lo sabes todo. ¿Qué habéis hecho conmigo?...

—¿Tú me crees capaz de cometer una villanía?

—¡No, Claudio, no! Pero... pero yo me siento mal, muy mal. Se me han borrado las ideas, no me acuerdo de nada, las piernas se me doblan, me duele la cabeza, me duele todo el cuerpo...

—Una ligera enfermedad que ya pasó.

—¡Una enfermedad!... ¿Pero por qué no estoy en mi casa?

—Porque quisiste quedarte aquí, y ya sabes que en casa de Claudio Rebolledo hay siempre para César Iturralde una cama y un cubierto en la mesa.

—Lo sé, Claudio; pero yo tengo algo aquí, aquí en el corazón...

—Lo que tienes tú es hambre, desfallecimiento... ¡Como que hará dos días que no entra nada en tu estómago! Siéntate, y toma el desayuno... Te han puesto café con leche, bizcochos, unas rajitas de jamón...

—¡Sí, sí!—dijo D. César mientras se sentaba entre sus dos acompañantes.—Yo siento hambre y desfallecimiento; yo siento una pena en el alma más grande todavía que el desfallecimiento del estómago.

—¡Este bizcocho, D. César!—dijo la joven mostrando uno en el tazón de leche.

—Dime, Claudio—continuó el Coronel;— dime la verdad, sea la que quiera, y sácame de esta angustia. A mí me ha ocurrido alguna cosa grave, muy grave. ¿He cometido algún crimen? ¿Me persigue la policía?...

—¡Caray, César, qué ideas tan extrañas se te ocurren! Tranquilízate, hombre, que ni has cometido ningún crimen, ni te persigue la policía. Y en prueba de ello, en cuanto concluyas saldremos á la calle si quieres.

—¡Me quitas un peso de encima, Claudio! Pero entonces..., ¿por qué he pasado aquí la noche? ¿Por qué no me acuerdo de nada? ¿Por qué me encuentro en un estado tan lamentable?

—Ya te lo explicaré luego todo.

—Cuando desperté esta mañana y ví que el cuarto no era el mío, creí que me encontraba en un hospital. ¡Si vieras qué angustia me entró!...

—¿El Coronel Iturralde en un hospital mientras viva Claudio Rebolledo? ¿Por quién me has tomado tú á mí?

D. César tenía hambre, efectivamente, y siguió tomando con apetito su confortante desayuno. La joven, con sus zalamerías «ahora este bizcochito, ahora esta rajita de jamón», iba entreteniéndole y haciéndole olvidar sus propias preguntas. Y el viejo Coronel sintió correr gruesas lágrimas por sus enjutas mejillas, al verse tratado con tanta ternura, con tanto mimo por la amable y simpática hija de D. Claudio.

Poco después bajaban la escalera los dos amigos, apoyando el débil Coronel una mano sobre el hombro de Rebolledo. En cuanto salieron á la calle, el primero se volvió al segundo, diciéndole:

—Has prometido contarme las cosas que han pasado por mí... Yo no me acuerdo de nada. ¡Sácame de estas dudas mortales, Claudio!

—Pues todo lo que te ha pasado se cuenta en

dos palabras: verás. Ayer estabas un poco trastornado, ¿entiendes?

—¿Trastornado yo?

—¡Nada! Figúrate que te empeñabas en tirarte de cabeza por el viaducto.

—¿Yo? ¿Yo por el viaducto? ¡Dios bendito! ¿Yo he intentado suicidarme?...

—No estabas en tus cabales, y, por tanto, nada tiene de particular. Gracias al bueno de Antonio, que me avisó, pudimos contenerte y salvarte la vida. ¡Vaya un rato que nos hiciste pasar, amigo!

—¿Pero por qué estaba yo trastornado?

—¿Y quién lo sabe? Tal vez por ciertas cosas que leíste en los periódicos.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo; eso no se me borra, Claudio! ¡Leí cosas tremendas, es verdad! ¡La destrucción de la escuadra, la derrota de nuestro Ejército, el triunfo de los yanquis, la ruina de la patria, humillaciones y vergüenzas, oprobios y desastres!... ¡Es verdad, Claudio, es verdad! ¡Todo se ha perdido! ¡Todo se lo llevaron los demonios!... ¿Y cuándo fué eso?

—¿Cuándo? ¡Ayer mismo!

—¡Ayer! ¿Y Madrid no está ardiendo á estas horas? ¡Ira de Dios!...

—Ten calma, César—se apresuró á decir Don Claudio, al ver los derroteros que tomaba el Coronel;—ten calma, que todavía no se ha acabado la guerra. Ahora lo que te conviene es no pen-

sar en Cuba, ni en la escuadra, ni en ninguna de esas cosas.

—No, no pensaré ya en Cuba, ni en España, ni en la Marina, ni en el Ejército. ¿Para qué? Nada quiero saber de la guerra, ni permitiré que de ella me hablen, ni en mi casa entrará jamás un periódico... ni un periódico, ¿entiendes?

—Eso debes hacer si en algo estimas tu salud y tu vida.

Dieron una vuelta por la Castellana, y D. Claudio volvió á llevarse consigo al Coronel. Pudo retenerle aquel día y aquella noche; pero al siguiente ya no tuvo más remedio que dejarle ir á su casa.

\*  
\* \* \*

Fueron bien las cosas mientras Rebolledo estuvo á su lado almorzando con él, jugando luego al ajedrez y dejándole ganar siempre; mas á la caída de la tarde quedó sólo, é inmediatamente apareció por allí Eliseo Morales, ansioso de comunicar al Coronel noticias é impresiones.

Inútilmente le encargó Antonio al entrar que no leyese ningún periódico á D. César. En cuanto le saludó, sacó el que llevaba en el bolsillo de la americana y se puso á jugar con él haciéndose el distraído, mientras hablaba con calor de las últimas manifestaciones contra el Gobierno. A Iturralde se le iban los ojos tras el periódico. Había prometido á D. Claudio no volver á leerle, es verdad; pero acostumbrado á ello por tantos años, la

abstención que se había impuesto no dejaba de serle dolorosa, mucho más en aquellos días en que se estaba decidiendo del éxito de la guerra y de la suerte de España. ¿Quién tenía paciencia suficiente para vivir sin noticias, aunque fuesen malas? Luego él no sabía nada de su sobrino Pepe, y tal vez en los periódicos encontrase su nombre. Por otra parte, ¿qué daño le habían de hacer las noticias de Cuba, por malas que fuesen, si todo lo daba ya por perdido, si su fe en el valor del Ejército y en el patriotismo popular se había extinguido para siempre? Estos pensamientos pasaron rápidamente por D. César, sosteniendo una débil lucha consigo mismo y siguiendo los movimientos del papel que Eliseo tenía en sus manos. Era el enfermo sediento á quien han prohibido beber, y tiene casi tocando con sus labios un vaso de agua fresca y cristalina.

—¿Qué novedades hay?—preguntó al fin con la vista siempre clavada en el periódico.

El poeta, que no deseaba otra cosa para leersele y hablar de su *elegía*, contestó en tono patético:

—¡Oh! ¡Noticias tremendas! ¡Detalles espantosos de la destrucción de la escuadra! ¡Descripción sublime hecha por un testigo presencial, por el Capitán del *Iowa*!...

—¡Lee!—dijo el Coronel poniéndose de pie delante del poeta.

Éste desdobló el periódico, y leyó:

«Cincuenta minutos después de disparado el

primer cañonazo, el *Vizcaya* puso la proa hacia la playa, y marchando lentamente con fuego terrible á popa, fué á embarrancar en las rocas de Herra-dores. Me acerqué á él, y envié mis botes para salvar á los infelices que se estaban ahogando ó se asaban sobre la cubierta del buque incendiado. El cuadro á bordo del *Vizcaya* era horrible. Una granada había hecho estallar un torpedo que destrozó á veinte hombres. Grandes llamas subían de las baterías por los costados del buque, lamiéndolos hasta ponerlos al rojo; la cubierta, igualmente caldeada, estaba llena de heridos que se freían y lanzaban angustiosos gritos. Y ocurrían explosiones seguidas de los alaridos de hombres destrozados por ellas, mutilados y moribundos. Mientras trabajábamos por salvar á aquellos desgraciados, observé que los insurrectos, desde la costa, se entretenían en matar á los náufragos españoles que se esforzaban por ganar la orilla. De los marineros españoles que recogimos á bordo del *Vizcaya*, algunos estaban sin piernas, otros horriblemente destrozados por las granadas. Los botes de salvamento llegaron á tener dos y tres pulgadas de sangre en el fondo. Cinco heridos murieron antes de llegar al *Iowa*: los enterramos tributándoles honores militares.»

Eliseo interrumpió su lectura para mirar á Don César, que insensiblemente había ido acercándose al lector, y clavaba en él sus ojos saltones.

—¡Sigue!—le dijo con voz ronca.

Y el poeta continuó leyendo:

«Hubo en aquellas horas rasgos de heroico cumplimiento del deber y la disciplina por parte de los marineros españoles. Uno de los del *Vizcaya* llegó con un brazo de menos: una granada se lo había llevado, y sólo colgaban del hombro algunos fragmentos. Sin embargo, aquel hombre subió por la escala sin ayuda de nadie, y saludó militarmente con gran solemnidad al poner el pie sobre cubierta. Una bala le había llevado á otro la pierna izquierda, cortándosela por la rodilla. Se le izó á bordo, y al llegar, saludó también sin que el dolor alterara un solo músculo de su rostro.»

—¡Qué hermosa descripción!—exclamó el poeta, suspendiendo nuevamente la lectura.—¿No le entusiasma á usted, D. César?

—¡Sigue leyendo!...—contestó el Coronel con una vivísima ansiedad reflejada en su voz y en su semblante.

El poeta prosiguió:

«Hice que trasladaran al *Iowa* al Almirante Cervera, recogido por el *Gloucester*, y le recibí haciendo formar la guardia de Almirante y tributándole los honores que correspondían á su rango. Nuestros tripulantes, medio desnudos y ennegrecidos por el humo, se agolparon para verle. Cervera se presentó con la cabeza descubierta...»

—Esto no es propio—dijo el poeta con un gesto de disgusto.—Yo presentaré á Cervera en mi *elegía* maltratado, escarnecido...

—¡Sigue, sigue!—interrumpió D. César, echando fuego por los ojos.

—Ahora viene lo mejor.

«Toda la costa se halla cubierta con los restos de la escuadra destruida. Las escenas de desolación, de ruina y de muerte, dentro y fuera de los barcos españoles, son indescriptibles y superan á todo horror. Las aves de rapiña se ceban en los cadáveres y revolotean por bandadas en la playa, esperando á que el mar devuelva los cuerpos que se ha tragado.»

—¡Las aves de rapiña esperando á que aparezcan los muertos sepultados en el mar! ¡Vaya un pensamiento, D. César!... Ya está terminando.

«Entre los restos que flotan sobre la superficie, hay señales de que los tiburones mutilaron y devoraron á muchos infelices. Centenares de cadáveres están acribillados á balazos de fusil: esto fué obra de los insurrectos.»

—¿Qué le parece á usted?—preguntó Eliseo mientras doblaba el periódico.—¡Oh, esto es sublime, magnífico!...

—¿Cómo que magnífico?—exclamó el Coronel, lanzando sobre el poeta un mirada que despedía lumbre.

—Lo digo—respondió Eliseo bajando el tono—porque me sirve admirablemente para mi *elegía*.

—¡Majadero!...—gritó Iturralde con voz ronca y feroz.

Y dando un paso adelante, descargó un tremendo puñetazo sobre la cabeza del poeta.

Eliseo dejó caer el periódico, se tambaleó, dirigió al Coronel una mirada llena de espanto, y en aquel instante no pudo articular una sola palabra.

Iturralde, señalando con el dedo índice la puerta, continuó:

—¡Sal, sal de mi casa, mentecato!... ¡Sal de mi casa, y no vuelvas á poner en ella los pies, ó he de darte asunto para otra *elegía!*

—¡Esto es un atropello, un atropello que le ha de costar muy caro!—dijo Eliseo al fin, buscando la salida.

Y como alma que lleva el diabo, bajó precipitadamente la escalera.

\*  
\* \*

D. César recogió el periódico, empezó á leerle con avidez, y tropezó con un artículo que hizo renacer en su corazón la esperanza. ¡Todavía era posible el triunfo! ¡Aún podíamos vencer, derrotar, aniquilar á los Estados Unidos y á cuantos Estados se nos pusieran delante!... Un español acababa de inventar un explosivo formidable, mucho más poderoso que todos los conocidos hasta entonces. Era una especie de cohete, cargado con cierta substancia de una fuerza destructora capaz de pulverizar los mejores acorazados si caía sobre ellos, ó hundirlos en el mar si estallaba á corta distancia. Desde el puente de un barco mercante

se podía destruir toda la escuadra de los americanos impunemente y en pocas horas. ¿Sería verdad?...

Lo aseguraba el articulista con tanta convicción, como si él mismo hubiera presenciado los efectos seguros y terribles del prodigioso explosivo, y además se habían hecho pruebas que lo demostraban plenamente. ¿Y qué imposibilidad había en ello? ¿Por qué no dar crédito á estas cosas, por extraordinarias que fueran? ¿No podía suceder que Dios, compadecido de nosotros, quisiera poner término á tantas desventuras, y arrojase aquella tabla de salvación al mar para que España se agarrase á ella y no pereciese en el naufragio? ¿No era posible que quien iluminó la mente de Colón para que descubriese un mundo, iluminase también la mente de Daza para conservar el último jirón del manto real de España, la última perla de su corona? Verdad es que, de todos los inventos extraordinarios que se anuncian, muy pocos llegan á realizarse; verdad también que en los grandes peligros y en circunstancias tan críticas como las de entonces, son fácilmente creídas las novedades más estupendas, si en ellas brilla la luz de una esperanza; pero á D. César no se le ocurrieron estas cosas, y las habría desechado si se le hubieran ocurrido. ¡Era tan doloroso arrancar del alma esta última ilusión!...

Pensando en el *toxpiro* de Daza cenó aquella noche, y pensando en el *toxpiro* se acostó. Y soñó

despierto que con aquel cohete maravilloso iríamos echando á pique, uno por uno, todos los buques que bloqueaban á Cuba. Luego destruiríamos la escuadra americana que se paseaba orgullosa y triunfante por la bahía de Manila, y nos reiríamos del poder de Inglaterra, y reconquistaríamos á Gibraltar, y llevaríamos el terror á todas partes, y conquistaríamos el mundo entero si se nos ponía en la cabeza... ¿Por qué no, en caso de ser cierto lo que se decía del destructor explosivo? ¡Y vaya si era cierto! ¡Muy necio tenía que ser quien lo pusiera en duda!...

Después soñó dormido que él, con un batallón á sus órdenes, y D. Claudio á bordo, se había embarcado en un buque grande, inmenso, que se dirigía á Cuba con la velocidad del rayo. Al poco tiempo divisaron un buque enemigo: el *Iowa*, se leía muy bien el nombre, escrito con letras encarnadas. D. Claudio lanzó un toxpiro con tan buena fortuna, que tocó en la proa del temible acorazado, y dando una vuelta en redondo, desapareció de la superficie del mar. Acudieron otros dos barcos en su auxilio; pero una nube de toxpiros cayó sobre ellos, y fueron también sumergidos entre las olas.

Ebrio con el triunfo, el Coronel se abrazó á D. Claudio, que se había puesto más gordo, y palmoteaba, y se reía como un bienaventurado al ver hundirse los buques enemigos.

—¿Lo ves, Claudio?—le decía D. César.—¿Ves

cómo España no puede ser vencida por nadie? ¿Lo ves? ¿Lo ves?...

Y el barco continuaba volando sobre las aguas; y aquellos cohetes destructores iban aniquilando la escuadra enemiga, que huía, huía siempre. Pero en vano, porque el barco español corría con más velocidad, y los toxpiros levantaban columnas inmensas de agua que caían sobre los acorazados yanquis y los sepultaban en los abismos.

El buque español rodeó toda la costa de Cuba, vitoreado por el Ejército, que veía á su glorioso libertador desde la playa. Un momento después penetraba en el puerto de Nueva York, y los toxpiros derrumbaban las casas, y la gente huía desfavorida.

—¡Soldados!— gritaba el Coronel.—¡A conquistar la ciudad, á conquistar los Estados Unidos para España!...

Y haciendo un gran esfuerzo saltó á tierra, produciendo al caer un ruido infernal.

Al mismo tiempo entró Antonio en el cuarto, diciendo:

—Mi Coronel, ¿le pasa á usía algo?

—¡Más toxpiros, más toxpiros sobre la ciudad!— seguía gritando.—¡Que no quede piedra sobre piedra!

Antonio encendió luz y se acercó á D. César, repitiendo:

—¿Qué le pasa á usía, mi Coronel?

—¿Pero no estamos en Nueva York?—preguntó Iturralde abriendo los ojos.

—No, señor, estamos en Madrid.

—¿Cómo que en Madrid, si acabo de saltar del buque?

—¡Quíá! De donde ha saltao usía es de la cama.

—¿Y los toxpiros? ¿No has visto que han echado á pique la escuadra de los yanquis?... ¿Pero no has oído el estruendo de los toxpiros?

—Lo que he oído es el estruendo de la mesilla que ha rodado por el suelo. ¡Levántese usía, mi Coronel!

Entonces acabó de despertar. ¡Qué triste se quedó el pobre Coronel al verse, no en Nueva York, sino al pie de la cama y tendido sobre el pavimento! La verdad es que hay sueños que debían durar toda la vida.

Cuando á la mañana siguiente entró Rebolledo en casa de su amigo, vió en el suelo un periódico, introducido clandestinamente por debajo de la puerta. Le recogió y leyó en él este suelto, acotado al margen con una línea azul:—«*Hazañas de un militar*. En la calle de Alcalá, número..., vive un Coronel del Ejército español, que se retiró del servicio por miedo á las balas de los mambises. Este caballero, que debiera hallarse ahora en Santiago de Cuba defendiendo la bandera de la patria, se entretiene en pintar verdaderos mamarrachos que deshonoran el arte nacional, y es uno

de los elementos peligrosos que en estos días de amargura trastornan el orden público con fines que él sabe muy bien, sobre lo cual llamamos la atención de las autoridades. Pero el tal sujeto hace todavía más. Nos consta que hoy mismo, valiéndose de la impunidad que le prestan sus canas y la prudencia de los hombres honrados, atropelló villanamente á un joven muy conocido en el mundo de las letras, por el crimen de haberse lamentado de la destrucción de nuestra escuadra. Parece inverosímil y es verdad. Como el aludido Coronel no es caballero, el agredido se abstiene de ciertas resoluciones; pero se reserva el derecho de obrar según aconsejen las circunstancias, dondequiera que le encuentre.»

Así sabía vengarse Eliseo Morales.

D. Claudio hizo pedazos el periódico, y el Coronel Iturralde no fué á un manicomio porque jamás tuvo noticia del injurioso suelto.

\*  
\* II

Fueron pasando, unos tras otros, aquellos días de desolación y de tristeza. Las señoras ya no ponían en sus pechos claveles rojos y amarillos, ni las madres adornaban el sombrero de sus niños con los colores nacionales. Los acordes de la Marcha Real sonaban en los oídos como acentos de una marcha fúnebre; la bandera de la patria caía lánguida sobre el palo y se plegaba humillada é

impotente; los gritos de guerra iban apagándose poco á poco por no encontrar eco en el alma nacional; los entusiasmos bélicos, que aun alentaban en algún corazón grande, eran acogidos con la sonrisa del sarcasmo. Aquella explosión de ira que produjeron los primeros desastres habíase trocado en forzosa resignación y triste abatimiento; aquella nube cargada de cólera, que se había levantado en el horizonte de España, ya no lanzaba rayos sobre la tierra.

Manila se hallaba en los supremos instantes de su larga y dolorosa agonía. Los averiados buques, enviados en su auxilio, tuvieron que regresar al punto de donde habían partido, entre las carcajadas de Europa. El enemigo victorioso amenazaba con un bombardeo á los puertos mismos de la Península. Los jefes que dirigían la campaña discutían si habían hecho lo suficiente para salvar su honor. El Gobierno de la Metrópoli sólo pensaba en la paz. Y llegó el día 17 de Julio, y allá en Santiago de Cuba, el vencedor arrancaba el pabellón de España, y en su lugar izaba la bandera de las siete estrellas. Y Manila se rendía, y un Tratado ignominioso despojaba á la conquistadora de América de su imperio colonial y su histórica grandeza.

Los templos de Madrid se vestían de luto. Las almas buenas lloraban en silencio, y se esforzaban

por contener la mano de Dios que caía sobre nosotros. En las calles se veía la misma animación, la misma algazara que en los mejores tiempos. La gente se divertía en los teatros y en la plaza de toros.

---

SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN MADRID, EN LA IMPRENTA HELÉNICA,  
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3,  
EL DÍA 5 DE OCTUBRE  
DE MIL NOVECIENTOS  
ONCE







# La Ciudad de Dios

Revista Religiosa, Filosófica, Científica y Literaria

PUBLICADA POR LOS PP. AGUSTINOS DE EL ESCORIAL

---

Esta acreditada Revista, fundada en 1881, se publica los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 88 páginas: las subscripciones pueden empezar á principio de los meses Enero, Abril, Julio y Octubre, formando al año cuatro gruesos volúmenes de 528 páginas cada uno.

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

¡(PAGO ADELANTADO)

En España: Tres meses, 5 pesetas; seis meses, 9 pesetas; un año, 16 pesetas. Por corresposnal, 5,50, 10 y 17,50 pesetas, respectivamente. Fuera de España: Un año, 25 pesetas. Por corresposnal, 27,50 pesetas.

## CENTROS DE SUBSCRIPCIÓN

En España: En nuestra Administración, *Real Monasterio de El Escorial*; en Valverde, 17, Madrid, y en las principales librerías católicas.

**Pídanse números de muestra, prospectos y tarifas de anuncios y serán remitidos inmediatamente.**

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA  
EN LA ADMINISTRACIÓN DE  
“LA CIUDAD DE DIOS”

---

	<u>Pesetas</u>
P. ZACARÍAS MARTÍNEZ.—«Estudios Biológicos», tres volúmenes.....	15,00
— «Conferencias científicas acerca de la evolución materialista y atea».....	3,00
— «Discursos y oraciones sagradas».....	6,00
— «Isabel la Católica», discurso.....	0,50
— «La Cruz y el siglo XIX», discurso.....	0,50
P. P. FERNÁNDEZ.—«Introduct. in Sac. Scripturam».....	10,00
— «De Sacramentis et Novissimis».....	10,00
P. C. MUIÑOS.—«Fórmula de la Unión de los Católicos», en rústica.....	3,00
Encuadernado en pasta.....	4,00
— «Simi la Hebrea».....	1,00
— El «Decíamos ayer» de Fr. Luis de León.....	0,50
— «Horas de Vacaciones», edición para regalo de premios de Colegios y Escuelas, lujosamente encuadernado.....	1,25
— «El hijo de la lavandera», «Dos cielos» y «Ciento por uno». En rústica, cada uno.....	0,25
— «Caridad», «Las tonterías de Carlos». Cada uno...	0,50
— «¡Si yo tuviera madre!».....	0,75
— «Semblanza del Ilmo. P. Cámara».....	1,00
P. J. MONTES.—Precursores de la ciencia penal en España.—Estudios sobre el delincuente y las causas y remedios del delito.....	13,00
— «La justicia humana», novela.....	2,50
— La pena de muerte y el derecho de indulto.....	3,00
— Estudios de antiguos escritores españoles sobre los agentes del delito.....	3,00
P. C. ARRIBAS.—«Estudio crítico sobre el Probabilismo» (1. <sup>a</sup> edición).....	1,50
(2. <sup>a</sup> edición).....	2,50
— Exposición documentada y completa del Decreto «Ne Temere».....	1,50
P. M. GUTIÉRREZ.—«El Corazón de María y el corazón humano».....	2,00
— «El misticismo ortodoxo en sus relaciones con la Filosofía».....	1,50
P. F. UNCILLA.—«Urdaneta y la Conquista de Filipinas».....	4,00

	Pesetas
P. A. TONNA-BARTHET. — «Juana de Arco» (1. <sup>a</sup> edición).....	2,00
— «Sancti Patris Augustini doctrina ascética», un tomo en tela.....	4,00
STO. TOMÁS DE VILLANUEVA. — «Opúsculos castellanos», encuadernado en tela.....	0,75
BEATO OROZCO. — «Vergel de Oración y Monte de Contemplación» .....	3,00
— «Memorial de Amor Santo».....	3,00
F. L. DE LA VEGA. — «El Escultor Pedro de Mena»... ..	0,50
NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR. — «Anales del Teatro Español anteriores á 1550».....	0,50
— «Anales de la Escena Española correspondientes á los años 1551-1580.. ..	0,50
— «Alonso de Olmedo».....	0,50
P. B. FERNÁNDEZ. — «Antigua lista de Manuscritos latinos y griegos inéditos».....	1,00
— «Excitatorium mentis ad Deum», tela, cortes rojos. Rótulos dorados.....	2,50 2,75
P. G. GIL. — «La Caja dotal».....	0,25
HOMENAJE á San Agustín.....	4,00
— á León XIII.....	2,00
— á Felipe II.....	2,00
— al P. Florez.....	2,00
— á la Independencia Española.....	2,00
P. G. MANCEBÓN. — «Vida de Sor Juana de Guillén» ..	4,00
DR. PONGA. — «Estudios Psiquiátricos».....	0,50
FR. LUIS DE LEÓN. — «Exposición del cántico de Moisés, del Eclesiastés y de varios Salmos» (en latín). — Un volumen de 550 páginas... ..	10,00
— «Exposición del Cantar de los Cantares» (en latin). ..	10,00
— «Exposición y comentarios sobre Abdías y algunas Epístolas de S. Pablo» (en latín).....	10,00
P. F. BLANCO. — «Fr. Luis de León». — Estudio bibliográfico.....	4,00
— «Historia de la Literatura Española en el siglo XIX»; en rústica.....	16,00
Encuadernado en pasta.....	20,00
P. MUÑOZ CAPILLA. — «Tratado de la organización de las Sociedades».....	1,50
— «Arte de escribir».....	2,50

P. J. FERNÁNDEZ.—«Luz y Amor». Guía espiritual para todos los estados. En tela, cortes rojos. ....	5,00
En piel fina.....	7,00
En chagrin.....	7,50
P. P. BLANCO.—«La Pasión de Ntro. Señor Jesucristo», por la V. M. Juana de la Encarnación, Agustina; en rústica.....	3,50
En pasta.....	4,00
P. A. RODRÍGUEZ.—«La Creación del mundo, según San Agustín».....	2,00
— «Elementos de matemáticas», tela.....	7,75
— «La Religiosa en soledad», en rústica ...	4,00
En tela.....	5,00
— «Metereología dinámica».....	3,00
— «Movimientos de traslación de las depresiones barométricas en el S. W. de Europa».....	1,00
P. J. RODRIGO.—Las Vírgenes Negras... ..	3,00
RMO. P. TOMÁS RODRÍGUEZ.—«Estudio sobre los escritos de S. Tomás de Villanueva».....	2,00
P. T. RODRÍGUEZ.—«Problemas científico-religiosos» ..	2,00
— «Elementos de Física y Química» (4. <sup>a</sup> edición), tela.	6,00
— «La enseñanza en España».....	3,50
— «La cuestión social».....	0,50
— Estudios sociales. Dos vol. (En prensa).	
P. H. DEL VAL.—«Sacra Theologia dogmatica», 3 vol.	33,00
— «El Cardenal Sepiacci».....	0,75
P. G. ANTOLÍN.—«Catálogo de los Códices latinos de la Real Biblioteca de El Escorial: vol. I .....	25,00
— II en prensa.—III en preparación.	
— «Un Codex Regularum del siglo IX».....	3,00
— «Opúsculos desconocidos de S. Jerónimo».....	2,00
— «Códice a. II-9 de la Real Biblioteca de El Escorial».	5,00
— «La Librería de D. P. Ponce de León, Obispo de Plasencia» .....	0,50
P. E. MANERO.—«Compendio de Historia Sagrada».—Libro de lectura para los niños .....	1,50
— «Gramática Castellana».....	1,25
— «Nociones de Aritmética».....	1,00
— «Nociones de Geografía».....	1,00
— «Nociones de Geometría».....	0,50
P. M. ARNAIZ.—«Las Metáforas en las Ciencias del Espíritu» .....	2,00
— «Los fenómenos Psicológicos». Cuestiones de psicología contemporánea. Un volumen en 4. <sup>o</sup> .....	5,00

	<u>Pesetas.</u>
P. M. ARNÁIZ.—«Origen de la Psicología contemporánea», por el Cardenal Mercier, traducción castellana. Un volumen en 4.º . . . . .	6,00
— «Percepción visual de la extensión».—Un volumen en 8.º . . . . .	1,50
— Elementos de Psicología fundada en la experiencia». I. La vida sensible. Un volumen en 4.º . . . . .	4,00
P. E. URIARTE.—«Estética y crítica musical», con la bibliografía del autor, por el P. Luis Villalba. Un volumen en rústica . . . . .	5,50
— «Manual de Canto gregoriano» . . . . .	1,50
P. R. DEL VALLE.—Mis Canciones, en rústica . . . . .	2,00
En tela . . . . .	3,00
— «Estudios literarios», en rústica . . . . .	3,00
En tela . . . . .	4,00
P. T. CÁMARA.—«Vida de la Ven. Sacramento» . . . . .	7,00
P. C. DÍAZ.—«Segunda parte de la Conquista de Filipinas» . . . . .	8,00
MAURICIO.—«Música prohibida» . . . . .	0,50
— «La inocentada» . . . . .	0,50
ROJAS.—«El Ave María explicada» . . . . .	1,50
P. L. VILLALBA.—«El P. Honorato del Val» . . . . .	0,50
— «El primer Congreso nacional de Música Sagrada» . . . . .	1,00
P. M. F. MIGUÉLEZ.—«La Independencia de Mexico», en rústica . . . . .	3,00

## OBRAS MUSICALES

DEL

P. LUIS VILLALBA

O. E. S. A.

Maestro de Capilla en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

	<u>Pesetas</u>
Gozos á la Virgen de la Consolación, á cuatro voces ó coro al unisono y solo, con acompañamiento de órgano . . . . .	2,00
Trisagio Mariano, á tres voces iguales y órgano . . . . .	1,00
Tantum ergo, á tres voces desiguales y órgano . . . . .	1,00
Dos «Santo Dios», á tres voces y órgano . . . . .	1,00

	<u>Pesetas.</u>
Villancico al Nacimiento de N. S. Jesucristo, por el P. Aranaz y Vides (solo y coro) . . . . .	0,25
A la Presentación de Nuestra Señora. Solos y coros (á una ó dos voces) y órgano. . . . .	0,50
Himno á Santa Rita (coro y á cuatro voces). . . . .	1,50
Letania de Nuestra Señora (coro unísono y solo). . . . .	0,75
Dos colecciones de cuatro Ave Marías y un Gloria Patri (solo).—Cada colección. . . . .	2,25
Gozos á la Virgen del Carmen (dos voces y coro)..	1,00
Letrillas á San José de la Montaña, á solo y coro al unísono . . . . .	0,75
Canto de arrepentimiento, coro popular y estrofas á una ó más voces. . . . .	0,75
Ave María, á solo de bajo; traducción y adaptación del P. Luis Villalba. . . . .	1,00
Salve Regina, á dos coros unis (niños y hombres ó pueblo y cantores) . . . . .	0,75
Himno á Ntra. Sra. del Buen Consejo, á coro unisonal y solo. . . . .	1,50
Letania, á dos voces, solo y coro. (Respuestas según el tono popular) . . . . .	1,50
Flores de Mayo (Venid y coronemos), á una ó dos voces.	1,25
Al Sagrado Corazón de Jesús, coro unisonal . . . . .	0,30
A Jesús, idilio á una voz. . . . .	0,50
Himno á Cristo Rey, á coro popular, dedicado á la Sección Adoradora Nocturna para ser cantado en la solemne procesión del Congreso Eucarístico.—Edición de canto y órgano . . . . .	0,50
100 ejemplares de la voz suelta . . . . .	5,00
Cada una, suelta. . . . .	0,10
Himno á Santa Rita de Casia, á dos voces y coro unísono. . . . .	1,50
Dos «Santo Dios», á tres voces . . . . .	0,50

## IMPORTANTE

La renombrada CASA ANDERSON, de Roma, ha confiado á la Administración de LA CIUDAD DE DIOS la representación exclusiva en El Escorial para la venta de sus ADMIRABLES FOTOGRAFÍAS. Los nombres de los autores de los cuadros y los asuntos que representan, son los siguientes:

BOSCH.—1. Jesús, coronado de espinas.—2. Los pecados capitales (triptico).—3. El Paraíso terrenal (1.<sup>a</sup> puerta del

tríptico). - 4. Parte central del tríptico.—5. Cabalgata.—6. Parte inferior de la 1.<sup>a</sup> puerta.—7. El infierno (2.<sup>a</sup> puerta del tríptico).—8. Parte inferior de la 2.<sup>a</sup> puerta.—9. Tríptico con escenas del infierno.—10. Primera puerta.—11. Parte central.—12. Segunda puerta.—CLAUDIO COELLO.—13. La Santa Forma. LUCAS JORDÁN.—14. Embriaguez de Noé.—15. Job. 16. Penélope.—GRECO.—17. San Pedro. 18. San Eugenio, Arzobispo de Toledo.—19. El sueño de Felipe II.—20. San Mauricio y sus compañeros.—GUERCINO.—21. Lot y sus hijas.—PATINIZ.—22. San Cristóbal.—RIBERA (ESPAÑOLETO).—23. Jacob guardando el ganado. 24. La cabeza de Jacob.—25. San Onofre, ermitaño. 26. San Francisco.—ESCUELA ALEMANA.—27. Hechos de la vida de la Santísima Virgen.—ESCUELA FLORENTINA.—28. La Sibila Eritrea.—29. El profeta Isaías.—SÁNCHEZ COELLO (ALONSO).—30. Retrato del P. Sigüenza.—TINTORETTO.—31. El nacimiento de Jesús.—32. El Lavatorio de los pies.—33. Jesús en el sepulcro.—34. Jesús y la Magdalena.—35. La Magdalena en oración.—36. Ester delante de Asuero.—TICIANO.—37. San Jerónimo.—38. La cena.—39. Jesús crucificado.—40. Jesús en el huerto. VACCARO.—41. La familia de Lot.—VAN DER WEIDEM.—42. El descendimiento.—43. Cabeza de la Virgen.—44. Media figura de una de las Marias.—45. Media figura de una de las Marias.—46. Cabeza de Nicodemo. VELÁZQUEZ.—47. Los hermanos de José presentando la túnica á su padre Jacob. 48. Dos cabezas de los hermanos de José.—VERONÉS (PABLO).—49. La Anunciación.—VISTAS DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL.—50. Vista del Real Monasterio.—51. El Real Monasterio á vista de pájaro.

El tamaño de las fotografías es 20 por 26 centímetros. Al hacer los pedidos indíquese el número de orden de la relación anterior. También se venden fotografías, procedentes de la *Casa Anderson*, del cuadro de la Sagrada Forma de Claudio Coello, gran tamaño, 40 por 30 centímetros.

De venta en la Administración de LA CIUDAD DE DIOS, en las Salas Capitulares y porterías del Real Palacio y Biblioteca. Real Monasterio de El Escorial.

Además de las fotografías de la Casa Anderson, en la Administración de LA CIUDAD DE DIOS hay una colección completísima y variada de

#### VISTAS DEL REAL MONASTERIO

tanto interiores como exteriores, incluyendo entre las primeras

## LOS PANTEONES Y REAL BASILICA: MINIATURAS, ILUMINACIONES

de la riquísima colección de libros corales y de rezo que existen en la Biblioteca y coro, bellísimas todas ellas, de un colorido admirable, trabajadas por excelentes artistas del siglo de oro, españoles la mayor parte, y monjes Jerónimos.

Los asuntos son religiosos y correspondientes á las principales festividades

Un **ALBUM 22 X 16 c/m. con 24 Fototipias**

hechas en los talleres de la acreditada Casa Hauser y Menet, Ballesta, 30, Madrid: una

**COLECCIÓN DE 60 TARJETAS POSTALES**

hechas en la misma Casa; y una] primorosa *reproducción* de la **SAGRADA FORMA Y CUSTODIA**

tamaño 13 X 18 y 18 X 24 c/m.

Las fotografías de todo esto están hechas por el Hermano Fr. Eleuterio Manero, Agustino.

Finalmente, ponemos en conocimiento de las personas *eruditas* y que se dedican á investigaciones literarias que nos encargamos de la reproducción fotográfica de los Códices latinos, griegos y árabes que existen en esta Biblioteca, por el nuevo procedimiento, llamado en España

**BLANCO SOBRE FONDO NEGRO**

Lo mismo decimos de las muchas ilustraciones de todo género que adornan los Mss.

---

## Historia de la Sagrada Forma de El Escorial

POR EL

**R. P. EUSTASIO ESTEBAN**

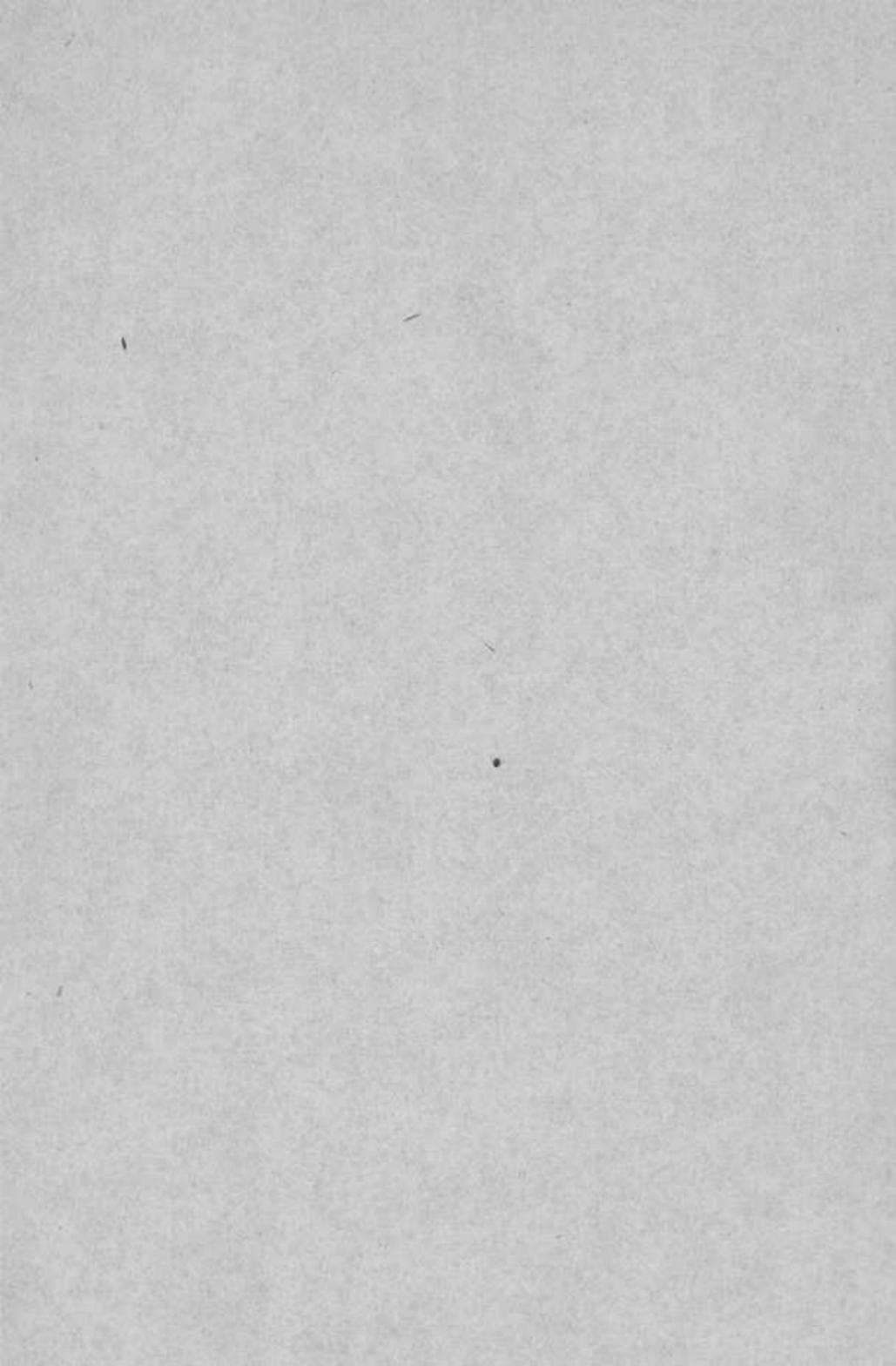
O. E. S. A.

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL

**P. MARIANO GUTIÉRREZ Y CABEZÓN**

de la misma Orden.

Un elegante volumen en 8.º, alargado de VIII por 132 páginas, con seis fototipias de la renombrada Casa Hauser y Menet, de Madrid, y un fotograbado. Precio, en rústica, **2 pesetas**. Encuadernado en tela inglesa, con viñetas alegóricas, escudos y rótulos en oro, **3 pesetas**.—Los pedidos al Administrador de LA CIUDAD DE DIOS.—Real Monasterio de El Escorial.









ENCUADERNACIÓN "CALLEJA"

ELMIRA DEERBORN QUINOTTE